



Memoria Académica

compartimos lo que sabemos

UNLP-FAHCE

Pérez, Joaquín

San Martín y José Miguel Carrera

Pérez, J. (1954). San Martín y José Miguel Carrera. La Plata : UNLP. FAHCE. Departamento de Historia. (Monografías y tesis ; 1). En Memoria Académica. Disponible en: <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.97/pm.97.pdf>

Información adicional en www.memoria.fahce.unlp.edu.ar



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

JOAQUIN PEREZ

SAN MARTIN
Y
JOSE MIGUEL CARRERA



MINISTERIO DE EDUCACION - UNIVERSIDAD NACIONAL DE
EVA PERON - FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS
DE LA EDUCACION - DEPARTAMENTO DE HISTORIA
MONOGRAFIAS Y TESIS: I

DEL MISMO AUTOR

LIBROS

Historia de los primeros gobernadores de la provincia de Buenos Aires. El año XX desde el punto de vista político-social. (1950)

San Martín y José Miguel Carrera. (1954)

MONOGRAFÍAS

Ramírez y Artigas. Elevación y Ocaso, en Trabajos y Comunicaciones, t. 1 (1949).

El proceso por Alta Traición a la Patria incoado a los miembros del Directorio y Congreso en 1820 en Humanidades, t. XXXII (1950)

San Martín y Bustos. Una amistad probada en el pensamiento y la acción, en Trabajos y Comunicaciones, t. 2 (1951)

San Martín y el empréstito de 500.000 pesos para la Expedición Libertadora del Perú, en Trabajos y Comunicaciones, t. 3 (1953)

ADVERTENCIA

Este libro es el resultado de un trabajo de esclarecimiento sobre un tema motivo de las más grandes y enconadas controversias históricas.

Es el estudio de la serie de tentativas que José Miguel Carrera hizo desde el Río de la Plata para regresar con una expedición armada a su patria, y la gravitación que éstas ejercieron: a) en los planes de San Martín; b) en las guerras civiles argentinas.

Creemos que aun al lector bien informado le llamará la atención nuestra comprobación sobre la magnitud del peligro que significó el Ejército Restaurador de Carrera para los planes de San Martín; pero se sorprenderá más aún al ver documentada la labor obstinada de San Martín para contrarrestarlo con éxito. Es un tema nuevo en la historiografía sanmartiniana, desde que nuestros autores, al no valorar debidamente la acción de Carrera, no pudieron aquilatar tampoco la reacción de San Martín para desbaratarla.

En cuanto al segundo punto, extraemos conclusiones que distan de las posiciones extremas de Mitre y de Vicuña Mackenna, enderezadas a sostener respectivamente, que Carrera fué una figura intrascendente, o que fué el factotum en las guerras civiles argentinas durante el período 1818-1821.

Para comprender los hechos que relataremos, debemos tener en cuenta que son tiempos de revolución, y que sus actores muchas veces no se comprendieron entre sí, dando lugar a los más graves errores de apreciación y de perspectiva.

Estas gruesas y crueles equívocaciones, honestamente sentidas, generaron odios profundos, que atravesaron el tiempo yaún hoy anidan en las plumas de algunos escritores que sólo admiten el vilipendio o el elogio, como si hubiesen heredado las pasiones de aquella época tan extraordinaria.

Nosotros escribimos guiados por un alto espíritu de comprensión y de justicia americanista, buscando acuñar con probidad una nueva intelección, en base al mejor conocimiento de los hechos, que nos ha permitido nuestra accesión a los papeles inéditos de diversos archivos argentinos y chilenos.

Por eso entregamos confiados este trabajo a la comprensión de los dos grandes países de los Andes, teatro de los acontecimientos que se relatan.

Es cierto que hemos escrito con dolor algunas páginas. Incluso hubiéramos querido suprimir la publicación de algunos documentos, pero hubiéramos deshumanizado esta historia, desembragándola de sus contenidos emocionales. Son documentos sobre los que se proyectan las personas y la época, y con tal cartabón debemos medir aquel memorable tiempo en el que las pasiones parecieron sobrepujar lo humano.

CAPITULO PRIMERO

1. El periodo de la historia de Chile que se extiende entre la formación de la primera Junta de Gobierno patrio (sep. 1810) y el desastre patriota de Rancagua (oct. 1814), que significó la restauración del poder realista, se conoce con el nombre de *Patria Vieja*.

En este lapso fué figura descollante don José Miguel Carrera, nacido en Santiago de Chile e hijo de una de las familias más encumbradas.

Su primera juventud fué despreocupada y díscola. En 1810 su padre le envió a España, donde se enroló en el ejército que luchaba contra los franceses, al tiempo que se relacionaba con otros jóvenes hispano-americanos que también iban a tener destacada actuación en la guerra por la emancipación americana. Su carrera militar en la península fué brillante, alcanzando en menos de un año de campaña el grado de sargento mayor.

Cuando tuvo conocimiento de la instalación de una Junta de Gobierno en Chile, se trasladó a su patria, donde el movimiento revolucionario parecía haber entrado en un remanso, después de muchas vacilaciones. A los pocos meses de su arribo organizó con éxito un golpe de estado y estableció la dictadura

para combatir contra las fuerzas realistas (nov. 15 de 1811). Tenía entonces 25 años.

Hizo conocer sin ambages —y éste es su principal mérito— que su gobierno pretendía la independencia absoluta del país. Creó una bandera y una escarapela nacionales y dió a luz el primer periódico chileno, *Aurora de Chile*, cuyo objetivo era popularizar la idea de la independencia. Consiguió estructurar un frente nacional, y, en un momento, tuvo el consenso de Chile. Pero no supo consolidar la situación: sus mismos historiadores adictos coinciden en reconocer que Carrera carecía de las dotes de organizador o de militar de largos alcances.

Su acción determinó la formación de otro partido de patriotas encabezado por la poderosa y numerosa familia de los Larrainés o de los ochocientos. Entre los partidos Carrerista y el de los Larrainés u O'Higginistas, como le llamaremos en adelante, se desarrolló una lucha enconada y estéril, nutrida por un odio de una intensidad inverosímil.

Con algún intervalo, Carrera ejerció la dictadura en su patria hasta la derrota de Rancagua, frente a los realistas, que dió fin a su gobierno y a la resistencia armada de los patriotas, derrumbándose todo el andamiaje de la *Patria Vieja*. Numerosas familias y las últimas reliquias de las fuerzas patriotas buscaron los desfiladeros de los Andes para salvarse rumbo a Mendoza. Carrera fué de los últimos en dejar su patria, para comenzar su ostracismo, acibarado y trágico.

Aquel odio incubado en la *Patria Vieja*, hizo crisis en este sufrido cruce de la cordillera, con una inten-

sidad que perduró varias décadas, subsistiendo aún hoy los rescoldos de aquella colisión espiritual.

2. En esos momentos el general San Martín se desempeñaba en el cargo de Gobernador Intendente de Cuyo.

No necesitamos consignar aquí los rasgos harto conocidos de su extraordinaria personalidad. Solamente señalaremos, porque guarda relación íntima con nuestro tema, que para él la causa de la revolución americana se antepone a todo interés particular de las personas. No titubeó en Guayaquil en inmolarse su propia brillante carrera cuando consideró que lo exigía el interés de la causa de la revolución. Este es el rasgo predominante de su tesitura mental.

San Martín conocía de antiguo la honda rivalidad que dividía a los patriotas chilenos, como se lo expresara a Nicolás Rodríguez Peña desde Tucumán, en su famosa carta del 22 de abril de 1814: "Ya le he dicho a Ud. mi secreto. Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos para concluir también con la anarquía que reina. Aliando las fuerzas pasaremos por el mar a tomar a Lima".¹

Cuando llegó a Mendoza, San Martín se encontró con un grupo de patriotas chilenos, enemigos de Carrera y que éste acababa de expulsar de Chile, entre los que sobresalían Antonio José de Irisarri y el bri-

¹ MITRE BARTOLOMÉ, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, en *Obras completas*, t. I, p. 331. Buenos Aires, 1938.

gadier Juan Mackenna, quienes seguramente le pintarían con los más negros colores la conducta de Carrera. Se ha exagerado a nuestro juicio la impresión que la palabra de estos exilados causaría en el ánimo de San Martín. Nosotros más bien creemos que quien mejores datos verbales le daría a San Martín, del carácter de Carrera y de O'Higgins, y de la irreconciliable posición de los dos partidos, sería el coronel Marcos Balcarce, que hasta hacía poco había servido en aquel país al mando de las tropas auxiliares argentinas, y que se caracterizaba por la sensatez de sus opiniones. Igualmente recibía San Martín informes más objetivos desde el mismo Chile de parte del Dr. Juan José Paso, representante argentino en este país, y del coronel Gregorio de Las Heras, al mando ahora de la división argentina. Todos ellos le daban a San Martín una impresión poco favorable de la conducción del país por Carrera y de la inquina particular que manifestaba éste a todo lo que viniese de Buenos Aires.

No necesitaba pues San Martín de los informes de los exilados para tener noción cabal de la situación en Chile. Antes bien, debemos hacer notar que si éstos trataron de influenciar el ánimo de San Martín contra los Carrera, fracasaron, porque aquél mantuvo la más estricta neutralidad entre ambos bandos, según lo comprobaremos repetidamente en las páginas que siguen.

3. En el momento que San Martín asumía el mando en Cuyo el 8 de septiembre de 1814, la situación era crítica para la causa de los patriotas en Chile. Las

fuerzas expedicionarias realistas del general Osorio las sobrepasaban en número y sobre todo tenían una moral más firme, frente a las divisiones intestinas de los patriotas.

San Martín, al igual que todo Cuyo —que tan ligado en su comercio y afectos estaba a Chile—, vivían momentos de angustia por el resultado decisivo que habría de tener el próximo encuentro con los realistas. Todos vivían anhelantes en verdad, porque conocían el virtual estado de guerra civil que existía entre los revolucionarios de aquel país.

En Mendoza se recibían noticias por momentos más inquietantes, y un clima de pesimismo se advierte en los documentos. Llegó a verse claramente que sin una ayuda urgente de tropas argentinas, lo más probable era la caída del gobierno patriota chileno, con lo que también peligraba el propio territorio de Cuyo. Con acuerdo de San Martín, Balcarce dirigió el 14 de septiembre un patético oficio a Buenos Aires urgiendo la venida de una fuerza armada. Así decía: “Si V. E. no hace volar los 1.500 hombres que he dicho, después no podremos remediar los males con 6.000. Mucho me temo que para llegar a Chile ya lleguen tarde; pero de todos modos aquí será preciso si aquello se pierde... No piense V. E. en otro proyecto que no sea el de meter tropas hechas; pero para esto, ya ve V. E. en la carta del Diputado [Paso] la idea de que no las admitirían. A mí me dice con fecha 28 que el único medio de salvar a Chile sería una fuerza nuestra, pero que no la recibirían”.

Seguidamente llegaron a Mendoza noticias más graves aún de la situación en Chile y de la manifiesta

mala voluntad de Carrera por la ayuda argentina. Las Heras escribía a Balcarce el 17 de septiembre: "Por la adjunta, es visto que no nos quieren. No fué así en otros tiempos, y aunque ahora en mi concepto se hallan sobre apurados, su orgullo es tal, que más estimarán ser esclavos que debernos la libertad". Del Dr. Paso a Las Heras era la carta adjunta que citaba y decía: "En medio de tan mal tratamiento como se recibe del gobierno de Chile, lo que conviene es sofocar todo resentimiento y empeñarse mucho en que no se pierda, si diese el enemigo tiempo a que se le ayude a salvar".

Acto seguido, y para tornar más sombrío el horizonte que se divisaba desde Cuyo, llegó de Buenos Aires una respuesta negativa al pedido de una fuerza armada. El Director Posadas le escribía confidencialmente a San Martín el 24 de setiembre: "Estando como estamos empeñados en la campaña del Perú, no podemos divertir una considerable parte de nuestra fuerza como la de 1.500 hombres, hacia el estado de Chile... Por lo que hace a fusiles, pólvora, etc., etc., ninguno mejor que Ud. sabe la sanfrancia que hay acerca de estos artículos. Si hay algunos deben existir en la sala de armas o en nuestra famosa fábrica de fusiles; vengan pues todos los chilenos y tómense los que encuentren. Yo no extraño que los chilenos pidan; lo que no puedo dejar de extrañar es que Uds. que son paisanos, que son militares y que saben de esta farándula de armas, me vengan pidiendo cosas a centenares y millones, cuando yo todavía no he visto un fusil trabajado completamente en Buenos Aires, ni en la sala de armas he visto ja-

más archivado un fusil, ni de Montevideo ni de Jerusalén, ni bueno ni descompuesto... Con que por ahora lo que importa es dar a Chile esperanzas; prestarse Heras a auxiliarlos con esa corta división; darles los fusiles que tienen sobrantes, si no consigue reclutas o si Ud. no se los puede mandar, para que las armas siempre estén en hombres nuestros; y arreglar en esa ciudad y su provincia lo que pueda, ínterin yo me peleo por mandar tercerolas, sables viejos o demonios coronados, para que se ponga la cosa en pie de defensa”.

El ánimo de San Martín y el de todo Cuyo quedó apesadumbrado por esta contestación del Director Supremo, que por otra parte reflejaba la verdadera situación en que se encontraba Buenos Aires. Ahora no quedaba sino esperar el choque armado entre Osorio y Carrera, cuyo desenlace se preveía funesto para la libertad de Chile.

4. No pasaron muchos días sin que desgraciadamente se confirmaran estos tristes presagios. En la noche del 7 de octubre recibió San Martín noticia de la derrota sufrida por los patriotas chilenos en Rancagua (1 y 2 de oct.). San Martín giró a Buenos Aires todos los documentos recibidos sobre la misma, que no obstante daban todavía esperanzas de una ulterior resistencia. Allí mismo incluía una carta de Balcarce al Director Supremo, interesante porque nos pinta la situación en que se encontraba Mendoza, donde inmediatamente se presentó el peligro de una invasión a Cuyo por parte de los realistas vencedores. Fechada el mismo día 7 a las once de la noche,

decía: “Ya tiene Ud. agonizando a los bravos araucanos. Si aquí hubiéramos tenido alguna tropa era el momento de haber salvado a Chile; pero dejémoslo a la ventura y tratemos de que el mal no pase adelante. Esto está indefenso. La cordillera se debe abrir muy breve y si Ud. no arrebatara las primeras tropas que se presente y las hace venir ganando instantes por la posta para estorbar un golpe de mano, tema Ud. mucho que lo den, porque no necesitan sino una partida de 500 hombres. Venga prontamente una fuerza para punto de apoyo, y en seguida armas, artillería y municiones, que aquí haremos soldado a todo bicho viviente”.²

En un Bando del día siguiente 8, San Martín dió a conocer al pueblo mendocino la noticia de la derrota, pero sin que se alcanzase a comprender todavía la magnitud del desastre, ya que se suponía el ejército patriota reunido en Maipo, según las comunicaciones que se recibieran. En este Bando, San Martín se limitó a establecer severas medidas de seguridad para con los españoles y americanos enemigos, existentes en Mendoza.

Al día siguiente 9 empezaron a llegar a Mendoza los primeros fugitivos de Rancagua. Las noticias que

² Quien quiera tener una visión más completa de los informes que recibía San Martín sobre la crítica situación imperante en Chile, le es indispensable consultar la colección documental —a la que pertenecen los oficios y cartas que hemos venido citando— titulada: *Documentos referentes a la guerra de la independencia y emancipación política de la República Argentina y de otras secciones de América a que cooperó desde 1810 a 1828*, t. I, p. 208 y sigs. Publicación del ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, Buenos Aires, 1917. La carta de Posadas a San Martín en *Documentos del Archivo de San Martín*, t. II, p. 71. COMISIÓN NACIONAL DEL CENTENARIO, Buenos Aires, 1910.

trasmitían, le dieron a esta derrota su verdadera trágica significación. Por lo demás ellos eran solamente los que encabezaban una larga caravana de emigrantes. Aquí empezaron las dificultades para San Martín. El odio que se profesaban los carrerinos y o'higinistas era intensísimo, y ahora recrudecía con los dolores de la emigración. Dedúzcase del documento que sigue, de este día, hasta qué extremo llegaría la manifestación de esos odios. Decía San Martín: "Desde la publicación de este bando se prohíbe a todo individuo, tanto particular como militares del Estado de Chile, la menor conversación que recuerde las opiniones y personalidades que hayan tenido en su país. Yo no dudo que unas personas que han abandonado su suelo y comodidades por la causa de América, no tendrán más objeto en lo sucesivo que el de la unión y buena fraternidad, y les ruego a nombre del virtuoso pueblo que mando, olviden todo resentimiento y sólo se unan para nuestra común defensa".

Ya se ve cómo vendrían los ánimos para que San Martín tuviese que dictar este Bando tan original. Desde el primer momento se ve en San Martín su deseo de ser imparcial entre los partidos de los emigrados al mismo tiempo que ayudar a estos patriotas en todo lo posible. El mismo día 9 ofició al Cabildo en el sentido de que se tomasen medidas para asegurar el abastecimiento de la ciudad, en vista de que la población se vería acrecentada con los que escapaban de Chile. Al día siguiente 10, oficiaba nuevamente al Cabildo para que este cuerpo repartiese en las casas de los vecinos a los emigrados que sucesivamente fuesen llegando: "Es indispensable proteger por todos

los medios a nuestros hermanos desgraciados que han abandonado sus hogares en los últimos sucesos de Chile, decía. La pronta fuga no puede haberles dado lugar a extraer todo lo necesario a su comodidad, y de consiguiente debe tomar este gobierno las medidas conducentes a proporcionárselas".³

5. A medida que iban llegando más fugitivos con sus desesperanzas y noticias contradictorias, se iba tornando más confuso el panorama respecto de si los realistas proseguirían su campaña e invadirían inmediatamente a Cuyo. Imaginense los rumores que al respecto traería cada emigrado. Mendoza estaba indefensa. San Martín decidió partir hacia la cordillera para informarse personalmente de la situación, al mismo tiempo que para inspirar confianza a los que venían huyendo. Pero antes contestó una comunicación de Carrera al gobierno de Buenos Aires— interceptada en Mendoza— en la que aquél, desde Los Andes, solicitaba el envío urgente de fuerzas y armas para continuar la lucha: "Este gobierno —decía San Martín el día 11 en su contestación— lamenta la suerte de ese Estado, y hágale V. E. el honor de creerle que el no poder remitirle los auxilios que exige, le da el mayor sentimiento. Sin embargo, en obsequio de la religiosa alianza que ha guardado con éste, ha dado ya todas las providencias para que no falten auxilios desde el pie de la cordillera, tanto a las tropas que puedan retirarse en caso de una total derro-

³ *Documentos del Archivo de San Martín*, t. II, p. 361. Los bandos de San Martín citados en GALVÁN MORENO C., *Bandos y proclamas del general San Martín*, p. 33 y 36. Buenos Aires, 1947.

ta, cuanto a las desgraciadas familias que hayan emigrado; y no satisfecho con esto, parte personalmente a dictar las que juzgue conducentes a la seguridad de las marchas de aquéllas, y defensa de estas provincias. A esta fecha han marchado ya sobre mil mulas y víveres suficientes; se da alojamiento a los que van llegando sin recurso alguno, y no dude V. E. que hallarán en este virtuoso pueblo todos los recursos que les haga menos sensible la grave pérdida que han sufrido".⁴

Simultáneamente, este mismo día San Martín comunicaba al Cabildo que partía hasta Uspallata por unos días "para adquirir conocimientos indispensables a su defensa" [de Cuyo]. Se temía verdaderamente una invasión realista, lo que por otra parte coincidía exactamente con las instrucciones que tenía el general Osorio, y que le prescribían la inmediata ocupación de Mendoza, caso de triunfar en Chile.

En esos mismos momentos, Carrera abandonaba toda esperanza de resistencia, y se internaba con sus parciales en la cordillera. Se acercaba el momento del encuentro entre San Martín y Carrera.

Dejemos al general San Martín que nos relate con sus propias palabras el panorama que se le presentó al tomar conocimiento de la magnitud de la derrota de Rancagua: "Concebí al momento el conflicto desolador de las familias y desgraciados que emigrarían a salvar la vida, porque fieles a la naturaleza y

⁴ GANDARILLAS MANUEL JOSÉ, *Don Bernardo O'Higgins. Apuntes históricos sobre la revolución de Chile, en Colección de historiadores y de documentos relativos a la independencia de Chile*, t. XIV, p. 147. Santiago de Chile, 1905.

a la justicia se habían comprometido con la suerte de su país. Mi sensibilidad intensísima, supo excitar la general de todos los generosos hijos del pueblo de Mendoza, de manera que, con la mayor prontitud, salieron al encuentro de estos hermanos más de mil cargas de víveres y muchísimas bestias de silla para su socorro. Yo salí a Uspallata, distante treinta leguas de Mendoza en la dirección a Chile, a recibirlos y proporcionarles personalmente cuantos consuelos estuviesen en mi posibilidad. Allí [en Uspallata] se presentó a mi vista el cuadro de desorden más enternecedor que puede figurarse. Una soldadesca dispersa sin jefes ni oficiales, y por tanto sin el freno de la subordinación, salteando, insultando y cometiendo toda clase de excesos, hasta inutilizar los víveres. Una porción de gentes azoradas, que clamaban a gritos venganza contra los Carrera, a quienes llamaban los perturbadores y destructores de su patria. Una multitud de viejos, mujeres y niños que lloraban de cansancio y fatiga, de sobresaltos y de hambre. Un número crecido de ciudadanos que aseguraban con firmeza, que los Carrera habían sacado de Chile más de un millón de pesos pertenecientes al Estado, que los traían repartidos entre las cargas de sus muchos faccionarios, pidiéndome no permitiera la defraudación de unos fondos tan necesarios para la empresa de reivindicar a su patria. Todo era confusión y tristeza; yo no debía creer estos informes, ni debía tampoco despreciarlos; fuera una fortuna encontrar fondos para organizar desde luego un ejército que vindicara a Chile; fuera un inconveniente el registro de las cargas denunciadas, si en ellas no se encontrase

lo que se inquiría, porque afectaría a la noble hospitalidad de miras sombrías, induciendo un motivo de queja a los afligidos que merecían la compasión más sincera. Este era un miramiento de mi delicadeza. El interés de la conveniencia pública demandaba mis providencias de precaución. En tal premura di providencia para que se vigilase sobre todas las cargas de introducción cual conviene a las rentas generales de todo Estado y mandé publicar un bando para que toda la tropa dispersa se reuniese en piquetes so pena de la vida; encargando esta trabajosa operación al bravo capitán Freyre, que consiguió imponer el orden. En esta coyuntura ya se vió una partida arreglada de cien dragones al mando del coronel Alcázar; y no habían llegado aún los señores don José Miguel Carrera, don Manuel Muñoz Urzúa y don Julián Uribe.

“En este estado de cosas, se difundió el rumor vago de que había sido destrozada la retaguardia que cubría la emigración, y se volvió a excitar el sobresalto y turbación. En vano yo corría por todas partes, procurando disuadir a estas gentes atónitas de su infundado temor; el conflicto se aumentaba y mi diligencia nada conseguía, hasta que determinado a ir yo mismo a averiguar la verdad, monté a caballo con mi ayudante don Antonio Alvarez, y dos granaderos, lo que tranquilizó la emigración, dándole el concepto de que era falsa la noticia, cuando yo así me avanzaba. Tomé el camino hacia la cordillera y todas las personas que se encontraban me instaban porque retrocediese, asegurando la destrucción de la retaguardia; no obstante esto, continué mi marcha hasta

Picheuta en donde recibí un parte del coronel Las Heras, informándome de continuar en orden su retirada sin ser perseguido por el enemigo. Con esta noticia regresé, y llegué a Uspallata el... por la noche. A la misma hora vino a cumplimentarme el brigadier don Juan José Carrera a nombre del gobierno de Chile, expresándome que en una choza inmediata, se hallaban reunidos los tres individuos que lo componían, por si yo quería ir a verlos. Le contesté que me era muy satisfactorio que hubiesen llegado buenos, y mandé inmediatamente a mi ayudante con un recado de atención, previniéndole les tuviese el lenguaje debido a unos caballeros: habiendo chocado vivamente a mi espíritu, que estos señores quisiesen conservar una autoridad de gobierno supremo, sin pueblo, sin súbditos y en territorio extraño. ¿Un gobierno es una calificación honorífica, inherente a la persona en cualquiera parte del mundo, y en todas las situaciones posibles?

“Dividida la emigración en dos partidos furiosamente opuestos que se acriminaban y reacusaban, pidiéndome cada uno justicia y castigo contra el otro; yo no hice sino de mediador para apaciguar su exaltamiento, y dispuse continuase la marcha a Mendoza, donde fué recibida y asilada con las muestras más expresivas de fraternidad y compasión”.

En la palabra serena de San Martín tenemos reflejado vivamente el conflicto de su espíritu, enfrentado en Uspallata, en momentos tan delicados y penosos, a la existencia entre los chilenos de “dos partidos furiosamente opuestos que se acriminaban y reacusaban, pidiéndome cada uno justicia y castigo

contra el otro". Su afirmación de que hizo de mediador, tratando de apaciguar el exaltamiento de los emigrados, debe admitirse honestamente, porque coincide con el texto de su proclama del día 9 y porque esa fué la actitud permanente de San Martín en toda su vida revolucionaria, dado que no concebía la lucha entre americanos sino la existencia de un solo *partido americano*, para oponerlo a la causa realista.⁵

6. A esta altura se plantea la elucidación de dos puntos muy interesantes, que no han sido bien tratados por los distintos autores. ¿Cuándo se encontraron por primera vez Carrera y San Martín? ¿Tuvieron o no en Uspallata su primera entrevista?

Vicuña Mackenna y Barros Arana basándose en el *Diario Militar* de Carrera y en referencias tradicionales, dicen —sin mayor abundamiento— que San Martín y Carrera se cruzaron en uno de los desfiladeros de la cordillera sin saludarse. Mitre, apoyándose en el relato de San Martín que hemos transcrito —y que no leyó atentamente este ilustre historiador— niega el que se hubiese realizado este encuentro. La aclaración de este punto, nimio tal vez en sí mismo, tiene su interés desde nuestro punto de vista, porque vendría a determinar el momento

⁵ *Documentos del Archivo de San Martín*, t. III, p. 641. Esta exposición manuscrita de San Martín, que guardó entre sus papeles y que no llegó a publicar, la escribió a su llegada a Buenos Aires, después de Maipú —lleva fecha 25 de junio de 1818—, con el objeto de refutar los ataques que Carrera le hacía desde Montevideo, sobre todo en su *Manifiesto que hace a los pueblos de Chile el ciudadano José Miguel de Carrera*, documento que puede verse publicado en *Colección de historiadores y de documentos...* cit., t. VII.

en que se encontraron, por primera vez, San Martín y Carrera.

Este, en su *Diario Militar* hace el relato, paso a paso, de su propia marcha en el cruce de la cordillera. Al llegar al punto que nos interesan dice: "Octubre 14 de 1814. En el camino de Uspallata encontré a San Martín, acompañado de un ayudante y un ordenanza. Llegué a Uspallata, donde encontré a mi hermano Juan José y éste me informó que se nos recibía de mala fe. O'Higgins, Alcázar y todos los que pasaron muy ligero la cordillera, estaban también allí descansando y muy satisfechos de su honrosa retirada, pero parece que esperaban con ansia los caudales. Irisarri y otros de los que fueron remitidos a Mendoza con Mackenna, habían estado en Uspallata poco antes de nuestra llegada, insultando a nuestra familia y provocando a los amigos; me fué bien extraño que unos reos confinados a Mendoza, tuviesen atrevimiento para salir a 30 leguas, y no dudé que San Martín lo toleraba. San Martín llegó a Uspallata a las 8 de la noche, y en el instante le pasé recado con mi ayudante y él no tardó en contestarme. Al presentarse a San Martín el coronel Benavente, le dijo que recibiese órdenes de O'Higgins, pero como le replicase Benavente que estaba a las mías, se conformó por necesidad. Ya no me quedaba duda de las intenciones de los aliados. Fuí a ver a San Martín, quien me satisfizo de lo dicho a Benavente, que no había tenido intención; ofreció que a la siguiente mañana se pondrían a mi disposición mulas y víveres para la tropa, pero no fué así; a O'Higgins le dejó este encargo a su par-

tida para Mendoza, que la verificó muy temprano para no verme. O'Higgins no exigió obediencia de la tropa porque vió que no la conseguiría. El coronel don Santiago Carrera procuró sostener que O'Higgins debía mandar las tropas, porque así lo había dispuesto el Gobernador. ¿Qué tal principio? O'Higgins marchó mandando los Dragones y yo con el resto de la fuerza, sin que O'Higgins manifestase la más pequeña subordinación".⁶

Correlacionando los relatos de Carrera y de San Martín, llegamos a la conclusión de que ambos se cruzaron en el camino de 6 leguas que media entre Uspallata y Picheuta. Carrera dice que viniendo de Chile se encontró con San Martín antes de llegar a Uspallata, lo cual de por sí ya es concluyente; el hecho de que no haga otra referencia de este encuentro, cuando en su *Diario* no olvida otros detalles menores, induce a presumir que efectivamente se cruzaron en el camino sin saludarse. San Martín no menciona concretamente el encuentro, pero dice algo que es exactamente lo mismo, o sea, de que a su regreso de Picheuta y entrando en la noche a Uspallata, ya estaba allí Carrera, que al instante le envió a su hermano con un mensaje. Carrera no pudo haber llegado primero a Uspallata sino en el caso de haberse cruzado con San Martín cuando éste hacía el camino contrario entre Uspallata y Pichueta. No cabe otra interpretación, y Mitre se equivocó al rectificar a Vicuña Mackenna y a Barros Arana.

⁶ *Diario Militar del general don José Miguel Carrera en Colección de historiadores y de documentos...* cit., t. I.

7. Vayamos ahora al otro asunto. ¿Mantuvieron Carrera y San Martín una conferencia en Uspallata, en la noche de la llegada de éste, de regreso de Picheuta?

Mitre, ateniéndose al relato de San Martín que hemos transcripto, rectifica a los historiadores chilenos, que basándose en el *Diario* de Carrera, sostienen que tuvieron una muy cordial conferencia. La verdad es que Mitre se equivoca nuevamente, porque si bien San Martín no llega a ocuparse del punto —porque el objeto de su relato era otro— lo hace en cambio en otro documento oficial, fechado cuatro días después y que no ignoraba Mitre: en un oficio del 18 de octubre dirigido por San Martín al Gobierno de Buenos Aires, en el que solicitaba autorización para investigar el paradero de parte del tesoro chileno que se denunciaba salvado por Carrera, decía: "Después de mi llegada a Uspallata me dijo este señor [Carrera], que los caudales que conducía del Estado, habían sido perseguidos y tomados por los enemigos antes de poderlos pasar la cordillera".⁷

De modo, pues, que a la afirmación categórica de Carrera sobre la existencia de esta conferencia a iniciativa suya, y que deja advertir fué cordial, tenemos estas palabras de San Martín, que avalan la existencia de la misma e indican uno de los puntos tratados.

8. Después de la partida de San Martín de Uspallata, iniciaron su marcha O'Higgins y Carrera, reco-

⁷ *Documentos del Archivo de San Martín*, t. III, p. 508.

nocidos y seguidos de sus respectivos parciales, como lo asienta éste último en su *Diario*.

Del mismo relato de Carrera se deduce que una vez llegado éste a Uspallata, San Martín consideró concluida la comisión conferida a O'Higgins, Freire y otros oficiales para establecer el orden en este lugar. Fué una comisión puramente circunstancial y debida al hecho de que al llegar San Martín a Uspallata fuese O'Higgins el oficial chileno de mayor graduación. No obstante y dados los antecedentes que venían de la *Patria Vieja*, el hecho le pareció a Carrera un agravio de la mayor magnitud. Pero ni ahora ni después pretendió San Martín imponer la autoridad de O'Higgins sobre los emigrados; la única autoridad que pretendió hacer respetar fué la suya propia, como Gobernador de Cuyo. Aunque sin fuerzas para hacerse obedecer, debió conciliar con el hecho de que entrase a la provincia la columna armada de los carrerinos, que no obedecía más que a su jefe y no respetaba más jerarquía que la de sus propios oficiales.

Son injustas en este sentido las palabras que estampa Carrera en su *Diario*. Se ve en San Martín su deseo de contemporizar con ambos partidos. Para quienes conocen la idiosincrasia de San Martín y la aversión que tenía a tomar parte en facciones o luchas civiles entre americanos —aversión que fué norma cumplida de toda su vida— no le puede caber asomo de duda de lo que afirmamos. Es lo que surge por otra parte de los mismos documentos. San Martín quiso ignorar los enconos y partidos de los emigrados, pero no le fué posible. Ya vimos su Bando

prohibiendo a los emigrados "la menor conversación que recuerde las opiniones y personalidades que hayan tenido en su país". Pero, insistimos, no le fué posible. El dolor de la derrota había exacerbado los odios y los había llevado al rojo blanco entre los chilenos.

9. Creyendo sinceramente que San Martín tomaba parte en la lucha interna a favor de sus enemigos, que a viva voz lo acusaban de traición en Rancagua y de haberse robado el tesoro chileno, y herido por esto su amor propio y orgullo, que en Carrera era superior a toda otra consideración de conveniencia política, se puso en marcha al frente de la columna de sus parciales —700 hombres— dispuesto a conservar entre los emigrados el mando que detentaba en Chile, y a hacerse reconocer en este carácter por San Martín y demás autoridades argentinas.

Al llegar a Villavicencio —mediodía del 16— se dieron con la muy desagradable novedad de existir en este punto un guarda de aduana con un piquete armado, con órdenes de San Martín de registrar las cargas de todos los emigrados. Ya fuese que encabezara en esos momentos la columna carrerina, el hecho fué que le tocó a Juan José negarse ásperamente a que tuviese cumplimiento esta medida. Sin fuerzas para hacerse respetar, el guarda de aduana dió parte a San Martín de lo ocurrido, mientras los carrerinos proseguían su camino.

Llegaban a las afueras de Mendoza —día 17— cuando se dieron con un empleado que venía a ins-

peccionar el equipaje, acompañado de un oficial portador de una enérgica nota de San Martín que hacía referencia a lo ocurrido en Villavicencio y les decía: "Se me hace muy duro creer este proceder, pero en el caso de que así sea, estén V. V. S. S. seguros no permitiré quede impune un atentado contra las leyes de este Estado y disposiciones de este gobierno".

José Miguel negó en su contestación a San Martín haber tenido participación en el incidente de Villavicencio. En cambio Juan José tuvo con este motivo un violento cambio de notas con San Martín, siéndoles no obstante examinados, a todos, los equipajes, sin que se encontraran —como se suponía— los caudales del Estado chileno.⁸

10. Instalado su campamento en las afueras de Mendoza, y bajo su mando una fuerza militar superior a la del Gobernador de la provincia, sobreexcitado por el alcance de las notas que se cambiaban en esos momentos su hermano Juan José y San Martín y porque no se le recibiese en el carácter a que se creía con derecho, José Miguel quiso dirimir posiciones y pasó a San Martín un enérgico oficio en el que después de referir a su guisa la pérdida de

⁸ La nota de José Miguel decía: "Dije verbalmente al ayudante de V. S. que equivocadamente se me oficiaba amenazándome por haber atropellado las leyes del Estado negándome al reconocimiento de mi equipaje; éste fué conducido ayer a la aduana después de muy registrado el de mi hermano. Las llaves se perdieron en una carga de baúles que me robaron en el camino, y para que pueda remitirme con la brevedad que exige mi desnudez, pasa a esa mi asistente José Conde, para que a su presencia se rompan todas las cerraduras. Conozco mis deberes, es falso el hecho que V. S. expresa en su oficio y tanto más sensible la reconvencción de V. S.". Véase *Documentos del Archivo de San Martín*, t. III, p. 511-520.

Chile, planteaba su tesis en los siguientes términos: “Apenas pisé este territorio cuando conocí que mi autoridad y mi empleo eran atropellados, se daban órdenes a mis subalternos, y se hacía a mi vista y sin mi anuencia cuanto me era privativo; a mis oficiales se ofrecían sablazos, o rodeados de bayonetas eran bajados a la fuerza de unas miserables mulas que habían tomado en la marcha por absoluta necesidad. Por último, señor gobernador, no ha faltado insulto para apurar mis sufrimientos y para aumentar nuestras desgracias. Quiero que V. S. se sirva decirme cómo somos recibidos para arreglar mi conducta: hasta ahora me creo jefe del resto de las tropas chilenas; creo que hasta no entenderme con el gobierno superior de estas provincias, nadie está facultado para alterar lo menor. Yo debo saber lo que existe todavía del ejército restaurador y de los intereses que he retirado pertenecientes en todo tiempo a Chile. Quiero conservar mi honor y espero que V. S. no se separe en nada de las leyes que deben regirle”.

De haber tenido José Miguel un minimum de serenidad no hubiera escrito esta nota a San Martín ni manifestado semejantes pretensiones. Al momento le refutó San Martín, punto por punto, dejando las cosas en su verdadero lugar: “Señor brigadier don José Miguel Carrera. — *Apenas pisé este territorio, cuando conocí que mi autoridad y empleo eran atropellados*, me dice V. S. en su oficio de hoy; yo pregunto a V. S. de buena fe, si en un país extranjero hay más autoridad que las que el gobierno y leyes del país constituyen? *Se daban órdenes a mis subal-*

ternos y se hacia a mi vista y sin mi anuencia, cuanto me era privativo. Nadie daba órdenes más que el gobernador intendente de esta provincia; a mi llegada de Uspallata las reparti porque estaba en mi jurisdicción. Una caterva de soldados dispersos cometían los mayores excesos, se saqueaban los víveres, y se tomaban con un desorden escandaloso los recursos que remitía este gobierno para nuestros hermanos los emigrados. Los robos eran multiplicados y en este estado mandé reunir a los soldados dispersos, bajo las órdenes del general de Chile don B. O'Higgins y otros oficiales del mismo Estado. V. S. no se hallaba presente, y aún en este caso estaba en mi deber contener a una muchedumbre que se hallaba en la comprehensión de mi mando. A mis oficiales se ofrecían sablazos o rodeados de bayonetas eran bajados a la fuerza de unas miserables mulas que habían tomado en las marchas. Se equivoca groseramente quien diga que a un oficial vestido con su uniforme se le haya hecho el menor vejamen, no digo a oficial, al último emigrado se le ha tratado con la consideración de hermanos, y desafío a que se me presente el que haya sufrido semejante tratamiento. Por último, señor gobernador, no ha faltado insulto para apurar mi sufrimiento. Yo estoy bien seguro que V. S. no ha tenido motivo de ejercitarlo desde que llegó a esta provincia. Quiero que V. S. se sirva decirme cómo somos recibidos para arreglar mi conducta. V. S. y demás individuos han sido recibidos como unos hermanos desgraciados, por lo que se han empleado todos los medios posibles a fin de hacerles más llevadera su situación. Hasta ahora me

*creo jefe de las tropas chilenas. Yo conozco a V. S. por jefe de estas tropas pero la autoridad de esta provincia ha privado a V. S. aun de este conocimiento. Quiero conservar mi honra y espero que V. S. no se separe en nada de las leyes que deben regirle. Nadie ataca el honor de V. S. y yo me guardaré bien de separarme de las leyes que deben regirme, porque soy responsable de mis operaciones a un gobierno justo y equitativo, así como no permitiré que nadie se atreva a recomendarme mis deberes. Por último, señor brigadier, con esta fecha doy parte a mi gobierno de lo ocurrido.”*⁹

Al día siguiente 18, José Miguel replicó a su vez a San Martín, manteniendo su punto de vista anterior. “Se habría concluido nuestra correspondencia —decía— con sólo el parte que V. S. me dice haber dado al gobierno supremo de esta provincia (a quien yo también debo dirigir mis oficios sucesivos) si no deseara satisfacerme, y satisfacer a V. S. de algunas equivocaciones, que noto en su papel que refuta el mio de ayer. Niega V. S. haber sido atropellados mi autoridad y empleo, desde que pisé este territorio,

⁹ Carrera en su *Diario*, dice que antes de suscribir su nota realizó una visita a San Martín, sin agregar empero ningún comentario sobre la misma. Más adelante veremos que San Martín parece confirmar esta visita de Carrera y adelanta algo de lo tratado en ella. Debe suponerse que en esta oportunidad sostuvieron verbalmente las distintas tesis que a continuación ratificarían por escrito.

Simultáneamente con este duelo de notas con José Miguel, mantenía San Martín, según se ha dicho, otro violento entredicho con Juan José por el asunto de la inspección de los equipajes a que hicimos referencia. Cuatro oficios a los Carrera, que son otras tantas requisitorias, suscribió San Martín en este día 17 de octubre.

Todos los documentos citados en *Documentos del Archivo de San Martín*, t. III, p. 507-520.

cuestionando, *si en un país extranjero, hay más autoridad que la que el gobierno y leyes constituyen.* Los países dejan de ser extranjeros cuando se unen por una mutua alianza. Tal ha sido la que constituyó hermano al Estado Chileno de las provincias del Río de la Plata. Así es que rendido cualquiera de ambos dominios, debía ser protegido por el que aún conservase su poder. En éste debía aquél reunir sus fuerzas bajo las órdenes del oficial que hubiere nombrado jefe de ellas. No me aparto de que las facultades de V. S. lleguen a la de contener los desórdenes que cometieren algunos emigrados; pero le niego la de hacer generales de Chile a mis subalternos, en cuyo número está el comandante de la primera división don Bernardo O'Higgins, e igualmente la de mezclarse en el régimen interior y económico de las tropas que mando. Cuando el supremo director me conteste accediendo a ayudar a la reconquista de Chile, saldrán ellas unidas a los auxiliares. En el extremo opuesto quedarán todas exentas de servicio, o tomarán el destino que más les acomode, como que hasta ahora no conocen, ni han jurado más banderas que las chilenas". A continuación José Miguel atacaba duramente a sus enemigos, a quienes culpaba de la pérdida de Chile, y finalizaba su nota dentro de la misma violencia en el estilo: "No son tan escasos mis conocimientos para que me crea facultado a recomendar a V. S. sus deberes; pero el reclamo de mis agravios jamás dejaré de hacerlo, aunque ellos emanen del primer potentado del mundo, porque así como respetaré toda autoridad en sus

límites, sabré también sostener el decoro de mi carácter".¹⁰

Aquí están definidas las doctrinas que defendieron Carrera y San Martín hasta el último instante. Carrera no cedería en su pretensión de conservar el mando entre lo emigrados y San Martín no cejaría hasta finalmente hacerse respetar como la única autoridad en el territorio de Cuyo.

Es verdad que no puede ser más peregrina la doctrina que sostiene Carrera en estos documentos. Ningún autor ha pretendido darle la razón en este sentido, y ni el mismo Carrera, una vez llegado a Buenos Aires, pretendió hacerla valer. De modo, pues, que fué su propia intemperancia la causa de su conducta, y no una presunta animadversión de San Martín.

11. En adelante, Carrera estaba perdido ante la conciencia de San Martín. Para dar fin a aquella insostenible situación, y por toda contestación, al día siguiente 19 les pasó San Martín una comunicación a los hermanos Carrera, y a Julián Uribe y Manuel Muñoz Urzúa —que habían acompañado a José Miguel como integrantes de la última Junta de Gobierno de Chile— ordenándoles se trasladasen a San Luis a esperar nuevas órdenes del gobierno central. A José Miguel particularmente le decía: "Consecuente a lo que V. S. me expuso verbalmente de querer pasar a la capital de estas provincias, he creído ser conveniente la salida de V. S., no sólo a su seguridad de V. S. sino igualmente a la tranquilidad de este pue-

¹⁰ GANDARILLAS, *op. cit.*, p. 136.

blo. La fermentación que noto contra los individuos del antiguo gobierno de Chile que acaba de fenecer, me hace tomar la medida que pase V. S. a la ciudad de San Luis a esperar órdenes superiores".¹¹

Todos los afectados contestaron excusándose de dar cumplimiento a la orden, debido a que se consideraban dependientes o miembros del Gobierno de Chile, ante quien solamente debían acatamiento. La contestación de José Miguel merece un párrafo especial: "Si V. S. confinase a José Miguel Carrera, yo expondría los derechos del hombre, el alcance de las indicaciones y el orden con que deben hacerse los juzgamientos. Pero como general del ejército de Chile y encargado de su representación en el empleo de vocal del gobierno, que dura mientras lo reconozcan los patriotas libres que me acompañan y mientras hagamos al directorio de estas provincias la abdicación de armas y personas a que marchamos, sólo puedo contestar que primero sería descuartizarme, que dejar yo de sostener los derechos de mi patria, la reputación de nuestros procedimientos y el decoroso motivo que obligó nuestra retirada y debe hacerla seguir en reposo y en libertad". Atacaba a continuación duramente a sus enemigos o'higginistas y finalizaba con estas palabras que envolvían una velada amenaza: "Mi ser me importa| muy poco. Yo aborrezco mi existencia cuando no sea útil a la libertad de mi patria. El generoso aprecio que me fran-

¹¹ *Documentos del Archivo de San Martín*, t. III, p. 483. La primera frase de este documento confirmaría la versión de Carrera en su *Diario*, a que se ha hecho referencia en una nota anterior, sobre la visita que realizó a San Martín apenas hubo entrado en Mendoza.

quean lo chilenos, su empeño porque presida sus empresas, su deferencia en mi adhesión a cuanto más les convenga, y la satisfacción de que nunca he burlado su confianza, me obligan a sostenerme en el rango que me elevaron. Nada más me mueve. No tengo otros intereses ni otra dirección, y advierto a V. S. que se desorganiza la división llegada de Chile, que no hay tropa, que se acaba todo sistema de unión, que perece el orden y que todo se destruye con perjuicio del país y descrédito de V. S., si la violencia me arrebatara mi empleo y mi libertad”.

San Martín contestó a los negantes que daba cuenta al gobierno supremo y que a ello se atuvieran. Sin fuerzas para hacerse obedecer, San Martín debió pasar por este desacato ultrajante a su autoridad y que venía a colmar la medida. En un oficio del mismo día 21, dirigido al Director Supremo, a la par que acompañaba copia de las notas cambiadas últimamente, dejaba transparentar el estado de su ánimo por “el desprecio con que miran la autoridad que reviso y las órdenes que importa”. Agregaba que esto era sólo posible porque carecía de tropas para dominar a la fuerza de Carrera, por lo que había convenido con Balcarce y el Dr. Paso, a quienes había reunido en consulta, abrir un compás de espera entretanto se concentraban todas las fuerzas disponibles y llegaban las tropas de Buenos Aires que en esta misma comunicación solicitaba con apremio. “Yo aseguro a V. E. —finalizaba San Martín— que en otras circunstancias les hubiese hecho entender el decoro con que debe mirarse al supremo gobierno de las Provincias Unidas del Sud, y que en su territorio no puede haber

más autoridad que la constituida por sus habitantes, pero las causas expuestas y la próxima amenaza del enemigo que se aprovecharía de cualquiera de estas disensiones han contenido mi santísima venganza, o mejor diré, suspendido el condigno castigo a unos individuos que han ultrajado con el escándalo al mismo gobierno en quien fundan su futura suerte".

Ya conocemos el plan de San Martín. De aquí en adelante todo sería esperar a tener el predominio militar. El tiempo estaba de su parte.¹²

12. Los días siguientes pasaron en medio de un ambiente de tensión en continuo aumento.

Ambos bandos de emigrados, con la anuencia de

¹² Carrera acompañó en su nota a San Martín un memorial que le habían dirigido 138 carrerinos, quienes se quejaban del trato que recibían en Mendoza, diciendo entre otras cosas: "Cuando a V. E. [Carrera] se arroja a la punta de San Luis, nosotros tememos peor suerte, nosotros tememos ser degollados sin reputación y como delincuentes". Entre otros, firmaban este memorial, fray Luis Beltrán, Camilo y Manuel José Benavente, Félix Antonio Noboa, oficiales que después colaborarían con San Martín en la campaña de reconquista de Chile. A éstos hay que agregar los nombres de otros firmantes como José Antonio Cruz, Francisco Javier Molina, Nicolás Maruri, Domingo Arteaga, Pedro Antonio Villar, José María Benavente y José María Portus, que fueron llamados a colaborar igualmente con San Martín, distinguiéndolos éste a todos ellos con ascensos y comisiones de confianza, sin conservar en su espíritu ningún resquemor porque hubiesen suscripto esta nota. Es una nueva prueba de la imparcialidad de San Martín, que tratándose de la reconquista de Chile buscó el apoyo de los hombres de ambos bandos. (*Documentos del Archivo de San Martín*, t. III, p. 484 y 534).

San Martín adjuntaba a su nota al Gobierno una representación que le habían dirigido 74 emigrados o'higginistas, en la que éstos asentaban por escrito, en el tono más apasionado, sus acusaciones a los Carrera, a quienes llamaban "bandidos que con toda intención quisieron perder a Chile", no titubeando en acusarlos de cobardía en Rancagua y suscribir afirmaciones como éstas: "Ellos pensaron de pronto que podían trasladarse con un millón de pesos a los Estados Unidos de América, donde creían disfrutar en medio de la abundancia, del fruto de las maquinaciones que les sugirió su ferino corazón; mas, viendo al fin que la emigración de los patrio-

San Martín, comisionaron delegados ante el gobierno de Buenos Aires para interesarlo en su favor. Mackenna e Irisarri por un lado, y José María Benavente y Luis Carrera por el otro, partieron de Mendoza el 21 y 23 de este mes de octubre respectivamente.

Entre tanto los carrerinos desconocían toda autoridad que no fuese la de su caudillo. Los choques de autoridad eran continuos, aunque no llegó a producirse ningún hecho grave. El día 27, San Martín expedía un bando llamando —bajo pena de muerte— a todos los habitantes capaces de tomar las armas.

tas de Chile era a su pesar considerable y que éste había de reclamar por un robo tan manifiesto, quisieron más bien persuadir que los caudales del erario chileno cayeran en poder de Osorio, que no que sirviesen en estas provincias para la reconquista de su patria. Ninguna cosa pudo haberse salvado con más anticipación que estos caudales; pero ellos quisieron tener el placer de hacerlos caer en poder del enemigo". Bastaría la transcripción de este párrafo, suscripto por personas de ponderación como O'Higgins, Mackenna, Freire y otros, para comprender hasta dónde el apasionamiento había obnubilado la sensatez, y de ello mismo deducir las dificultades que debió enfrentar San Martín. (*Documentos del Archivo de San Martín*, t. III, p. 541-554).

El gobierno de Buenos Aires iba sucesivamente aprobando las providencias que dictaba San Martín. Al recibir el último oficio de San Martín, el gobierno le contestó: "Los documentos con que instruye V. S. la comunicación del 21, descubren la importancia que ha tomado el partido intruso de los gobernantes de aquel país, cuyos excesos es forzoso reprimir con la política si la fuerza no se considera suficiente... Quiere S. E. que atrayendo V. S., con el decoro que corresponde, a los individuos que forman el partido de oposición a los Carrera, sostenga la dignidad que inviste con el más escrupuloso tino y prudencia, para evitar el choque estrepitoso que pudiera alarmar al enemigo común. La salud de la patria que V. S. tiene presente debe inspirarle en su difícil situación una impasibilidad decorosa, sin dejar de abrir confianza a los emigrados de uno y otro partido en la favorable acogida que merecerán de S. E., los que abandonando personalidades degradantes, coadyuven con este gobierno a salvar su patria, hasta que reunida al mando de V. S. la tropa antigua y demás que va ya en camino [240 infantes], haga sentir con firmeza el respeto que se debe a las autoridades de estas provincias". (*Documentos del Archivo de San Martín*, t. III, 520 a 524).

Pretextaba una posible invasión desde Chile, pero en realidad era para dominar a Carrera, según era fácil inferirlo. El mismo día, el coronel Alcázar, al frente de 174 dragones chilenos, desconocía a Carrera toda autoridad para mandarle y le dirigía una nota insultante. A estas fuerzas se sumaba la división de Las Heras, que había ya repasado los Andes. La crisis se acercaba.

Los preparativos militares de San Martín no podían escapar a la perspicacia de Carrera, que no podía evitarlos ni tampoco aumentar su propia fuerza. José Miguel comprendió que la situación iba evolucionando en su contra, y que una vez perdido el predominio militar, San Martín le haría cumplir sus órdenes.

Entonces (día 28) solicitó a San Martín le proporcionase auxilios para marchar con mil hombres —decía— por el lado de Coquimbo, a defender esta plaza que los realistas todavía no habían ocupado: “Resta sólo —agregaba— que V. S. se sirva proporcionarnos pasaportes y los auxilios que sean compatibles con las circunstancias, en la inteligencia de que sin cabalgaduras, sin armas, y sin más que nuestros cuerpos, marchamos contentos: de la contestación de V. S. pende nuestra determinación”.

Es evidente que Carrera no podía sensatamente esperar que San Martín pusiese a su servicio armas y cabalgaduras para una empresa semejante; San Martín no pasó de extenderle el correspondiente pasaporte. Al día siguiente 29, Carrera le hacía presente a San Martín no tener para el próximo mes dinero ni el menor auxilio para la tropa. En seguida, y buscando una salida a su difícil situación, solicitaba en

otro oficio de la misma fecha una prisión para castigar al coronel Alcázar, que, decía, se le había rebelado, ratificando no obstante su doctrina de considerarse jefe de los emigrados: "Si por algún motivo —agregaba Carrera demostrando su debilidad— no puede V. S. acceder a mi solicitud, aseguro a Ud. que en el momento dejaré el mando de las tropas de Chile, mando que me degrada cuando no puedo conservar la dignidad de mi empleo, y cuando a estos hechos es consiguiente el desorden. V. S. en tal caso puede comisionar alguna persona que se encargue de la división hasta que llegue la resolución del Supremo Director. Apetezco mi tranquilidad y me desespera mi situación".¹³

13. Obsérvese hasta qué punto se había rebajado la soberbia de José Miguel. ¡Ya sólo deseaba una salida honorable! La verdad es que para esta fecha ya estaba superado militarmente por San Martín, que haría respetar ahora sus desobedecidas órdenes.

Efectivamente, en la madrugada del día siguiente 30 de octubre, San Martín tenía circunvalado por fuerzas superiores el cuartel de Carrera, que encerraba alrededor de 400 hombres, y le intimaba rendición incondicional con estas palabras: "Todos los emigrados quedan bajo la protección del Gobierno de las Provincias Unidas como debían haberlo estado desde que pisaron su territorio, quedando libre de toda obligación respecto de una autoridad extraña que había caducado. Ya no tiene V. S. ni los vocales que

¹³ Todos los documentos a que se hace referencia, en *Documentos del Archivo de San Martín*, t. II, p. 366; t. III, p. 498-538; y GALVÁN MORENO, op. cit., p. 41.

componían aquel gobierno, más representación que la de unos ciudadanos de Chile, sin otra autoridad que la de cualquier otro emigrado, por cuya razón, y no debiendo existir ningún mando, sino el del Supremo Director, o el que emane de él, le prevengo, que en el perentorio término de diez minutos, entregue V. S. al ayudante que conduce éste, la orden para que las tropas que se hallan en el cuartel de Caridad, se pongan a las inmediatas del Comandante General de armas don Marcos Balcarce. La menor contravención, protesta o demora a esta providencia, me lo hará reputar a V. S., no como a un enemigo, sino como un infractor de las sagradas leyes de este país".¹⁴

Carrera se hospedaba en una casa vecina al cuartel y no tuvo sino que resignarse. Dentro del cuartel se intentó al parecer organizar una resistencia, porque San Martín anota en su relación: "...intimé la rendición al cuartel, que al momento de resistirla fué asaltado y rendido".

Acto seguido, San Martín dictó un bando declarando a todos los emigrados chilenos en la más completa libertad para establecerse en el país, y abiertos los cuadros de las fuerzas de Cuyo para los oficiales y soldados emigrados que quisiesen continuar sus servicios en ellas. La mayoría de los soldados y oficiales se incorporaron a las fuerzas de San Martín. Balcarce realizó la distribución de éstos en los distintos cuerpos, y elevó un parte detallado de la misma a San Martín (1º nov.).¹⁵

¹⁴ BARROS ARANA DIEGO, *Historia jeneral de Chile*, t. X, p. 160. Santiago de Chile, 1902.

¹⁵ GALVÁN MORENO, op. cit., p. 38 y *Documentos del Archivo de San Martín*, t. II, p. 156. Con la habitual parcialidad que fluye

A la una de la tarde de este día mandó San Martín llamar a su presencia, en el cuartel de San Agustín, a José Miguel, Juan José, Diego José Benavente y el presbítero Uribe. “Nos presentamos al buen San Martín —dice Carrera en su *Diario*—, y después de una conversación bastante insubstancial, nos previno era preciso quedásemos presos. Díjele que aquel trato no nos era extraño, que en la villa de los Andes, se lo había anunciado al comandante Las Heras, delante de quien se lo decía. San Martín me pidió que tuviese conformidad, y le dije que pocos meses antes me lo habían enseñado los españoles en calabozos y cargados de cadenas. Por último, quedamos los 4 en un indecente calabozo y con centinela de vista”.

Dos días estuvieron detenidos en el cuartel de San Agustín, desde donde Juan José por un lado y José Miguel, Benavente y Uribe por el otro, elevaron sendas notas a San Martín, quejándose de las condiciones en que se encontraban y solicitando permiso

de este documento, Carrera afirma en su *Diario*, que sólo dos miembros de las fuerzas emigradas quisieron servir en el ejército de Cuyo, pero le desmiente el parte de Balcarce a San Martín a que hicimos referencia. Poco después recibió San Martín orden del Gobierno Supremo, quien consideraba “...que lejos de ser útiles en aquella provincia los individuos de Chile que han pasado con armas, será conveniente que los remita inmediatamente a esta capital”. Con este motivo, San Martín dispuso la salida de los soldados y oficiales emigrados en dos divisiones, que totalizaban 530 hombres, que partieron de Mendoza el 19 y 23 de noviembre. La mayoría fué incorporada a los ejércitos del Alto Perú y expedicionario sobre Santa Fe. Años más tarde, en 1820, algunos de estos soldados se incorporaron al *Ejército Restaurador* que había organizado Carrera en Buenos Aires, según veremos.

El número total de chilenos que emigraron inmediatamente después de Rancagua sumaba alrededor de 3.000, según lo calculaba el procurador del Cabildo de Mendoza. De éstos, Carrera levantó en Mendoza un estado de su fuerza armada que dió 708 hombres. En otro documento, San Martín afirmaba eran 800 los soldados emigrados, a la par de muchas familias.

para ausentarse de Cuyo. San Martín les contestó al momento determinasen el número de animales que necesitaban para trasladarse a Buenos Aires.

El 3 de noviembre estaba en viaje la comitiva. En una galera iban José Miguel y Juan José con sus respectivas esposas y doña Javiera Carrera, la hermana mayor, ardientemente apasionada por la causa de sus hermanos, a cuyo servicio había puesto su poderosa voluntad e inteligencia. Uribe y Benavente marchaban a caballo, junto a la guardia armada que los escoltaba.

El día 11 llegaron a San Luis, donde se quedó Juan José con autorización de San Martín, mientras el resto de la comitiva hacía su entrada en Buenos Aires el 24 de aquel mes de noviembre.¹⁶

¹⁶ *Documentos del Archivo de San Martín*, t. III, p. 558 y 503; BARROS ARANA, op. cit., t. X. No hemos seguido a lo largo de este capítulo —por no hacerlo demasiado extenso— las diferentes incidencias a que dió motivo la acusación reiterada de los o'higginistas sobre que los carrerinos traían oculto parte del tesoro chileno, y la dilucidación de este punto. Baste decir que si bien la mayor parte del tesoro se perdió antes de poder pasar la cordillera, se pudo salvar una parte —al parecer pequeña— que le permitió a Carrera pagar sus tropas en Mendoza y el resto utilizarlo en su viaje a los Estados Unidos. Estas denuncias le crearon a San Martín un problema por demás embarazoso, pero que una superior razón de estado le impedía desatenderlo: “Yo no debía creer estos informes ni debía tampoco despreciarlos”, como él mismo lo decía. Siempre estuvo atento a descubrir el paradero de los caudales, llegando a tomar varias providencias con este objeto. Una vez reducido Carrera, prosiguió la investigación y elevó al Director Supremo una información sumaria sobre lo actuado. En Buenos Aires se repitieron las quejas de los o'higginistas sobre lo mismo, por lo que Carrera solicitó en dos oportunidades al Gobierno una investigación completa, que nunca tuvo efecto. “En Mendoza y en Buenos Aires, dice Carrera en su *Diario*, el clamor general era por los \$ 300.000 que los pérfidos decían me había yo traído de Chile”. Lo que sí no ofrece duda es que este asunto, en sus diversas alternativas, tiene la mayor importancia, porque fué un componente anímico que gravitó poderosamente en la exacerbación de los odios.

CAPITULO SEGUNDO

1. Una vez en Buenos Aires, y aleccionado por lo ocurrido en Mendoza, Carrera no pretendió hacer valer su autoridad sobre los emigrados. El Director Posadas le recibió "con exteriores demostraciones de benevolencia", como lo asienta Carrera en su *Manifiesto*, pero no se hizo eco de sus quejas contra San Martín, cuyas providencias había aprobado en todos los casos.

Carrera elevó también una representación ante el gobierno solicitando la libertad de su hermano Luis, procesado por la muerte, en duelo caballeresco, del brigadier Mackenna. Este lamentable episodio, ocurrido el 21 de noviembre, fué un producto más de aquel odio profundo con que se miraban ambos bandos de emigrados. Tanto el texto de esta representación de Carrera, como el escrito que por el otro lado elevó Irisarri solicitando la continuación del sumario, demuestran que en nada había cedido la intensidad del encono. El Director Posadas, para poner término a este enojoso proceso, ordenó archivar la causa y Luis quedó en libertad.¹

Poco después pareció sonreír la suerte a Carrera cuando se produjo el nombramiento de su amigo Carlos Alvear, a quien había conocido en España, como

¹ *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, t. VII, p. 288 a 342. Publicación del ARCHIVO NACIONAL, Santiago de Chile, 1950.

Director Supremo (enero 10). Pero el gobierno de éste fué derribado al cabo de tres meses por una sublevación militar.

No se conocen detalles precisos del alcance que pudo haber tenido esta amistad para los intereses de Carrera, y de si éste se introdujo en el consejo áulico de Alvear, como sostienen algunos. Sin embargo es muy sugestivo que una vez caído Alvear, Carrera fuese detenido —aunque sólo momentáneamente— a la par de los más adictos alvearistas; así como son sugestivos los términos de la carta de uno de éstos, Bernardo Monteagudo, que, prófugo, le escribía desde Río de Janeiro sin sospechar el papel desdichado que le tocaría desempeñar en la suerte de la familia de los Carrera: “En todas partes me haré un deber de ser con la mayor franqueza y sinceridad su afectísimo amigo”.²

El nuevo Director Supremo, Ignacio Alvarez, aunque muy devoto de San Martín, no fué hostil a Carrera sin embargo, acogiendo con beneplácito un plan que éste le presentó para la reconquista de Chile. El Director le agradeció a Carrera en cordiales términos su “juicioso plan”, y aunque le hacía presente no podía deliberar sobre la materia hasta saber el destino de la expedición española de Morillo, lo sometió a la consideración de San Martín, con “especial recomendación” de producir un informe al respecto.

El plan de Carrera, fechado el 8 de mayo, preconizaba, en síntesis, la entrada a Chile por Coquimbo,

² VICUÑA MACKENNA BENJAMÍN, *El ostracismo de los Carrera* en *Obras completas*, t. IX, p. 46. Santiago de Chile, 1938. Carta del 2 de agosto de 1815.

ese mismo invierno, con 500 soldados chilenos y 1000 fusiles de repuesto. Confiaba Carrera que podría sostenerse con esta fuerza, cuya presencia —decía— provocaría un levantamiento en masa de los patriotas. Al comienzo mismo de su exposición, Carrera atacaba a San Martín por no haberlo apoyado meses antes en Mendoza con este mismo objeto. Así decía: “Una pequeña expedición sobre Chile se ha mirado como una fábula alegre; y acaso se graduaría de locura pretenderla en el día, si la proposición se hiciera a los hombres superficiales que en mejor ocasión defraudaron nuestra empresa. Su buen éxito era seguro, si, reorganizados en Mendoza, se nos hubiese permitido volar a Coquimbo donde se sostenía el patriotismo”.

Elevado, como decimos, este proyecto a informe de San Martín, produjo éste su dictamen, fechado el 19 de junio, empezando por decir: “Los medios que propone en la nota del 8 del mismo don José Miguel Carrera, y que se sirve acompañarme V. E., son irrealizables; lo digo con dolor, más cuando V. E. me distingue librando la consulta de este asunto tan importante, debo expresarme con toda franqueza”. El dictamen de San Martín puede reducirse al desarrollo de un solo concepto, que resume su idea estratégica: no debían desperdigarse fuerzas en expediciones parciales, sino concentrar todos los medios para una campaña general de reconquista de Chile. Su refutación a los pormenores del plan de Carrera es una acabada muestra de la consecuencia a su pensamiento estratégico de siempre. No dejó tampoco San Martín de ocuparse de la alusión de Ca-

rrera a su conducta en Mendoza, por lo que agregaba: "Don José Miguel Carrera se queja de haber sido arrastrado por inteligencias las más degradantes ante el gobierno pasado: tenga V. E. a bien pedir la correspondencia escandalosa en que insultaron a este gobierno los pocos días de su permanencia en ésta; pero mejor y con menos trabajo, oiga V. E. lo que le diga el ministro de la guerra, don Marcos Balcarce, testigo personal de los sucesos, y el que impondrá igualmente a V. E. sobre los asuntos del citado proyecto, pues su permanencia en Chile y su carácter reflexivo, le han hecho adquirir conocimientos preciosos". Leído este dictamen de San Martín, el gobierno mandó archivar el proyecto (junio 14).³

Poco después, y residiendo todavía Carrera en Buenos Aires, San Martín, en previsión de que sus hábiles trabajos de zapa y la dura represión realista, ocasionasen un levantamiento popular en Chile que, convenientemente sostenido por las fuerzas de Mendoza, condujese a la liberación de este país, consultaba al Gobierno Supremo: "¿Cuál debe ser la conducta que deba reglarme? ¿Cuál el sistema de gobierno que debe establecerse? Si éste ha de ser de individuos de aquel territorio, ¿cuál de los dos partidos debe dominar? es decir, el de los Larraínes o el de los Carreras, en el supuesto de que todo chileno está adicto a uno de los dos". El Director Alvarez le contestó, en forma igualmente *muy reser-*

³ VICUÑA MACKENNA y MITRE, en el apéndice de sus obras citadas, publican el plan de Carrera y su impugnación por San Martín, respectivamente.

vada: “Ya que es preciso que domine uno de los dos partidos en que están divididos los chilenos, me decido por el de los Larraínes. La forma de gobierno la dejará a discreción de ellos mismos, sin promover, ni de lejos, la dependencia de estas provincias”.⁴

2. Por su parte, y “cansado ya de insultos y desprecios, dice Carrera en su *Manifiesto*, resolví de acuerdo con los otros vocales del gobierno chileno pasar a los Estados Unidos de Norteamérica, y habiendo instruido al nuevo Director de los objetos patrióticos de esta determinación, me fué otorgada la licencia con recomendaciones para el Presidente de aquella República y ofertas las más expresivas de que en todo tiempo serían protegidas mis empresas en auxilio de mi patria afligida”.

Con los pocos fondos que pudo procurarse en circunstancias tan adversas, Carrera se embarcó para los Estados Unidos el 15 de noviembre de 1815, arribando a destino el 17 de enero siguiente. El 3 de diciembre del mismo año 1816 se embarcaba de regreso hacia Buenos Aires. Menos de 11 meses llegó a estar Carrera en los Estados Unidos. Ayudado por buenos amigos, pero más que nada por su admirable don de persuasión, que era su característica favorable más sobresaliente, Carrera consiguió en este corto lapso de tiempo resultados admirables. Se hizo escuchar por eminentes personalidades de este país, incluso el Presidente Madison, y estableció contacto

⁴ Nota de 26 de setiembre y contestación de 30 de octubre en MITRE, op. cit. t. V, p. 193 y *Documentos del Archivo de San Martín*, t. II, p. 103.

con conspicuos emigrados europeos, algunos de los cuales lo acompañarían de regreso a Buenos Aires. Interesó igualmente a importantes casas comerciales que especulaban con la venta de armas tanto a españoles como a americanos y consiguió concretar el armamento de un escuadrilla que se pondría a sus órdenes. Y esto sin conocer el idioma inglés, que estudiaba asiduamente al tiempo que realizaba sus gestiones. Todos los autores están contestes en reconocer los méritos de Carrera en esta oportunidad.

La escuadra proyectada constaba de 5 buques. La casa Darcy y Didier aprontaría armados en guerra, la corbeta *Clifton*, los bergantines *Savage* y *Regent* y la goleta *Davei*. La casa Huget y Tom alistaría la poderosa fragata *General Scott*. Todos estos barcos transportarían emigrados y armas.

Eufórico por las promesas que le hacían pensar que se pondrían a su servicio importantes medios de lucha, José Miguel, poco antes de embarcarse, escribía a su hermano Luis: “Mi expedición desafía al mundo entero, y es debida a mis únicas cualidades, constancia, actividad y buena intención”.

El plan de Carrera era concentrar en Buenos Aires la escuadrilla, y, con el apoyo del gobierno, o sin él, embarcar a todos los chilenos afectos y dirigirse seguidamente a Chile, con el designio de armar a sus partidarios con los fusiles que llevaban los barcos y reabrir la lucha contra los realistas.

El 9 de febrero de 1817 arribaba Carrera a Buenos Aires en la corbeta *Clifton*, acompañado de 80 personas entre oficiales extranjeros —principalmente franceses— y algunos hombres de ciencia y artistas.

Días después lo hacía la goleta *Davei*, el más pequeño de los barcos. Carrera se había adelantado al resto de la escuadrilla, cuya concentración debía operarse en Buenos Aires. Llegaba pletórico de esperanzas.

Pero el nuevo Director Supremo, Juan Martín de Pueyrredón, entregado de lleno a los planes de San Martín, ya había acordado con éste el destino que debía darse a la escuadra de Carrera, y resuelto la situación personal de éste, según va a verse.⁵

3. En el momento que Carrera se embarcaba para los Estados Unidos —noviembre de 1815— San Martín todavía no había encontrado apoyo en el gobierno de Buenos Aires a su idea de realizar una expedición formal a Chile. Es sabido —como bien lo ha documentado Mitre—, que hasta mayo de 1816 el gobierno central no se decidió por la invasión a Chile con un ejército en condiciones de realizar una campaña general. Más aún, en febrero de este año, por vía *reservadísima*, el Director Alvarez había propuesto a San Martín realizar una expedición parcial sobre Chile con el fin de abrir la lucha aquel in-

⁵ Una información más completa sobre los trabajos de Carrera en los Estados Unidos puede verse en la obra citada de VICUÑA MACKENNA. Aunque es indudable el mérito de la labor de Carrera, tampoco se debe exagerar la importancia del poder de la escuadrilla, ni creer que éste tuviese el mando absoluto de la misma. Los capitanes de los barcos revestían la calidad de agentes comerciales de la casa Darcy y Didier, encargados de defender los intereses de ésta, cobrando los gastos de mantención, salarios de la tripulación y el doble del costo de los barcos, según lo estipuló en el contrato. Por otra parte, del resto de la escuadra proyectada, sólo arribó el bergantín *Savage*, que junto a la corbeta *Clifton*, eran dos barcos mercantes armados con algunos cañones y que —más tarde—, cuando el gobierno argentino tomó posesión de ellos, debió destinarlos a barcos de carga. El bergantín *Regent* fué enviado a Europa y la fragata *General Scott* fué vendida a los españoles, por sus respectivos propietarios.

vierno. El gobierno de Buenos Aires hacía suyo poco menos que el conocido plan de Carrera, desechado anteriormente ante la opinión fundada de San Martín. Este contestó ahora como entonces, diciendo el 29 de febrero: "todo esfuerzo parcial es perdido decididamente", tras de lo cual sostenía la necesidad de suspender todo movimiento mientras no se abriese la campaña general. Por la misma causa que el año anterior había rechazado el plan de Carrera, rechazaba ahora éste: su objeción era fruto de una madura reflexión, y no le interesaba quien fuese el autor del plan.

Pero más. En su contestación al gobierno San Martín proponía un plan completo de expedición a Chile para la primavera de ese año, y solicitaba autorización para formar cuadros de oficiales entre los emigrados chilenos, para que sirviesen de base a un ejército nacional, una vez realizada la reconquista.

El gobierno de Buenos Aires hizo suya la opinión de San Martín, desechando su propio plan y accedió a la autorización solicitada.

En su consecuencia San Martín designó el 25 de abril una comisión organizadora de los cuadros de oficiales, compuesta de 6 emigrados, cuya elección es una nueva prueba de la equidistancia de San Martín entre los bandos carrerino y o'higginista. Formaban parte de ella oficiales carrerinos tan decididos como José María Benavente y Pedro Antonio del Villar, que habían firmado el manifiesto carrerino de octubre de 1814 quejándose de cómo eran recibidos por San Martín. A su lado se encontraban en la misma comisión los oficiales Juan de Dios Vial y Venancio

Escanilla, que en 1814 habían suscripto el manifiesto o'higginista. En una instrucción para la organización de esos cuadros, que les acompañó con el nombramiento, San Martín hacía un nuevo llamado a la concordia entre los emigrados, con los mismos conceptos de 1814: "Abjuremos de una vez las ideas mezquinas, las facciones y resentimientos particulares —decía—. Nada debe ocuparnos sino el objeto grande de la independencia". Para la elección de los oficiales que debían componer esos cuadros, les encargaba "a nombre de la Patria, que desatendiendo parcialidades y enconos privados, que deben olvidarse, procuren elegir sujetos dignos de apellidarse libertadores y garantes del orden y prosperidad futura de su suelo nativo". Nobles palabras de un espíritu superior.

No se tienen constancias de que esta comisión hubiese llegado a concretar sus trabajos, quizá porque el apasionamiento de ambos bandos les impedía trabajar juntos. Mitre, que en el texto de su obra no trata este punto, publica en el apéndice justificativo de la misma los documentos que citamos.

A pesar del fracaso de esta comisión, San Martín insistió en formar cuadros con los emigrados chilenos. El 16 de octubre dictó un bando disponiendo: "Todo emigrado de Chile que quiera coadyuvar a su reconquista (sin distinción de oficiales ni paisanos capaces de tomar las armas) se reunirán en San Juan en el término de quince días a esta fecha, a formar un cuerpo denominado *Legión Patriótica de Chile*". El oficial José María Portus, otro de los carrerinos que firmara el manifiesto de 1814, se diri-

gía a San Martín el 21 de octubre, solicitando fusiles, sables y otros elementos para empezar la instrucción del cuerpo. Esta *Legión Patriótica* llegó a formarse. Conocemos un estado de fuerza de la "Compañía de infantería de línea de emigrados de Chile", del mes de noviembre, que resulta tener 6 oficiales y 38 soldados. ⁶

4. Por esta época —nov. 1816— tuvo San Martín las primeras noticias de los trabajos de Carrera en los Estados Unidos, que habían trascendido y eran conocidos ya incluso por los realistas de Chile. Las noticias venían abultadas. Carrera escribía sobre su empresa a sus hermanos y amigos en términos que reflejaban su propio estado de ánimo exultante. Ya hemos transcripto al respecto los términos un tanto jactanciosos de una carta a su hermano Luis. Carrera no buscaba guardar el secreto de su proyecto. Todo lo contrario; desde el país del norte lo difundía a todos los vientos e incluso le escribió amistosamente al Director Pueyrredón, el 26 de octubre de este año, anunciándole estar próximo a emprender su viaje. Vicuña Mackenna publica estos documentos en su obra.

Lo lógico es pensar que por la vía de Pueyrredón recibiría San Martín estas noticias. Pero también desde el mismo Chile, su agente secreto, el famoso Manuel Rodríguez, le escribía el 28 de noviembre diciéndole que los realistas estaban en conocimiento del proyecto de Carrera y que lo consideraban próximo

⁶ MITRE, op. cit., t. V, p. 238 y *Documentos del Archivo de San Martín*, t. II, p. 262.

a embarcarse acompañado de muchos emigrados. Esta comunicación de Rodríguez revela que los patriotas chilenos estaban igualmente enterados de la próxima expedición de Carrera, que desde éste abajo, todos creían sería sobre la base de una poderosa escuadra de mar.⁷

Para esta fecha San Martín estaba próximo a cruzar la cordillera con el Ejército de los Andes. Conociendo la opinión que San Martín tenía formada de Carrera, es fácil inferir la impresión que haría en su espíritu la sola posibilidad de que Carrera apareciese en Chile con una escuadra. Era lo mismo que pensar en la guerra civil y la consiguiente retardación o abandono de la campaña posterior sobre Lima, donde verdaderamente colocaba San Martín el término de la guerra por la independencia americana, de la que la reconquista de Chile era sólo una etapa.

Con fecha 15 de diciembre San Martín escribió oficialmente al gobierno de Buenos Aires expresando la inconveniencia de permitir en esas circunstancias que Carrera arribase a Chile con una expedición. El texto de este oficio no se conoce, pero su contenido se deduce de la contestación del gobierno, que ya había tomado una resolución en el mismo sentido, según se lo comunicaba a San Martín: "Aun antes de recibir el oficio de V. E. de 15 del pasado sobre el embarazo que debe producirle la presencia de los Carrera en Chile durante sus operaciones militares, tenía resuelto el Director Supremo no se permitiese de modo alguno la traslación de estos individuos a

⁷ *Documentos del Archivo de San Martín*, t. III, p. 150. Carta con el pseudónimo de Alemán.

aquel reino". A su vez, Pueyrredón le escribía confidencialmente: "Para asegurarme de toda responsabilidad ulterior en el intento de Ud. de alejar a los Carrera, será de suma importancia que Ud. acumule materiales y me los remita, en términos que justifiquen mi conducta. Sin esto, no podré tomar una medida tan seria, pero sí puedo asegurar a Ud., que mientras yo mande no se acercarán a Mendoza".⁸

También se infiere del texto de esta carta, que San Martín pidió a Pueyrredón el "alejamiento" de Carrera. La conducta posterior de San Martín y del Director, que trataron de encontrar una salida amigable a la situación de Carrera, hace pensar que San Martín debió aconsejar se lo "alejase" con una misión diplomática, entre tanto se definía la campaña de reconquista de Chile.

Ya sabemos que San Martín y el gobierno argentino no discriminaban contra los carrerinos en favor de los o'higginistas. El problema era José Miguel, a quien descontaban enemigo de la campaña del Ejército de los Andes y cuya tenacidad como jefe de partido, era un peligro para los planes sanmartinianos.

De todos modos, la resolución de no dejar pasar a Carrera era definitiva, y esto era por otra parte lo que indicaba el buen sentido político, e incluso el patriotismo, desde un punto de vista americano.⁹

5. Días después de la carta de Pueyrredón a San

⁸ Oficio del 2 de enero y carta del 1º de febrero en *Documentos del Archivo de San Martín*, t. III, p. 567 y t. IV, p. 561, respectivamente.

⁹ Tan es verdad que no se discriminaba contra los carrerinos, que incluso se rinde un cumplido homenaje al mismo Carrera, cuando en las Instrucciones reservadas para la campaña de Chile, que

Martín, el 9 de febrero de 1817, arribaba Carrera a Buenos Aires en la corbeta *Clifton*, según dijimos.

Al desembarcar, Carrera debió experimentar el más rudo golpe a sus esperanzas, cuando supo que por esos días se esperaba en la ciudad con ansiedad el resultado de la campaña de los Andes que San Martín había abierto el mes anterior. En el momento de abandonar los Estados Unidos —dic. 3 de 1816— no podía saber Carrera si llegaría o no a realizar su expedición antes que la de San Martín. Su plan de campaña —si tal puede llamarse— era independiente del de éste, y no puede dudarse de que en su fuero interno hubiera querido adelantársele.

De todos modos, al momento de desembarcar solicitó audiencia al Director Pueyrredón, para exponerle el resultado de su misión y sus planes para el futuro. El mismo Carrera en su *Manifiesto*, refirió de esta manera su entrevista con Pueyrredón: "Sin detenerme bajé a tierra a ofrecerle mis respetos e instruirle de los motivos y objetos patrióticos de mi expedición, y aunque me prodigó expresiones y cumplimientos de civilidad, no pudo ocultar el disgusto

el gobierno extiende a San Martín y que éste no objeta, se le dice: "2º Siendo notoria la división en que se hallaba Chile por dos partidos poderosos, antes de la entrada de las tropas del Rey presididos a saber, el uno por la familia de los Carrera y el otro por la casa de los Larrañes, se procurará extinguir la semilla del desorden con proclamas imparciales, sin justificar a ninguno de ambos, ni permitir se renueven las causas de aquel choque fatal; 3º El general tendrá presente que el primero de los dichos partidos contaba con el afecto de la plebe, y que sus procedimientos, aunque nada honestos y juiciosos, investían un carácter más firme contra los españoles; y que al segundo pertenecían la nobleza, vecinos de caudal y gran parte del clero secular y regular, siempre tímidos en sus empresas políticas. Entre estos dos extremos el General elegirá los medios, sin confundir absolutamente los unos y realzar lo otros, dando siempre lugar al mérito y a la virtud". (*Documentos del Archivo de San Martín*, t. III, p. 402).

que le había causado mi venida. Al recordarme las pasadas desavenencias con San Martín, que ejecutaba entonces el paso de las cordilleras al frente de un ejército respetable, me insinuó dejar a disposición de aquel Gobierno la flotilla de mi mando y que pasase a Estados Unidos en calidad de Diputado de Buenos Aires y Chile; porque habiendo ordenado a San Martín que nombrase al general O'Higgins de Director del Estado Chileno, ofrecía esta circunstancia graves inconvenientes a mi tránsito a Chile en situación tan delicada.

“Yo contesté a sus insinuaciones con la imposibilidad de aceptar aquella comisión, aunque tan honrosa para mí, porque siendo un ciudadano de Chile no podía admitir empleos de un gobierno extranjero sin renunciar a los derechos de mi Nación, ni tampoco representarla como su Diputado sin la expresa voluntad de un gobierno legítimamente constituido por los pueblos libres; que era, por otra parte, indecoroso a mi reputación recibir cargos de comodidad y lucro, cuando la patria en peligro invocaba el socorro pronto e inmediato de sus valientes hijos; pero que sin embargo de estos sentimientos de honor y delicadeza, convenía desde luego en dejar el mando de la flotilla y suspender mi viaje a Chile, esperando que la expedición seguiría a llenar sus objetos, y en caso de no verificarse la restauración, que me auxiliaría el gobierno para pasar a aquellas costas con mis buques y probar si estaba a mis alcances librar el país de la opresión y servidumbre”.

La situación, pues, según lo dice el mismo Carrera, quedaba pendiente del resultado de la campaña

de San Martín, que todos esperaban ansiosamente. Pocos días después, en la mañana del 24 de febrero, llegó a Buenos Aires la noticia del triunfo de éste en Chacabuco, que fué recibida con extraordinario júbilo en la ciudad.

En una carta del día siguiente 25 de febrero, al darle cuenta a San Martín de la impresión que había causado en la ciudad la noticia del triunfo de Chacabuco, Pueyrredón estampaba esta posdata: "Descuide Ud. sobre los Carrera, que no irán a Chile por más que hagan. ¿Quiere Ud. creer que no han venido a felicitarme por motivo tan plausible para ellos mismos? Son el demonio".¹⁰

En verdad, no podía escapar a la penetración de Carrera que esta victoria equivalía a tornar imposible su expedición a Chile, según se lo había expresado claramente Pueyrredón. Es indudable que al espíritu de Carrera debió significarle un conflicto la noticia de la batalla de Chacabuco, que, a la par que libertaba a su patria, echaba por tierra sus más caras ilusiones, nacidas en Estados Unidos al conjuro de su esforzado trabajo.

No obstante, Carrera reaccionó patrióticamente. Al día siguiente 26, escribió a Pueyrredón una nota, en la que replanteando la situación "a la vista de la gloriosa acción de Chacabuco" —textual—, afirma-

¹⁰ MITRE publica esta carta con notables errores: suprime la frase *Son el demonio*, y donde dice *no han venido a saludarme* transcribe *han venido a saludarme*. Estas mutilaciones, que le dan al texto un sentido diametralmente opuesto al que en verdad tiene, han llevado a MITRE a interpretar al revés este asunto, siguiéndole BARROS ARANA en el mismo camino. El texto que publicamos es el correcto, según lo cotejamos con el original, que concuerda por otra parte con el que se registra en *Documentos del Archivo de San Martín*, t. IV, p. 563.

ba que era menester con todo dominar el Pacífico, para lo que ofrecía la fuerza de su flotilla, que podría ser duplicada por el gobierno. Adaptándose a las nuevas circunstancias, según se ve, Carrera insistía en su proyecto.¹¹

Con motivo de esta nota, tuvo Carrera otra entrevista con Pueyrredón, quien le hizo saber en forma definitiva que debía desistir de todo propósito de pasar a Chile. Dominando la impresión que le causara esta actitud, Carrera se avino —por lo menos aparentemente— a colocar a disposición del gobierno la flotilla de su mando. La conferencia fué muy cordial, y Pueyrredón llegó a convencerse de que la actitud de Carrera era sincera en el sentido de dejar la flotilla en manos del gobierno. A San Martín le escribió el 3 de marzo: "Dentro de pocos días estarán aquí cinco buques armados que venían con Carrera a su empresa: éstos quedan a mi disposición y saldrán a recibir órdenes de Ud. en Valparaíso, sobre lo que le impondré después con más tiempo. Carrera con sus hermanos no se moverán de aquí".¹²

A O'Higgins le escribió oficialmente días después, el 8 de marzo, mostrándose Pueyrredón muy bien impresionado por la actitud de Carrera. El texto de esta nota lo dice todo: "Excelentísimo señor: Existe en esta capital don José Miguel Carrera, perteneciente a ese Estado, con sus hermanos Juan José y don Luis, y a todos, por razones políticas, he indicado la necesidad de no pasar a esos pueblos, con

¹¹ GANDARILLAS, op. cit., p. 172.

¹² *Documentos del Archivo de San Martín*, t. IV, p. 565.

lo que se han conformado. El primero ha hecho recomendables servicios a su patria en los Estados Unidos, donde ha negociado una expedición naval con destino a la reconquista de ese reino, y hubiera llenado sus fines con probabilidad en el caso de que nuestras fuerzas no se hubiesen anticipado. En la actualidad puede aún ser útil a ese Estado y a la causa general, y se ha desprendido generosamente de toda intervención en ella, poniendo a disposición de este gobierno todos sus derechos. Sean cuales fueren los motivos del disgusto que se hayan ofrecido en el curso de la revolución, no puede negarse el mérito de su constante resolución por la libertad, a que él muy principalmente ha consagrado grandes esfuerzos, teniendo una parte no pequeña sus hermanos. Su rango en la milicia de ese Estado es bastante distinguido, y el honor patrio se interesa en que no se vean desvalidos y necesitados en un país donde carecen de recursos para su subsistencia". En virtud de estos antecedentes, Pueyrredón interponía su mediación ante O'Higgins para que éste decretase una asignación anual de \$ 3.000 a José Miguel y otra proporcionada a sus hermanos.

El mismo Carrera no titubeó en escribirle a su mortal enemigo O'Higgins 3 oficios, que llevan fecha 15 de marzo, en los que le informaba de sus actividades en Estados Unidos y de los buenos términos en que había quedado con el Director Pueyrredón. Estas son sus palabras: "Me hice a la vela desde el puerto de Baltimore el 26 de noviembre de 1816 y arribé a éste el 9 del pasado febrero con el triple objeto de reforzar la tripulación, examinar la situación

política de Chile, y combinar mis operaciones con el ejército de Mendoza, para que a pasos paralelos pudiésemos invadir al enemigo. Desgraciadamente, supe que ya había pasado la cordillera el ejército de Mendoza y que difícilmente podía ser su consorte en esta lucha gloriosa. Sin embargo, considerando que podrían estar integras las fuerzas marítimas del enemigo para servir de apoyo a los puertos con quienes estuviesen en contacto, continué en disponer el buque para doblar el cabo luego que estuviesen de arribada los otros que esperaban. En esta situación de cosas y cuando había llegado ya la escuna *Davei*, me comunicó el Supremo Director del Estado su resolución definitiva de cortar el progreso de esta expedición por temores que le asistían de que mi presencia perturbase el sosiego de aquel Estado. Por sensible que me fuese ver en el mismo puerto naufragadas mis esperanzas, encontré en mí la docilidad de un alma que identifica con su propia existencia la felicidad de su Patria. Persuadido que es necesario ceder al imperio de las circunstancias, tomé desde luego mi partido de ponerlo todo, como lo hago, en consideración de V. E. para que determine lo que fuere de su superior beneplácito. Entre tanto, temiendo ver deshecha o neutralizada la escuadrilla, no he omitido esforzar la persuasión a fin de que este señor Director influya en el nombramiento de otra persona que ocupe mi lugar".¹³

¹³ El oficio de Pueyrredón a O'Higgins y los de Carrera a O'Higgins en *Documentos del Archivo de San Martín*, t. III, p. 568 y GANDARILLAS, op. cit., p. 175.

Al recibir el oficio de Pueyrredón, O'Higgins estalló en protestas contra los Carrera, juzgándolos merecedores de los más grandes castigos y comisionando ampliamente a San Martín —en esos mo-

6. Según vemos, para el 15 de marzo Pueyrredón tenía la mejor opinión sobre la conducta de Carrera, a la par que éste refirmaba al mismo O'Higgins su actitud conciliadora.

Sin embargo, dos semanas más tarde era tomado preso. ¿Por qué?

La verdad es que en su fuero interno Carrera pensaba algo muy distinto del trato que se le dispensaba en Buenos Aires.

El mismo Carrera en su *Manifiesto* nos confiesa la impresión que le produjo la negativa de Pueyrredón a dejarlo pasar a Chile después de Chacabuco. "Personalmente —dice— me comunicó el Director su resolución de impedir mi salida, la de los oficiales, artistas y demás personas que vinieron para pasar a Chile, porque convenía dejar mi empresa sin efecto.

mentos en camino para Buenos Aires— para tratar este asunto a su llegada a la capital. "La sagaz ambición de los Carrera —decía O'Higgins a San Martín en oficio del 25 de marzo— ha llegado a abrirse un patrocinio en el supremo gobierno de esas provincias; sus benéficas intenciones han sido sorprendidas por la astucia y tramoya de unos hombres que deben ser proscriptos de estas regiones, si se ha de obrar su libertad. ¿Qué contraste no causaría a los beneméritos restauradores de Chile y a los buenos hijos del país, si antes de premiar a los unos y de resarcir en parte sus ruinas a los otros, vieran prodigar el caudal público en dotar a los agentes de sus males, a los perversos que ocupados de la dilapidación y tiranía doméstica, entregaron a Chile a la rabia felina de los españoles? El directorio supremo de la Plata, al interponer por los Carrera su mediación respetable en el oficio que en copia doy a V. E., no previno acaso aquellos antecedentes e ignoraba que estos habitantes les detestan, y que blasfemarían su suerte y la conducta del gobierno si presintieran que había disposición a protegerles... Con todo —agregaba— en obsequio de la honorable y muy apreciable mediación del supremo gobierno de la Plata, yo estoy pronto a que se les asigne aquello que V. E. de acuerdo con esa suprema autoridad crea conveniente, conviniendo en que tampoco es justo ni político que, separándoseles a países extraños, se les abandone a la total indigencia: jamás han sido éstas mis intenciones, y creo que el pueblo que tengo el honor de mandar, hará justicia en esta parte a mis procedimientos. En fin, V. E. queda especial y generalmente facultado (sin perjuicio

No me es posible dar una idea de los sentimientos que sofocaban mi alma a vista del despotismo, del descaro y de la felonía con que el Director, violando mis derechos y su palabra, atacando su honor y mi reputación, vulnerando, en fin, los respetos debidos a la hospitalidad, a la dignidad de la nación, a los altos intereses del Estado chileno y al concepto público de justicia de la revolución de Sud América, destruyó con la flotilla los proyectos más bien concertados, dejando comprometida mi opinión y mi responsabilidad con las personas que me abandonaron generosamente sus intereses para la ejecución de tan maña empresa. Pero fué necesario ceder, y protestando enérgicamente contra la fuerza, le representé que tomando a su cargo mis obligaciones con respecto a los dueños de la expedición, cuidase de la subsis-

de los altos poderes de que está revestido) para transar y concluir este negocio, seguro que la terminación que se le diere, será por mí religiosamente observada y mandada ejecutar en toda su extensión". En otro oficio a San Martín de la misma fecha, O'Higgins exponía con más acritud todavía su punto de vista: "Se dota con tres mil pesos anuales a don José Miguel Carrera y a proporción a sus hermanos en el momento de extraerlos del país! Pues entonces se autoriza el crimen en tanto que se premia al delincuente... ¿Tememos acaso a los Carrera o se espera de ellos algún bien? Uno y otro extremo es indigno de la suprema autoridad, a más que implicaría desterrarlos y enriquecerlos mutuamente. Por último, no tengo yo poder para desangrar a la nación en favor de sus enemigos y sin que refluya en su felicidad. Los pueblos herirían con justicia mi conducta y sería un motivo de fermentos. Si son delincuentes castígueseles, y ya que se acordó el destierro, dóteseles con una pensión módica, conforme a las circunstancias y que ellos mismos se han hecho acreedores. Hablo así a V. E. para que penetrado íntimamente de mis intenciones, pueda proceder en el acuerdo con el supremo gobierno de esas provincias". (*Documentos del Archivo de San Martín*, t. III, p. 568 a 574).

MITRE convierte a San Martín en el gestor de esta proyectada asignación a los Carrera, lo que es totalmente erróneo, ya que Pueyrredón la propició mucho antes de que San Martín arribase a Buenos Aires.

tencia de ochenta individuos que componían el número de oficiales y artistas desembarcados, pues que yo carecía de fondos y recursos para sostenerlos por más tiempo”.

Por los documentos transcriptos anteriormente se ha visto que no hubo tal enérgica protesta sino sólo palabras de desprendimiento que engañaron a Pueyrredón, y que ahora sabemos no eran sentidas sino utilizadas como un ardid para ocultar su propósito de embarcarse subrepticamente.

Es que realmente resultaría difícil comprender esa actitud conciliadora de Carrera para quien conoce sus antecedentes. Si bien era de una gran nobleza de corazón en la hora del triunfo, como lo demostrará más tarde, en el momento de la adversidad su orgullo le vedaba someterse a las circunstancias, hasta los extremos de olvidar que era caudillo de un partido numeroso, y, como tal, con grandes responsabilidades para con su país. De seguro que no dejaría de inflamar su rebeldía la palabra encendida y apasionada de su hermana doña Javiera, en cuya casa se alojaba.

De haber aceptado Carrera la representación diplomática de su país en los Estados Unidos, donde contaba con importantes vinculaciones, hubiera prestado servicios muy valiosos a su patria, a la vez que hubiera contribuido a su pacificación interna. Este es un momento culminante en la vida de Carrera y no es posible dejar de analizar su responsabilidad como jefe de partido. Es cierto que Carrera se caracterizaba por un chilenuismo acérrimo al que debió chocar vivamente en su primera entrevista con Puey-

rredón, la franca declaración de éste sobre que O'Higgins sería el Director de Chile en caso de una victoria. Debió comprender sin embargo que la suerte había favorecido a su rival, y que en adelante su persona era incompatible con los planes de la alianza argentino-chilena. De todos modos, al dejarse arrastrar por la pasión y adoptar una postura anti-patriótica para con la revolución americana, demostró Carrera que como político carecía de perspectiva. Como caudillo de un partido no demostró mayor alcance, empujando a sus partidarios por la pendiente de las conspiraciones, que terminó con casi todos ellos en la prisión o en el destierro, cuando no pagaron algunos con la vida, incluso sus dos hermanos y finalmente él mismo.

7. De modo, pues, que en su fuero interno no aceptó Carrera el dejar la escuadrilla en manos del gobierno, sino que pensó en utilizarla para su proyecto primitivo.

El 20 de marzo arribaba a Buenos Aires el bergantín *Savage*, el tercero de los barcos que componían la escuadrilla de Carrera, con un cargamento de armas que debían venderse en las costas de Chile. En su calidad de agente comercial de la casa Darcy y Didier, el capitán de la *Clifton* estaba en arreglos con Pueyrredón sobre el destino del barco, según lo convenido por el mismo Carrera, y se opuso decididamente al proyecto de abandonar ocultamente el puerto y seguir viaje a Chile, como quería el capitán del *Savage*, sosteniendo ambos con este motivo un violento altercado que se hizo público y abrió los

ojos a Pueyrredón. Tras ello sobrevino la denuncia formulada al gobierno por uno de los acompañantes de Carrera en su viaje desde los Estados Unidos, el coronel francés Dauxion Lavaysse, que se alojaba en la misma casa de doña Javiera, y que denunció a Carrera como el autor del plan de levar anclas en la noche y dirigirse con sus partidarios a Chile, a obrar por cuenta propia.

Inmediatamente, en la medianoche del 29, José Miguel fué detenido y puesto en absoluta incomunicación a bordo del bergantín *Belén*. Con Juan José se hizo lo propio en el bergantín *Veinticinco de Mayo*, escapando Luis a la orden de arresto por haberse ocultado con tiempo.

Carrera había perdido la benevolencia de Pueyrredón, y ahora no cabía sino el destierro sin consideración alguna.

Horas después, en la madrugada del 30, entraba de incógnito en la capital porteña el general San Martín.

Volvamos sobre los pasos de éste, a quien dejamos en el momento de cruzar los Andes, con la tranquilidad que le daba la terminante declaración de Pueyrredón sobre que no dejaría pasar adelante a Carrera.

8. A poco de su triunfo en Chacabuco, San Martín tomó rumbo a Buenos Aires, donde debía concretar los esfuerzos chileno-argentinos para crear una escuadra que dominara el Pacífico y sirviese de medio para expedicionar lo más pronto posible sobre Lima. Al igual que Pueyrredón, San Martín creyó

que tal vez sirviese la escuadra que Carrera traía desde los Estados Unidos y que se suponía poderosa.

San Martín salió de Santiago el 11 de marzo, entrando el 17 en Mendoza. Aquí le alcanzó la carta de Pueyrredón fechada el 3 del mismo mes, y que transcribiremos nuevamente: “Dentro de pocos días estarán aquí cinco buques armados que vinieron con Carrera a su empresa: éstos quedan a mi disposición y saldrán a recibir órdenes de Vd. en Valparaíso, sobre lo que le impondré después con más tiempo. Carrera con sus hermanos no se moverán de aquí”.

Eufórico verdaderamente por esta noticia, San Martín le escribió seguidamente a O’Higgins (marzo 19): “Mi amado amigo: Voy a ver si puedo llegar antes de que salgan los buques que trajo Carrera, y si son buenos, los tendrá Ud. en ésa dentro de dos meses”.¹⁴

En la madrugada del 30 de marzo y escapando a la vista de sus mismos amigos que le esperaban, San Martín entró en Buenos Aires, enterándose aquí de los últimos acontecimientos que habían culminado con la prisión de Carrera el día anterior, así como que la tal escuadra de José Miguel no pasaba de una pequeña goleta y dos barcos mercantes armados con algunos cañones.

En estas circunstancias, San Martín y Pueyrredón se entregaron de lleno al estudio de los múltiples problemas que suponía crear una escuadra y concertar los próximos planes.

En estos días recibió Pueyrredón un memorial de Carrera, fechado el 3 de abril a bordo del *Belén*, en el que después de invocar su inocencia y de referirse

¹⁴ *Archivo de don Bernardo O’Higgins*, t. VIII, p. 163.

al penoso estado de su familia, concluía: "Si por algunas razones políticas no puede llamárseme a juicio, yo pondré fin a los infundados recelos de los que tal vez dimana tanto mal. Apenas consiga de V. E. la libertad y un pasaporte, partiré a puertos extranjeros, y sin pensar más en la carrera que me ha obligado a toda clase de sacrificios, me dedicaré a endulzar las amarguras de los que son desdichados por mí. Deba a V. E. este favor, seré eternamente su reconocido y obediente servidor." ¹⁵

Esta solicitud fué considerada por el gobierno, y se infiere que se acordó acceder al pedido de Carrera, dado que éste mismo ofrecía una salida cómoda para desembarazarse de su peligrosa presencia. Así, San Martín le escribió a O'Higgins el 8 de abril: "Los Carreras y Benaventes salen para los Estados Unidos en el primer buque: van bien fregados y sin los sueldos que se solicitaba." ¹⁶

Quiso también San Martín tratar personalmente con Carrera y ver de hacerlo entrar por una política de convivencia, o por lo menos, darle carácter conciliatorio al permiso que se le otorgaría para trasladarse a los Estados Unidos. Hay en esta iniciativa de San Martín un fondo noble y levantado. Esta sería también la última vez que se verían ambos en la vida, aunque las acciones del uno seguirían gravitando en las del otro y recíprocamente, como se verá a lo largo de este trabajo.

Carrera fué trasladado a tierra, al cuartel de gra-

¹⁵ GANDARILLAS, *op. cit.*, p. 179.

¹⁶ *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, t. VIII, p. 165.

naderos, donde tres días después, el 15 de abril, se le presentó San Martín en persona.

Vayamos ahora al testimonio escrito de los mismos actores de la conferencia que se siguió, cuyo resultado es distinto del que le asignan Vicuña Mackenna, López, Mitre, Otero y demás que les siguen.

En su *Manifiesto*, Carrera da la siguiente versión de la conferencia: "Se presentó en la prisión el general San Martín, y aparentando condolerse de mi suerte, después de asegurarme de la gratitud de la patria a mis servicios distinguidos y de atribuir mi arresto a una medida meramente política, me protestó que por su parte no hallaba ningún inconveniente en mi regreso a Chile con mis hermanos; porque estaba convenido con O'Higgins de ahorcar en el plazo de media hora al que hablase una sola palabra contra el gobierno, lo que podía ejecutarse con toda prontitud y energía no teniendo superior a quien consultar sus voluntades. Yo respondí a esta ridícula amenaza, que ningún hombre racional se entregaría a un poder tan arbitrario sin contar con los medios de resistir la violencia. Concluyó su visita con mil demostraciones de amistad y aprecio, y al salir del cuartel encargó al oficial de guardia el rigor del arresto, pasando a dar cuenta al Gobierno de su entrevista".

Es fácil advertir que no guarda congruencia el texto de este relato, según el cual la conferencia se habría reducido a una amenaza de San Martín, expresada en medio de efusivas muestras de cordialidad. Hay algo que Carrera no dice y que no obstante dicen otros documentos que provienen de ambos pro-

tagonistas. Estos vienen a confirmar la versión que recogiera en 1859 Barros Arana de boca de Guido, que a su vez la había escuchado del mismo San Martín, y según la cual, en aquella conferencia había quedado convenido entre él y Carrera, que el gobierno le daría el pasaporte y que éste se embarcaría en pocos días más para los Estados Unidos.

Si agregamos este punto, que es en definitiva lo concluído en aquella entrevista el relato de Carrera adquiere congruencia con los documentos que le siguen.

En efecto, dos días después de la conferencia y desde su prisión en el mismo cuartel de granaderos, Carrera dirigió una nota al Director Pueyrredón, en la que dando como un hecho su partida a los Estados Unidos —lo que confirma lo que decimos sobre la conferencia— solicitaba dinero para este fin. Estos son sus términos: “Me es preciso salir de estas provincias para un país extranjero, cuya distancia hace bastante difícil la comunicación con mi casa, de donde únicamente puedo sacar algunos auxilios para mi subsistencia... La imposibilidad de buscar algún auxilio a causa de mi prisión, la situación de mi mujer con dos tiernos hijos y embarazada, el importe de nuestro pasaje por el que exigiré precisamente el dueño del buque que me conduzca, etc., me obligan a suplicar a V. E. se digne mandar me sean dados los \$ 1.500, cuando no en calidad de pago, al menos como empréstito que puede cubrirse con los bienes que poseo en Chile. Yo espero este favor de la generosidad

de V. E. para aprovechar la oportunidad de un buque que parte mañana para Boston".¹⁷

Obsérvese que Carrera no solicita su libertad, sino que desde la prisión, fija su próximo destino e incluso la fecha de su partida.

¿Cómo explicarnos los términos de esta nota de Carrera si no aceptásemos que la conferencia tuvo el resultado que San Martín le asigna, en su conversación con Guido?

Lo cierto es que el gobierno entregó pocos días después, en casa de doña Javiera, los pasaportes para José Miguel, Juan José y Luis, para dirigirse a los Estados Unidos, como lo refiere el mismo José Miguel en su *Manifiesto*.

9. No obstante, el día anterior, José Miguel, que había sido conducido nuevamente a bordo del *Belén*, se ganó la voluntad de su comandante, Manuel Monteverde, a quien veremos después nuevamente al lado de Carrera, quien le facilitó la fuga a bordo de otro barco que le llevó a Montevideo, en los últimos días de abril.

10. Para entonces San Martín se encontraba camino de Chile, habiendo partido de la capital porteña el 20 de abril. Al llegar a Santiago, ignorante de la fuga de Carrera, le escribía a O'Higgins el 18 de mayo, en términos que revelan que al dejar Buenos Aires, estaba seguro del viaje de José Miguel a los Estados Unidos: "Los Carrera no han llevado un

¹⁷ GANDARILLAS, op. cit., p. 180.

cuartillo, ni menos asignación alguna por cuenta del Estado”.

No pasó mucho tiempo sin embargo antes de que San Martín recibiese la noticia de la fuga de Carrera. Pueyrredón le escribió el 8 de mayo: “José Miguel Carrera está en Montevideo, y se me avisa de allí que piensa pasar a Chile para formar montoneras: esté Ud. prevenido, y adviértaselo a O’Higgins para que pague su merecido si ejecuta este criminal intento”.

Esta noticia, que significaba el quebrantamiento de la palabra de Carrera y presagiaba nuevas dificultades, le desagradó profundamente a San Martín —al decir de Guido a Barros Arana— y algo de esto se trasluce en la carta del 5 de junio, en la que San Martín le da cuenta a O’Higgins de la novedad: “José Miguel Carrera ha fugado a Montevideo, y según lo que me dice Pueyrredón, se aseguraba en aquella plaza, que su ánimo era el de venir a formar montoneras a Chile. Yo lo dificulto, pues para esta especie de guerra se necesita más coraje que el de José Miguel”.¹⁸

¹⁸ Las cartas citadas en *Documentos del Archivo de San Martín*, t. IV, p. 570 y *Archivo de don Bernardo O’Higgins*, t. VIII, p. 168 y 169.

CAPITULO TERCERO

1. A su arribo a Montevideo, el prestigio que le daba a Carrera el haber sido la primera autoridad de Chile y enemigo manifiesto de la administración pueyrredonista, le llevaron a establecer relaciones estrechas con los exilados en aquella ciudad, que participaban de su encono al gobierno porteño. Allí volvió a ver e intimó con Alvear. También conoció a otros amigos de éste; pero sin duda la amistad más valiosa en aquellos momentos fué la de Nicolás Herrera, que había sido ministro de Alvear y que se desempeñaba entonces como consejero político del general Federico Lecor, barón de la Laguna, jefe de las fuerzas portuguesas que ocupaban la ciudad.

Herrera, que conocía la política y los hombres de aquella época, le fué poniendo en contacto con los problemas y las cosas del Río de la Plata. A través de él columbró Carrera la significación del federalismo y su arraigo en las masas. La visión política del ex ministro le hacía augurar el triunfo de esta tendencia y así se lo indicaba a Carrera, aconsejándole enrolarse en ella: "Para nosotros —le decía— es preciso tomar el partido de la federación si queremos movernos de nuestro baluarte. No se olvide que esa será dentro de muy breve tiempo la situación que se

produzca: la federación vendrá y nosotros debemos aprovecharla".¹

No es de extrañar pues que los exilados en Montevideo se organizaran en un centro para combatir a Pueyrredón, y que por afinidad de intereses se pudiesen de parte de los federales. Aquí empieza Carrera a involucrarse en los pliegues de la política interna argentina.

La fundación de un periódico en Montevideo se presentaba como la mejor arma de combate. Para ello tendrían que obtener la autorización de Lecor, que controlaba todas las publicaciones que se editaban en la ciudad. Políticamente no les convenía a los portugueses la caída de Pueyrredón —gobierno amigo y unido en el común interés de destruir a Artigas— porque el consiguiente triunfo de los federales, podría significarle una guerra con éstos, que tratarían de recuperar la Banda Oriental. Así lo entendería la Corte de Río como veremos después, pero Lecor cedió al pedido de Carrera, y aunque en forma oculta, permitió que se instalara en la ciudad una prensa con aquel fin. Tal vez en ello iban sutiles cálculos políticos sobre lo que podría reportarle una voz más en la discordia argentina.

Carrera instaló la imprenta en la misma casa donde vivía y todos los emigrados se dieron a la tarea de colaborar en sus publicaciones. Le pusieron por nombre *Imprenta Federal*, dando a conocer con ello su posición de combate a Pueyrredón, y, de suyo, su

¹ FELIU Y CRUZ GUILLERMO, *La Imprenta Federal de William P. Griswold y John Sharpe, 1818-1820*, en *Revista chilena de historia y geografía*, t. XL, p. 417. Santiago de Chile, 1921.

afinidad con la causa de los federales. Para ocultar su procedencia, le añadieron los nombres de William P. Griswold y John Sharpe, que figuraban como propietarios.

La primera tarea que se impuso Carrera fué publicar un manifiesto dirigido al pueblo de Chile para explicar su conducta hasta entonces, y replicar los ataques que se le hacían. Así dió a luz su *Manifiesto que hace a los pueblos de Chile el ciudadano José Miguel Carrera*, fechado el 4 de marzo de 1818, y que ya hemos citado anteriormente. En él hacía una extensa y documentada relación de su vida a la par que la exposición del desgraciado pensamiento político que informaría toda su participación en las guerras civiles argentinas. Carrera era de un chilenismo extremado y su desconfianza a la colaboración argentina venía de los tiempos de la *Patria Vieja*. Ahora, en su *Manifiesto*, se muestra firme enemigo de la nueva alianza argentino-chilena, expresando: "Nosotros hemos peleado, hemos derramado nuestra sangre para destruir la tiranía, no para cambiar de tiranos... Quiero sí, que los chilenos reúnan todos los esfuerzos de su valor y de su carácter, para que la sangre preciosa de sus hijos no sirva de pedestal a la grandeza de sus nuevos conquistadores".

No obstante, campea la serenidad en las palabras que utiliza Carrera en este documento. Así decía: "Tal vez, intentarán mis enemigos descubrir en este manifiesto un espíritu de rebelión contra el orden existente en las provincias de Chile, o un desahogo femenino de particulares resentimientos. Pero yo pro-

testo ante Dios y ante los hombres, que no me anima la venganza sino el honor...”

Esta medida en el lenguaje se repite en la representación que elevó entonces al Congreso de Buenos Aires, contestando un libelo que el coronel Lavaysse había publicado en los Estados Unidos, imputándole robos y crímenes durante el ejercicio de su gobierno en Chile.²

Debemos decir que hay dos etapas y dos estilos en los escritos de Carrera en Montevideo: antes y después del fusilamiento de sus hermanos en Mendoza.

Incluso hasta entonces no estaba decidido Carrera a participar de lleno en la guerra civil argentina. El peligro que corrían las vidas de sus hermanos Juan José y Luis, que estaban presos en Mendoza, contribuía a mantenerlo sereno en Montevideo, según se lo expresaba a Alvear en carta del 9 de febrero de 1818: “Siguen presos mis hermanos y yo en inacción por esta causa, y porque temo aumentar la discordia en circunstancias tan tristes”.³

Poco duró sin embargo aquella calma para Carrera, porque ésta no parecía figurar en los minutos de su vida. Una gran tragedia de dolor traspasaría su ser y cambiaría el curso de su existencia. Acababa de saberse en Montevideo la noticia del decisivo triunfo de San Martín en Maipú, cuando recibió una carta amiga comunicándole la infausta noticia del fusilamiento de sus hermanos en Mendoza.

² *Colección de historiadores y de documentos...* cit., t. I, p. 118.

³ VICUÑA MACKENNA, op. cit., p. 154.

2. No entraremos en los detalles de este drama que terminó con la vida de aquellos desdichados, víctimas inmoladas injusta y esterilmente por la sombría naturaleza de Monteagudo. No obstante, se hace necesario aclarar la participación de San Martín en este doloroso episodio de la historia americana.

Después que hubieron recuperado su libertad en abril de 1817, los hermanos Juan José y Luis, aleccionados por la ardorosa palabra de doña Javiera, se dieron en fraguar un plan para apoderarse del gobierno de Chile, plan carente de medios para realizarlo, e incluso carente de lógica, ya que todo se entregaba a las circunstancias y al azar, halagados por las noticias que les transmitían desde Chile sus parciales.

Decidieron salir de Buenos Aires en fechas distintas para no llamar la atención. Luis partió el 10 de julio disfrazado de peón al servicio de su compatriota y comilitón Juan Felipe Cárdenas, que actuaba como comerciante, mientras Juan José lo hacía el 8 de agosto, en momentos que su hermano ya había sido detenido en Mendoza.

Efectivamente, en la ruta de Córdoba a Mendoza, Luis y su compañero de viaje habían violentado la valija del correo de Buenos Aires a La Rioja, anhelantes por saber si los papeles decían algo de su partida. Denunciado el atentado por el correísta, se siguió una severa indagación que terminó con la prisión de Luis en Mendoza, el 5 de agosto, y la de su acompañante Cárdenas en San Juan. Este confesó todo lo que sabía y la conspiración quedó descubierta en toda su amplitud.

Luzuriaga le comunicó el plan de la conspiración a San Martín con la advertencia de haber “redoblado la seguridad y prisión de Carrera” y dándole la filiación de “un inglés alto, flaco, de semblante agrio... con encargo de asesinar a Ud., cuando le avisasen”.⁴

Al margen del mismo oficio de Luzuriaga, y de su puño y letra, anotó San Martín: “Recomendar a Luzuriaga trate con consideración a Luis Carrera”. ¡Así respondía a la noticia de que iban a asesinarlo! Seguidamente le comunicó a O’Higgins la novedad con estas serenas palabras: “Mi amado amigo: Los planes de los Carrera y sus cómplices están enteramente descubiertos; pero, mi amigo, no cabe en mi imaginación cómo hay hombres que por ambición o pasiones personales, quieran sacrificar la causa de la América”. O’Higgins, que se encontraba en Concepción, le contestó el 9 de septiembre: “Mi más amado amigo: Su apreciable última llega a mis manos. Nada de extraño es lo que Ud. me dice acerca de los Carrera; siempre han sido lo mismo y sólo variarán con la muerte; mientras no la reciban fluctuará el país en incesantes convulsiones, porque es siempre mayor el número de los malos que el de los buenos. Si la suerte ahora nos favorece en descubrir sus negros planes y asegurar sus personas, puede ser que en otra ocasión se canse la fortuna y no quede a los alcances del gobierno apagar el fuego ni menos prender a los malvados. Un ejemplar castigo y pronto es el único remedio que puede cortar tan grave mal; desaparezcan de entre nosotros los tres inicuos Carrera, juz-

⁴ *Documentos del Archivo de San Martín*, t. III, p. 575. Oficios de 9 y 13 de agosto.

guéseles y mueran, pues lo merecen más que los mayores enemigos de la América; arrójese a sus secueces a países que no sean tan dignos como nosotros de ser libres”.

Obsérvese la diferente reacción de San Martín y O'Higgins, frente al mismo hecho. Aparte de retratar dos temperamentos, nos está señalando, palmariamente, que no es posible embanderar a San Martín en las pasiones que dividían enconadamente a los chilenos de aquella época, como más tarde dividirían a los argentinos en unitarios y federales.⁵

A poco recibió San Martín la noticia de la detención de Juan José en la posta de Barranquitas (ag. 20), oficiando con este motivo a Luzuriaga: “Conviene que V. S. dé orden inmediatamente para que don Juan José Carrera se conduzca preso desde San Luis donde se halla, hasta esa capital, en cuyo punto deberá permanecer. La seguridad, la vigilancia, el cuidado sumo que debe tenerse con Juan José Carrera, famoso criminal, y con su hermano don Luis, quedan al eficaz celo de V. S., en tanto que el arresto de sus personas es el garante de la quietud y del actual y futuro engrandecimiento de este país”.⁶

3. Entretanto, a los hermanos Carrera se les abrió simultáneamente un doble proceso: las autoridades argentinas por conspiración contra el gobierno de

⁵ Ambas cartas en *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, t. VIII, p. 40 y 175.

⁶ *Documentos del Archivo de San Martín*, t. III, p. 579. Oficio de 10 de setiembre. Lo de “famoso criminal” viene con motivo de que se le acusaba a Juan José de haber dado muerte a un postillón que le acompañaba.

Chile —a la par que por la muerte de un postillón y la violación de una valija de correspondencia a Juan José y Luis, respectivamente—, y en Chile por el delito de alta traición a la patria.

Las causas se siguieron con toda actividad, y San Martín, personalmente, tomó en Chile declaraciones a los cómplices. Las detenciones fueron muchas, pero de las declaraciones surgía lo fantaseoso de la conspiración. El 20 de octubre se dirigió San Martín al gobierno de Chile, solicitando la libertad de los menos complicados, por lo que éste decretó en la misma fecha: "Póngase en libertad como solicita el excelentísimo señor general en jefe, todos aquellos individuos que privados de su libertad personal por presunciones vehementes de complicidad en la horrosa conspiración de Estado que maquinaron los Carrera, solamente han resultado del proceso iniciado sin que obre contra ellos un convencimiento claro de solución criminal". En virtud de esta mediación de San Martín recuperaron su libertad el padre de los Carrera, Manuel Rodríguez y otros muchos. Poco después, el 24, la Junta de Gobierno mandó sobreseer a los acusados con excepción de los dos hermanos Carrera.⁷

4. Es evidente la decisiva influencia de San Martín en los trámites del proceso. El 17 de enero de 1818 el Director Delegado de Chile le envió original la causa seguida en Mendoza para que designase el consejo de guerra que debía entender en la sentencia.

⁷ *Documentos del Archivo de San Martín*, t. III, p. 580.

San Martín contestó al día siguiente: "Nadie con más sumisión que yo obedece las órdenes de ese gobierno supremo como yo, pero permítame V. E. no les dé el debido cumplimiento sin antes exponer las razones que mi delicadeza no me permite ocultar. Es demasiado público los incidentes y disgustos que mediaron entre los señores Carrera y yo a su llegada a Mendoza con motivo de la pérdida de Chile; estos disgustos crecieron especialmente con don Juan José; por otra parte, los jefes que deben juzgarlos, la generalidad me consta están prevenidos contra ellos, y aunque estoy muy convencido del honor que asiste a todos los jefes del Ejército Unido y la imparcialidad que guardarían en el juicio, sin embargo la sentencia que recayese no sería mirada en el público como justa, y se creería emanada de mi influencia. Yo como general en jefe debía intervenir en el consejo para su aprobación o desaprobación. Estas razones creo que en la justificación y rectitud de V. E. deberán ser atendidas, para eximirme tanto a mí como a los jefes del Ejército Unido, de un compromiso que dejaría su honor a descubierto". Después de esta declaración de San Martín, el proceso se detuvo en seco y no volvieron a tomarse providencias.⁸

Surge claramente que esta intervención de San Martín estuvo motivada por su deseo de no llevar al último extremo este proceso, y que estaba muy lejos de pensar en concluir con la vida de los Carrera, seguro como estaba —según lo manifestaba en su nota— que la sangre de éstos, vertida de cualquier manera,

⁸ *Documentos del Archivo de San Martín*, t. III, p. 587.

le alcanzaría por lo menos en las acusaciones de sus enemigos. Hay hasta un exceso en su prevención de evitar cualquier suspicacia. Eso sí, quería que los Carrera quedasen seguros mientras se definía la batalla frente a la nueva expedición realista que a la sazón acababa de desembarcar en Talcahuano y contra la cual San Martín ya había trazado un plan de campaña. Obtenido el triunfo de Maipú, San Martín solicitaría el sobreseimiento definitivo de los Carrera, según veremos. Pero la fatalidad, en la figura de Monteagudo, trabajaría fuera del alcance de la moderación de San Martín.

Vicuña Mackenna que se afana en poner en evidencia el papel preponderante de San Martín en este proceso, no da cuenta de estas dos intervenciones del mismo, que hemos documentado, y que son precisamente las que arrojan luz sobre la naturaleza de su ingerencia.

5. A todo ello, la duración del cautiverio había ido impacientando el ánimo de los presos, hasta que Luis consiguió hilar la trama de una conspiración que, por su ninguna base, no pasaba de ser el producto de su exasperación por el deseo de libertarse. El plan, aparte de la fuga, incluía nada menos que la toma del poder en Cuyo y el armamento de una expedición para pasar a Chile; en total, llegó a contar con la promesa de cooperación de seis soldados. Era un verdadero delirio, como están acordes los historiadores en calificarlo. Denunciado el conato de fuga (feb. 25), se les abrió un nuevo proceso.

Al recibir la noticia en Santiago, el Director Dele-

gado, Luis de la Cruz, le contestó a Luzuriaga el 10 de marzo: "La nueva conspiración de los Carreras, cuya causa V. E. me acompaña, ha puesto el sello a las iniquidades de estos hombres turbulentos, y aleja toda consideración de indulgencia de que desgraciadamente habían gozado hasta el día estos criminales. Sus delitos calificados en el anterior proceso se estaban pesando en un consejo de guerra, cuyas funciones se hallaban interrumpidas por las ocurrencias peligrosas del Estado, y por otras consideraciones de delicadeza que obraban mucho en el señor General en Jefe. Pero ya es forzoso arrancar la raíz de tantas zozobras para no hacernos por nuestra apática lenidad responsables a la Patria. He escrito al Supremo Director y también al Consejo incluyendo original la causa que llegó a mis manos, y previniéndoles, que si aún subsistiesen los motivos que han retardado hasta ahora este juzgamiento, se me autorice para hacerlo conforme a la ley y con la prontitud que demanda su naturaleza".⁹

Esta nota viene a confirmar lo que dijimos respecto a la influencia decisiva de San Martín en la paralización del anterior proceso. En los momentos que De la Cruz suscribía su nota, San Martín se encontraba en campaña, empeñado en maniobras con el enemigo al frente. No se conoce ningún documento emanado de San Martín o de O'Higgins que nos denuncie la reacción de éstos frente a la noticia de la nueva conspiración de los Carrera, muy atareados sin duda por la

⁹ Este documento se encuentra incorporado al proceso de los Carrera por esta segunda conspiración, el que se encuentra íntegramente publicado en la *Revista de la Biblioteca Nacional*, Nos. 38 y 39, Buenos Aires, 1946. Publicación de la BIBLIOTECA NACIONAL.

inminencia de una batalla. Efectivamente, poco después, el 19, el ejército de San Martín sufría el contraste de Cancha Rayada.

6. Entretanto, Luzuriaga había seguido activamente las diligencias del nuevo proceso, y después de las declaraciones de todos los implicados y la confesión de Luis, que noblemente asumió toda la responsabilidad, se dió por concluida la causa, entregándose las actuaciones al defensor, Manuel Vázquez de Novoa, que produjo su último alegato el 28 de marzo. De aquí se siguen 7 días sin providencia alguna, en cuyo transcurso se decide la suerte de los hermanos Carrera, de modo que el fiscal se pronuncia el 4 de abril solicitando la última pena para los acusados, en un extenso alegato cuya lectura denuncia claramente ser la obra apresurada de dos o más personas.

¿Qué había acontecido en Mendoza en la semana que media entre el 28 de marzo y el 4 de abril? Es menester que lo aclaremos para deslindar las respectivas responsabilidades.

El mismo día 27 de marzo que Novoa suscribía su penúltimo escrito, Luzuriaga, optimista, anunciaba al pueblo de Cuyo la salvación de las fuerzas patriotas de la dispersión en Cancha Rayada. "Nuestros generales —decía— reunieron felizmente el ejército el 22 en San Fernando y Curicó hasta Pelequén. Sin embargo, los dispersos que faltos de honor no buscaron los puntos de reunión, consternaron la capital de Santiago y todos sus valles, empeñándose en propagar noticias falsas para cohonestar su fuga, como lo dice a este Gobierno el Supremo de Chile en oficio del 24 del co-

rriente que acabo de recibir. Nada hemos perdido, ciudadanos... La próxima campaña que anuncia el Gobierno de Chile será muy feliz" ¹⁰.

Dos días después, el 29, Luzuriaga escribía a San Martín mostrándose sumamente optimista, al darle cuenta de que el pueblo de Mendoza había reaccionado generosamente y reunido en Cabildo abierto había acordado el aprontamiento de una división de 500 hombres que ponían a su disposición ¹¹.

Todo ello demuestra que no se produjo el pánico en Mendoza al conocerse el contraste sufrido por San Martín en Cancha Rayada.

Seguldamente, el 30, Luzuriaga se dirigía al gobierno supremo de Buenos Aires en consulta sobre quien debía entender en la sentencia del proceso a los Carrera. Al día siguiente 31, reiteraba su consulta anterior y expresaba: "Igualmente espero que V. E. no llevará a mal que en el caso de haberse de librar el pronunciamiento por V. E. o Tribunal que dispute para ello, que despache a los reos con la causa, pues en medio de los multiplicados cuidados que recargan sobre esta provincia, será muy difícil consultar la seguridad de estos individuos si se dilata la terminación. El Pueblo asimismo se verá libre de las zozobras y recelos que ha concebido de la mansión de unos sujetos tan atrevidos, pues más de una vez me han representado los mejores ciudadanos amantes del Dogma, el riesgo de mantenerlos acá, interesando mi autoridad para que los extrañe de la provincia".

¹⁰ GALVÁN MORENO, op. cit., p. 141. La fecha de este bando rectifica a Mitre y demás historiadores que sostienen que la noticia de Cancha Rayada se tuvo en Mendoza el día 29.

¹¹ *Documentos del Archivo de San Martín*, t. II, p. 568.

Es evidente, y está dicho con toda claridad en estos documentos que se encuentran incorporados al proceso, que Luzuriaga y el pueblo de Mendoza en general, querían verse libres de tan incómodos prisioneros enviándolos a Buenos Aires.

Esta medida, a fuer de lógica, hubiera sido la salvación de los Carrera, pero la llegada fatídica de Bernardo Monteagudo a Mendoza, determinaría el fin trágico de los dos hermanos ¹².

7. Monteagudo fué uno de los primerísimos fugitivos que llegaron aterrados a Santiago, después del contraste de Cancha Rayada. Desde allí continuó su huida a Mendoza, y dentro ya de la cordillera, en la Guardia, tuvo noticia de que San Martín y O'Higgins estaban a salvo, y que nada se había perdido. Es posible que hubiera tomado conocimiento del oficio de O'Higgins a Luzuriaga del 24, —de que éste hizo referencia en su bando del 27 citado— en el que O'Higgins le hablaba de "los dispersos que faltos de honor no buscaron los puntos de reunión, consternaron la capital de San-

¹² Después de su extrañamiento del país en 1815 con motivo de la caída de Alvear, Monteagudo permaneció en Europa hasta fines de 1817 en que se hizo presente en Buenos Aires. Detenido y confinado a Mendoza por Pueyrredón, su antiguo enemigo, Monteagudo se pasó a Santiago en los primeros días de 1818. Corrieron las voces de que San Martín le daría un alto cargo, ante lo cual Pueyrredón le escribió a San Martín el 7 de febrero: "Monteagudo me ha escrito desde Santiago con fecha 16 que había estado con Ud. en convites, etc., que estaba resuelto a seguir la suerte del ejército al lado de Ud., que Ud. me avisaría de oficio los términos en que debía ser. Por fuera se ha dicho que Ud. lo proponía para su secretario; pero yo no puedo creerlo, y estoy muy lejos de aprobarlo". Frente a esta terminante opinión, en Santiago le buscaron una salida nombrándolo auditor de guerra del Ejército de Chile, con lo que desarmaron la protesta de Pueyrredón.

tiago y todos sus valles, empeñándose en propagar noticias falsas para cohonestar su fuga". En estos conceptos caía de lleno Monteagudo. Era auditor de guerra del ejército de Chile y debió tener serenidad como la tuvieron todos los oficiales y funcionarios principales, ninguno de los cuales huyó a Mendoza después de Cancha Rayada. ¿Cómo volver ahora con el prestigio por el suelo? ¿Cómo seguir a Mendoza, si aquí le caería la pesada mano de Pueyrredón que lo odiaba? Al espíritu de Monteagudo debió presentársele un conflicto terrible, al que su naturaleza sombría encontró la solución por el camino de la muerte de los hermanos Carrera. Como sujeto de la privanza de O'Higgins en este último tiempo, debía conocer la terminante opinión de éste sobre el castigo de muerte que merecían los Carrera. Mucho debió reflexionar Monteagudo, hasta que finalmente escribió la siguiente carta a O'Higgins, fechada en la Guardia a 26 de marzo:

"Amigo y muy señor mío: / Después de haber sido testigo de nuestro contraste y en el conflicto de noticias adversas que por momentos se recibían, al paso que ignoraba la suerte de Uds. [se refiere a San Martín y O'Higgins] resolví salir para Mendoza tanto en la idea de ayudar a aquel gobernador, en el estado difícil en que se hallase, sugiriéndole algunas ideas, que nacen de extrañas circunstancias, como para esperar noticias más exactas, sobre nuestra situación. Sigo mi marcha y recién esta tarde he sabido el arribo de Ud. a ésa; espero tenga Ud. la bondad de comunicarme sus órdenes a Mendoza, de donde regresaré sin pérdida de tiempo, si las probabilidades igua-

lan nuestros riesgos y si Ud. cree útiles mis servicios Deseo mostrar toda la energía de mi carácter, pero como fruto y bajo la administración de Ud. No hay tiempo para más. Repito que en Mendoza indicaré cuanto las circunstancias exijan”¹³.

Esta carta es la clave de la actitud de Monteagudo en el proceso de los Carrera, cuyas consecuencias tantas sombras injustas echaron por un tiempo sobre los nombres de O'Higgins y de San Martín. De esta carta se desprende que no había visto a éstos después de Cancha Rayada, y que la decisión de marchar a Mendoza no era fruto de ninguna orden, sino de su propia voluntad, por lo que la responsabilidad de su conducta recae exclusivamente sobre su temperamento terrorista. Creía rendir un gran servicio —por lo menos a O'Higgins— terminando con la vida de los hermanos Carrera, y no sólo dejó de invocarlo posteriormente, cuando estaba caído. Es de notar la exclusión que hace en esta carta del nombre de San Martín, seguro como estaba de que no podía ser del agrado de éste lo que se había propuesto “indicar” en Mendoza.

8. Si Luzuriaga había manifestado deseos de remitir los presos a Buenos Aires y si la causa estaba a la espera de que Pueyrredón indicase quién debía entender en la sentencia, todo cambió a la llegada de Monteagudo. Invocando instrucciones y poderes que no tenía, hizo de Luzuriaga un incondicional. Según éste mismo se lo refería al historiador López en 1834, Mon-

¹³ VICUÑA MACKENNA, *Vida de O'Higgins. La corona del héroe*, en *Obras completas*, t. V, p. 314.

teagudo no se separaba de su lado un instante, y él lo tomó como el texto vivo de las órdenes de San Martín y O'Higgins ¹⁴.

Desde el 31 de marzo pasó poco más de una semana, hasta que el 8 de abril, a las tres de la tarde, Luzuriaga suscribió la sentencia de pena de muerte sin apelación para los dos hermanos Carrera, previo dictamen letrado en este sentido de Monteagudo y Miguel José Galigneana. Horas más tarde, a las seis, eran fusilados Luis y Juan José Carrera, que supieron esperar la muerte con entereza, después de una conmovedora escena de despedida.

El fusilamiento de los hermanos Carrera ha sido condenado por todos los historiadores. En el proceso se violaron las normas legales al no elevarlo al conocimiento del Director Pueyrredón y al no dar lugar a la correspondiente apelación. Todo en homenaje a las "circunstancias extraordinarias" derivadas del contraste de Cancha Rayada. Sin embargo, tres días antes de la ejecución, el 5 de abril, San Martín había vencido completamente a los realistas en Maipú, triunfo que significó de hecho la desaparición de aquellas "circunstancias extraordinarias". Pero por desgracia, esta noticia llegó a Mendoza al día siguiente que se hubo cumplido la sentencia. La fatalidad había obrado su designio ¹⁵.

¹⁴ En esta fecha Luzuriaga entregó a López el original del proceso de los Carrera, que se había llevado consigo a su caída del gobierno en 1820, documento que el galano historiador entregó en 1865 al gobierno con destino a la *Biblioteca Nacional*, y que ésta publicó en 1946 según lo hemos citado.

¹⁵ J. C. RAFFO DE LA RETA en su obra *El general José Miguel Carrera en la República Argentina* (Buenos Aires, 1941), ha publicado en facsímil los documentos que prueban acabadamente que la noticia del triunfo de Maipú se conoció en Mendoza el día 9.

9. Se encontraba San Martín en Santiago recibiendo parabienes por su triunfo en Maipú, cuando se llegó a él la infortunada esposa de Juan José a implorarle por la suerte de su marido, sin saber ambos que éste ya había perecido. San Martín intercedió inmediatamente con su poderosa influencia, escribiendo a O'Higgins: "Excmo. Señor: Si los cortos servicios que tengo rendidos a Chile merecen alguna consideración, los interpongo para solicitar se sobresea en la causa que se sigue a los señores Carrera. Estos sujetos podrán tal vez ser algún día útiles a la patria, y V. E. tendrá la satisfacción de haber empleado su clemencia uniéndola en beneficio público". O'Higgins accedió, aunque con las reservas que le dictaba su odio a los Carrera, contestándole el 10 de abril: "Exmo. Señor: La respetable mediación de V. E. aplicada en fa-

La participación decisiva de Monteagudo en el fusilamiento de los Carrera fué notoria en su época. José Miguel en su opúsculo titulado *Un aviso a los pueblos de Chile*, suscrito en Montevideo el 24 de junio de 1818, fué el primero en asignarle este papel, aunque suponiéndolo un agente de las órdenes de San Martín y O'Higgins: "El célebre demócrata, el autor del periódico de Buenos Aires *Mártir o Libre*, Bernardo Monteagudo, fué el conductor de la orden y uno de los Doctores infames de aquella comisión política para bajar a la posteridad con el carácter de verdaderos asesinos", decía Carrera. (*Colección de historiadores y de documentos...* cit., t. VII, p. 126).

Monteagudo no ocultó su responsabilidad, sino que al contrario la esgrimió como un mérito. Cuando meses más tarde, se encontraba confinado en San Luis por resolución de la Logia Lautaro, Irisarri, enviado diplomático chileno a Europa, a su paso por esta ciudad escuchó las quejas de Monteagudo, escribiendo con este motivo a O'Higgins el 30 de diciembre de 1818: "Después de cerrada la carta la abrí para decir a Ud. que Monteagudo me ha puesto aquí en apuros sobre las contestaciones de las cartas que ha escrito a San Martín, a Ud., y a mí, sobre el proyecto de su misión a Estados Unidos o a Europa. Se ha quejado amargamente de que habiéndose comprometido tanto en favor nuestro en el negocio de los Carrera, lo hemos abandonado en términos que la muerte le sería menos sensible." (*Archivo de don Bernardo O'Higgins*, t. IV, p. 252).

vor de los Carrera, no puede dejar de producir en toda su extensión los efectos que V. E. se propone, y aún cuando la patria peligrase por la existencia de estos hombres, V. E., en quien descansa la salvación de este Estado, sabrá conciliar su peligro con el objeto de su pretensión". Al día siguiente se dirigía O'Higgins a Luzuriaga expresándole: "La madama de don Juan José Carrera interponiendo la respetable mediación del Excmo. Capitán General, ha solicitado se sobresea en la causa que se sigue a su esposo por este gobierno, él que no ha podido resistirse ni al poderoso influjo del padrino, ni a las circunstancias en que se hace esta súplica, no considerando el gobierno justo que el placer general de la victoria no alcance a esta desconsolada esposa. En consecuencia este gobierno suplica a V. E. que en favor del citado individuo, por lo respectivo al delito perpetrado contra la seguridad de este Estado, se aplique toda indulgencia, dando así a él como a su hermano aquel alivio conciliable con los progresos de nuestra causa augusta".

José Miguel Carrera al publicar la carta de San Martín a O'Higgins y la nota de éste a Luzuriaga en *Un aviso a los pueblos de Chile*, califica a esta mediación de "farsa ridícula", desde que, repetía, el fusilamiento había sido ordenado por éstos, que para entonces calculaban ejecutado "el horrendo asesinato de los Carrera". Algunos historiadores chilenos del siglo pasado repitieron este juicio, que hoy, con un mejor conocimiento de los hechos, ningún historiador podría suscribir.¹⁶

¹⁶ MITRE, op. cit., t. II, p. 514.

Meses después y para hacer frente a las acusaciones que José Miguel difundía desde Montevideo, San Martín pensó contestar por

10. Habíamos dicho que acababa José Miguel en Montevideo de enterarse del triunfo de San Martín en Maipú, cuando recibió una carta informándole de la muerte de sus hermanos. Estos eran sus términos: "Mi querido general: Mi pluma se resiste a escribiros que vuestros valientes y amados hermanos don Juan José y don Luis ya no existen. Fueron asesinados por orden de San Martín, después de la victoria del 5 de abril que dió a Chile su independencia. Se les juzgó por un consejo de cinco abogados a las dos de la tarde del día 8, y a las oraciones fueron conducidos a la

escrito estos cargos, y redactó dos exposiciones, ninguna de las cuales llegó a publicar sin embargo. En la primera, fechada en Buenos Aires a 26 de junio de 1818, y que en otros pasajes hemos citado anteriormente, San Martín hacía una serena exposición de su conducta en lo que se refiere al proceso de los Carrera, mencionando su exitosa mediación para obtener la libertad de los complicados en Chile, así como su negativa a que los oficiales del Ejército Unido integrasen el Consejo de Guerra para juzgarles, y finalmente su tardía interposición en favor de los procesados después de Maipú, de todo lo cual se ha hecho referencia en el texto. En esta exposición, que documenta a cada paso, San Martín se limita a relatar objetivamente su participación en los hechos para salvar su responsabilidad, no formulando una sola palabra de solidaridad para con el fusilamiento, con lo que tácitamente lo condenaba. En la otra exposición manuscrita, cuyo borrador no llegó a concluir, San Martín utiliza un lenguaje sumamente enérgico, mostrándose afectado por las acusaciones de aleve asesino que le imputaba José Miguel en su proclama *A los habitantes libres de Chile*. Más adelante mencionaremos una carta de San Martín a Pueyrredón que demuestra que el texto de esta proclama de Carrera lo conoció San Martín en Mendoza, por lo que podemos deducir con certeza que esta segunda exposición la escribió en esta ciudad, por julio o agosto de 1818. Sumamente afectado decimos por el tono de las acusaciones de José Miguel, San Martín entra directamente a refutar la imputación de asesino de los Carrera, diciendo: "No he mandado ejecutar a sus hermanos... Yo no he sido el árbitro de la vida de sus hermanos, y también le aseguro que así como era un auxiliar y perteneciente a estas provincias, hubiera nacido en Chile, le habría ahorrado al gobernador de Mendoza el trabajo de haber ejecutado a sus hermanos y de que éstos hubieran intentado segunda conjuración para envolver a la provincia de Cuyo en los horrores que querían verificar en el Estado de Chile. Repito no haber tenido la menor parte en la ejecución de sus hermanos y vuelvo a repetir también que si me hubiera hallado de gobernador de Mendoza mucho antes lo hubieran sido".

plaza pública donde ambos se abrazaron, tomaron sus puestos y dieron las voces a los tiradores. Es necesario, mi querido general, precaver vuestra existencia. El brazo del asesino está suspendido sobre vuestro pecho. En efecto, se susurra que se han ofrecido \$ 30.000 por vuestra vida, y que una persona ha cruzado el río con este objeto. Vuestra hermana está postrada en cama, hubo momentos en que tuve pocas esperanzas por su vida. Ahora creo pasado todo peligro. La señora doña Mercedes se ha esforzado en obtener un pasaporte para ésa. La familia está buena. Adiós. *Kennedy*"¹⁷.

Esta misiva conteniendo tan cruel noticia, fué un ramalazo que dejó horrorizado a José Miguel, como es fácil suponerlo. Para su coíeto, habían asesinado a sus hermanos, y nadie sino San Martín y O'Higgins podían ser los culpables. Traspasado su corazón de dolor, no podría olvidar el recuerdo de sus hermanos sacrificados. Si antes tenía por enemigos a O'Higgins, San Martín y Pueyrredón, ahora los odiaba apasiona-

Estas palabras de San Martín solidarizándose con el fusilamiento de los Carrera no son sino la explosión de su indignación frente a las procaces imputaciones de José Miguel. Es admisible que San Martín pensase que era merecido el fusilamiento de los Carrera, pero por su parte hizo todo lo posible por evitarlo, paralizando con su intervención el primer proceso y solicitando el sobreseimiento en el segundo, según lo hemos documentado. Por eso es pueril la argumentación que desarrolla MARIANO DE VEDIA Y MITRE en su obra *La vida de Monteagudo*, t. II (Buenos Aires, 1950), en la que para paliar de algún modo la responsabilidad de Monteagudo en el fusilamiento, afirma, transcribiendo esta última exposición de San Martín, que sus conceptos demuestran que éste hubiera hecho lo mismo que Monteagudo. Nosotros sabemos, y el citado autor conoce también los antecedentes, que San Martín hizo todo lo contrario de Monteagudo, es decir, patrocinó el sobreseimiento de los Carrera, con lo que de ningún modo es posible colocarlos en el mismo plano. (Las exposiciones de San Martín en *Documentos del Archivo de San Martín*, t. III, p. 641 y sigs.).

¹⁷ VICUÑA MACKENNA, op. cit., p. 144.

damente, con toda la fuerza de que era capaz su enérgica naturaleza. Al estilo sereno de sus publicaciones anteriores, que ya hemos analizado, le sucedió ahora el tono desatado y violento de la proclama que dirigió a sus compatriotas, titulada: *A los habitantes libres de los pueblos de Chile*.

Este es su lenguaje: "¿En dónde están nuestros hermanos, nuestros compañeros Juan José y Luis Carrera? ¿Cuál la suerte, cuál el destino de esos ciudadanos ilustres... perecieron en el patíbulo como criminales el día 8 de abril. ¡Día funesto y espantoso en los fastos de Chile! Pueyrredón, San Martín, O'Higgins: ved aquí sus bárbaros asesinos... Después que los Carrera han sido asesinados porque gemían la opresión de su patria, porque aspiraban a su independencia, nadie puede ya pronunciar impunemente el nombre de Libertad. Están decretados los destinos de Chile. Una provincia obscura de la capital del Río de la Plata!.. Compatriotas: Que mueran los tiranos para que la patria sea libre e independiente! Ya no tiene Chile otros enemigos que esos viles opresores. Sepultadlos en las cavernas más profundas de los Andes, para que sus cuerpos inmundos sirvan de pasto a las fieras carnívoras de su especie, y vuestra justa cólera dé escarmiento a los ambiciosos y a los malvados. Yo secundaré vuestros esfuerzos gloriosos desde cualquier distancia a donde me lleve el destino. La sangre de los Carrera pide venganza. ¡Venganza compatriotas! ¡Odio eterno a los déspotas de Sud América! *José Miguel de Carrera*"¹⁸.

¹⁸ VICUÑA MACKENNA, op. cit., p. 145.

Estas palabras nos muestran el estado de ánimo sobreexcitado de Carrera. Sus contemporáneos que le vieron están contestes en sus manifestaciones sobre la terrible impresión que le hizo el conocimiento del fusilamiento de sus hermanos. Alvear le escribía a Manuel José García: "Remito a Ud. un *Manifiesto*, un *Aviso* y una *Proclama* y otro papel de Carrera. El *Manifiesto* a mi juicio está bien, los otros son incendiarios y no los apruebo. Yo he hablado a Carrera sobre esto, pero él está muy exaltado y no oye a nadie; bien es verdad que el golpe de sus hermanos ha sido tremebundo!"¹⁹.

No era para menos tampoco. Carrera estaba firmemente persuadido de que el fusilamiento era un crimen premeditado y se explica que en su exaltación escribiera aquellas palabras jurando odio eterno y proponiéndose la venganza. El recuerdo de la muerte de sus hermanos seguiría atormentándolo mucho tiempo antes de que disminuyera la tensión de su espíritu. En junio de aquel año (1818) escribió un *Aviso a los pueblos de Chile*, con el mismo sublimado lenguaje y los mismos conceptos que en su proclama. Ya hemos hablado de este documento en el que José Miguel acusaba a San Martín y O'Higgins del fusilamiento de sus hermanos y señalaba al Ejército de los Andes como el instrumento para la dominación de Chile, incitando a sus compatriotas a la rebelión.

11. La proclama y el *Aviso* de Carrera se repartieron por las provincias argentinas y por Chile. A San

¹⁹ RODRÍGUEZ GREGORIO, *Contribución histórica y documental*, t. I, p. 221. Buenos Aires, 1921.

Martín naturalmente le preocupó la difusión de estas publicaciones, y desde Mendoza le envió a Pueyrredón un ejemplar de la proclama de Carrera, inquiriendo su origen, a lo que Pueyrredón le contestó el 7 de agosto: "Como la proclama de Carrera que Ud. me ha incluido, han aparecido muchas; pero Ud. se equivoca en creer que ha sido impresa en Buenos Aires: hace mucho que no existe la imprenta de Gandarillas, única a quien pudiera presumirse tal atentado, y además, sabemos hace tiempo que se estaba imprimiendo ésta y un manifiesto igual en Montevideo, en la casa de José Miguel y con una imprenta particular suya. A esta digna obra le ayudaba el virtuoso Larrea; y Lecor sabía de estos trabajos. Despreciamos estos insultos y vamos a salvar el país"²⁰.

No obstante, Pueyrredón no podía permanecer impasible ante las graves acusaciones que en los papeles de Carrera se hacían, por lo que como primera medida se dirigió a Lecor, en oficio de 2 de julio de 1818, incluyéndole un ejemplar de la proclama de Carrera y quejándose de que dejara imprimir tales publicaciones: "No ha podido serme indiferente, —decía— que un gobierno en paz y armonía con el de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y con quien ha ofrecido mantener las más estrechas relaciones de amistad y confianza, permita y tolere la impresión de esos papeles incendiarios, que atacan escandalosamente a las autoridades constituidas, invierten el orden públi-

²⁰ *Documentos del Archivo de San Martín*, t. IV, p. 594. Fué entonces que San Martín en una carta a O'Higgins del 2 de agosto, hizo referencia al "manifiesto que pienso dar contra los Carrera, en atención al infame anónimo que ha circulado contra Ud., Pueyrredón y yo". (*Archivo de don Bernardo O'Higgins*, t. VIII, p. 179).

co, propagan el germen de la discordia, y preparan la más monstruosa anarquía. Protesto a V. E. con las veras de todo mi carácter, que jamás llegué a esperar una conducta igual en ese gobierno, y que me es muy mortificante la idea de haber tocado el desengaño”.

En su contestación, de fecha 24 de julio, Lecor se manifestaba extrañado de la reclamación de Pueyrredón, a la que consideraba desprovista de todo fundamento. “Yo haría un agravio a mi dignidad si tratara de justificarme sobre el permiso o tolerancia, que con tanta ligereza se me atribuye. Un General de una nación respetable no puede entrometerse sin bajeza en las contiendas insignificantes de los partidos revolucionarios de un país extranjero; y un gobierno fuerte y liberal desprecia los pequeños ataques de sus rivales, cuando tiene afianzada su reputación pública sobre principios de moderación y justicia. Quiera V. E. persuadirse de que siendo inalterables mis principios de paz y buena armonía con esas provincias, jamás consentiré que se ataque la dignidad de V. E. ni la estabilidad de un Gobierno, que sostiene las relaciones del interés recíproco de ambos territorios”²¹.

12. Como para desmentir estos conceptos de Lecor, salía de Montevideo el Prospecto de un periódico titulado *El Hurón*, del que llegaron a tirarse tres números —además del Prospecto— en la segunda mitad de 1818.

Este periódico es quizá la publicación más impor-

²¹ Ambos documentos en ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, S. X, C. 1, A. 6, N° 10.

tante y efectiva de la *Imprenta Federal*, y una de las causas que aceleraron la caída de la administración de Pueyrredón. Sin dejar de ser un periódico de combate, su lenguaje era mesurado, porque en su redacción no intervenía solamente Carrera, sino que colaboraban todos los emigrados. No defendía ni atacaba a determinadas personas, sino que acometía contra la administración directorial en general, apoyando la posición de los federales.

Junto a este periódico, se difundieron otros muchos impresos, casi todos enderezados a descubrir los manejos de la Logia Lautaro y sus intentos de instaurar un régimen monárquico. La lectura de estas publicaciones nos lleva a la convicción de que en Montevideo estaban bien al tanto de los entretelones de la política directorial. También hay en los mismos fantásticas exageraciones y acusaciones injustas. Tenían esta finalidad, entre otros panfletos y libelos, el *Diálogo curioso entre el Director Pueyrredón y su Secretario Tagle*; el *Nuevo descubrimiento o máximas secretas del actual Gobierno de Buenos Aires*; la *Segunda parte del Diálogo entre el Director Pueyrredón y el Secretario Tagle* y los cinco números de la *Gaceta de un Pueblo del Río de la Plata a las Provincias de Sud América*. A estas numerosas publicaciones, que se repartían profusamente, se sumaban los grabados de caricaturas ridiculizando a sus enemigos y de los que hemos visto cuatro ejemplares distintos en el Museo Histórico Nacional²².

²² CARRANZA ADOLFO P. en su obra *San Martín*, p. 150, reproduce dos de estos grabados. FELIÚ CRUZ, en su trabajo antes citado sobre la *Imprenta Federal*, se ha ocupado detenidamente del contenido y origen de las publicaciones de esta imprenta.

13. Estas aseveraciones y denuncias, que se hacían conocer desde Montevideo a través de la *Imprenta Federal*, eran banderillas clavadas en el prestigio del Directorio y su repercusión era poderosa en las provincias federales. Daban también pábulo en la ciudad de Buenos Aires a los enemigos políticos de la administración directorial, que ayudaban a su difusión. Se advierte que para el partido directorial era muy importante silenciar esta propaganda, que tanta mecha hacía en su autoridad.

Pueyrredón abandonó toda consideración y se dispuso a obrar con la mayor energía, dando a este problema la mayor importancia. En tanto que a San Martín y a O'Higgins les daba seguridades y restaba valor al efecto de estas publicaciones, en su comunicación al Congreso de Buenos Aires, de la misma fecha, se muestra verdaderamente alarmado y pide poderes extraordinarios para hacer frente a esta campaña.

A San Martín le decía: "Los virtuosos de Montevideo han desplegado su furor, inundando esta capital con libelos de varias calidades, llenos de suciedades asquerosas contra mí, contra Ud., Belgrano, secretarios de Estado, y en suma, contra cuanto hombre hay de respeto en nuestro Estado. Han sido mirados con desprecio, y están desesperados... Van adjuntos los papelones, por si Alvarez los olvida: muéstreselos a mi compañero O'Higgins". A O'Higgins le decía: "San Martín mostrará a Ud. una colección de libelos que han derramado Alvear, Carrera y compañía de Montevideo; no han hecho otro efecto que provocar la risa o el desprecio de estos juiciosos habitantes;

creo el orden inalterable por aquí, y por ahora, si no inventan otra arma más eficaz nuestros apologistas”²³.

En la misma fecha —10 de noviembre de 1818— dirigía al Congreso una comunicación donde mostraba su verdadero estado de ánimo frente a esta campaña de panfletos. Se refería al contenido de los papeles “que no cesan de introducirse a pesar de todas las precauciones severas que se han adoptado para impedirlo”. “Los males que producen los libelos referidos no son aislados a esta Capital, sino extensivos al resto de las Provincias de la Unión, a las ocupadas por el enemigo, a las desidentes y a las Cortes extranjeras, donde acaso serán creídos tantos dislates”. Concretamente, solicitaba del Congreso lo siguiente: “La constancia de los conjurados de Montevideo no permite dudar que no desistirán de incendiar con nuevos libelos las Provincias interin no se adopten dos medidas radicales: una, de cerrar el puerto para Montevideo, reclamando al Gobierno del Brasil por medio de nuestro Diputado en el Janeiro la expulsión de los que son conocidamente autores del complot incendiario, protestando interrumpir todas nuestras relaciones, medida que podrá adoptarse con varias modificaciones que concilien tantos inconvenientes como ocurren en la práctica; y la otra, de internar a varios puntos de las Provincias los Agentes que tienen en esta capital los corifeos de Montevideo, autorizándome Vuestra Soberanía extraordinariamente al efecto”.

²³ Ambas cartas en *Documentos del Archivo de San Martín*, t. IV, p. 601 y t. VI, p. 99.

El Congreso trató el asunto en sesión secreta de 13 de noviembre, y sin adoptar resolución alguna con respecto a los poderes que solicitaba Pueyrredón, acordó enviar una comisión de diputados ante éste "con el objeto de tomar informes más exactos del contenido de su nota". La comisión regresó con la palabra del Director sobre "que de no facultársele para adoptar las medidas que consideraba necesarias para sostener el orden, se sirviese este Soberano Cuerpo proceder a nombrar otra persona que se encargase del mando supremo de las Provincias". Allí mismo, sesión secreta del 21 de noviembre, el Congreso resolvió "...se autorice extraordinariamente al Poder Ejecutivo a efecto de que tome medidas de seguridad pública, expulsando de ésta, o internando a algunos puntos de las Provincias, a los Agentes de la facción de Montevideo empeñada en el desquiciamiento general".

Consecuente con estos nuevos poderes, Pueyrredón realizó una enérgica batida contra los que en Buenos Aires repartían las publicaciones de Montevideo, siendo muchos los detenidos, entre ellos Iriarte, que en sus *Memorias* nos refiere el ingenioso procedimiento de que se valían para introducir y difundir los papeles procedentes de Montevideo ²⁴.

Por lo que toca a los emigrados en este punto, Pueyrredón se dirigió a Manuel José García, su repre-

²⁴ ARCHIVO HISTÓRICO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES, *Documentos del Congreso de Tucumán*, p. 229, La Plata, 1947; INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES, *Asambleas Constituyentes Argentinas*, t. I, p. 560, Buenos Aires, 1939; IRIARTE, BRIGADIER GENERAL TOMÁS DE, *Memorias. La Independencia y la anarquía*, p. 171. Buenos Aires, 1944.

sentante en Río de Janeiro, urgiéndole recabara de aquella corte la adopción de las disposiciones necesarias a cortar aquella campaña. El oficio de 10 de enero de 1819 decía: “No pueden llegar a más los insultos que se vomitan en la imprenta de Carrera y que tolera el Barón”. Se quejaba agriamente de la conducta de éste, añadiendo: “Todo esto no quiere decir más, sino que el Barón de la Laguna complotado con los que abriga en Montevideo, enemigos de la actual administración, mira con total desprecio las órdenes de su Corte, o que tiene otras reservadas para no cumplir las que se le comunican en público. Cualquiera de los dos extremos es un mal que debe V. S. evitar por cuantos medios estén a su alcance. Debe V. S. igualmente esforzarse para que cuando menos Carrera sea arrojado a las costas de Africa. “Hace tres días —añadía analizando la conducta de Carrera— que se han sorprendido papeles de ese malvado conducidos entre capotes, y esa carta escrita a su hermana, cuya copia se incluye, donde está vaciado todo el veneno que tiene en su corazón. No reviste cualidad que no lo haga indigno del asilo que se le dispensa”²⁵.

²⁵ ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, S. X, C. 1, A. 6, N° 10. El texto de la carta a que se refiere este oficio nos revela que Carrera todavía se hallaba bajo los efectos del golpe a sus hermanos, y que, por otra parte, interpretaba cabalmente el momento político que vivía el gobierno de Buenos Aires. Decía la carta: “Mi Javierra amada: He sabido de ti hasta el 14 de diciembre. Es más que vil el Gobierno que así te trata, pero qué esperar de unos desesperados que ven la ruina a sus ojos? Esos esfuerzos miserables no hacen otro efecto que el de aumentar la desesperación, y decretar como infalible su total exterminio. Se acerca el castigo sin que sea la obra de la protección ni liga con Fernando: los pueblos justamente irritados van a acabar con esos asquerosos gobernantes; espera esta época feliz con la constancia y resignación que acostumbra en tus desgracias; tu hermano no es insensible a tus pa-

Pocos días después de su comunicación anterior, el 18 de enero, Pueyrredón oficiaba nuevamente a su representante en Río en los siguientes términos: "Cada día se apura más y más el sufrimiento de este Gobierno con relación a esos perversos asilados en Montevideo. El mal es muy grave; a proporción deben ser los esfuerzos de V. S. y las medidas que se adopten. Apure V. S. las reflexiones y los arbitrios en esta parte, y no descansen hasta conseguir la expulsión de esos monstruos a países donde no les sea fácil abrir a su Patria heridas tan mortales".²⁶

decimientos, va a moverse, a ayudar a la salvación de la Patria, a vengarte, a vengar, y a vengarse. Representan esos bárbaros al Rey Portugués y yo río altamente. Me ponen en la Cuna, me toman en Santa Fe, etc., etc., y yo marchó con paso seguro y sereno al fin que me he propuesto. Ya ves como la impotente Santa Fe castiga a esos cobardes orgullosos, sin haber echado mano de los auxilios de Entre Ríos y Corrientes: tal es la voluntad que les profesan sus tropas y los Pueblos. Aún es nada, sigue la danza y en poco tiempo verás cosas muy lindas. Dame el placer de ver tus cartas si la inquisición te lo permite, infórmame de tu salud; mis afectos a los Amigos y dispón siempre de tu siempre amante hermano. *J. Miguel*".

La existencia de esta carta —que ahora damos a conocer— había sido puesta en duda, porque sólo se conocía de ella la referencia que hace la *Gaceta* del 18 de enero de 1819. Allí se reproduce, aunque no literalmente, una frase de esta carta: "Voy a moverme, a vengarte, a vengar, y a vengarme", y se la comenta así: "La venganza, la venganza y siempre la venganza son los nobles agentes de esas obscuras maniobras calculadas para envolvernos en la más horrorosa anarquía".

Esta carta fué encontrada cosida en el forro del capote del sobrecargo de la goleta *Betsy* procedente de Montevideo, que había arribado a Buenos Aires el 7 de enero. En el registro del buque se encontró una cantidad de publicaciones de la Imprenta Federal, de cuya lista tomamos el N° 4 de la *Gaceta de un Pueblo del Río de la Plata a las Provincias de Sud América*, porque no conociéndose la fecha de su aparición —JOSÉ TORIBIO MEDINA y FELIÚ CRUZ suponen esta publicación de 1819— al menos quedará demostrado que los cuatro primeros números son anteriores al 5 de enero de 1819, día en que la goleta zarpó de Montevideo. (Véase: *Sumaria información seguida contra el Capitán de la Goleta Nacional Betsy*. ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, S. X., C. 27, A. 4, N° 3).

²⁶ ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, S. X., C. 1, A. 6, N° 10.

14. Al tiempo que se buscaba este camino, se había iniciado un contrapropaganda efectista desde la *Gaceta de Buenos Aires*, por intermedio de la pluma de su redactor, Julián Alvarez, que se volvía punzante y acusadora contra los emigrados en Montevideo en un verdadero duelo de acriminaciones. Una campaña semejante se inició por la prensa de Chile, particularmente en las páginas de *El Duende*.

En la *Gaceta* del 23 y *Extraordinaria* del 28 de diciembre de 1818, se señalaba a Carrera y Alvear como complotados con los españoles. Se valía para ello el redactor de una real orden dirigida al virrey del Perú, que sostenía haberse encontrado en la captura de la fragata *María Isabel*, de cuyo texto deducía Alvarez, que Carrera y Alvear estaban secretamente al servicio de los españoles.

Carrera y Alvear reaccionaron de inmediato. Todo parece indicar, como lo afirma Carrera en su *Carta del ciudadano José Miguel Carrera a un amigo de sus corresponsales en Chile*, que esta real orden fué falsificada: "Yo la tengo por apócrifa e inventada en Chile por la Logia para arruinar mi crédito", decía. Iriarte, en sus *Memorias*, dice que encontrándose Pueyrredón en Montevideo en 1820, fué interpelado agriamente por Alvear sobre el origen de esta supuesta real orden, a lo que se disculpó Pueyrredón sosteniendo que la misma había sido falsificada en la Logia. Lo mismo afirma Mariano Egaña, en carta a su padre del 13 de abril de 1827, invocando el testimonio "instruidísimo e intachable" de Juan García del Río.²⁷

²⁷ ROJAS MERY EULOGIO, *Independencia de Sudamérica hispana*.

15. Tampoco resiste al análisis sereno la acusación que se endilgó a Carrera y Alvear de haber tenido vinculación con la conocida sublevación de los españoles prisioneros en San Luis, ocurrida el 8 de febrero de 1819.

En un primer momento se le atribuyó a esta sublevación la más grande importancia por las conexiones que se le suponían, tanto con Carrera y demás exilados en Montevideo, como con los federales del litoral argentino y los carrerinos y españoles en el mismo Chile. A la primera noticia que tuvo, San Martín —que se encontraba en Curimón— decidió partir al instante hacia Cuyo, para tratar personalmente este asunto. A O'Higgins le escribía el 13 de febrero informándole que partía esa misma noche, y recomendándole: "Si Ud. quiere que se mantenga el orden en este país, mande Ud. por vía de precaución a la isla de Juan Fernández todos los carreristas, con víveres y provisiones suficientes para su comodidad... Este paso debe darse con

Su grandeza y miserias, p. 352, Montevideo, 1946. Fuese falsificado o no, la verdad es que el texto mismo de esta real orden nada prueba. Por si fuesen necesarios pueden verse los sólidos argumentos que destruyen esta imputación, aducidos por Carrera en su *Carta citada*, y por Alvear en su *Calumnia refutada* (*Colección de historiadores y de documentos...* cit., t. VII).

En la misma *Gaceta* del 23 de diciembre donde se acusaba a Carrera y Alvear de servir los intereses de los españoles, se denunciaba la existencia de una liga entre los portugueses, Artigas, Carrera y Alvear "para remover la administración de Buenos Aires y Chile". Ahora nos encontramos con Artigas en identidad de miras con los portugueses, a éstos persiguiendo los mismos objetivos que los españoles, y a los emigrados unidos a los portugueses, a Artigas y a los españoles, es decir, tal cúmulo de absurdos, que no hacen más que dar asidero a nuestra tesis de que se trataba de metillas en la campaña de contrapropaganda.

prontitud en mi opinión, pues cuando echan mano de los españoles europeos para sus fines, está visto que todo les importa menos que la independencia de la América... Es imposible que Ordóñez, Primo Rivera y demás jefes que han muerto, y que todos eran de cálculo e instrucción, se pudiesen meter en una conjuración sin que ésta estuviese apoyada con muchas ramificaciones en Chile y Provincias Unidas. Ojo al charqui y prevenirse con toda actividad". El 23, ya en Mendoza, San Martín le escribía a Guido: "No ha venido el detalle sobre el suceso de San Luis, pero debo decir a Ud. que pasan de cuarenta los muertos que hubo en la rebujina. Hasta ahora lo que sabemos es que su objeto era unirse a la montonera, y que Ordóñez, Alvear y Carrera estaban en comunicación íntima".²⁸

Sin embargo todas éstas eran impresiones del primer momento. La verdad es que Carrera y Alvear no tuvieron participación ni relación alguna con los sublevados, como lo confirma el mismo Monteagudo, Juez comisionado para la causa, que al elevar el proceso concluido, decía en oficio de febrero 13: "Con respecto a una especie que se presenta con las apariencias de la mayor gravedad en las actuales circunstancias y que ha sido indicada en el Sumario, relativa a la correspondencia que aseguró haber recibido el capitán Carretero de don José Miguel Carrera y don Carlos Alvear, he hecho las más prolijas investigaciones para descubrir la verdad, y no

²⁸ *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, t. VIII, p. 182 y GUIDO Y SPANO CARLOS, *Vindicación histórica. Papeles del Brigadier General Guido*, p. 200. Buenos Aires, 1882.

ha sido posible adelantar otra cosa, que el haber afirmado Carretero en presencia de los conjurados, pocos momentos antes de salir de su casa a ejecutar el Plan, que sus hermanos Carrera y Alvear los esperaban con los brazos abiertos; mas no se ha encontrado entre los papeles de ninguno de ellos el menor vestigio de esto, y por las demás expresiones que añadió Carretero al anunciar aquella correspondencia, parece verosímil creer, que éste fué sólo uno de los arbitrios de que se valió para infundir confianza a sus cómplices". Esta opinión, por venir de quien viene, es más que suficiente para probar lo dicho.²⁹

16. Esta sublevación de los españoles prisioneros en San Luis creó sin embargo un clima de tensión que vino a decidir trágicamente la suerte de los principales implicados en el conocido proceso incoado a raíz de lo que se dió en llamar "complot de los franceses". El 3 de abril se aplicó la pena capital a Carlos Robert y a Juan Lagresse, acusados de querer pasar a Chile con el objeto de asesinar a San Mar-

²⁹ El sumario se encuentra publicado en *Documentos referentes a la guerra de la independencia...* cit., t. II. El sobrino de Ordóñez, a quien San Martín salvó la vida, afirmó más tarde que el propósito de los sublevados había sido buscar su incorporación al ejército español en Salta (*Documentos del Archivo de San Martín*, t. VI, p. 168).

En la *Gaceta* del 24 de febrero se afirmaba tener datos "muy bien archivados", que se darían a luz en su oportunidad, para revelar la conexión denunciada, promesa que se renueva en las *Gacetas* del 10 y 31 de marzo, sin que jamás se dieran a publicidad, porque en realidad no existían. ALVEAR en *Otras calumnias refutadas* y CARRERA en su *Segunda carta del ciudadano José Miguel de Carrera a uno de sus corresponsales en Chile*, al tiempo que desestimaban el cargo, desafiaban al gobierno de Buenos Aires a publicar los documentos que decía tener.

tin y O'Higgins por orden de Carrera. Ya se han formulado suficientes juicios condenatorios de este fusilamiento. Mitre, que estudió el proceso, ha dicho palabras definitivas al respecto: "Fué —afirma— otra mancha como la de los Carrera en Mendoza, pues, aun probadas las acusaciones, no pasaban de meros conatos y conatos vagos de dos visionarios, que no conocían el país ni sus hombres".

Tampoco dejó pasar Carrera sin réplica esta imputación. En su *Segunda Carta* citada, decía: "¿A quién le cabe en la cabeza que unos extranjeros sin saber el idioma del país y sin relaciones algunas, habían de ir a Chile a asesinar a San Martín, a O'Higgins, y otros jefes depositarios del poder y de la fuerza, y que estos hombres pudieran persuadirse que con matar tres sujetos, quedaba trastornado el gobierno, arruinaría la facción gobernante, y colocado Carrera en la suprema dirección? Si se hubiera probado la existencia de planes tan desatinados, hubiese sido más justo curar a sus autores como locos, que fusilarlos como delincuentes".

17. Entre tanto, las redobladas gestiones diplomáticas de García en Río de Janeiro se coronaban con el éxito, como triunfalmente se lo comunicaba éste a su gobierno, el 19 de marzo de 1819: "No puede ponerse en duda que este Ministerio diese las órdenes más terminantes al Sr. Barón de la Laguna para no permitir en Montevideo otra imprenta que la pública. Yo he visto original el oficio de contestación del Sr. Barón de la Laguna, en el que procura sincerarse con este Ministerio, asegurándole

que antes de recibir la Real Orden, ya había procedido a proponer la compra de la imprenta diminuta, dice, y en extremo escasa de D. José Miguel Carrera, la cual quedaba ya recogida y bajo su llave... El Primer Ministro me ha prometido que saldrán de Montevideo esos hombres turbulentos, y como S. E. no me ha engañado hasta ahora en sus promesas, tengo razón en esperar, que a pesar de todo, saldrán de aquella Plaza, y dejarán de comprometer desde ella la tranquilidad de su Patria".³⁰

Muy a pesar suyo, Lecor debió acatar ahora las órdenes de su Corte de cerrar la imprenta y aparentó habérsela comprado a Carrera, aunque sabemos que éste pudo trasladar al otro lado del Paraná una parte de la misma, que tomó allí el nombre de *Imprenta Federal de Entre Ríos*.

Después de este triunfo diplomático de García, Carrera no podía permanecer en Montevideo. Pero ya tenía tomadas sus medidas para tal evento. Sin dejar su péndola de periodista, ahora sería también montonero.

³⁰ ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, S. X, C. 1, A. 6, N° 10.

CAPITULO CUARTO

1. Imposibilitado de permanecer en Montevideo, Carrera decidió trasladarse a Entre Ríos. La campaña de periódicos y panfletos con que había atacado al gobierno directorial y defendido la causa de las provincias del litoral, le habían creado muchos amigos y simpatías en éstas.

Al parecer, a poco de llegar a Montevideo Carrera había establecido contacto con Artigas, quien rechazó su colaboración. Este creía a Carrera en combinación con los portugueses y así lo denunciaba el 4 de marzo de 1818, al Cabildo de Santa Fe, exponiendo que sabía existía "un nuevo plan entre portugueses, Carrera, Vázquez, Zufriátegui y otros paisanos rebeldes, los que protegidos con dinero y armas por los portugueses, pretenden complicar los sucesos... No llevan un objeto honorable, y hablan tan mal de nosotros como de Buenos Aires; debe sondearse esta tercera entidad que aparece, y por ello he reiterado al E. general [Ramírez], esperando ver por dónde revienta esta mina de alvearistas, porteños y portugueses, que todos van a una y nosotros en contra" ¹

No es extraño que Artigas desconfiase de las rela-

¹ CERVERA MANUEL M., *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe. 1573-1853*, t. II, p. 480. Sobre la probable visita de Carrera a Artigas en 1817, o por lo menos el envío de un comisionado en la persona de fray Solano García, véase BRACKENRIGE E. M., *La independencia argentina*, traducción de Carlos Aldao, t. I, p. 215; y VICUÑA MACKENNA, *El ostracismo de los Carreras*, cit. p. 169.

ciones entre Carrera y Lecor, dado que públicamente se les veía juntos. Pero esta relación no tiene otro alcance que la que establece el mismo Carrera en carta a su esposa, a los pocos meses del arribo a Montevideo: "Sigo tranquilo y muy obsequiado del general [Lecor], quien diariamente me protesta cuán persuadido debo vivir de su amistad y protección, no menos que de mi seguridad personal. El procura ganar mi confianza, al paso que yo, después de manifestarle mi gratitud, me alejo para no comprometerme en conversaciones que no convendrían. Los portugueses, en general, no me quieren y los godos me quemarían, pero Lecor es un caballero completo y me sostiene con su aprecio" ²

En cambio del fracaso de su intento de relacionarse con Artigas, Carrera obtuvo un éxito que ampliaba notablemente sus perspectivas para el futuro, cuando logró, desde Montevideo, establecer un contacto amigable con Francisco Ramírez, Delegado y Comandante general de Entre Ríos. Aunque estaba bajo las órdenes superiores de Artigas, Ramírez era una personalidad tendida al predominio y gozaba de mucho prestigio en su comarca natal.

Don Miguel Zañartu, representante chileno ante el gobierno del Directorio desde el año 1818, enviaba un extraordinario a Chile con esta noticia: "Se ha sabido que Carrera ha faltado de aquel punto [Montevideo] en estos días últimos y que sabe haber entablado comunicaciones con un F. Ramírez, comandante en Entre Ríos, para que éste le conceda el paso a Chile por su territorio. El espía asegura que Ramírez contestó

² VICUÑA MACKENNA, op. cit., p. 94.

que lo haría gustoso siempre que su objeto fuèse introducir la división y debilitar por este medio el poder de sus enemigos los porteños".³

Este documento, de fecha 25 de junio de 1819, revela que las relaciones de Carrera con Ramírez eran anteriores a su partida de Montevideo, y que ya entonces había conseguido asegurarse el beneplácito del caudillo entrerriano.

2. Antes de su traslado a Entre Ríos, Carrera se ocultó con el objeto de disimular el verdadero rumbo de su marcha.

La verdad es que sus pasos eran estrechamente vigilados en Montevideo por medio de los espías allí establecidos por el gobierno de Buenos Aires y por el diplomático chileno. Los informes que enviaban estos agentes los retrasmítía Zañartu a su gobierno. Estos y otros detallados informes de Zañartu, publicados en el *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, t. V y VI, nos han sido de mucha utilidad para captar el espíritu de la época, y confirmar el temor que los gobiernos de Buenos Aires y de Chile experimentaban por las futuras operaciones de Carrera.

En el mayor secreto, Carrera hizo testamento y en la tarde del 1º de julio de 1819 partió de Montevideo. Después de un viaje un tanto azaroso, el 17 de agosto tuvo su primera entrevista con Ramírez, que le esperaba en las márgenes del Gualeguay, en compañía de Cipriano Urquiza.⁴

³ *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, t. V, p. 115.

⁴ Los datos del itinerario de Carrera pueden verse en el fragmento de un *Diario* escrito por el mismo Carrera y publicado en el tomo LX de la *Revista chilena de historia y geografía*.

Como el mismo Carrera se había encargado de difundirlo, se creyó en la ciudad que iba a embarcarse en la goleta *Congreso*, que actuaba con patente de corso y acababa de llegar de Chile, sin otro objeto —se decía— que llevar a Carrera a este país. Todavía por aquellos días la goleta huyó por temor de que la apresaran los portugueses, de modo que todos consideraron a Carrera a su bordo, navegando hacia Chile. O'Higgins le escribía a San Martín diciéndole que tenía escondida la goleta "más velera que se conoce en su clase", para apresar la *Congreso* en que venía Carrera.⁵

Con tal eficacia ocultó Carrera sus pasos, que recién el 10 de setiembre, en su oficio donde ensayaba una disculpa, pudo Zañartu comunicar a su gobierno el verdadero lugar en que se encontraba aquél. "Ya he entablado relaciones más seguras en Montevideo, que nos pondrán para lo sucesivo a cubierto de iguales chascos", escribía el burlado diplomático.

Entre tanto, Carrera llegaba a Entre Ríos precedido del prestigio que le daba entre los federales su campaña periodística contra la administración directorial. Al día siguiente de su arribo, le escribía a su esposa una carta —que cita Vicuña Mackenna— diciéndole: "La casa del generoso y liberal general Ramírez debes mirarla con la mayor confianza".

Poco después, anotaba Carrera en su *Diario*: "Agosto 22. Oficio de Artigas para asegurarme". En efecto, al saber Artigas el viaje de Carrera a Entre Ríos, le escribió a Ramírez en términos que confirmaban su conocido recelo por los emigrados en Montevideo. "Es

⁵ *Documentos del Archivo de San Martín*, t. V, p. 476.

preciso —le encargaba— encargue Ud. a todos los puntos, que si arriba [Carrera] se le asegure. Es preciso haya mucho cuidado con los hombres, que vengan nuevamente tanto de Buenos Aires como de Montevideo: todos tramoyan contra nosotros.⁶

Sin embargo, Carrera, con aquel su talento de agradar que valía por cien razones, se había ganado la confianza de Ramírez. Por aquel entonces se preparaba la guerra contra Buenos Aires, y Carrera, con su imprenta y sus conocimientos de la política directorial, era un elemento demasiado útil a Ramírez como para tomar al pie de la letra las indicaciones de Artigas. William Yates, un oficial irlandés que acompañaba a Carrera, en su *Memoria* que después veremos citada, sostiene que Ramírez contestó a Artigas tratando de apaciguarlo en su prevención contra Carrera, al tiempo que le hacía presente cuánto necesitaba de éste para la campaña contra el gobierno de Buenos Aires.

3. Nos referirémos ahora sucintamente al estado político en que se encontraban las provincias del Río de la Plata en el momento de arribar Carrera a Entre Ríos, pero sin entrar en mayores detalles porque ellos no encuadran en el plan de este trabajo.

La Logia Lautaro, a través de Pueyrredón y de Rondeau, que le sucedió, mantenia una rígida dictadura en las llamadas Provincias de la Unión, dictadura que creían necesaria para salvar la causa patriota y que se aplicaba sin contemplaciones para des-

⁶ MARTÍNEZ BENIGNO T., *Apuntes históricos sobre la provincia de Entre Ríos*, t. II, p. 142. Uruguay, 1881.

truir toda clase de oposición política. Se trataba de presentar al país unido en un solo frente para oponerle a las fuerzas realistas y conquistar la independencia; pero esta unión y esta independencia debían lograrse bajo los dictados de la Logia y responder a su programa del momento, que se condensaba en el proyecto de establecer una monarquía constitucional como forma de gobierno.

Frente a ella se habían levantado —rebeldes— las llamadas Provincias Libres, que, bajo la dirección de Artigas, eran decididamente republicanas y federales, haciéndose eco del verdadero sentir de los pueblos. Esta circunstancia determinaba que aun en todas las provincias de la Unión hubiesen fuertes núcleos que le respondiesen.

El deseo de terminar con la resuelta oposición que crecía incesante, oscureció de tal manera el criterio del gobierno de Buenos Aires, que cometió los mayores desatinos políticos y militares, encendiendo una guerra civil con la que consiguió únicamente arruinar el país y aumentar el prestigio de los federales, mostrando lo compacto de su opinión y la raigambre de su causa. Así fué que en vista del fracaso de las diversas expediciones militares despachadas sobre los federales, el gobierno de Pueyrredón no vaciló en poner en peligro la causa misma de la emancipación con tal de doblegar aquella resistencia. En enero de 1819 ordenó al ejército del general Belgrano bajar hacia la capital, abandonando la frontera de Salta al cuidado exclusivo de los gauchos de Güemes. Poco más tarde, en marzo del mismo año, se abandonó la idea de la expedición sobre Lima y se llamó

con el mismo objeto al ejército de San Martín. Reunidos así el ejército del Norte, el de los Andes, y el que se formaba en Buenos Aires, esperaba el gobierno de Pueyrredón, mediante una gran campaña militar, dar fin a toda oposición.

Los federales por su parte, también se preparaban para la inminente lucha decisiva. Mientras Artigas organizaba una expedición contra el propio territorio brasileño, Ramírez y López concertaban una entrevista a realizarse en Coronda, con el objeto de determinar el plan a seguir en la guerra contra el gobierno de Buenos Aires.

4. Estè era el estado del país cuando Carrera tuvo en Gualeguaychú su primer encuentro con Ramírez, el 17 de agosto. Por su simpatía e inteligente actividad, pasó pronto a ser el confidente y brazo derecho de éste, ayudándolo en el alistamiento de sus fuerzas y cumpliendo una muy importante tarea con su imprenta volantè, traída desde Montevideo y que tomó el nombre de *Imprenta Federal de Entre Ríos*. Por ella se publicaron las más diversas piezas de ataque a la administración directorial.

Véase el ejemplo de una que tuvo mucha importancia. Al caminar Ramírez hacia Coronda para entrevistarse con López y combinar la guerra contra el gobierno de Buenos Aires, le escribía a Carrera con fecha 9 de octubre: "Mi amigo: dentro de cuatro días debó precisamente estar en la otra banda, y Vd. conoce muy bien cuanto interesa llevar impresas las proclamas y el oficio de Rondéau. Es preciso pues se empeñe Vd. día y noche en la impresión

de estos papeles, que Castro ayudará a Vd. a escribir las notas y reflexiones para el de Rondeau".⁷

Este famoso impreso del "oficio de Rondeau" a que se refiere Ramírez en su carta, había sido dado a conocer y distribuido por Carrera desde Montevideo. Su conocimiento había producido sensación en las Provincias federales y constituyó una de las causas inmediatas que decidieron la guerra contra Buenos Aires. Se trataba de un oficio del Director sustituto Rondeau al general Lecor de fecha 2 de febrero de 1819, cuyo texto descubría el designio de la Logia, que no era otro que el de invitar a los portugueses a colaborar en la guerra que sostenía contra los federales.

No sabemos si este documento es auténtico —la *Gaceta Extraordinaria* de julio 24 de aquel año al tiempo de transcribirlo lo tachaba de apócrifo— pero no nos debe extrañar que hubiese sido realmente enviado a Lecor. Sabemos que, aunque más tarde, los portugueses y paraguayos fueron realmente invitados por el Gobierno de Buenos Aires a ocupar Entre Ríos y Corrientes, respectivamente. Si este dubitado documento existió, no es difícil que Carrera conociera su texto en Montevideo, dada su amistad con Herrera y aún con el mismo Lecor. Lo cierto es que impreso y esparcido por todas partes, produjo, repetimos, una gran conmoción. Artigas tuvo duras palabras al referirse a él, y López, haciendo en el año siguiente una relación general sobre los motivos que le impulsaron a declarar la guerra a Buenos Aires,

⁷ ARCHIVO NACIONAL DE CHILE, *Colección de manuscritos de Vicuña Mackenna*, volumen 114, foja 37.

atribuye al conocimiento de este documento una gran importancia, diciendo en oficio de 14 de setiembre de 1820 dirigido al Cabildo porteño: “Cuando por accidente logramos copia fiel del oficio del Director Rondeau al general Lecor de 2 de febrero de 1819, publicado en la Imprenta Federal, nos persuadimos de la proximidad del peligro, y arrostrando todas las dificultades, buscamos, atacamos, y derrotamos completamente en la cañada de Cepeda al ejército que mandaba en persona el Director”.

En Córdoba, en el cruce de los caminos que llevaban al Alto Perú y Cuyo, donde maniobraban las montoneras cordobesas conducidas por su caudillo don Felipe Alvarez —cuyo nombre veremos al lado del de Carrera en nuestra última página—, también se hacía sentir la acción de la imprenta volante de Carrera. Así escribía el gobernador Castro de Córdoba al general San Martín, el 3 de diciembre de 1819: “El tal José Miguel Carrera que se halla en el Rosario atizando la guerra y dirigiendo a López, ha dictado proclamas y gacetas que se han desparramado por la jurisdicción de esta provincia, con imposturas las más groseras contra el gobierno supremo y en favor de la anarquía”.

Así, paulatinamente, Carrera fué adquiriendo ese ascendiente en el campo federal que posteriormente le permitiría formar un ejército propio. En Buenos Aires se tenía conocimiento de esta activa colaboración de Carrera en la organización de la campaña de los federales, y del ascendiente que había alcanzado. Así se lo manifestaba el mismo Rondeau a San Martín, diciéndole que la provincia de Santa Fe se

predisponía “a una esforzada invasión mancomunada con el jefe de los orientales don José Artigas y el inquieto don José Miguel Carrera, que dicen goza de gran predicamento en la provincia de Entre Ríos”.⁸

5. La expectativa en el país ante la gran campaña federal que se esperaba de un momento a otro en esta segunda mitad del año 1819, acabó por romper la tensión en que se vivía, y el gobierno de Buenos Aires, que había caído en un descrédito absoluto, entró rápidamente en crisis. El primer síntoma fué la deposición de los gobernantes de Tucumán, provincia que se proclamó independiente el 12 de noviembre mediante una revolución que realizaron algunos oscuros jefes de su guarnición.

Inmediatamente, San Martín, que conocía cuál era el estado de la opinión del país y la suerte que hubiera corrido su ejército de participar en la guerra civil, renunció al mando y pasó a Chile. Desde aquí ofreció el Ejército de los Andes a O'Higgins, para continuar la guerra contra los realistas. Así concretó el Gran Capitán su famosa desobediencia, en la que se muestra un político sagaz, sirviendo los verdaderos y legítimos intereses de la revolución americana y no las miras de una facción o partido político. Los directoriales no se lo perdonaron jamás.

En este sentido la acción de San Martín corre paralela con la de Carrera, en cuanto uno y otro contribuyeron a la caída del gobierno directorial, aun-

⁸ Los oficios de Castro y de Rondeau en *Documentos del Archivo de San Martín*, t. IX, p. 216 y MOLINARI DIEGO LUIS, *Viva Ramírez*, p. 88. Buenos Aires, 1938.

que no coinciden por cierto en el pensamiento que impulsaba a cada uno de ellos.

Como para certificar la excelencia de la conducta de San Martín, que salvó al Ejército de los Andes de la disolución, el 9 de enero de 1820 se sublevaba en medio de "vivas a la federación", el Batallón N^o 1 de Cazadores del Ejército de los Andes, fuerte de 1.000 hombres, que estaba acantonado en San Juan, siendo los cabecillas el ex-capitán del mismo cuerpo Mariano Mendizábal —que fué designado Gobernador de San Juan—, y el teniente Francisco del Corro, nombre este último que después lo veremos vinculado estrechamente a los planes de Carrera.

El mismo día 9 de enero que estallaba el movimiento de San Juan, y como para darnos una prueba de que aquello era un verdadero levantamiento nacional contra los proyectos de la Logia Lautaro, se consumaba en la posta de Arequito la sublevación del Ejército llamado del Alto Perú, ejecutada porque estaba educado en la mística de la lucha con el español y no quería volver las armas contra sus compatriotas. A la cabeza del movimiento estaba el Jefe del Estado Mayor, coronel Juan Bautista Bustos, a quien secundaban otros distinguidos oficiales como el coronel Alejandro Heredia y el comandante José María Paz.

De este modo perdió el Directorio el control del Ejército de los Andes y del Ejército del Norte. Estas sublevaciones y las revoluciones federales que se sucedieron en las provincias, representan los primeros frutos de la descomposición del sistema directorial,

que había de contener a su vez la descomposición final del sistema virreynal.

6. Mientras se desarrollaban estos trascendentales acontecimientos en el país, Carrera se había trasladado a Santa Fe, a encontrarse con su esposa e hijas, que habían llegado desde Montevideo.

Allí recibió un expreso de Ramírez que le decía: "Amigo: sin pérdida de un instante lo espero. Camine día y noche, me hace suma falta. Remito copia del oficio de Bustos; en esta virtud lo espero".⁹

¿Qué había pasado?

Recordemos que el coronel Bustos estaba a la cabeza del Ejército del Norte sublevado en Arequito. Inmediatamente que hubo triunfado en su movimiento, Bustos dirigió un oficio a los federales dándoles cuenta del éxito de la rebelión y ofreciéndose como amigo, al tiempo que hacía referencia a la necesidad de acordar el modo de finalizar la guerra civil que estaba arruinando al país, para cuyo fin —decía Bustos— se retiraba a Córdoba, desde donde tratarían este problema más extensamente.

Ramírez se mostró alborozado por el contenido de este oficio de Bustos, que significaba la neutralización de una gran fuerza enemiga. Pero pensó más; quiso volcar esta fuerza en su favor, solicitando la colaboración de Bustos en la campaña contra el gobierno de Buenos Aires. Había que destacar de inmediato un comisionado con este objeto, antes que Bustos retrocediese demasiado en su marcha. Entonces pensó en Carrera, su asesor político, y le escribió

⁹ A. N. CHILE, *Colec. de manuscritos cit.*, v. 114, f. 39.

aquel expreso adjuntándole copia del oficio de Bustos y reclamando su urgente presencia.

Carrera se desprendió de las tibiezas de su hogar improvisado en Santa Fe y corrióse hasta el campamento de Ramírez para considerar la importante novedad.

De aquí resultó que Carrera fuese el jefe de la comitiva que se enviaría a tratar con Bustos su eventual colaboración en la guerra contra el gobierno de Buenos Aires. Inmediatamente, y a galope tendido, partió la comitiva. Al lado de Carrera marchaba don Cosme Maciel, el secretario del gobernador López. No pasaron muchos días cuando avistaron a Bustos en la posta de la Herradura, el 14 de enero.

Allí mismo se dió comienzo a una larga conferencia en presencia de los oficiales. Carrera desplegó todo el poder de su elocuencia y persuasión para inducir a Bustos a que uniera sus fuerzas a las de Ramírez y López. En este aspecto fracasó en su cometido, porque la rebelión de Arequito se había efectuado precisamente para no intervenir en la guerra civil, y buscar los medios de volver a la lucha contra los realistas en el Alto Perú. Ya en el terreno de lo concreto, Bustos se declaró neutral, y dando como un hecho la caída del gobierno directorial, propició la reunión de un Congreso Federal que organizara el país y diera poderío a los ejércitos para acabar con el enemigo de la independencia americana.¹⁰

Con esta contestación se volvió Carrera. Mitre, que se apoya en las *Memorias* y en informes verbales del

¹⁰ CELESIA ERNESTO H., *Federalismo argentino*, Córdoba, t. II, Buenos Aires, 1932.

general Paz, afirma que Carrera se retiró descontento de la entrevista. De la misma manera, Vicente Fidel López, que cuenta con las referencias de algunos testigos, rehace con la magia de su pluma los términos de la conferencia, asignándole a las últimas palabras de Carrera el color de una subida tirantez. Los autores que les siguen participan igualmente de esta opinión.

Lo cierto es que la conferencia de la Herradura no tuvo los visos que le asignan estos historiadores. No todo se redujo a este primer encuentro; la comitiva se retiró recién al día siguiente. Carrera aprovechó bien aquel extraño poder de atracción que en tan alto grado poseía y pudo de esta manera en tan corto tiempo hacerse de simpatías entre los jefes del ejército, aún la del mismo entonces comandante Paz.

Incluso pensó trasladar su familia a Córdoba, escribiendo al día siguiente de la entrevista a su esposa: "Anoche llegué al ejército de Bustos, que alcancé en las inmediaciones de la Herradura. Traté a aquel general y todo cuanto he visto me ha llenado de gusto".

Esta carta, que utiliza Vicuña Mackenna, y otros documentos inéditos que transcribiremos más adelante, demuestran que las relaciones de Carrera con Bustos y otros oficiales del Ejército del Norte, quedaron en términos muy cordiales y prometedores.

7. A la llegada de Carrera con la noticia de la neutralidad de Bustos, se aclaró el panorama político para los caudillos federales. Se conocía la desobediencia de San Martín, que equivalía a la desapari-

ción del Ejército de los Andes del territorio argentino. A ello se añadía ahora la neutralidad de las fuerzas de Bustos, con lo que quedaba así libre el camino para marchar sobre Buenos Aires. El ejército federal se puso inmediatamente en movimiento, en busca del ejército directorial que Rondeau había reunido apresuradamente en Buenos Aires.

En la mañana del 19 de febrero se encontraron en la cañada de Cepeda. Ramírez dió la orden de ataque y los montoneros cargaron con el vigor que les era característico. La caballería directorial no tuvo fuerza moral para arrostrar el ataque, y a la primera carga se declaró en derrota, huyendo en desorden hacia la capital. Tal fué la batalla de Cepeda.

En tanto la caballería era de esta manera derrotada, la infantería directorial había quedado aislada en el campo de batalla. Estaba poco menos que intacta y formada en columnas cerradas esperaba su destino bajo la enérgica dirección del general Juan Ramón Balcarce. Ramírez intimó su rendición so pena de pasarlos a cuchillo. Aunque su situación era muy difícil, Balcarce contestó altivamente ser el dueño del campo de batalla y estar dispuesto a cualquier cosa.

Carrera, que continuamente estaba al lado de Ramírez, comprendió que no convenía a sus intereses ni a los del propio Ramírez esta nueva lucha. Nos dice William Yates en su *Memoria*, que Ramírez ya había formado su caballería en columnas para arrojarlas al ataque, pero que Carrera, teniendo presente que entre la infantería de Balcarce había muchos chilenos que él podría utilizar en su proyectada ex-

pedición al otro lado de los Andes, lo disuadió de ello arguyendo que el espíritu de resistencia y calidad de los jefes que había en la infantería, ocasionaría, en caso de realizarse el ataque, una lucha con grandes bajas para ambas partes. Que ello obligaría a rehacer las fuerzas después de la victoria, dando de esta manera un respiro a Buenos Aires, que entonces podría reaccionar y darse tiempo a preparar su defensa. Que lo que convenía era dejar en el sitio la infantería enemiga y volar sobre Buenos Aires, para sacar los mejores frutos a la rápida y fácil victoria de Cepeda.¹¹

Es indudable que estas razones tuvieron que influir en el ánimo de Ramírez, quien por otra parte no podía olvidar que el plan de Artigas —a quien estaba por entonces subordinado— además de exigir la destrucción de la administración directorial, pretendía por sobre todo llevar la guerra a la Banda Oriental contra los portugueses. Que Ramírez obró teniendo presentes estas circunstancias, nos lo explica él mismo en un parte del día siguiente, donde después de referir la huida de la caballería enemiga en Cepeda, añade: “La infantería se ha retirado a San Nicolás llena de terror y puede V. S. atribuirlo a la decisión con que procuramos ahorrar sangre americana; penetrado el cuadro por nuestros soldados habría sido exterminado, y aún nos habría costado la pérdida de algunos de nuestros valientes: reflexionamos que la

¹¹ La parte más importante de esta relación de WILLIAM YATES, que, aunque exagerada en su devoción por Carrera, contiene valiosos detalles, ha sido vertida al castellano con prólogo y notas, por JOSÉ LUIS BUSANICHE, con el título: *José Miguel Carrera (1820-1821)*, Buenos Aires, 1941.

derrota de la caballería y el grito general de las provincias bastaba para poner fin a la guerra civil y no quisimos privar a la patria de brazos útiles para su defensa contra enemigos exteriores".¹²

De esta manera le fué posible a Balcarce retrogradar a San Nicolás con las banderas desplegadas como en triunfo.

8. El gobierno directorial intentó reaccionar de la derrota de Cepeda y apelando a todas las fuerzas militares disponibles en aquellos momentos tan apurados, logró la formación de un ejército que puso al mando del general Miguel Estanislao Soler.

En su terror a que los montoneros —a quienes tenían por turbas de forajidos sin control— entrasen en Buenos Aires, los directoriales no tuvieron reparos en acudir a toda clase de militares; no solamente a aquellos a quienes habían tenido olvidados, como el caso de Soler, sino aún a los que habían sufrido destierros y prisiones por su posición antidirectorial. Estos jefes militares constituyeron la base de un nuevo partido federal militarista, acentuadamente porteñista y antimontonero.

Como los caudillos federales se negaran a toda tratativa de paz mientras no fuese disuelto el sistema directorial, Soler reunió una Junta de Guerra en su ejército, la que resolvió exigir el cese de las autoridades del Directorio y la entrega del mando en manos del Cabildo.

Esta intimación del ejército de Soler, que era la única fuerza militar organizada en Buenos Aires, sur-

¹² MOLINARI, *op. cit.*, p. 163.

tuvo efecto: el Congreso se disolvió y Rondeau renunció a su empleo. De esta manera, el 11 de febrero de 1820, feneció el Directorio, el Congreso y todo un sistema de vida institucional argentina. También el territorio de Buenos Aires se constituyó como provincia, al igual que sus hermanas del interior.

Por sugerencias de los vencedores en Cepeda, la Junta de Representantes, flamante poder legislativo de la provincia de Buenos Aires, designó gobernador provisorio a Manuel Sarratea, político enemigo del grupo directorial y que a través de Carrera —con quien mantenía activa correspondencia— había establecido conexiones con los caudillos federales.

Desaparecidos el Directorio y el Congreso y establecido un gobierno de provincia en Buenos Aires, la ocasión se presentaba propicia para la paz definitiva a que aspiraban los federales, a pesar de que algunos celajes oscurecieran el horizonte debido a los recelos sobre la posible actitud de Balcarce, que ya se había embarcado con sus fuerzas en San Nicolás hacia Buenos Aires. Carrera, que como consejero de Ramírez estaba en todos los detalles, escribía sobre esto a Juan Antonio García, comandante del Rosario el 21 de febrero: "La paz se firmará a pesar que Balcarce aún no obedece las órdenes del general Soler, Comandante general de las fuerzas de mar y tierra, pero si no es a buenas, a palos se le hará entender la razón".¹³

Entretanto, Sarratea se trasladaba al campamento de los federales y el 23 de febrero estaba firmada la paz mediante el Tratado del Pilar, uno de los soste-

¹³ A. N. CHILE, *Colec. de manuscritos* cit., v. 117, f. 8.

nes angulares en la historia de la organización política argentina. Este tratado —en 12 artículos— después de afirmar la existencia de la nacionalidad, aseguraba dos principios fundamentales en su organización política: la República y la Federación. No imponía condiciones a Buenos Aires contra todo lo que podía esperarse después de una lucha tan enconada, y se preconizaba un Congreso a reunirse en San Lorenzo (Santa Fe) de donde surgiría la futura organización del país y se haría el deslinde de los territorios. Tal en síntesis, el contenido del Tratado del Pilar, epílogo de la batalla de Cepeda.

9. Resulta innecesario destacar el alborozo de Carrera por estos trascendentales acontecimientos como la caída del sistema directorial y la instalación de gobiernos provinciales amigos. Se le abrían ahora los más amplios horizontes, a lo que cabría agregar la íntima satisfacción de haber estado en todos los detalles, siguiendo al paso lo que ocurría en estos días de una agitación extraordinaria.

Resulta así que la mayor parte de los documentos emanados de Ramírez por esta época fueron redactados por Carrera, según consta en un cuaderno borrador, de puño y letra de éste, y que constituye el volumen 117 de la *Colección de Manuscritos de Vicuña Mackenna*, tantas veces citada. Conocemos también varias cartas de Sarratea a Carrera donde el primero le daba el desarrollo pormenorizado de los acontecimientos que ocurrían en la capital y que explica, entre otras cosas, la clarísima comprensión que de los mismos tenían los caudillos federales, ante quienes Carrera hacía de consejero político. La per-

sona y valimiento de Carrera eran solicitados asiduamente.

Es oportuno decir ahora que Carrera influyó en gran medida el desplazamiento político de Artigas en el Río de la Plata. En el Tratado del Pilar no se declaraba la guerra a los portugueses, según las terminantes órdenes de Artigas. Ello se explica porque los signatarios del tratado no creyeron oportuna esta declaración por el estado en que se encontraba el país, aunque dejaron a salvo —y lo expresaron en el tratado— que el territorio de la Banda Oriental, ocupado por los portugueses, era una parte constitutiva de la Nación. Sabían los signatarios que Artigas no aprobaría el Tratado por esta causa, por lo que se trabajó su desplazamiento y en forma verbal se prometió a Ramírez el apoyo económico de Buenos Aires para su lucha con Artigas en Entre Ríos, que se columbraba inevitable. Carrera tuvo activísima participación en este desplazamiento de Artigas y en el encumbramiento de Ramírez, que aparece en el Tratado dándose el carácter de Gobernador de la Provincia de Entre Ríos. Todo esto lo tenemos perfectamente documentado en otro trabajo, donde damos a conocer una serie de cartas de Ramírez a Carrera que así lo demuestran palmariaemente. Más tarde volveremos sobre esto.¹⁴

Además, mucho de la política ponderada y de equilibrio que se siguió con el partido vencido en Cepeda,

¹⁴ PÉREZ JOAQUÍN, *Ramírez y Artigas. Elevación y Ocaso*, en *Trabajos y Comunicaciones*, t. I, La Plata, 1950. Publicación del INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE EVA PERÓN.

se debió a la influencia de Carrera, según lo reconocería públicamente la prensa porteña y lo señalaremos más adelante. A Carrera le convenía la paz porque ésta le proporcionaba la oportunidad de hacerse rápidamente de una fuerza armada con la cual revolucionar a su país.

CAPITULO QUINTO

1. Con la firma del Tratado del Pilar cerróse una etapa de la vida institucional argentina. Desapareció el sistema directorial y se frustraron los planes monárquicos, instaurándose en cambio el sistema republicano-federal, inquebrantablemente sostenido por los hijos del litoral.

Esta definición en el terreno de las ideas carecía de significación para Carrera, quien se sentía completamente ajeno a los problemas propios de las provincias del Río de la Plata. La idea de volver a Chile con una expedición que le restituyera al poder era su pensamiento dominante, y a él se subordinaban todos los demás. Por eso, la caída del Directorio y el nombramiento de Sarratea como gobernador de Buenos Aires, los consideró grandes triunfos no precisamente porque determinarían el fin de todo un sistema institucional y político, sino porque significaron la desaparición de irreductibles enemigos y el encumbramiento de sus amigos, de quienes podría obtener ahora apoyo para sus planes.

Su participación en los acontecimientos desde la preparación de la campaña militar de los federales hasta la firma del Tratado del Pilar, fué importante, según vimos. Pero toda esta participación se mantiene en el terreno secundario, porque en el plano superior de las ideas se limitaba a servir la postura política de Ramírez y de López, que respondía a todo un

proceso histórico que venía desarrollándose desde los primeros años de la revolución.

2. Con la caída del sistema directorial, la sublevación de Del Corro en San Juan, el nombramiento de Sarratea en Buenos Aires, y el triunfo de López y Ramírez, gobernadores de Santa Fe y Entre Ríos, se habían abierto las más lisonjeras perspectivas para Carrera. Solamente le faltaba conseguir el apoyo de Bustos en Córdoba, para que las principales provincias argentinas hubiesen sido los puntales de su proyecto de invadir a Chile con una fuerza expedicionaria propia.

Después de su conferencia en la Herradura con Bustos, Carrera tenía los mejores augurios de que éste le favorecería; hasta había pensado trasladarse a Córdoba, y a tal fin había hecho reservar casa en esta ciudad. Desde ella, le escribía Facundo Zuviría (18 feb. 1820): "Consiguiente a mi llegada llené mi deber desempeñando sus encargos; hablé con los Jefes de este Ejército, Pueblo y mejor parte del vecindario. Todos desean con ansia su pronta venida y es necesario apurarla, pues que ella conciliará sus intereses con los generales, y los de estas Provincias con las de Santa Fe, Entre Ríos y Oriente". El caudillo cordobés Felipe Alvarez, que le acompañaría hasta la muerte, ocupándose de este mismo asunto le manifestaba días después, el 13 de marzo: "Estimado amigo: luego que llegué a ésta fué una de mis primeras atenciones hacer diligencia de la casa que Vd. me encargó; ya la conceptúo segura, porque el gene-

ral Bustos me dijo descuidase en él por esta comisión".¹

Según vemos, todo estaba preparado para la marcha de Carrera a Córdoba. El terreno, abonado de antemano, le aseguraba el éxito de su gestión ante Bustos, de quien trataría de obtener los numerosos chilenos que servían en sus filas.

Sin embargo, una reacción del partido directorial en Buenos Aires le obligó, en su condición de consejero de Ramírez, a postergar su proyectado viaje.

Esta contrarrevolución directorial se trabajó desde el mismo día que se supo en Buenos Aires que la infantería a las órdenes de Balcarce —jefe directorial— se había salvado de la derrota de Cepeda y se encontraba intacta en San Nicolás. La noticia fué un mensaje de esperanza para los directoriales, que inmediatamente urgieron a Balcarce el regreso de sus tropas por el río para defender la ciudad capital y apoyar las decisiones del partido. Balcarce embarcó en San Nicolás su división y a principios de marzo entró en la ciudad de Buenos Aires, manifestando claramente su designio de oponerse a los federales. El gobernador Sarratea huyó de la ciudad porque se encontraba sin apoyo militar, siguiéndole el general Soler, que había licenciado su ejército.

Así se consumó pacíficamente la contrarrevolución de los directoriales, que en un Cabildo abierto del 6 de marzo designaron a Balcarce como Gobernador y Capitán General de la Provincia, con facultades omnímodas.

Los caudillos federales se negaron a reconocer al

¹ Ambas cartas en A. N. CHILE, *Colec. de manuscritos* cit. v. 114, f. 109 y 104, respectivamente.

nuevo Gobernador y ratificaron su reconocimiento a la autoridad de Sarratea, que desde su sede en el Pilar trabajaba incansablemente en la reunión de las milicias de campaña. Muchos federales salían de la ciudad a incorporarse a las fuerzas de Sarratea y Soler.

En aquellos instantes, el 7 de marzo, Carrera se dirigía a Bustos expresándole: "Amigo y señor: Nuestro silencio atribúyalo Ud. a las muchas complicadas atenciones que cargan sobre mí, sin tener hasta hoy un solo auxiliar. Bien conocía yo la inquietud que causaría a Ud., nuestra involuntaria falta, pero en tratados con Buenos Aires no me dejaban momento, y cuando creía poder hablar a Ud. con detención, ocurre la nueva revolución de Balcarce que me ha llamado a nuevos trabajos.

"Los tratados de paz celebrados el 24 del pasado habrán convencido a Ud. de las sanas intenciones que me animan, y de los esfuerzos con que procuro llenar las miras de todos los buenos americanos: crea Ud. que mi conducta toda será conforme con los nobles sentimientos que ha manifestado Ud. de un modo inequívoco".

Observemos la exagerada importancia que se atribuye Carrera en la redacción del tratado del Pilar; sin duda, con el fin de impresionar a Bustos.

Seguidamente, Carrera hacía en la carta toda una filiación de la contrarrevolución directorial: "El Gobernador Sarratea dirigía con mucho pulso y virtud los negocios de la Provincia, pero usó de una indulgencia imprudente con los agentes de la execrable facción de Pueyrredón, dándoles así resolución para ejecutar el movimiento tumultuario del 6 de éste, por

cuyo medio se hizo D. Juan Ramón Balcarce Gobernador y Capitán General. El descontento que ha ocasionado este escandaloso suceso es tal, que creo va a despoblarse Buenos Aires pasándose a nosotros; sobre 400 veteranos, 30 a 40 oficiales y muchos distinguidos vecinos, han llegado a nuestro cuartel, y la milicia toda se pone en armas para acompañarnos hasta restablecer en su silla al Gobierno que eligió libremente el Pueblo, y que es obedecido por todos los que no están oprimidos por las bayonetas del intruso".²

Efectivamente; había cundido la desmoralización entre los directoriales por la falta de apoyo popular a su movimiento. De nada valieron las tentativas de arreglo que propusieron; los federales se negaron a otra solución que no fuese la reposición de Sarratea.

Desalentado, Balcarce se encerró en el Fuerte. Allí mismo se le sublevó el cuerpo de Aguerridos, única fuerza con que contaba. Abandonado de todos, Balcarce se embarcó rumbo a Montevideo, acompañado de una raleada comitiva (marzo 11).

Al lado de Balcarce se vió la figura de Alvear en todos estos sucesos. Al embarcarse el primero, Alvear se ocultó en la ciudad.

3. Al día siguiente 12 de marzo, este último personaje y Carrera fueron protagonistas de un curioso episodio.

Conviene que expliquemos la presencia de Alvear en Buenos Aires.

Al producirse la caída del régimen directorial, Alvear fué llamado por sus amigos Carrera y Sarratea,

² A. N. CHILE, *Colec. de manuscritos cit.*, v. 117, f. 12.

que ahora estaban en triunfo. En los primeros días de marzo se advirtió la presencia de Alvear en la ciudad, coincidiendo con el movimiento de Balcarce, a cuyo lado se le vió en la semana que duró su gobierno.

El hecho de que le veamos ahora apoyando a Balcarce en su movimiento de reacción directorial, después que desde Montevideo combatiera con tanto ardor a este partido, se explica porque la causa que movía a Alvear en aquella lucha era la obsesionante pasión de mando que no podía refrenar.

Fracasada, según sabemos, la contrarrevolución directorial de Balcarce, Alvear se ocultó en la ciudad, para reaparecer al día siguiente 12, tratando de conseguir su propósito de ocupar el primer plano mediante un atrevido golpe de efecto, válido de la circunstancia de que después de la fuga de Balcarce, y no habiendo Sarratea retomado el mando en la ciudad, el orden de la misma había quedado en manos del Cabildo.

En él se presentó Carrera seguido de Alvear, y expuso que Sarratea, que al día siguiente reasumiría el mando, había designado a Alvear como general en jefe de las fuerzas de la Provincia en reemplazo de Soler. Se produjo entonces un gran alboroto, porque los partidarios de Soler, que en algarada por el triunfo se habían reunido en la plaza, al ver a Alvear en esas circunstancias, le atacaron, y tuvo que salir el Cabildo garante de su persona, bajo el compromiso de sacarlo del país.

De este episodio nos ilustra la correspondencia de Zañartu, que nos refiere así este suceso: Alvear, llamado de Montevideo por Carrera y Sarratea, para

que se recibiese del mando general de las armas, después de haberse asegurado del consentimiento de todos los Jefes y de los oficiales de influjo, se presenta en la plaza en medio de todo el concurso que celebraba el triunfo. Sin duda creyó que sus padrinos tendrían apostados gritadores que lo aclamasen General. Su persuasión era justa y todo estaba así preparado para darle el golpe a Soler. Pero el furor del Pueblo se anticipa, lo ataca bruscamente y lo mete en la cárcel bien estropeado. He aquí perdido todo el trabajo de Carrera y cómplices. Sarratea entonces, con el objeto sin duda de beneficiar a sus ahijados, decreta la soltura de todos los presos. Pero este beneficio no alcanzó a Alvear porque el pueblo había depositado en el Cabildo las llaves del calabozo. Así es que tuvo el Gobierno necesidad de hacer nueva gestión con los cabildantes quienes sólo lo entregaron con la condición de que se embarcase. Decretado su embarque, lo llevaron un regidor y un oficial al muelle, hasta cuyo punto lo persiguió un hombre desconocido con resolución de matarlo y tan enfurecido que quería seguirlo al barco".³

4. Apenas hubo reasumido el mando en la ciudad, Sarratea decretó la prisión de todos los que habían sido miembros del Directorio y Congreso disueltos, iniciándoles el proceso por alta traición a la patria, que estipulaba el Art. 7º del Tratado del Pilar.

En esta emergencia, Carrera intercedió con éxito por la libertad del deán Gregorio Funes, según le

³ *Archivo de don Bernardo O'Higgins cit., t. V, p. 175.*

escribía éste a su hermano Ambrosio, el 18 de marzo: "Uno de los resultados que ha producido la presente mutación de cosas, ha sido la prisión de todos los individuos del Congreso. Esta me comprende también a mí. Por empeño de Carrera me sacaron a los tres días, y me permitieron que tuviera mi casa por cárcel, como en efecto la tengo".⁴

Observemos que Carrera goza de la más alta influencia en Buenos Aires. Más aún, repuesto Sarratea en el mando, Carrera se quedó en la ciudad como representante directo de Ramírez. El gobernador entrerriano, intranquilo por la situación interna de su provincia y haciendo presente los gastos y pérdidas que le ocasionara su colaboración en la reposición de Sarratea, exigió y obtuvo que se le acordaran auxilios, aunque sin determinarse la cantidad y materia de los mismos. Carrera quedó encargado de tratar con Sarratea este punto, mientras Ramírez partía sin más tardanza al Entre Ríos.

Al notificárselo al Cabildo de Buenos Aires con fecha 16 de marzo, Ramírez le refería la peligrosa agitación en que se mantenía su provincia, y añadía:

"Tan poderosos motivos me impelen a partir en el momento para establecer mi cuartel en los Santos Lugares donde esperaré el armamento y demás útiles de guerra que se me han acordado para de algún modo indemnizar los enormes gastos que ha causado la campaña que emprendí con el solo objeto de redimir a este heroico pueblo de la dura opresión a que le había reducido la criminal administración que acabamos de destronar". A continuación añade palabras que nos señalan el influjo que ejer-

⁴ Revista *Atlántida*, t. III, p. 121. Buenos Aires, 1911.

cía Carrera en los acontecimientos políticos de aquellos días: "Para allanar las dificultades que en el particular puedan ocurrir —decía Ramírez— queda en esta ciudad con todas mis facultades el Brigadier general don Miguel de Carrera, quien hará a V. E. las representaciones conducentes a este fin".⁵

5. Al par que cumplía con la importante misión que le encomendara Ramírez, Carrera se ocupaba de sus propios asuntos, para cuyo fin se había quedado verdaderamente en Buenos Aires.

Representante directo de Ramírez, y por su activa intervención en la firma del Tratado del Pilar, Carrera había adquirido un alto grado de ascendencia. Sarratea le hospedó en su propia casa, y se prestó en forma incondicional a todos sus pedidos. A esta situación en Buenos Aires aludía Zafartu en un informe a su gobierno del 4 de marzo, diciendo que el allanamiento de los caudillos federales a la firma del Tratado del Pilar "...dió a Carrera, mediador de la paz, una importancia cual Ud. no puede concebir. Vive en casa de Sarratea, disfrutando el cortejo y adulaciones de todo el pueblo; y tomando en los negocios una mano que muchos lo miran como un secreto gobernante. Ni podía ser de otro modo, porque como desde la primera hasta la última autoridad se ha puesto al gusto de los montoneros, a quienes gobernaba Carrera, todos en el día se consideran como sus hechuras, y en lo concerniente a pasos de armonía y tranquilidad, consultan su voluntad. El sabe demasiado hacer valer su influjo y sacar partido aún de las sombras".⁶

⁵ A. N. CHILE, *Colec. de manuscritos* cit., v. 113, f. 82.

⁶ *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, t. VI, p. 199.

Consideraba Carrera llegada la hora propicia de dar forma al desideratum de su vida, que era reclutar su propio ejército y marchar con él a Chile. Comenzó a trabajar con ahinco en el sentido de formar este ejército con los soldados chilenos que se encontraban ahora en Buenos Aires, y que provenían, tanto de la emigración de 1814 después de la derrota de Rancagua, como y principalmente, de los nativos de Chile que militando entre los realistas habían sido prisioneros en Chacabuco y Maipú e incorporados a las fuerzas de las Provincias Unidas. La idea no era de ahora; ya que en diciembre de 1819 había escrito a su esposa refiriéndose a sus éxitos al lado de Ramírez y López: "Aunque me franqueen chilenos no los tomaré hasta que hayan sido derrotados los porteños, y entonces no serán 100 sino 300 ó 500".⁷

Su propósito era marchar al otro lado de los Andes con esta fuerza que tituló *Ejército Restaurador*, al modo como se llamara el ejército que comandara en Chile contra los realistas. En su instrucción y en calidad de segundo jefe de la fuerza, intervenía el coronel José María Benavente, intrépido y legendario sableador, de quien ya tenemos noticia.

Para favorecer el reclutamiento de esta fuerza, se fomentó la desertión en los cuerpos de la ciudad y su traslado a los cuadros de la división de Carrera. En poco tiempo éste llegó a tener en su campamento de la Chacarita, cerca de la ciudad, alrededor de 600 hombres bien armados y equipados, porque a todo se prestaban Sarratea y los captialistas de la ciudad.

Carrera estaba engreído de que su presencia en

⁷ VICUÑA MACKENNA, op. cit., p. 180.

Chile con el Ejército Restaurador, provocaría un levantamiento general en su favor. En una proclama dirigida a sus soldados, en la cual bosquejaba un cuadro optimista de la caída de los directoriales en Buenos Aires y del odio que suponía en Chile hacia San Martín y O'Higgins, estampaba estas palabras: "No perdamos un momento en aprovechar la época favorable. Vamos a Chile, vamos a ese país de delicias, en donde os recompensaré de vuestras fatigas y sin mezquindad. Estad seguros de que no pelearéis, porque todo será acercarme y ser dueño de Chile".⁸

6. Estos preparativos de Carrera, por su proximidad, afectaron primeramente a Zañartu, quien hondamente preocupado, reclamó ante Sarratea, manifestándole con fecha 16 de marzo: "Mientras el heroico Pueblo de Chile y su noble Gobierno sostienen el crédito de la revolución del sud, evita la ruina total de estas Provincias y se prepara sus últimos laureles dando un golpe decisivo sobre el Perú, Buenos Aires, en contradicción con sus intereses y la más beneficiada en aquellos sacrificios, dispone en su mismo seno una expedición que lleve el exterminio y la desolación a ese Estado virtuoso". Después de expresar que no podía ser indiferente ni dejar pasar en silencio los preparativos de Carrera, tolerados o auspiciados, añadía: "Si es verdadero este permiso, o más bien, esta cooperación, ella expresa una declaración abierta de guerra contra el Estado y Gobierno que represento, y me imponen el deber de pedir a V. S. con los motivos de esta resolución, pasaporte correspondiente para retirarme a mi Estado".

⁸ *Colección de historiadores y de documentos...* cit., t. XII, p. 284.

En otro oficio del mismo día, dirigido a O'Higgins, añade Zañartu noticias que nos señalan la intensidad y éxitos de los trabajos de Carrera en su campamento de la Chacarita: "No podré decir a V. E. el número de que se compondrá la expedición si se realiza. Los cuerpos de Granaderos y Artilleros de esta guarnición eran compuestos en su mayor parte de chilenos y ahora han quedado en esqueleto. El de Húsares de la Patria, aunque muy bajo, está sin un hombre por la misma razón de haberse pasado a la división de Carrera. Los espías que he dirigido al punto de reunión, que está situado en una chacra inmediata, me aseguran que tendrá como seiscientos. Benavente [José María] es el Comandante General, y los demás Chilenos desterrados, jefes parciales. Se me asegura que el Gobierno también le ha franqueado todos los prisioneros de Las Bruscas, en cuyo caso su división pasará de mil hombres. A éstos pueden agregarse trescientos que dicen tener en la Carlota y acaso algunos que le franquearán Ramírez, Bustos y López".

Como pasaran tres días y no obtuviera contestación a su pedido de pasaportes, Zañartu reiteró con fecha 19 la entrega del mismo, alegando que era "la única contestación" que exigía, "después de la publicidad con que se hacen los preparativos contra Chile".

Inmediatamente recibió la respuesta. Se le desconocía su calidad de representante diplomático por Chile, alegándose que ya había caído el Directorio "para cuyo caso era la investidura que V. S. tenía". Al mismo tiempo se le enviaba el pasaporte solicitado.

El entredicho se mantuvo en esta situación por el momento, aunque más tarde tomaría caracteres violentos.⁹

Por su parte, al tomar conocimiento San Martín y O'Higgins de estos preparativos de Carrera, reclamaron a Buenos Aires en forma enérgica y tomaron medidas concretas de defensa, según veremos más tarde.

7. Pero no eran solamente Zañartu, O'Higgins y San Martín quienes protestaran. También en Buenos Aires se levantó otra voz aunándose al mismo clamor, por intermedio del periódico titulado *El Año Veinte*, de inspiración directorial, y del que llegaron a tirarse cinco números y un suplemento. En el primer número, del sábado 25 de marzo, se insertaba un *Remitido* que decía: "Don José Miguel Carrera, natural de Chile, ha presentado en estos días el papel de mediador, o agente principal en las negociaciones con los jefes del ejército federal; sin embargo, yo no sé qué carácter tenga él en nuestras contiendas; pero sea el que sea, hasta entonces no había que recelar de su conducta, puesto que es un hombre que ha tenido gran parte en esa unión tan deseada". Obsérvese el papel que este periódico de los directoriales le atribuye a Carrera, reconociendo su activa participación e influencia en la patriótica postura sustentada por los federales en la redacción del Tratado del Pilar. El artículo proseguía en estos términos: "Pero recorriendo los sucesos posteriores se encuentra algo de sospechoso en sus manejos. Parece que se quisiese premiar sus trabajos anteriores con per-

⁹ *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, t. V, p. 177 y sigs.

mitirle que levante en nuestro territorio un cuerpo de tropas sin saberse qué objeto tienen, ni cuál es su dirección: con qué autoridad o representación lo hace. El es un extranjero, no tiene, ni puede tener con nosotros más relaciones que las que le dispensa la hospitalidad. Si esto es así (como nadie lo duda), ¿cuál es el derecho que le autoriza a tomar reclutas, levantar regimientos y aún formar ejército?”.

La fuerza moral de esta argumentación era irrefragable. Pero observemos igualmente en los términos de este artículo, que para la fecha —25 de marzo—, todavía gozaba Carrera de buen concepto en Buenos Aires. No obstante, al sábado siguiente —1º de abril— al ocuparse de este mismo tema el periódico, ya no lo hacía con moderación en el tono, sino que atacaba con acritud a Sarratea por su culpabilidad en permitir a Carrera la formación de su ejército. La diferencia en el tono se explica porque en la semana que separa ambos números del periódico, la situación política en la capital había sido fuertemente sacudida. Carrera se había entrometido en la capital por teña con su Ejército Restaurador para salvar la persona de su amigo Alvear, en el momento culminante del fracaso del intento de éste por apoderarse del mando del ejército de la provincia.

8. Según explicamos anteriormente, después que fracasara su golpe de mano del día 12, y bajo la garantía del Cabildo, Alvear había sido embarcado. Hecho cargo del mando Sarratea el día 13, no modificó su política respecto de Alvear, y dispuso que éste quedaba en libertad de desembarcar “salvo en estas costas”.

Esta conducta de Sarratea sacó de quicio a Alvear, que resolvió tentar las vías de hecho para lograr la jefatura del ejército y desalojar de este cargo a Soler. Sus amigos trabajaron en la ciudad por conseguir el apoyo de algún jefe que tuviera mando efectivo de tropas. Aduciendo finalmente que Sarratea propiciaba el movimiento —lo que era falso—, lograron el apoyo de varios oficiales y del cuerpo de Agueridos, en cuyo cuartel se instaló Alvear, que había desembarcado secretamente.

Logrado el primer paso con esta engañifa, que refiere detalladamente Iriarte en sus *Memorias*, se despachó un comisionado para obtener de Sarratea que nombrase legalmente a Alvear como general en jefe de todas las fuerzas de la provincia.

Consultado, Sarratea se disculpó con evasivas y promesas. La verdad es que desde un principio el Gobernador había sido completamente sorprendido por el golpe de Alvear. Por el momento, Sarratea necesitaba conocer la posición de Carrera. Con tal objeto despachó un comisionado al campamento de éste.

En el momento de recibir este comisionado, Carrera se aprestaba a retirarse hacia Santa Fe, tanto que sus amigos de la ciudad le habían dado fiestas despidiéndolo. Así lo consigna Zañartu, que escribía a su gobierno el 21 de marzo: "Yo le tengo espías en su propia casa. Una de ellas me avisa en este momento que el motivo de dos grandes convites que le han dado ayer y hoy, uno en los altos del "ñato" Sarratea y otro en los bajos pertenecientes a Manuel, ha sido su próxima partida a Santa Fe, que debe verificarse pasado mañana. Añade que lleva a

dicho punto las tropas, y que de allí tomará solamente una escolta para conducir su mujer a Córdoba, donde piensa pasar el invierno arreglando su ejército. También me dice que hubieron varios brindis alusivos al buen suceso".¹⁰

Carrera, que era quizá el único que conocía el movimiento proyectado por Alvear y sus propósitos, se mantenía en la Chacarita, con sus nervios en tensión por el resultado que podría tener esta operación. De buena gana hubiera detenido el apuro de Alvear, ya que ignorando Sarratea los propósitos de Alvear, siempre era de temer que chocase con éste, lo que de una u otra forma debía herir sus intereses.

Para este último caso, Carrera decidió mantener una neutralidad entre los dos amigos. Por eso ahora le contesta a Sarratea con estas palabras que acusan su justificada intranquilidad: "El S. D. Matías Oliden me ha informado de los últimos acontecimientos de ese Pueblo, que ya sabía y que me han sido muy sensibles por los resultados funestos que pueden sobrevenir. Yo ofrezco a V. S. guardar una estricta neutralidad si llegase el momento terrible de un choque entre esas tropas, y obedecer ciegamente las órdenes de V. S. siempre que ellas no me comprometan a tomar parte en las diferencias de uno ni otro partido".

En esta contestación está definida la posición de Carrera. Alentado el gobernador por esta respuesta, informó de todo al Cabildo, y envalentonados ambos por el pujante movimiento de reacción que se notaba entre los cívicos, resolvieron enfrentar resueltamente a Alvear.

¹⁰ *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, t. VI, p. 203.

9. Al cerrar la noche del 26, Carrera recibió un urgente llamado de Alvear para que le protegiese la salida de la ciudad. Había fracasado en su intentona; el gobernador Sarratea se había negado reiteradamente a nombrarlo en la jefatura de las armas; muchos de los jefes engañados en la noche anterior, le abandonaron ahora; los cívicos habían entrado en acción y en la noche del 26 dominaban la situación.

Carrera no dudó un instante en amparar a su amigo, sin prever siquiera las graves consecuencias que tendría para su prestigio abandonar la política de neutralidad que había seguido hasta entonces.

Antes que amaneciese llegó con algunas de sus fuerzas y protegió la retirada de Alvear en la mañana del 27, interponiéndose Carrera entre la poca tropa que le quedara a Alvear después de la gran desertión de la noche anterior y las fuerzas que a las órdenes del coronel Domingo French había despachado Soler con el objeto de prenderle

10. La intromisión de Carrera, que violando su prometida neutralidad aparecía salvando a Alvear, produjo indignación en el pueblo porteño.

Presionado por esta opinión, Sarratea le escribió oficial y privadamente reclamando por su intervención, comunicaciones éstas, que contestadas en idéntica forma, nos eximen de mayores explicaciones sobre el origen de esta intentona de Alvear, porque muestran toda la trama y entraña de la misma y colocan a sus personajes en el lugar que les corresponde.

Por oficio del 27 de marzo que se dió a la prensa, Sarratea recordaba a Carrera su neutralidad prometida y le exigía dispusiera la salida de Alvear del territorio de la Provincia.

En carta confidencial le decía: "Amigo y Señor: Creo tener derecho a quejarme de algún modo de la amistad de Vm. por la reserva que ha usado conmigo en negocio de tanta trascendencia como el movimiento de ayer. Pero quizá las razones que Vm. me apunta en su estimable última, pueden justificar su poca franqueza, aún a los ojos de otros menos indulgentes que yo. Yo no soy demasiado severo en esta parte y me represento lo bastante el contraste de sentimientos e intereses de que habrá Vm. estado combatido para no hacer más mención de este negocio. ¡Pero la conducta de Alvear! ¿Puede haber cosa más pérfida? Hacerme pasar en el concepto de los oficiales que se han unido a sus intereses, de que yo era no sólo sabedor sino parte interesada en el movimiento militar y *ejecutar de orden mía* las prisiones de varios individuos, y lo que sobrepuja a todo, insistir aún a esta hora (si es cierto lo que me han asegurado) que he faltado a mis promesas, y me he conducido con perfidia en este asunto, es una villanía de que jamás lo habría creído capaz.

"El nombre de Alvear en este momento excita tal encono que no está en el poder de nadie el entibiarlo. Vm. puede combinar la hospitalidad que le es debida, con su interés personal, su crédito, y sus objetivos ulteriores".

Al día siguiente 28, Sarratea escribía una nueva carta a Carrera en la que revelaba su amargura y pobre estado de ánimo del momento, como que la osadía de Alvear en esta emergencia constituyó el mayor de sus quebraderos de cabeza en el gobierno. Así decía el Gobernador en esta carta: "Mi estimado amigo; las maquinaciones y embrollos de ese loco pérfido han estado a punto de comprometerme del

modo más serio, y a esta hora el nombre de Vm. se halla también no poco comprometido. Sabe Vm. que a pesar de la conducta firme y franca que he seguido desde el primer momento, (en tan sucio como crítico negocio), todavía soy sospechado por la parte que se le supone a Vm. y por las relaciones que se me suponen con Vm.. Vea amigo mío lo que hace la falta de juicio y circunspección de esos mozos volcanizados, y el espíritu maquiavélico de Alvear, que no trepida en comprometer al mundo entero para servir sus miras personales. Hoy he querido desprenderme otra vez de este cargo pero imposible. Maldigo la hora en que me eché a costas una carga tan onerosa, no por los riesgos personales que se corren en tiempos de convulsión, sino por los a que están expuestos la honra y la buena fe, como sucede en el presente caso”.

Carrera le contestó oficialmente a Sarratea, expresándole que tanto Alvear como él se retiraban fuera de la provincia con la rapidez que les era posible. En carta separada le manifestaba: “Amigo de mi aprecio: El inoportuno paso de Alvear me ha comprometido de un modo terrible por la poca justicia que se me hace en ese pueblo, que sin excederme puedo llamarle ingrato. Yo he contenido la ejecución por muchos días y aun intenté frustrarla, pero el hombre se precipitó el sábado después de haber exigido de mí un sigilo inviolable, privándome así de poder informar a V. del amargo día que le esperaba; sin embargo yo hacía a V. reflexiones que debieron haberle despertado un poco; así es que su indulgencia en esta parte la creo de justicia”.

“Conozco el espíritu de la comunicación de V. que contesto: mañana veré a Ramírez, aunque por carta

de hoy me asegura estará aquí esta noche; entonces veré el partido que se tome con el hombre y diré a V.”.

11. Este día 28, sin embargo, la presión de la opinión pública contra Alvear había aumentado y las comunicaciones entre Sarratea y Carrera no tuvieron el tono de las del día anterior. Así se expresaba Sarratea en comunicación oficial y elevando el tono en aquel ambiente ya caldeado: “La neutralidad que V. S. tan juiciosamente ha protestado en el atentado de Alvear, es preciso sostenerla sin mezclarse de modo alguno, no bajo el pretexto de evitar desastres de una ni otra parte en el negocio: porque ni el gobierno, ni las autoridades, ni el Pueblo están hoy en estado de tranquilizarse ni satisfacerse con palabras, ni explicaciones, sino con obras que es preciso manifestar para que se disipen las anteriores impresiones que ha causado su conducta. Y con esto he contestado el de V. de hoy que tengo a la vista”.

Ofendido, Carrera le contestó con vehemencia: “¡Cómo me sorprende el lenguaje de V. en su oficio del 28! ¿Quiere V. más hechos que los que V. conoce para saber mis sentimientos en favor de ese Pueblo? ¡Jamás vi ingratitud semejante! Las obras mías serán en lo futuro más públicas para que no hayan malos intérpretes de mi conducta, y mis satisfacciones, publicadas por la prensa, no serán ni a ese Gobierno ni a esas autoridades que han visto mis servicios, serán a ese benemérito pueblo altamente engañado. Y con esto he contestado el insultante oficio de V. que tengo a la vista”.

Desde entonces quedaron tirantes las relaciones entre ambos. ¹¹

12. La situación había llegado a su máxima tensión y aún podía preverse que las fuerzas que Soler había desprendido al mando del coronel French, llegasen a chocar con la división de Carrera.

El coronel French exigió a Carrera, por oficio del 29 de marzo, la entrega de Alvear y demás oficiales que le seguían. Carrera le respondió, en tono firme y sereno, negándose a la entrega de Alvear y refiriendo su decisión de evacuar la provincia. ¹²

Seguramente la cuestión no hubiera quedado en este punto, pero intercedió la personalidad de Ramírez en favor de Alvear y el asunto tomó otro giro.

Ramírez nada tenía que ver con la aventura de Alvear, a quien ni siquiera conocía personalmente. No obstante, y seguramente a pedido de Carrera, Ramírez intercedió en favor de Alvear ante el gobierno de Buenos Aires, accediendo éste, bajo la garantía de la evacuación inmediata de la provincia. ¹³

13. En esos mismos momentos, el Gobernador Sarratea daba un corte final al incidente personal que tuviera con el diplomático Zañartu en los últimos días de este turbulento mes de marzo.

¹¹ La correspondencia que en forma oficial y confidencial cambiaron Carrera y Sarratea, así como otros documentos y detalles que contribuyen al conocimiento de los sucesos de esta semana de marzo, ya fueron dados a conocer en nuestra obra: *Historia de los primeros gobernadores de la provincia de Buenos Aires. El Año XX desde el punto de vista histórico-social*, La Plata, 1950. Publicación del ARCHIVO HISTÓRICO DE LA PROVINCIA. Los originales de las cartas se encuentran en las tantas veces citada *Colección de manuscritos de Vicuña Mackenna*, vols. 113, 114 y 117.

¹² RODRÍGUEZ, *Contribución histórica...* cit., t. I, p. 219.

¹³ Véase PÉREZ JOAQUÍN, op. cit., p. 111.

Zañartu había tenido una activa participación en los sucesos de estos días. El mismo se lo refería a su gobierno, diciendo que en la reunión del Cabildo del día 29, es decir ya sofocado el movimiento. Sarratea “empezó a trabajar por Carrera, diciendo que no se había mezclado en nada. Yo me volé luego que supe tal picardía, y subí al Cabildo. Hice ver que el autor de todos los planes había sido el mismo cuya opinión quería establecerse. Que debía considerarse como el mayor enemigo al que tratase de borrar o debilitar las justas impresiones que había contra Carrera. Que si se acaba de publicar un bando declarando enemigo del país al que hubiese auxiliado a Alvear, ¿cómo se quería excepcionar a Carrera que lo había traído públicamente del Retiro, que en su fuga lo escoltaba con la tropa que había robado al Estado de Buenos Aires? Yo obtuve la opinión pública, pero a la noche tuve la receta de salir dentro de cuatro horas”.

Efectivamente, pasados todos los apuros, Sarratea le dió cuatro horas de plazo para retirarse a Chile por mar o por tierra. Zanartu dilató la cuestión apelando ante el Cabildo, pero como el gobernador insistiese, no tuvo otro remedio que obedecer y se embarcó rumbo a Montevideo.¹⁴

¹⁴ PÉREZ JOAQUÍN, op. cit., p. 112.

CAPITULO SEXTO

1. La intervención personal de Carrera para salvar a su amigo Alvear tuvo consecuencias desastrosas para sus planes. Como resultado de ella tenía que retirarse en dirección a Santa Fe, con sus relaciones sumamente tirantes con el gobernador Sarratea, dejando tras sí la opinión indignada del pueblo de Buenos Aires y alejándose de los recursos de la capital porteña, con los que podía haber aumentado el poder de su Ejército Restaurador.

Para colmo, en su retirada, las fuerzas de Carrera no se conformaban con tomar en los puntos de su paso aquellos alimentos y abastecimientos que necesitaban. Como no existía estricto control de jefes a soldados —desde que no era un ejército regular— las clases actuaban a discreción en cada caso, cometiéndose de este modo los más escandalosos abusos.

Así se le quejaba a Carrera el coronel French, jefe de la vanguardia porteña, el 30 de marzo: "Caro amigo: Es preciso que Vd. tome todas sus medidas con respecto a prevenir a sus soldados que no roben ni hagan daño por donde están y transitan. Mire mi Paisano que ya no me entiendo de los clamores de tantos infelices que han quedado destituidos hasta de sus trapitos; de esto resulta de que quien lo padece es su delicado honor de Vd. Esta advertencia

niente coronel Torres a fin de que acercándose a V. S., le instruya de mis intenciones y arregle por lo que a mí toca, los medios de poner a cubierto la independencia y seguridad de ese territorio, para lo cual estarán prontas las fuerzas de mi mando, con el candoroso empeño que he empleado siempre en su gloria y conservación.

“Me lisonjeo que V. S. y ese vecindario hayan podido conocer en el período principal de mi carrera pública, cuánto me he resistido siempre a emplear mi espada contra un americano; este sentimiento ha impuesto silencio repetidas veces a los más fuertes reclamos de mi honor, pero Carrera ha perdido el derecho a las prerrogativas de su origen, desde que se afana en desquiciar la administración de este Estado, que sin ser indiferente a las diferencias de las provincias ultramontanas, ha conseguido arrojar de su territorio al común enemigo, y consigna hoy los restos de su fortuna pública para una expedición exterior que va a salvar la independencia de las provincias amenazadas próximamente de un poderoso ejército invasor”.¹⁶

El 22 de abril llegaban a Mendoza los comisionados de San Martín y O'Higgins, encontrando la mejor disposición en el pueblo para resistir a Carrera.

“No creía encontrar —escribía Lazo a O'Higgins— tan bella disposición contra los facinerosos, pero casi presumo que si hay algunos partidarios estarán como Benavente, el que está aquí, que todos lo miran con horror; y mucho ha cooperado la política de Carrera, que encontrando una partida de yerba, sólo dejó lo

¹⁶ *Documentos del Archivo de San Martín*, t. III, p. 663.

que pertenecía a uno de los Benaventes, quitando lo que era de los mendocinos, cuyo pasaje todos refle- ren, y Galigniana cree que miserablemente lo ha de ahorcar si pisa en este suelo. Aquí le temen tanto, que el que más pladosamente juzga, opina por el sa- queo general, y efectivamente no se engañan, pero aquí les añadimos que la sangre de sus hermanos la ha de pretender borrar llenando las calles de la que tienen los del pueblo adonde los beneficiaron, pues ya saben que en esto sólo Mendoza tuvo parte; y como casi todo el pueblo nos ha visitado, a excepción de don Tomás Godoy y su padre, a todos les hemos con- tado o movido esta conversación, y luego sacan lo de la yerba para no dudar nada malo de él".¹⁹

A su vez, el teniente coronel Torres escribía a San Martín el 24 de abril: "El 22 de esta fecha llegamos a esta ciudad: el gobernador nos ha recibido con atención. El semblante de las cosas se asoma favora- ble a nuestro designio. No dudo que Cuyo se esfuerza- rá en detener la marcha de los perturbadores, y, se- gún las últimas noticias, Córdoba está decidida a es- carmentarlos... San Luis está estrechamente unida a este gobierno, pero San Juan vacila; mucho más cuando Carrera no se ha descuidado en comunicarse con Del Corro".²⁰

Por otra parte, Torres reinició los trabajos secre- tos de su comisión anterior, y desde Mendoza envió a San Juan al sargento mayor Jorge Velazco como agen- te confidencial para ponerse de acuerdo con los prin- cipales vecinos afectos a San Martín y hacerle una

¹⁹ A. N. CHILE, *Colec. de manuscritos cit.*, v. 95, f. 64.

²⁰ *Documentos del Archivo de San Martín*, t. VI, p. 245.

revolución a Del Corro. Ya veremos los buenos resultados que dió esta comisión, que ha sido completamente ignorada por los historiadores.

Entretanto, con el auspicio encontrado, y después de algunas tratativas, se firmaba en Mendoza, el 18 de mayo, el siguiente *Tratado*:

“Los infrascriptos: Dr. Dn. José Silvestre Lazo, Ministro plenipotenciario de S. Exa. el Exmo. Supremo Gobierno de la República de Chile; teniente coronel Dn. Domingo de Torres, Enviado plenipotenciario de S. Exa. el Sr. Capitán General del Exto. Unido Dn. José de San Martín; teniente coronel Dn. Pedro José Campos, Gobernador Intendente de esta Provincia de Cuyo; y el Sr. Dn. José Gregorio Jiménez, Representante de la ciudad de San Luis; habiendo canjeado los respectivos poderes, hemos convenido y convenimos en los artículos siguientes que forman este tratado.

Artículo 1º El objeto esencial de esta convención, es afianzar la paz, buena armonía, y fomento de la causa de la libertad de la América, entre la República Chilena y Provincia de Cuyo, rechazar con la mayor energía y constancia al enemigo común, y toda agresión de cualquier aventurero que ose invadir este territorio, o el de aquella Nación.

2º Como el enemigo que se asoma más próximo a atacar la prosperidad y orden interior de esta Provincia, es el chileno proscripto Dn. José Miguel Carrera, los pueblos que la componen se pondrán inmediatamente en defensa, y tomarán sin pérdida de instantes todas las medidas para rechazarlo, y destruir su fuerza. No se permitirá *por consideración alguna*,

que el citado Carrera o sus agentes, pisen o existan en este territorio.

3º Resuelta esta provincia a sostener sus derechos contra todo agresor, y muy particularmente repeler a Carrera, o a otro que intente subvertir el orden, la República de Chile se obliga, por correspondencia e identidad de causa patria, a auxiliar inmediatamente a estos pueblos con 1.000 tercerolas (o fusiles), 1.000 sables, 1.000 cananas, 1.000 tiros de sables, 500 lanzas, 500 fornituras de infantería, 10.000 piedras de chispa de tercerola, 500 balas de a cuatro, 500 tarros de metralla de idem, 500 latas para cajas de guerra ordinarias, seis mil pesos en plata para San Luis y diez mil para este Gobierno, debiendo venir dichas sumas en dinero o libranzas, quince días después de la ratificación del Supremo Gobierno de Chile. Las citadas sumas, serán religiosamente entregadas; pero en caso que por algún accidente, cese, o se frustre la invasión de Carrera que amaga, sólo se abonará a este Gobierno cinco mil pesos, y tres a San Luis, en consideración a los gastos ya hechos.

4º A fin de justificar esta provincia su justa y decidida resolución de rechazar enérgicamente la escandalosa invasión de Carrera, el Gobierno de estos Pueblos, y a nombre de los respectivos Cabildos, publicará un manifiesto o proclama (en el mismo día que llegue la ratificación de Chile), que tenga por objeto esencial reclamar de las demás provincias (hermanas) federadas, los auxilios necesarios para que cooperen a destruir a un hombre proscrito, que sólo tiene por objeto, *fomentar el desorden, retrover-*

tir el sistema patrio de la libertad; y a la sombra de esos males, entronizarse.

5º Queda convenido que en caso que Carrera (u otro alguno que subvierta el orden) invada este territorio, el Supremo Gobierno de Chile se esforzará en auxiliar con todo lo que pueda, para evitar que estos pueblos no sean dominados por aquel ambicioso, u otro aventurero. Por ahora (si la cordillera lo permite), y a la mayor brevedad, enviará de auxilio a este Gobierno doscientos hombres de infantería y cincuenta artilleros: el alimento de ellos, así como el de cualquier otro número de tropas que vengan de auxiliares, será costado por este Gobierno durante existan en Cuyo, y el sueldo y vestuario por el Gobierno de Chile.

6º El Capitán General Dn. José de San Martín, y su Ejército, para probar al mundo que la suerte de Cuyo no les es, ni será jamás indiferente, se constituye en protector de la libertad civil de estos pueblos. Serán auxiliados por él con todo su poder.

7º Queda convenido que ningún individuo reconocido enemigo del orden de ambos Gobiernos contratantes, existirá con influjo en los negocios públicos.

8º A fin de conservar la mejor armonía entre ambos Gobiernos, se devolverán recíprocamente los desertores, sea cual fuese su clase, deblendo regir este artículo desde el primero de junio próximo; así como todo individuo que fugue y que sea iniciado en alguno de los crímenes generales, pero sus vidas serán garantizadas con la devolución.

9º Como el objeto primordial de este Tratado es la conservación del orden, evitando así la guerra civil,

que sólo refluiría en la desolación y ruina total de este país, las partes contratantes se lisonjean que cualquier *duda* que resulte en el orden de los negocios, se debe explorar con franqueza, e interpretarse con la más sana intención, para evitar equivocaciones que sólo producirían males funestos.

10º Será ratificado este Tratado por el Supremo Gobierno de Chile a los quince días de la fecha; y a los cinco por los Ilustres Cabildos de esta ciudad y de San Luis, que de hecho se constituyen responsables de toda la fuerza de la garantía de los precedentes artículos que les concierne; debiendo firmarse éste por duplicado.

Firmado en Mendoza a diez y ocho de mayo de mil ochocientos veinte".²¹

Junto con este tratado, que se concertaba tan directamente contra Carrera y Del Corro, partió hacia Chile José Correa, comisionado para recibir los auxilios convenidos; pero O'Higgins no consideró oportuno entonces ratificar el tratado. Manifestaba sus razones al gobierno de Mendoza en un oficio del 10 de junio, donde después de dejar constancia de su satisfacción por el acuerdo logrado, hacía ver la imposibilidad de cumplir con las estipulaciones de ayuda, debido a que la expedición al Perú absorbía todos los recursos del país. No obstante, prometía ésta en la primera oportunidad favorable; lo que cumplió estrictamente. Más explícito aún era O'Higgins al escribir

²¹ Parte del texto de este Tratado fué dado a conocer por VICUÑA MACKENNA y por BARROS ARANA. El texto completo lo hemos tomado de una copia manuscrita existente en el ARCHIVO NACIONAL DE CHILE, *Gobierno i agentes diplomáticos de la República Argentina en Chile, 1819-1820.*

a Lazo en la misma fecha: "Las mismas razones que se exponen a ese Gobierno [Mendoza] se reproducen a V. S. y justifican la no ratificación del tratado, supuesto que de haberlo hecho habría sido preciso cumplir inmediatamente con los artículos que la componen. Aprobándolo sin ratificarlo, queda este Gobierno en aptitud de seguir sus inclinaciones y auxiliar con lo que pueda a esa benemérita provincia, sin que jamás se le pueda acusar de haber faltado a la buena fe de los tratados y a sus compromisos, como sucedería si hubiese prestado este Gobierno su asentimiento llano a lo estipulado por V. S. y el de Mendoza."

Ya veremos después la actitud de O'Higgins cuando vea próximo a su irreductible enemigo.²²

Aunque este tratado no fuera ratificado, la misión de Torres y Lazo, que traía la palabra de San Martín y de O'Higgins, ejerció gran influencia en la opinión pública cuyana y preparó los ánimos para resistir a Carrera.

7. Veamos ahora otro aspecto de la intervención de San Martín.

Dejamos dicho que Bustos, influido por San Martín, se había negado a recibir al capitán Urra, enviado de Carrera, ordenándole se retirase inmediatamente de la provincia. Urra se dirigió a San Juan, donde sería más afortunado.

Puesto en contacto con Del Corro, firmaron un convenio, que debía mantenerse secreto por el momento,

²² A. N. CHILE, *Copiadores de la correspondencia. Relaciones Exteriores. 1810 hasta 1825.*

donde se establecía la mutua y más estrecha cooperación tanto en la expedición que Carrera realizaría sobre Chile, como en la próxima campaña federal que entonces se preparaba contra Buenos Aires. Además acordaban: "Hacer presente al gobierno de Santa Fe, al de Entre Ríos y demás de la liga federal, que el paso urgente de amedrentar a los opositores de nuestra unión, es declarar solemnemente que el señor general Carrera es destinado por los pueblos de la liga federal para acabar con el resto de la administración traidora sostenida en Chile por el monstruo San Martín y el pérfido O'Higgins; que la expedición de dicho general pertenece a la federación y obra con dependencia de su sistema político; y que las dichas provincias de la liga mirarán como enemigos de la patria y de la federación a todo jefe que, bajo cualquier pretexto, presentare oposición al complemento de una obra tan importante a la felicidad de América".²³

Obsérvese cuán diametralmente opuestas son las estipulaciones de este convenio del 22 de mayo, con las del tratado que simultáneamente se firmaba en Mendoza por los comisionados de San Martín y O'Higgins, y que ya conocemos.

Inmediatamente de firmado el convenio, Urra regresó al campamento de Carrera acompañado de Pablo Morillo, segundo de Del Corro, que era portador de una extensa comunicación, donde nuevamente reafirmaba Del Corro su total adhesión a los propósitos de Carrera.

²³ BARROS ARANA, op. cit., t. XIII, p. 347.

8. No bien hubo salido Urrea de San Juan, cuando se produjo un cambio en el gobierno de la provincia. El 5 de junio, el gobernador Maradona renunció, sucediéndole en el mando el chileno José Antonio Sánchez —no afecto como su antecesor a Carrera—, manteniéndose sin embargo Del Corro en la jefatura militar de la provincia, con el despacho de coronel que se había hecho acordar. En esta mutación en el gobierno de la provincia tuvieron influencia los trabajos de los agentes secretos de San Martín, según explicamos más adelante.

A los pocos días, este nuevo gobernador de San Juan recibió un oficio de Bustos invitándolo a una operación militar de la mayor trascendencia. Bustos, en su plausible deseo de cooperar en la expedición libertadora del Perú, reforzando el frente del Alto Perú en apoyo de Güemes y de San Martín, había dispuesto enviar al coronel Alejandro Heredia a la cabeza de sus fuerzas de caballería con este objeto, y pedía ahora al gobierno de San Juan que hiciera lo propio con el batallón de Cazadores de Del Corro. El gobernador Sánchez contestó favorablemente y se puso en contacto con la provincia de Mendoza.

En esta provincia gobernaba desde el 8 de marzo Pedro José Campos, quien respondió entusiastamente al pedido del gobernador Sánchez y se trasladó en persona a San Juan.

Reunidos los gobernadores Sánchez y Campos y el coronel Del Corro, firmaron un pacto el 20 de junio, al que adhirió poco después San Luis. En este pacto se estipulaba que Del Corro tendría a su cargo la jefatura de todas las fuerzas de Cuyo que debían mar-

char al Alto Perú, sin saber aquéllos que el designio de éste era servir el plan de Carrera. Se acordaba asimismo en el pacto, que San Juan, Mendoza y San Luis, contribuirían con toda clase de auxilios y numerario para reforzar a Del Corro, y aún se disponía por el art. 3º, que si se conseguían los auxilios prometidos por O'Higgins para combatir a Carrera, se entregasen a Del Corro, lo cual no hubiera dejado de ser una cruel ironía, y en verdad que todo estuvo a punto de suceder.

En su simulada posición, Del Corro llegó a escribir a San Martín, el 25 de junio, en contestación a dos notas de éste, cuyo texto no se conoce, aunque puede deducirse de la respuesta de Del Corro: "Aún antes de recibir sus honorables notas de 9 y 16 (a que tengo el honor de contestar), —decía éste— había ya dispuesto mi marcha a la provincia de Salta con la tropa de mi mando. Para esta resolución no necesitaba otra invitación ni estímulo que mi propio honor, y el sumo interés que tomo por la felicidad de la nación... Con todo, acepto gustosísimo las generosas ofertas de V. E. y le prometo por lo más delicado de mi honor, que el 1º de julio inmediato realizaré mi marcha, si los auxilios que me franquea la generosa provincia de Cuyo están prontos, y que sólo la podré retardar cuanto éstos retarden. V. E. debe contar desde este mismo momento con todo lo que dependa de mí en obsequio de la común felicidad, y con mi amistad, consideraciones y respeto a la persona de V. E., así como que el sacrificio de

mi propia existencia será poco para llenar mis deseos".²⁴

Como los días pasaran sin que se hiciera efectiva la promesa, tomaron cuerpo las sospechas que se tenían de Del Corro y su vinculación con Carrera. Al parecer, el mismo gobernador Campos de Mendoza no era ajeno a estos designios de Del Corro. Lo cierto es que el 3 de julio, Campos fué depuesto y electo en su lugar Tomás Godoy Cruz, dilecto amigo de San Martín.

Godoy Cruz ratificó el pacto celebrado, y aunque con una abierta desconfianza, hizo efectivos algunos auxilios y urgió a Del Corro la partida de su división. Lo mismo hizo Bustos desde Córdoba. Todos querían servir los planes de San Martín.

Finalmente, el 26 de julio, Del Corro partía de San Juan con su división de 550 hombres, pero no precisamente en dirección al Alto Perú, sino que descubriendo desembozadamente sus verdaderas intenciones, abrió la marcha rumbo a Mendoza, ciudad que pensaba ocupar siguiendo en un todo las instrucciones de Carrera. Sin embargo no pudo llegar a ella, y debió retroceder desde Jocolí, rechazada su vanguardia y perseguido por las fuerzas mendocinas, reunidas apresuradamente y puestas a las órdenes del general Francisco de la Cruz. A su vez, por la retaguardia se levantaron en su contra el gobernador Sánchez, en compañía de numerosos vecinos, que constituyeron una Junta de Guerra en el valle del

²⁴ *Documentos del Archivo de San Martín*, t. VI, p. 222. En igual fecha le escribía a O'Higgins en términos semejantes (BARRIOS ARANA, t. XIII, p. 351).

Zonda, fructificando así el trabajo de los agentes secretos de San Martín, según veremos.

Colocado pues en una situación muy difícil y sufriendo una deserción extraordinaria, Del Corro abandonó el 9 de agosto la capital sanjuanina, adonde retrocediera, y huyó hacia La Rioja, con el muy corto resto de adictos que le siguieron.

El fracaso de su intento de tomar la ciudad de Mendoza significó también la disolución de su fuerza y la pérdida de los recursos que con tanto sacrificio habían puesto los cuyanos a disposición de los planes de San Martín. De este modo miserable se perdió el lucido Batallón N^o 1 de Cazadores de los Andes, que hubiera tenido un destino más glorioso sirviendo en la campaña libertadora del Perú.²⁵

9. Para comprender la influencia determinante de San Martín en el fracaso del plan concertado entre Carrera y Del Corro, es preciso que escuchemos la palabra de los mismos agentes secretos de San Martín, testimonio éste que se devela por primera vez.

En Mendoza, el 9 de mayo, Torres —a quien ya conocemos— firmaba el siguiente documento: “Domingo de Torres, teniente coronel del Ejército de los Andes, heróico defensor de la Nación, y Plenipotenciario de S. Excelencia el Sr. Capitán General Dn. José de San Martín cerca de Cuyo. Con arreglo a las altas facultades que el Exmo. Sor. Dn. José de San Martín General en Gefe del Exto. Grande expedicionario sobre el Perú, me ha conferido; he servido en autorizar, por la presente, al Sr. Dr. Dn. Aman Raw-

²⁵ LANDA, *op. cit.*, ha referido detalladamente los antecedentes del pacto firmado en San Juan y sus resultados.

son, para que promueva todos los medios que conduzcan a colocar en el Gobierno de San Juan, a los Ciudadanos de mayor patriotismo, honradez, servicios a la América, e imparciales de facciones; de modo que todo el vecindario viva tranquilo, en plena libertad de sus derechos, respetadas sus propiedades, y en estrecha unión con todos los demás pueblos hermanos; evitando así que ningún aventurero usurpe el poder de San Juan y altere el orden. Estos son los sentimientos del Sr. General en Jefe y del que suscribe”.

Seguidamente, Torres despachó al sargento mayor Jorge Velazco a San Juan para ponerse de acuerdo con Rawson y trabajar la caída de Del Corro, o mejor aun, tratar que Del Corro sirviese los planes de San Martín.

Escuchemos la palabra de Rawson, de Velazco y del propio gobernador Sánchez de San Juan, para comprender la importancia de la intervención de San Martín en estos acontecimientos.

En nota al Director O'Higgins por la que le solicitaba socorriese el regreso de cuatro sanjuaninos que le habían ayudado en sus tentativas, Rawson le acompañaba el poder conferido por Torres y decía: “Dicho Señor me envió a esta ciudad al oficial Dn. Jorge Velazco, para que auxiliado por mí con todo el dinero que necesitase para ganarse partido en la tropa, trabajásemos de acuerdo en un plan de contrarrevolución, que aunque al fin no tuvo efecto por haber sido descubierto pocos momentos antes de dar el golpe, con todo nosotros sacamos con nuestra sagacidad las ventajas de poner el Gobierno en manos

de un vecino a quien debemos el orden y la seguridad de que goza la Provincia, ofreciendo un baluarte seguro a Chile contra las tentativas de la ambición de Carrera y sus planes”.

Igualmente Rawson solicitó del gobernador Sánchez una certificación de sus servicios en esta emergencia, expresando: “A V. S. le son constantes mis peligrosas tareas, mis trabajos incesantes, mi empeño infatigable y los desembolsos considerables que he hecho para ganarme la voluntad de la tropa y hacerme un partido entre la oficialidad de ella. A V. S. no se le oculta que por medio de todas estas diligencias y a costa de los sacrificios de mi dinero, yo estuve a punto de conseguir el proyecto de una contrarrevolución, que aunque desgraciadamente descubierta, yo saqué las ventajas de trastornar el Gobierno que hubiera puesto unas trabas insuperables al restablecimiento del orden, y logré esa mutación feliz de que ha resultado la destrucción del tirano y la instalación de la seguridad que hoy gozamos contra las miras ambiciosas y enemigas de D. José Miguel Carrera. V. S. sabe bien los riesgos que he corrido sin otra aspiración ni fin que libertar de la opresión a un país que he adoptado por inclinación y voluntad. V. S. ha sido un testigo de todo, como que ha estado al alcance de todas mis operaciones. En esta virtud, a V. S. suplico se digne darme el informe o certificado que parece ser de justicia”.

Estos documentos revelan que en el cambio de Maradona por Sánchez tuvieron intervención los agentes secretos sanmartinianos, y que este último estaba impuesto de todo.

Seguidamente, el gobernador Sánchez certificó así los servicios de Rawson: “Es también una verdad constante a muchos y muy principalmente a este Gobierno, que él ha sacrificado su corta fortuna en buscarse los medios de lograr una contrarrevolución en que quedasen destruídas las esperanzas de Dn. José Miguel Carrera, que por un pacto expreso con los tiranos de Cuyo, contaba con el Batallón del usurpador Corro para apoderarse de la provincia y pasar a Chile. Además, la relación estrecha que he tenido con el oficial Velazco, mandado a esta ciudad por el Diputado Torres, me ha proporcionado el conocimiento de los considerables desembolsos que el ciudadano Rawson ha hecho dándole su dinero para ganarse partido entre la tropa. Me son constantes los gastos que ha hecho para atraer él por sí mismo a varios oficiales, y que si por desgracia sus planes no hubieran sido descubiertos el día mismo en que iban a tener su verificativo, la contrarrevolución hubiese surtido probabilísimamente todos los efectos. Con todo, a su política sagaz y a un paso atrevido del oficial Velazco, es debido el trastorno feliz de que ha dependido la libertad del Pueblo. Todo este sabe que sin el ciudadano Rawson quizá no se hubiera dado el paso enérgico de declarar a Corro la guerra en medio de la absoluta carencia de todo artículo necesario para hacerla, y que a su actividad y recursos fué debida la organización de tropas y creación de un parque, para el cual no se contaba con el menor elemento. El ciudadano Rawson será eternamente acreedor al aprecio de sus ciudadanos”.

A su vez, el oficial Velazco, que en la batalla de Punta del Médano comandaría la infantería mendocina, al agradecer a O'Higgins un ascenso que le había conferido por su actuación en estos trabajos secretos, explicaba así su participación: "Cuando emprendí mi marcha dirigiéndome a la ciudad de San Juan con el objeto de hacerle un movimiento con la tropa aliada del Nº 1 al teniente Corro, Gefe de esos bandidos, creí que era llegado el momento, si lo verificaba, de hacerle a esa República un servicio distinguido y que el Exmo. Sr. General Dn. José de San Martín conociese con ésta, la firmeza de un subalterno que siempre tuvo a sus órdenes, y que no ha omitido servicios aún después de haberme separado de ellos en la carrera.

"Los Sres. Diputados, Torres y el Sr. Dr. Lazo, con quienes de acuerdo me resigné a marchar a esta empresa, con la garantía de parte de V. E. y el Sr. San Martín, informáronme, por la pronta resolución en prestarme a esta comisión, que las instrucciones de estos S. S. se ceñían o a hacerle revólución a Corro, o trabajar en persuadirle que caminase al Perú. En lo primero tenté los medios que me pudo sugerir mi industria, y de acuerdo con algunos de los vecinos más respetables de aquel Pueblo y de éste [Mendoza], trabajé con tesón; pero se varió el plan acordado por haber sido descubierto pocas horas antes de su ejecución, y otro, que de nuevo intenté saliendo bien del primero; este me lo perturbó Mendizábal con su aparición y ejecuciones casi de la misma especie que las mías, con diferencia de que éste observaba otro fin. Con este motivo tomé un nuevo crédito para

con dicho Corro, y desde ese momento empecé a persuadirle haciéndole cargos, miramientos, etc., y conseguí trastornarle totalmente del intento que tenía de venirse a unir a Carrera y marchar al Perú como en mi anterior dije a V. S. Se avino en el momento toda la provincia a facilitarle los utensilios necesarios y \$ 18.000 en numerario para dicho viaje; y de un momento a otro mudó de parecer y dirigió a Mendoza su marcha, con el depravado intento de subyugar a este virtuoso Pueblo, engrosar su número de tropa, reponer en el gobierno a Campos, que se había depuesto por unanimidad con este caudillo, y concentrar más la liga en servicio de Carrera. Mas como a su partida de San Juan ya me faltaba a todo lo pactado, me puso preso, causándome por algunas cartas y principalmente porque yo trabajaba por V. E. y mi General San Martín". Después continuaba refiriendo Velazco en este oficio, las peripecias de su evasión de la prisión.

A través del testimonio de Torres, Rawson, Sánchez y Velazco —que permanecían inéditos— se advierte toda la importancia que tuvo la intervención de San Martín para frustrar el alcance de la alianza de Del Corro y Carrera.²⁶

10. Creemos haber demostrado acabadamente cuánto influyó la intervención de San Martín en la actitud de oposición decidida, que desde entonces asumieron los gobiernos y pueblos de Córdoba y Cuyo a los planes de Carrera; y que se hizo realidad más

²⁶ Todos estos testimonios en A. N. CHILE, *Gobierno i agentes diplomáticos*,... cit.

tarde, cuando el caudillo chileno pretendió cruzar en paz estos territorios para pasar a Chile. Más adelante veremos nuevas pruebas de esta gravitación de San Martín, que llegó hasta a ejercer influjo en el espíritu del Gobernador de Santa Fe, amigo de Carrera.

La historiografía que se ocupa de esta época, no apreció la magnitud del peligro que representó Carrera con su Ejército Restaurador para los planes de San Martín. Tampoco, la labor obstinada y trascendente de éste para contrarrestarlo con éxito, siempre en defensa de principios e intereses superiores.

CAPITULO OCTAVO

1. Habíamos dejado a Carrera en su campamento en Grondona, en el momento que regresaba Urra de San Juan conduciendo el convenio que había acordado con Del Corro y una extensa carta de éste, que se ofrecía enteramente a la persona y planes de Carrera.

Sin sospechar siquiera los trabajos secretos que estaban realizando en San Juan los agentes sanmartinianos, Carrera le escribió a Del Corro, el 14 de junio, dándole algunas instrucciones que constituían las líneas fundamentales de la estrategia que debía seguir Del Corro hasta que él llegase a San Juan. En ellas le indicaba Carrera que la primera actitud era la de mantener la paz con Mendoza, no dando motivo a ruptura alguna, sino por el contrario, entrar en tratados con ella que dilatasen la cuestión todo el tiempo posible hasta que él se le uniera. Esta paz debía sostenerse siempre que no viese preparativos militares o pactos de unión entre San Luis y Mendoza, ya que en este último caso, antes que tomasen impulso aquéllos y siempre que considerase seguro el triunfo, debía atacar rápidamente a Mendoza y colocar en el gobierno de dicha provincia una persona "enteramente decidida por enemistad a San Martín". En caso que no considerase segura la operación, debía mantenerse estrictamente a la defensiva, en tanto él acudiera con el Ejército Restaurador.

Estas instrucciones estaban ratificadas en una larga carta del mismo 14 de junio, donde Carrera, refiriéndole su propia situación, le manifestaba que junto con López y Alvear iniciarían inmediatamente una nueva campaña militar contra Buenos Aires, de cuyo éxito no tenía duda alguna: "Pasado mañana emprenderé mi marcha con la división —decía—, acompañado de otra de esta provincia que será presidida por su gobernador. Llegaremos a Buenos Aires en quince días, y no habrá necesidad de disparar un fusilazo, ni de derramar una gota de sangre, tal es el estado de la opinión pública. De aquel pueblo sacaré recursos suficientes para el Ejército Restaurador, de allí partirá a las mejores combinaciones, y se pondrá un freno fuerte a los díscolos que pretendan reponer un gobierno que merece el odio nacional, y que tanta sangre ha costado destronarlo. El fanfarrón, falso e impotente Bustos, recibirá una lección práctica de lo que vale comprometerse en favor de un tirano, y él, y cuantos lo imiten, serán escarmentados.

"Por cuanto he dicho se convencerá V. S. de lo indispensable que me es detenerme algún tiempo en estas provincias, hasta que pueda marchar con todo el auxilio y con la certeza de que nuestra retaguardia queda guardada por amigos muy seguros. Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos serán dirigidos por individuos muy sinceros, y Bustos dejará de mandar o renunciará de sus nuevos compromisos, entregándome los chilenos que tiene en su ejército".¹

Carrera se muestra ahora despechado por la acti-

¹ BARROS ARANA, *op. cit.*, t. XIII, p. 349.

tud de Bustos. Sin embargo, mucho esperaba de esta nueva invasión a la provincia de Buenos Aires, que se iniciaría inmediatamente, para colocar en ella de gobernador a su amigo Alvear.

Es necesario, antes de seguir con el curso de esta campaña, que volvamos nuestros pasos para averiguar las causas de la misma, y qué hechos acontecieron en Buenos Aires desde la intentona de Alvear de fines de marzo, hasta esta fecha de mediados de junio, en que los federales consideran necesario reiniciar la guerra contra Buenos Aires.

2. Esta nueva invasión de que nos habla Carrera en su carta a Del Corro y de la que tanto esperaba, se gestó porque los directoriales se habían apoderado nuevamente del mando de la provincia de Buenos Aires y este cambio no podían tolerarlo los caudillos federales. De paso, tampoco convenía a las miras de Carrera.

Veamos de qué modo los directoriales se habían apoderado del mando en Buenos Aires y cuáles fueron sus consecuencias, porque solamente así podrá explicarse que Carrera cambiase de planes tan radicalmente, en el momento que tenía 1.000 hombres de Del Corro esperándole en San Juan.

El gobernador Sarratea había quedado en la capital porteña, envuelto en las consecuencias del movimiento de Alvear del mes de marzo. Todos le creyeron en connivencia con los propósitos de este jefe, aunque nosotros hemos comprobado lo contrario. Soler le hizo desde entonces una enconada oposición; Ramírez se mostraba iracundo por la tardanza del

governador en la remisión de los armamentos que necesitaba para su guerra con Artigas; y los directoriales le hacían una vigorosa campaña opositora desde *El Año Veinte*, explotando magníficamente el hecho, tan antipático a la opinión porteña, de que hubiese permitido y ayudado a Carrera a formar su división de chilenos.

En la cima del turbión político, Sarratea le escribió por entonces una carta a Carrera que es toda una caricatura de su estado de ánimo. De fecha 1º de abril, rezaba así: "Aquí me encuentro sospechado, mordido y devorado, *por amigo de don José Miguel Carrera*. Los amigos de éste me maldecirán por haberles opuesto una resistencia tenaz a sus planes de innovación. El mismo don José Miguel Carrera me tacha de amigo del General San Martín; los amigos de éste a su turno, censuran y tienen por sospechosa (o quizá enemiga) mi conexión con el General Carrera. El general Ramírez duda de la sinceridad de Sarratea en la remisión de su armamento, y los patriotas ardientes delatan con publicidad al Gobernador porque quiere despachar armas para que los degüellen. En este estado de cosas, y para que la fiesta fuese completa, nada más falta sino que al Gobernador de Buenos Aires le arrimen cincuenta palos en la barriga, y otros tantos en las plantas de los pies". Casi simultáneamente, el día 10 le escribía a San Martín: "Yo no veo el momento de descargar-me de un peso que me oprime, que es el cargo éste... Si Ud. lograrse hacer pie firme en las costas del Perú,

me animaré a tentar la fortuna dejando este meridiano".²

Poco después, se eligió una nueva Junta de Representantes compuesta enteramente de hombres del partido directorial, que separó de su cargo a Sarrautea sin que hubiera un ensayo de resistencia. En la misma sesión del 2 de mayo, nombraron interinamente en su reemplazo a Ildefonso Ramos Mejía, hombre del partido directorial.

Este ascenso del partido directorial al mando de la provincia, fué la causa que determinó la organización de la nueva invasión federal sobre Buenos Aires. Ramírez escribió al nuevo gobernador de la provincia en términos tajantes, manifestando que desconocía su autoridad. López se ocupó de organizar la campaña militar, porque el gobernador entrerriano estaba muy atareado en su provincia, en abierta disidencia con Artigas.

El pensamiento de los federales empalmaba asimismo con las ambiciones de Alvear, que se presentaba como el mejor candidato, con el gran partido que decía tener en Buenos Aires, y con la influyente ayuda de Carrera. Este ponía especial interés en apoyarlo por lo mucho que le convenía, desde que si se colocaba Alvear en la gobernación de la provincia, su Ejército Restaurador sería notablemente reforzado.

Al promediar junio, López, Alvear y Carrera, al frente de 1.300 hombres, cruzaban el arroyo del Medio y avanzaban rápidamente por la campaña de la provincia de Buenos Aires.

² A. N. CHILE, *Colec. de manuscritos cit.*, v. 114, f. 3 y *Documentos del Archivo de San Martín*, t. IX, p. 509.

López, en el mejor caso, iba en defensa del federalismo. Carrera y Alvear tenían intereses concurrentes; este codiciaba el bastón de mando, mientras Carrera necesitaba el encumbramiento de su protegido en la gobernación de Buenos Aires, para que le guardase las espaldas y financiara su empresa de invadir a Chile por el camino de Mendoza.

Las distintas proposiciones hacían prever un porvenir halagüeño, y ya sabemos por la carta de Carrera a Del Corro, que en el campo federal no se tenían dudas del éxito final.

3. Apenas había cruzado la frontera el ejército invasor, cuando las fuerzas acantonadas en Luján al mando de Soler se pronunciaron categóricamente, declarando que reconocían a éste por gobernador y jefe de todas las fuerzas de la provincia. Fué un verdadero putsch militar.

El partido directorial no tuvo fuerzas para hacerle frente: Ramos Mejía renunció, y la Junta de Representantes acordó la disolución del cuerpo el 20 de junio, reconociéndose dos días después a Soler como gobernador de la provincia.

Con ello se había modificado radicalmente la situación. Ya no eran los directoriales —que habían determinado la invasión de la provincia— quienes estaban en el poder. Soler pensó que ésta era razón suficiente para que López detuviese la marcha, y el mismo día de su juramento le escribió diciéndole que no continuara avanzando. En seguida despachó una comisión para entrevistar a López, saliendo él mismo a campaña en espera de sus resultados. En la ciudad

quedó el coronel Manuel Dorrego a cargo de la defensa.

Pero ya era tarde para que López suspendiese la invasión. Llevaba más de una semana de camino, y se encontraba ahora en las cercanías de San Antonio de Areco. Además, la situación no había cambiado mucho a juicio de López; tenía en Alvear su propio candidato a gobernador, y Soler no le inspiraba mucha confianza porque le sabía muy porteñista.

Nada pudo, pues, evitar la batalla que el 28 de este mismo mes de junio se dió en la Cañada de la Cruz. El triunfo de las fuerzas invasoras fué rápido y decisivo.

4. Al día siguiente de la batalla, Carrera escribía a su esposa, en la euforia del triunfo: "Ayer a las 4 de la tarde, hemos concluído con el miserable Soler que quiso sorprendernos, y se nos presentó en la Cañada de la Cruz con 1.600 hombres de caballería y 4 piezas volantes. Hay 100 prisioneros en mi campo, incluso 12 oficiales, entre los que se hallan French y Montes Larrea. Pagola murió con muchos otros oficiales y como 200 hombres. Los chilenos, en una carga horrorosa que dieron, acreditaron ser araucanos. No llegaban a 200 los que acuchillaron, sin un tiro de fusil, a más de 400 de Soler. Yo estoy engreído. Las 4 peizas las tomaron y son mías exclusivamente".³

³ YATES, a quien sigue VICUÑA MACKENNA, afirma que Carrera mandaba el total de las fuerzas vencedoras. En su cuaderno de viaje, BENAVENTE hace un relato de la batalla donde no se presenta a Carrera en tal carácter, aunque atribuye a la fuerza chilena el mérito principal. LÓPEZ, en su nota del 14 de setiembre al Cabildo de Buenos Aires, no deja lugar a dudas al referirse a esta batalla, de que fué él quien la dirigió. MITRE, que conversó

Este es precisamente el momento culminante del poderío de Carrera y cuando todo parecía estar al alcance de su mano. Nada faltaba sino entrar en la orgullosa capital porteña, y hacer servir sus poderosos recursos a sus intereses particulares. Para ello tendría que colocarse Alvear en el gobierno.

5. Las posibilidades de que Alvear ocupase la gobernación de la provincia eran buenas, y no se perdió tiempo en concretarlas. Aceleradamente se reunió en Luján una Junta electoral adicta, que representaba a la parte de la campaña bajo el dominio del ejército invasor, que acordó el 1º de julio nombrar a Alvear como gobernador y capitán general de la provincia en carácter de provisorio.

Esta designación de Alvear significaba el avance de una etapa más en los proyectos de Carrera.

El ejército invasor continuó avanzando hasta el puente de Márquez, donde recibieron una diputación del cabildo porteño, que deseaba entrar en arreglos de paz. Soler, después de su derrota, había renunciado al gobierno de la provincia.

Iriarte y Yates, en sus *Memorias*, nos han relatado este encuentro en el puente de Márquez. Iriarte dice que Carrera y él trataron de postergar la conferencia del gobernador Alvear con la diputación del Ca-

con varios testigos presenciales, se expide en idéntico sentido. Por su parte, en un fragmento de una relación autógrafa de ALVEAR sobre la misma, éste se atribuye en forma por demás exagerada la dirección y todos los méritos.

Este cuaderno de Benavente a que hacemos referencia se encuentra original en la *Colec. de manuscritos de Vicuña Mackenna*, vol. IX, y constituye un importante documento histórico. En él se encuentran un relato y un plano de cada una de las batallas en que intervino Carrera en estos años 1820 y 1821.

bildo, dado el estado de violencia moral, y sobre todo física, en que se encontraba en esa ocasión Alvear; era un día frío y lluvioso y éste se había excedido un tanto con el aguardiente. No pudieron sin embargo menos de ser testigos de los virulentos insultos de Alvear a los comisionados del Cabildo, y de sus amenazas de colgar la mitad de los habitantes de Buenos Aires si le impedían esta vez ejercer el mando de la provincia.

La diputación del Cabildo regresó humillada de la conferencia, pero encontró a la ciudad febril en preparativos de defensa. Un nuevo espíritu se manifestaba en el seno del cuerpo capitular, alentado ahora por la presencia en la ciudad de las fuerzas de infantería que había salvado el coronel Pagola en Cañada de la Cruz, por las milicias que habían traído desde el sud los coroneles Rodríguez y Rosas, y por las rápidas y hábiles medidas de defensa que tomaba el coronel Dorrego, que fué designado gobernador interino (Jul. 4). Además, conocida la humillación que había sufrido la diputación capitular, y el proyecto de López de apoyar enteramente a la persona de Alvear para la gobernación de la provincia, se reforzó en lo general de la población el pensamiento de ofrecer una decidida resistencia.

Para retemplar esta voluntad en el pueblo porteño, Dorrego hizo conocer una proclama que decía: "La resolución está fijada en formar un camino de cadáveres al infame y desnaturalizado Alvear y compañeros, antes de que consiga su escandalosa pretensión de mandar un pueblo que tiene tantos motivos para odiar hasta su nombre. Los destrozos y

robos de estos malvados se ratifican; han asolado todo el territorio que han pisado: la villa de Luján fué saqueada sin perdonar ni la corona de la Virgen. Morón, la Costa, algo de las inmediaciones de Barracas y San José de Flores, son igualmente saqueados; en este último punto dijo Alvear a sus salteadores: "desde aquí hasta la plaza todo es vuestro". Carrera también se produjo en términos casi iguales, diciendo: "Buenos Aires no ha visto aún tocar a los muchachos el clarín para saqueo". He aquí ciudadanos los hombres que dicen vienen a hacer vuestra felicidad. Constancia como hasta aquí, que ellos pronto desaparecerán e irán a buscar un asilo entre las fieras, porque ya no podrá dársele ninguna sociedad".⁴

6. Cuando el ejército invasor llegó a los suburbios de la ciudad y probó de entrar, la encontró inexpugnable, por obra del entusiasmo de todos y de la capacidad de Dorrego. Entonces le puso sitio por algunos días, hasta que éste se fué tornando difícil e insostenible finalmente, tanto por el rigor de la estación invernal, cuanto porque los sitiados eran cada vez más poderosos. Por el 10 de julio, las fuerzas atacantes empezaron a retirarse en dirección a Santa Fe, saqueando los pueblos de su camino.

La campaña de junio había fracasado completamente para los planes de Carrera; la victoria de Cañada de la Cruz no había dado ningún fruto, desde que no había sido suficiente como para que Bue-

⁴ *Boletín* N° 2 del 7 de julio de 1820. De este *Boletín*, fundado entonces por Dorrego, utilizamos la colección existente en la BIBLIOTECA PÚBLICA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE EVA PERÓN.

nos Aires se aviniese a recibir a Alvear como gobernador. Carrera debía ahora retirarse en compañía de sus amigos, desvanecidas sus esperanzas de hacer servir a Buenos Aires como fuente de recursos. Había tenido la capital porteña a la vista y el nombramiento de Alvear en la mano. Ahora tenía por delante una retirada penosa y perdido todo su prestigio. Nada quedaba de su euforia por el triunfo en Cañada de la Cruz.

7. En Buenos Aires se conocía la importante participación que había tenido Carrera en todos estos últimos acontecimientos, y el empeño que había puesto en apoyar la candidatura de Alvear.

En una extensa circular que dirigió a todas las provincias, el Cabildo de Buenos Aires condenaba duramente la conducta de López, Carrera y Alvear. Afirmaba que Buenos Aires siempre había buscado la paz, pero que López, "dirigido y movido por Carrera", había invadido Buenos Aires con "el único y exclusivo objeto" de colocar a Alvear en el gobierno de la provincia, para que a su vez éste auxiliara a Carrera en su empresa de invadir el estado de Chile.⁵

También el Cabildo porteño se dirigió en esta oportunidad a O'Higgins, el 15 de julio, "...protestando con toda la firmeza de su carácter, que este Pueblo, ni las autoridades que lo presiden, jamás prestarán auxilios de ninguna clase a don José Miguel Carrera, por estar convencidos que los que solicita, y pro-

⁵ PÉREZ JOAQUÍN, *Historia de los primeros gobernadores*, cit. p. 161

cura arrancar por la seducción e intriga, no tienen otro objeto que el de introducir en ese Reino el desorden, anarquía, y divisiones en que desgraciadamente ha envuelto estas provincias; tan negros designios no se abrigan en los pechos de los hijos de ésta, y ellos morirán antes que permitir semejante bajeza e ingratitud. Con esta seguridad V. S. no desmaye en sus heroicos esfuerzos, ni desista de la guerra al común enemigo, dando la libertad a esa porción desgraciada de nuestras hermanas que gimen bajo la opresión y tiranía".⁶

8. Al pasar por Luján, en su obligada retirada, Carrera se separó de López y volvió con 500 hombres sobre Buenos Aires, como amenazando la ciudad, que entró rápidamente en alarma. En verdad, era éste sólo un movimiento en falso para cubrir la verdadera finalidad de su vuelta, que era el paso por algunas poblaciones circunvecinas con el objeto de apoderarse de caballos y víveres. De esta manera sus soldados llegaron hasta San Fernando y San Isidro, parajes que saquearon, dejando amedrentados a sus pobladores.

Los hombres de Carrera se hacían notar especialmente, por la saña y codicia con que se apoderaban de todo lo que podían llevarse, haciendo odioso su nombre en toda la provincia.

Escuchemos hablar a tres de sus contemporáneos de esta fama de Carrera: "El mismo José Miguel Carrera —manifestaba Zañartú a O'Higgins el 24 de julio— fué á saquear con su division de chilenos el

⁶ A. N. CHILE, *Colec. de manuscritos* cit., v. 113, f. 76.

pueblo indefenso de San Isidro, y se ha hecho tan abominable por toda la campaña, que ya no le llaman mas que el *ladrón chileno*, haciendo el descrédito de todos sus compatriotas”.

Por su parte, en el *Boletín* que se publicaba en Buenos Aires —en el N^o 12 del 17 de julio—, al referirse estos mismos hechos se expresaba: “Carrera hará sin duda alarde de capitanear un ejército de salteadores: así lo dijo no hace muchos días a dos personas de verdad; sus expresiones fueron en sustancia las siguientes: Mis soldados no tienen más prest que lo que roban. Yo se los veo hacer y me hago el desentendido”.

Estos razonamientos atribuidos a Carrera, se confirman con las palabras de Iriarte, oficial unido a la suerte de Alvear, que al referirse a estos sucesos, nos dice en sus *Memorias*: “Un día no pude menos de llamar la atención de Carrera sobre aquel sistema vandálico que tanto nos desacreditaba, acrecentando el número de nuestros enemigos. Carrera era verdaderamente un caballero, un hombre de los más nobles sentimientos, un filántropo. Me dijo casi con lágrimas en los ojos, “amigo, yo me lastimo más que usted de esos males, pero cómo evitarlos? El compromiso que yo he contraído es inmenso. Mi misión no es para este país, es para libertar a Chile, mi patria, de la tiranía de sus actuales mandones. Necesito en primer lugar, para llenarla, conservar mis soldados; estos soldados están impagos, no les puedo proporcionar ni tabaco, ni yerba, ni nada; y el día que quiera sujetarlos al yugo de la disciplina me abandonarán, me dejarán solo, y entonces no sólo

seré presa de mis implacables enemigos que han jurado mi exterminio y el de mi familia —ya han hecho desaparecer a mis dos hermanos—, sino que se malogrará la oportunidad de dar libertad a Chile". Yo encontraba que Carrera tenía razón —prosigue Iriarte—, pero no por eso dejaba de deplorar los males de mi país".

Las consecuencias de estas depredaciones sería que desde entonces la opinión de Buenos Aires exigiera el desarme o la destrucción de Carrera. Si algo restaba de su prestigio anterior, desapareció en aquella retirada por la campaña.

9. De regreso de esta expedición, llegó Carrera a San Nicolás de los Arroyos, donde se atrincheró, distribuyendo una parte de sus fuerzas en las cercanías. Juntamente con Alvear, decidieron esperar allí hasta encontrar alguna circunstancia favorable. Todavía tenía Carrera su división intacta, y Ramírez podía volver. Había que conservar a San Nicolás como base para las futuras operaciones. Allí fué doña Mercedes a encontrarse con su esposo.

López continuó su retirada algunas leguas más adelante, repasando el Arroyo del Medio.

Entretanto, Dorrego había salido de Buenos Aires el 18 de julio y había reconcentrado en Luján su fuerza de 2.000 hombres.

En conocimiento de que el caudillo santafecino se había separado circunstancialmente de Carrera y Alvear, acantonados en San Nicolás, Dorrego resolvió caer con todas sus divisiones sobre este punto, haciendo un rápido y sorpresivo movimiento. Lo cubrió

con un ardid diplomático, enviando un comisionado con aberturas de paz al campamento de López.

Este, inmediatamente informó a Carrera de esta novedad, llamándolo para tratar con él. Decíale el 31 de julio, desde la estancia de Azevedo: "Amigo apreciable: Incluyo a Ud. la correspondencia que ha conducido un Religioso del Fortín de Areco, mandado por Dorrego en clase de Diputado: impuesto Ud. de ella, creo de necesidad su presencia en este punto para acordar lo mejor, y ver si debe regresar el conductor; en fin, no pierda tiempo en su marcha, que tengo mucho que hacer con Ud." ⁷

Carrera y Alvear partieron inmediatamente hacia el campamento de López, mientras en la misma fecha, 31 de julio, Dorrego ordenaba forzar la marcha. En la noche del 1º de agosto caía sobre San Nicolás. En la madrugada del 2, al tiempo que López despachaba a Dorrego una respuesta favorable a sus proposiciones de paz, se escuchaban los primeros disparos en la ciudad.

Este ataque de Dorrego a San Nicolás cuando estaba pendiente la negociación de paz que él mismo iniciara, fué considerado por López como una traición, y en ásperos términos se lo recordaba más tarde al Cabildo de Buenos Aires. El documento que hemos dado a conocer prueba que existió esa diputación negociadora.

Dorrego consiguió su propósito de sorprender a las fuerzas de San Nicolás. Algo pudo haber cambiado, porque López tuvo noticia en la noche del 1º de agosto que Dorrego pensaba atacar la plaza, y Alvear, que

⁷ A. N. CHILE, *Colec. de manuscritos cit.*, v. 114, f. 67.

se ofreció de emisario para cubrir las escasas leguas que lo separaban de ella y ponerla en aviso, se detuvo a dormir en el camino, evidenciando una desidia y falta de responsabilidad cuyas consecuencias estuvieron a punto de serle trágicas, según veremos enseguida.

El primer movimiento del ataque de Dorrego consistió en tomar las caballadas que se encontraban cerca de San Nicolás, a cuya noticia los de la ciudad entraron en alarma y desprendieron las pocas guerrillas que pudieron montar en las circunstancias.

Estas guerrillas, con Benavente a la cabeza, desproporcionadamente menores, fueron fácilmente arrolladas por la caballería de Dorrego, que las obligó a repasar los fosos que rodeaban la plaza.

Vencida esta primera resistencia, y rodeada la ciudad, se lanzó el formal ataque. Por cerca de dos horas se luchó reciamente, rechazando los sitiados tres sucesivas acometidas de las fuerzas de Dorrego, hasta que finalmente éste se puso en persona al frente de sus soldados, y con el apoyo de las reservas encabezó una impetuosa y decidida carga que determinó el fin de la lucha, rindiéndose la mayor parte de los soldados de la plaza.

Los oficiales amigos de Alvear fueron "los más obstinados" en la defensa, como decía el parte de Dorrego. Benavente, prisionero en los primeros momentos de la ocupación de la ciudad, se fugó por el río en forma novelesca, para salvarse definitivamente en territorio santafecino.⁸

⁸ *Boletín* N° 29.

10. A la ocupación de la ciudad se sucedió durante dos días un saqueo general por la soldadesca vencedora, sobre cuyo vandalismo están contestes las *Memorias* de Iriarte, Quintana y Lamadrid.

Dorrego protegió en aquellas circunstancias a la esposa de Carrera, que juntamente con muchas otras damas se habían encerrado en la iglesia. Así le decía: "Muy señora mía: ayer ofrecí a Vd. por medio de dos edecanes del Gobierno cuantos servicios estén a mis alcances; ahora repito lo mismo, incluyéndole ese pasaporte en blanco para que se dirija donde gustase, y si quiere hacerlo a Buenos Aires le facilitaré carruaje. El ejército de mi mando sólo hace la guerra a los hombres que se oponen con las armas en la mano. Yo he sido un amigo de Don Ignacio Carrera, y de sus hijos, pero no puedo ver con frente serena la desolación de mi país natal".

Quiso doña Mercedes reunirse a su esposo, y Dorrego dispuso noblemente lo conveniente para ello. Carrera agradeció este gesto de Dorrego en los siguientes términos: "Ayer hice a V. una súplica por la libertad de mi mujer, y al poco tiempo de haber salido el conductor supe que llegaba a este Campamento, porque la generosidad de V. había llenado mis deseos franqueándole pasaporte y auxilios para volver a atender su tierna familia. Yo doy a V. las más sinceras gracias, y devuelvo las seis onzas que V. tuvo la bondad de franquear a Mercedes en circunstancias de serle muy necesarias; ella me encarga saludar a V. en su nombre, manifestándole su gratitud".⁹

⁹ A. N. CHILE, *Colec. de manuscritos cit.*, v. 114, f. 17 y v. 117, f. 35.

11. En cuanto a Alvear, que por su inconciencia era hasta cierto punto responsable de la sorpresa que tantos males había traído a sus aliados, estuvo a punto de pagarla con su vida. López, indignado, había puesto preso a este gobernador de la provincia de Buenos Aires, y aun pensaba fusilarlo, de lo que algo llegó a saber o sospechar Alvear, que recurrió en busca de amparo a Carrera, su protector y principal perjudicado. “Ignoro —le decía— lo que Ustedes harán, pero si suplico a Vd. que vea modo de que yo sea puesto en libertad, concediéndome pasaporte para irme donde me parezca. Esto, me parece, no tiene nada de raro; yo ignoro absolutamente cuál ha sido el motivo de mi prisión. Vd. sabe, que yo he tenido un interés igual a todos en el buen éxito de esta obra, y que la conciencia no me acusa nada en que no haya obrado yo de buena fe; y así me ha sido muy sensible las voces, que algunos han hecho correr, que se me había puesto preso porque había sido venta mía lo de San Nicolás. Vd., que sabe mis compromisos, y el interés que he tenido en esta obra, sabrá calcular, mejor que nadie, el valor que merecen semejantes imputaciones, y lo sensible que debe serme que se forme tan injustamente de mí una opinión tan degradante.

“Yo espero que tendrá la bondad de decirme, con sinceridad y franqueza, cuál será mi suerte, y qué tengo que esperar o temer. Vd. conocerá muy bien cuál es mi situación, y desearía que Vd. me escribiese algo, seguro de que guardaré un profundo secreto”.¹⁰

¹⁰ A. N. CHILE, *Colec. de manuscritos cit.*, v. 114, f. 9. Sobre las intenciones de López de fusilar a Alvear, véase el *Boletín* N° 28 del 11 de agosto e IRIONDO URBANO DE, *Apuntes para la historia de la Provincia de Santa Fe*, Santa Fe, 1876.

Una vez más Carrera lo salvó, intercediendo ante López, y proporcionándole los medios para su viaje a Montevideo. Nunca más volverían a verse estos dos verdaderos amigos.

12. Entre los enemigos de Carrera, la destrucción de la fuerza de éste en San Nicolás produjo la reacción que era lógico esperar.

En Buenos Aires, Zañartu, teniendo en cuenta que Chile era “acaso el primer beneficiado”, dispuso la realización de un gran baile en honor de Dorrego.

Bustos, también congratulaba a Dorrego: “Por mí y a nombre del Pueblo de Córdoba —le escribía el 28 de agosto—, felicito en la persona de V. S. al Gobierno y valientes defensores del orden, por este importante acontecimiento, que sin duda escarmentará para siempre a los caudillos de la anarquía.”

Desde Mendoza, Godoy Cruz, al par que felicitaba a Dorrego por el suceso, le informaba de la derrota de del Corro ocurrida por aquellos mismos días, expresando finalmente: “Yo me congratulo del buen resultado que han tenido estas dos empresas, tan semejantes en su origen y en el orden de los acontecimientos.

O'Higgins no podía ser menos encomiástico, y manifestaba el 12 de setiembre: “El suceso ha correspondido a mis esperanzas, y yo tengo el placer de felicitar a V. S. por las glorias que han adquirido las armas de la Provincia en favor del sistema, sobre esos genios incendiarios que sólo conspiran a interrumpir la marcha de los negocios políticos de América, por sus bajas venganzas y designios criminosos con que se

empeñan en traicionar al país que les dió el ser. Todo buen chileno tiene el más vivo anhelo por las glorias de Buenos Aires, porque conoce que deben ser recíprocos los intereses de ambos países".¹¹

Todos comprendían el alcance de la victoria de Dorrego.

13. En verdad, los efectos del golpe de San Nicolás fueron catastróficos para Carrera. De pronto se quedó sin su división, pues apenas si se salvaron alrededor de cien hombres. Además, perdió todas las armas que tantos afanes le había costado reunir; Dorrego, según detallaba en su parte oficial del combate, se apoderó en San Nicolás de más de 50 oficiales y cerca de 400 hombres de tropa, de 192 fusiles, 417 tercerolas, 449 sables, 517 monturas, más de 3.000 caballos, y las piezas de artillería capturadas por Carrera en Cañada de la Cruz. Nótese la magnitud del desastre.

Además, desaparecidos del escenario Sarratea y Alvear, el primero por su versatilidad y el segundo por su atropellada ambición, Carrera no vislumbraba ningún candidato que pudiera ayudarlo en Buenos Aires, donde ahora carecía de crédito.

Para colmo de todo, Del Corro había seguido estrictamente las instrucciones que Carrera le diera en abril y para entonces habían sido frustrados sus propósitos, según explicamos anteriormente.

Nunca había sido peor su situación. Antes del desastre de San Nicolás, contaba Carrera con su respeta-

¹¹ Estas congratulaciones en ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN S. X, C. 5, A. 4, N° 1 y S. X, C. 1, A. 8, N° 2.

ble Ejército Restaurador y con la importante fuerza de Del Corro esperándole en San Juan, para pasar juntos a Chile, en la cercana primavera. Ahora se imponía empezar de nuevo; se había apagado su estrella que hasta entonces brillara rutilante.

Poco tiempo después se embarcaba San Martín en Valparaíso al frente de la Expedición Libertadora del Perú, dando con ello un rotundo mentís a toda la propaganda de Carrera, que le había presentado como un vulgar tirano de Chile. El conocimiento de la partida de la Expedición Libertadora del Perú produjo una gran impresión en el país; perdió valor la palabra de Carrera, y como éste insistiera en sus ataques, quedó al desnudo la pasión que le guñaba.

CAPITULO NOVENO

1. Después que su fuerza hubo sufrido el desastre de San Nicolás, la persona de Carrera se convirtió en el obstáculo a la paz en el litoral, que se imponía por la difícil situación económica del país. Buenos Aires exigía la entrega o separación de Carrera de los negocios públicos, a la vez que López se negaba a desamparar a su amigo en desgracia.

Veamos los términos de este nuevo aspecto de la incidencia de Carrera en las guerras civiles argentinas.

A los cuatro días de la acción de San Nicolás, se entrevistaban Dorrego y López, acordando un armisticio que suspendía las hostilidades por tres días, mientras comisionados de ambas partes trataban de la paz. Cuando parecían haber llegado a un acuerdo estos comisionados, la conferencia terminó bruscamente. Al conocimiento de López había llegado el oficio que, inmediatamente después del triunfo en San Nicolás, había enviado el Cabildo de Buenos Aires a su similar de Santa Fe, y que, impreso, se había repartido profusamente.

En este documento del 5 de agosto, el Cabildo porteño hacía mérito de los sacrificios hechos por la ciudad para mantener una paz que había sido turbada por la invasión del gobernador López, "asociado y dirigido por D. José Miguel Carrera, y D. Carlos Alvear,

mandando los tres un ejército con el que han invadido esta provincia, talando, saqueando, robando, asesinando bárbara y cruelmente, y cometiendo cuanta clase de horrorosos crímenes son imaginables; hasta llegar a los suburbios de esta ciudad e insultarla atrocemente, amenazando entrar en ella a sangre y fuego, hasta colocar de gobernador al citado Alvear, detestado generalmente, proscrito, lleno de las más delincuentes responsabilidades a este pueblo, y extraer de él todo cuanto Carrera necesita para llevar adelante sus locas y quijotescas aventuras contra el reino de Chile."

Después de referir en este mismo oficio el fracaso del sitio a la ciudad, el Cabildo expresaba sus deseos de paz, aunque exigía de su similar de Santa Fe la separación del gobernador López de su cargo y la incoación de un juicio público a su conducta; "pero principalmente, y sobre todo —agregaba—, entregue en el momento a disposición de este gobierno a los aventureros Carrera y Alvear." Fundamentando esta exigencia, decía que Buenos Aires "conoce y sabe, como todo el mundo conoce y ve, que mientras Carrera y Alvear, pero con especialidad el primero, existan en algún ángulo del mundo, no habrá otra cosa que guerra, robos, sangre, desolación, anarquía, y cuanta clase de crímenes puedan imaginarse, porque éstos son sus planes constantes, éste su carácter, sus miras, aspiraciones y deseos". Buenos Aires se persuadía así mismo que el Cabildo de Santa Fe no lo permitiría, entregando a Alvear y Carrera "dos almas negras, que

han sabido envolver en sus ideas al incauto D. Estanislao López".¹

Observemos que el lenguaje contra Carrera ha sido al rojo blanco en Buenos Aires.

2. El conocimiento de este oficio, con tan gruesos calificativos, motivó el fracaso de las negociaciones de paz.

López presentó una serie de exigencias inaceptables para Dorrego, que declaró rotas las hostilidades. Dichas condiciones —que se hicieron públicas en el *Boletín* N^o 30— establecían el reconocimiento de la justicia de la última invasión federal a Buenos Aires, la indemnización de los gastos hechos por Santa Fe con este motivo, y el pago de los perjuicios sufridos por esta provincia desde el principio de la guerra. Además, y con ello vemos que la influencia de Carrera no había disminuído en el campo federal, López exigía la restitución de todos los chilenos tomados prisioneros en San Nicolás.

Rotas las hostilidades, Dorrego, que había tomado sus medidas para tal evento, asaltó el campo de López sobre el Arroyo de Pavón, en territorio santafesino. Este no tenía muchas fuerzas consigo, y el triunfo correspondió a Dorrego, que lo decidió en una sola carga. Más que una batalla, aquello fué la dispersión de los 500 hombres de López frente a los 1.500 de Dorrego.

3. Dos días después de este triunfo de Pavón, el

¹ Fascímil en PÉREZ JOAQUÍN, *Historia de los primeros gobernadores...* cit., p. 170.

14 de agosto, Dorrego invitaba públicamente a López a celebrar un armisticio por tres o cuatro meses que diera tiempo a negociar un tratado definitivo. En oficio reservado, imponía como condición indispensable para lograr éste, el que Carrera saliese del país y quedase "inhabilitado por tratado secreto de poder obtener cargos ni empleo alguno político ni militar en ambos territorios", "él es la manzana de la discordia —agregaba—, esto exijo de V. S. como base y como el paso más aparente para llegar al avenimiento deseado".²

Esta condición era poner nuevamente a prueba la amistad de López y Carrera. El conductor de esta proposición, refirió luego a Dorrego que, en su presencia, y casi sin acabar de leer los oficios, López los había arrojado sobre la mesa, expresando que combatiría a Dorrego; después de lo cual ordenó llamar de Coronada al mismo Carrera para que los contestase.³

Bien apreciaría Carrera este gesto de su amigo López, y es preciso que el lector lo recuerde, porque guarda relación con otro momento culminante en la vida del proscrito chileno.

La continuación de la guerra se hacía pues inevitable. Dorrego, en oficio de 15 de agosto al Cabildo de Buenos Aires, le expresaba que López estaba decidido a hacerla "en unión con Carrera, de quien depende en sus decisiones". En el mismo día oficiaba al Cabildo de Santa Fe, manifestando con respecto a los propósitos de López: "Me dirijo a los representan-

² *Asambleas constituyentes...* cit., t. VI, 2ª parte, p. 138.

³ *Boletín* N° 32 del 18 de agosto y *Asambleas constituyentes...* cit., t. VI, 2ª parte, p. 140.

tes del Pueblo. El Cabildo que lo representa no puede mirarlo con indiferencia, hecho el juguete de la arbitrariedad de un hombre, que por miras particulares, y por apoyar las ideas del monstruo don José Miguel Carrera, quiere, sin fruto, continuar los desastres y causar la desolación general".⁴

4. Mientras se desarrollaba esta guerra diplomática, tan ilustrativa en lo que se refiere a la importancia que se asignaba a la persona de Carrera, Dorrego hizo regresar la infantería a San Nicolás, y al frente de la caballería —600 hombres—, prosiguió la campaña en territorio santafesino. En el Gamonal se encontró con las fuerzas de López —1.000 hombres— que lo esperaban formados en batalla. Rápidamente se pronunció en aquel día 2 de setiembre la derrota de Dorrego, que fué completa y sangrienta.

Nuevamente se abrían las perspectivas para el futuro de Carrera; pero contra todo lo que podía preverse, dadas las características de la guerra en este año, López no continuó avanzando sobre Buenos Aires después de su victoria en Gamonal, sino que se mantuvo en la frontera, diciendo al comunicar a Santa Fe su triunfo: "Después de esto, sólo pienso hacerles una arreada y volverme a esperar los resultados".

Esta era la política que pensaba seguir, y a ella ajustó López su conducta, contradiciendo de este modo los intereses de Carrera, que hubiera preferido continuar la marcha hacia la capital porteña. Ya veremos las causas de estas expresiones pacifistas de López.

⁴ *Asambleas constituyentes...* cit., t. VI, 2ª parte, p. 139.

Con su actitud, también contradecía abiertamente el gobernador santafecino las expresiones de Dorrego y del Cabildo de Buenos Aires, sobre que López dependía en sus decisiones del parecer de Carrera. Según veremos más adelante, Carrera, despechado, expresaría en una carta refiriéndose a esta conducta de López: "No es hecha la miel para la boca del asno".

5. Por esos días acababa de instalarse solemnemente en Buenos Aires la Junta de Representantes recientemente electa, que tenía a su cargo designar el nuevo gobernador propietario de la provincia. Hasta entonces la candidatura de Dorrego parecía difícil de reemplazar; pero ahora no solamente había perdido este jefe la batalla del Gamonal, sino que también había expresado después de ésta su pensamiento de continuar la guerra contra Santa Fe, idea que ya no era de la simpatía de nadie, tan cansados estaban todos de la misma y tan heridos los intereses. Integrada nuevamente por el grupo directorial, la Junta de Representantes, en su sesión del 26 de setiembre, nombró a Martín Rodríguez como Gobernador interino.

Con ello se cumplía la tercera reacción del partido directorial, que se apoderaba nuevamente del gobierno de la provincia.

Antes de cumplirse una semana, el nuevo gobernador sofocó sangrientamente una contrarrevolución federal en la ciudad y se asentó firmemente en el gobierno.

6. Después de sofocada esta contrarrevolución federal, y desde un plano meramente político, no cos-

taba mucho prever nuevas campañas militares en el litoral. Pero el determinismo económico impondría una solución al problema político. Ya se llevaba más de un año de aquella destructora guerra civil, que había resentido muy hondamente la economía de las provincias. La estratégica posición geográfica de Santa Fe y la eficiencia y rapidez de sus montoneras, habían cerrado al comercio de Buenos Aires el camino de Córdoba, desde donde se bifurcaba hacia Cuyo y las provincias del noroeste. Por el otro lado, Buenos Aires era el principal puerto de importación y exportación para las provincias del interior, y de su aduana se percibían las rentas.

Esta necesidad de ajustar una paz en el litoral, no solamente se presentaba como impostergable a los ojos de las provincias neutrales, que en aquella estancación del comercio veían asomar los presagios de una inminente ruina en sus territorios, sino que también Buenos Aires y Santa Fe sentían los efectos.

La conducta que siguió López inmediatamente después de su victoria en el Gamonal, está condensada en aquel pensamiento que —recordamos— estampó en la comunicación por la que daba cuenta a Santa Fe de su victoria de ese día. López cumplió estrictamente con los postulados de esta política, mostrando con ello cuál era su deseo.

También por el lado de Buenos Aires se perseguían los mismos propósitos. La provincia de Buenos Aires había sufrido enormes perjuicios en este año de 1820 con los arreos y consumo de ganados de tantos ejércitos amigos y enemigos. Además, en la parte norte de la provincia, y por los sucesivos pasos y repasos

de los ejércitos, tampoco se habían podido recoger las cosechas.

Todo esto explica que gobernadores tanto afectos como enemigos del sistema federal, estuviesen acordes en el interés de encontrar alguna solución a la guerra en el litoral. El factor económico está latiendo en los documentos que sucedieron a la batalla de Gamonal, y se trasunta que su influencia fué predominante en el ajuste de la paz.⁵

El gobierno de Córdoba resolvió el envío de diputados a todas las provincias para interesarlas en la reunión de un Congreso, y en la intercesión en la guerra entre Buenos Aires y Santa Fe. Del mismo modo, el gobernador de Mendoza anunciaba la partida a Santa Fe de José Cabero, diputado por su provincia y la de San Luis, y cuyo objeto era “concurrir a la transacción de esta guerra desastrosa”.

El 17 de octubre, los comisionados de Córdoba llegaban al Rosario, siendo recibidos favorablemente por López, que el mismo día escribió a Rodríguez expresándole sus deseos de ajustar una paz. Asimismo, los diputados cordobeses comunicaron el objeto de su misión al gobierno de Buenos Aires.

7. Reunida en Buenos Aires la Junta de Representantes de la provincia, acordó por unanimidad admitir la mediación propuesta, aprobándose en su sesión del 24 de octubre una nómina de 16 artículos, a manera de base sobre la que debía discutirse la transacción con el gobierno de Santa Fe.

⁵ Para mayor información sobre la difícil situación económica de las provincias por esta época, véase PÉREZ JOAQUÍN, *Historia de los primeros gobernadores...* cit.

De los dos primeros artículos, que estaban entre los llamados "esenciales", habían de derivarse los obstáculos que estuvieron a punto de hacer fracasar las negociaciones. El primero de ellos decía: "Se establecerá como indispensable separar enteramente de toda intervención, influencia, o conocimiento directo, ni indirecto de los negocios entre esta Provincia, y la Ciudad, o Gobierno de Santa Fe, a D. Manuel Sarratea, a Dn. José Miguel Carrera, y Dn. Carlos Alvear, no permitiéndoles de ningún modo su permanencia en aquel territorio, ni menos el que en él introduzcan, conserven, o extraigan ninguna fuerza armada a pretexto de coligados, o Jefes del Ejército de Santa Fe, denegándoseles todo auxilio". Por el segundo se expresaba: "No se convendrá de ningún modo en franquear a Santa Fe a título de paz, amistad, reparación de daños, ni otro alguno, armamentos, municiones, vestuarios, dinero, ni cualquiera otro artículo, de ningún género, que perjudique el tesoro y propiedades de la Provincia".

Ya veremos a su turno como se zanjaron los obstáculos que representaban las exigencias contenidas en estos dos artículos.

8. Volvamos ahora a tomar el camino de la vida de Carrera, a quien dejamos después de la acción de San Nicolás, y sigamos a través de él, el curso de estas negociaciones de paz, que determinarían finalmente su fuga al desierto.

La derrota de San Nicolás, según su propia expresión, lo había "fundido". Todos sus recursos materiales los había perdido. Únicamente se salvaron algo

más de 130 hombres, que ese día no se encontraban en la plaza. Ya hemos anotado la magnitud que tuvo para él este desastre.

Pero López no lo desamparó en esta emergencia, sino que por el contrario estuvo más firme que nunca en sostenerlo. Tan es así que, según dijimos, en las conversaciones entabladas después de San Nicolás, López, en sus condiciones de paz, había exigido la restitución de todos los prisioneros chilenos. Aun después de su derrota en Pavón, López no había dejado de apoyarlo; lo demostró cuando llamó al mismo Carrera, para que contestase el oficio de Dorrego que exigía como base para la reconciliación la salida del país del proscrito chileno, a quien llamaba "la manzana de la discordia".

Triunfante López en el Gamonal, Carrera hubiera querido seguir la campaña hasta la capital; pero el caudillo santafecino se mantuvo firme en su decisión de no pasar la frontera, deseoso de lograr una paz a la que lo impelía la referida situación económica de su provincia y del país en general.

Esta actitud de López irritó a Carrera porque hería en lo vivo sus intereses, y tuvo con este motivo palabras injustas para calificarla, a pesar de que a su perspicacia no podía escapar la necesidad que tenían las provincias de una conciliación.

Conformándose con la nueva realidad, Carrera cambió de proyectos para el futuro, y entonces pensó seriamente en tomar la vía de los indios del sur, para entrar por ella en el territorio chileno.

Desde el Rosario, explicaba Carrera su nuevo plan a José Bielma, natural de Chillán y lenguaraz entre

los indios, en una carta del 13 de octubre, en la que en un momento de ira, al ver que se le cerraban los caminos en el litoral por la inflexible posición de Buenos Aires, le decía: "Paisano de todo mi aprecio: He tenido el gusto de ver a su hijo Manuel con quien he hablado largamente. Nosotros tuvimos nuestro revés, pero después castigamos a los orgullosos y malvados porteños en los campos del Gamonal, que están cubiertos de cadáveres (como le dirá a Ud. Manuel que los ha visto). También le informará como se están destruyendo en Buenos Aires entre ellos mismos. Vamos a lo principal. Como en San Nicolás me tomaron los porteños ciento treinta prisioneros, no puedo irme para Chile hasta que me los entreguen. Mientras, es necesario llamarles la atención, tanto a los porteños como a los cordobeses, porque Bustos está también contra nosotros; pero no importa, yo lo escarmentaré luego que reúna mi gente y me ponga de acuerdo con el coronel Corro, que está a mis órdenes y tiene una división de mil hombres, los más chilenos, en la provincia de San Juan. Mi empeño para con Ud. es que vea modo de que algún Cacique vaya a sacar los ganados por la parte de la Magdalena y Chascomús, ahora que no tienen allí gente de armas porque todas están peleando en Buenos Aires, y ojalá que pudiesen sacarse todos los prisioneros de las Bruscas. También será muy útil sorprender la guardia del Río Cuarto y quitarles todas las haciendas: el Comandante no tiene más que 25 hombres de milicias. Si se pudiese entrar en San Luis y quitarles a todos hasta las camisas, sería muy bueno; tienen sólo 50 hombres de guarnición mal armados y municiona-

dos; de allí podría sacarse mucha plata, muchas armas, municiones y ropa: todo es muy fácil si los aguaitan bien y los cargan sin ser sentidos antes del amanecer. Si no pueden hacer estas cosas, que son muy fáciles, hagan lo que quieran; pero siempre incomodando a los portefños, a los cordobeses, y a los puntanos si fuese posible. Yo, entretanto, reuniré mi División, trataré con Corro, vestiré la gente, buscaré dinero, compraré tabaco, yerba, y otros efectos propios para los Indios, y si no puedo ir a pasar por San Juan, me decidíré a irme por la tierra con toda mi gente, siempre que Ud. me asegure que puedo pasar y ser auxiliado de caballos. En este caso escribamé Ud. luego cuanto convenga para saber lo que he de hacer, y le diré en contestación el día de mi salida, y el camino que he de llevar, para que Ud. me haga recibir en algún punto con indliada de toda confianza. Si yo me voy a la tierra, he de ayudarles un mes antes de pasar la cordillera, para que no les dejemos a los portefños, ni un caballo, ni una vaca, ni ganas de volver a esclavizar chilenos. Los indios que acompañan a Manuel han sido tratados lo mejor que se ha podido en las circunstancias, y si no van contentos, no es mi falta. Adiós mi paisano estimado. Yo doy a Ud. las gracias por el empeño con que ha hecho mis encargos: espero que no tardaré en recompensarle sus servicios, y en proporcionarle en nuestro hermoso Chile el modo de vivir feliz y tranquilo. Disponga Ud. de su afectísimo. José Miguel Carrera."

Una copia de esta carta, que encontramos en el archivo de Carrera, lleva la siguiente nota que la autentica: "Es copia de la original que se encontró a Biel-

ma en Melincué; la cual he remitido original al Sor. Gobernador de la provincia. *B. J. Pico*. Está cotejada con el original que tenemos actualmente en nuestro poder. San Nicolás, noviembre 5 de 1820. *Dr. Allende. Villegas.*" (Estos dos últimos eran los diputados mediadores cordobeses; el primero era el jefe porteño de las fuerzas de la campaña).⁶

9. El conocimiento en Buenos Aires de esta carta de Carrera a Bielma, produjo enorme impresión y exaltó al máximo el ansia porteña por verlo desaparecer del escenario. El hecho de que veamos a los diputados cordobeses rubricando la copia de la carta para autenticarla, nos muestra que ésta les fué presentada con el objeto de hacer evidente la justicia de la posición porteña, que reclamaba como indispensable la separación de Carrera para concertar la paz.

Se ocupó también la prensa del asunto, y el padre Castañeda le consagró íntegramente el N^o 13 de su *Desengañador Gauchi-Político*, periódico donde reprodujo el texto de la carta a Bielma, comentándola con mordacidad, y dedicando a Carrera un *Responso* que comenzaba así:

"Carrera de mis pecados
Chilo-Chilote ratón
Kirie-le, kirie-leisón
Antes eran tus enojos
Con Tagle, y con Pueyrredón
Kirie-le, kirie-leisón
Y ahora nos echas los ojos

⁶ A. N. CHILE, *Colec. de manuscritos cit.*, v. 117, f. 22.

A todos como ladrón
Kirie-le, kirie-leisón
Sin camisa a los portefios
Quieres dejar a traición
Kirie-le, kirie-leisón".

Por su parte, Carrera se corrió rápidamente hasta la Bajada, a despedirse de su esposa e hijas, a quienes vería por última vez.

Aferrado como estaba a su idea de tomar la vía de los indios, completaba su pensamiento en una extensa carta a su hermana Javiera: "Mis activos pasos —le decía— se dirigen a reunir la División, vestirla, armarla, socorrerla, montarla, y marchar para Chile a destronar al vil Riquelme [O'Higgins], opresor y tirano de nuestra Patria. Los indios Ranqueles, los Güiliches y los Araucanos me esperan con mucha amistad y me franquean paso". En la fecha de esta carta —26 de octubre— vemos que confirma su decisión de utilizar este camino. Después refiere, que aunque derrotado Del Corro en Cuyo, quedaba libre Aldao, que serviría sus intereses: "Si recibo sus avisos ocuparé una posición desde donde podamos reunirnos, y si lo consigo, dí que el resto es un juego; entraré sin un tiro por el norte, y de no reunirme ni poder organizar cosa alguna con los partidos opuestos a San Martín, que están al chocar en Mendoza, seré Araucano y cuando menos no vivirán tranquilos los tiranos". Pero para hacer esta marcha con éxito comprende que necesita más de lo que tiene, y añade: "Mi situación no es lisongera, si, como recelo, no puedo inclinar a Rodríguez en mi favor, a pesar que un amigo me ha protestado que está re-

suelto a servirme y que me entregará los chilenos. Pero si su servicio no pasa de entregarme los hombres desnudos, sin armas y sin monturas, será bien terrible para mí el salir de semejante apuro. Aquí tengo 250, y para mantenerlos y socorrerlos, no me falta sacrificio que hacer". A pesar de todo era optimista: "O'Higgins no tiene tropas —decía—, es imposible pueda resistirme cuando todo Chile lo detesta... Venciendo el principal obstáculo de la falta de recursos, y saliendo en marcha de esta Provincia, debemos esperar que este verano limpiaremos a nuestro Chile de polilla".

Entrando en el terreno político, refería en esta misma carta, que López, después de vencer en el Gamonal, no había consentido en seguir la persecución, por lo que estampaba estas injustas palabras: "Fué imposible arrancarle más allá del Tala y del Arroyo dulce. No es hecha la miel para la boca del asno". Agregaba que Ramírez había vencido a Artigas y organizaba una gran fuerza, añadiendo a continuación: "Vera está muy amigo de Ramírez, y sin duda López caerá porque tiene poco partido y pocos conocimientos para revolución". Se refería después a los diputados mediadores enviados por Córdoba y Salta, y de ellos opinaba: "les he tratado, parecen bellos sujetos, dicen son mis amigos, y aseguran que en los tratados se conciliarán mis intereses con los de Buenos Aires; veremos este pastel".

Esto escribía el 26 de octubre; el 31 ponía como posdata en la misma carta: "Ya el bribón de Rodríguez se ha insinuado por medio de otro imbécil como él con López, ofreciéndole cuanto quiera siem-

pre que yo salga de la Provincia y para esto ya tendrá fraguada alguna trampa para agarrarme: pero el sonzón no sabe que se mete en una que ha de llorar. Sírvate ésto de gobierno para ser menos franca o muy reservada con Lezica, que siendo de la gran logia no puede menos que hablarlo todo con sus socios".⁷

10. En tanto, Bielma cumplía su encargo y movía gran parte de la indiada, poniendo en peligro y agitación a los pueblos fronterizos con la tierra de los bárbaros. De aquéllos llegaban voces a Buenos Aires, clamando por urgentes refuerzos. La comunicación del comandante de la guardia del Salto, de 3 de noviembre —que entresacamos por lo que ocurrió después allí— decía: "Hallándose amenazada esta frontera por los Indios del sur, sublevados por el lenguaraz Bielma, comisionado por el general Carrera; y hallándome con orden el señor Gobernador para reunir toda la fuerza de mi mando, y estar a la observación de dicho enemigo, y no teniendo armas ni municiones, estimaré que V. E. se digne auxiliarme con el armamento y demás que hallase conveniente".

El gobierno de Buenos Aires le contestó días después, el 8, enviándole carabinas y otros pertrechos militares, dándose por notificado de los "peligros que amagan a esa frontera por las sugerencias de don José Miguel Carrera a los Indios infieles del

⁷ Esta carta fué incluida en la edición de las *Obras Completas* de VICUÑA MACKENNA, t. IX. El original puede verse en A. N. CHILE, *Varios*, v. 237, pieza N° 4703.

sur, recomendando a Vd., como recomiendo con encarecimiento, la mayor vigilancia posible y predisposición a la defensa en caso de invasión”.

Además, el gobierno de la provincia dirigió oficios a toda la campaña, encargando la mayor vigilancia, a la vez que remitía pertrechos de toda naturaleza. A Francisco Ramos Mejía, estanciero muy querido de los indios, le recababa, que usando “de su grande influencia y concepto con los Caciques que nos amagan”, les hiciera comprender “el veneno que ocultan las pérfidas coacciones de Carrera”, y buscarse la concertación de un convenio con ellos, satisfaciendo la tesorería de la provincia los gastos de las gratificaciones a los indios que se estilaban en estos casos.⁸

11. Hacia mediados de noviembre llegaba una diputación de caciques al campamento de Carrera, cercano del Rosario. En Buenos Aires se tuvo conocimiento de este hecho por la declaración de un lenguaraz, según se lo comunicaba el comandante del fortín de Navarro al gobernador Rodríguez.⁹

Según un apunte manuscrito de Carrera, la diputación que llegó a su campamento estaba dirigida por el cacique Milla Paso, hijo de Pablo Levenopan, que era el cacique principal de todos los ranqueles. Le acompañaban además, Bielma, su hijo Manuel, y Carrún-Manqué en nombre de los güiliches y enviado por el cacique Joaquín Pan. Completaban la diputación otros indios de menor jerarquía.

⁸ Todos estos documentos en ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, S. X, C. 11, A. 7, N° 5.

⁹ ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, S. X, C. 11, A. 7, N° 5.

En este mismo manuscrito, Carrera anotó la lista de caciques enemigos y amigos, el lugar de sus tolderías y el número de indios que les seguían.

Entre los primeros, es decir entre los más adictos a Buenos Aires, figuraba el cacique Nicolás de la Quintana, que sería un gran enemigo suyo, pero a quien no asignaba en su apunte mayor importancia, por el corto número de indios que le suponía.

Los caciques amigos formaban una extensa lista. El jefe de todos era el chileno Pablo Levenopan, conocido comúnmente como el cacique Pablo o Cacique Mayor, a quien situaba sobre el río Guaminí, con mando sobre más de 8.000 indios extendidos por la provincia de Buenos Aires en su mayor parte, y bajo la jefatura de sus caciques gobernadores".¹⁰

12. Por estos mismos días, los diputados mediadores entre Buenos Aires y Santa Fe obtenían éxito en sus gestiones, firmándose la paz después de arduas negociaciones para salvar los dos obstáculos principales: las reparaciones económicas que exigía López, y la situación de la fuerza de Carrera, cuyo desarme y salida de Santa Fe exigía Buenos Aires. El acuerdo, que se firmó el 24 de noviembre en la estancia de Benegas, establecía la paz y amistad entre los gobiernos de Buenos Aires y Santa Fe, y se propiciaba la reunión en Córdoba de un Congreso general de todas las provincias.

13. ¿Cómo fueron salvados los obstáculos a esta paz, que por un momento parecieron insuperables?

¹⁰ A. N. CHILE, *Colec. de manuscritos cit.*, v. 117, f. 38.

Con respecto al monto de las reparaciones que exigía López, el coronel Juan Manuel Rosas, típico representante de los agredidos intereses de la campaña bonaerense, tomó bajo su responsabilidad, y con el visto bueno de Rodríguez, el compromiso de entregar 25.000 cabezas de ganado a Santa Fe. El mismo Rosas, en oficio al gobernador, explicaba los motivos de su intervención en este asunto, diciendo que “la imperiosa voz del interés común a ambas Provincias” era “estrellar los ruines designios de don José Miguel Carrera, a quien convenía el mantenimiento de la guerra”, a la que únicamente podía dársele término con el recurso “de hacer propietarios en la campaña de Santa Fe y dar ocupación a sus habitantes”, sacándolos de la miseria en que vivían, en cuyo caso no dudaba que Santa Fe sería “una columna del orden”.¹¹

Al otro obstáculo que se presentó en las negociaciones de Benegas, a la presencia del general Carrera, se refería expresamente al art. 5º cuando decía: “Son obligados los Gobiernos a remover cada uno en su Territorio todos los obstáculos que pudieran hacer infructuosa la paz celebrada, cumpliendo exactamente las medidas de precaución con que deben estrecharse los vínculos de su reconciliación y eterna amistad”.

Como se desprende de este artículo, López estaba obligado a desarmar los 130 hombres de Carrera. Dispuso en efecto el gobernador santafesino que una partida de Dragones se llegara al campamento de

¹¹ IBARGUREN CARLOS, *Juan Manuel de Rosas. Su vida. Su tiempo. Su drama*, p. 96. Buenos Aires, 1930.

Carrera con aquel objeto, pero éste tuvo aviso anticipado y huyó apresuradamente hacia el desierto, por el lado de Melincué, con su corta división y la diputación de caciques que había llegado a su campamento.

14. Existen pruebas documentales para afirmar que López no cometió la infamia de comprometerse a entregar a su amigo Carrera, como han afirmado algunos autores. Por otra parte —según sabemos—, las mismas instrucciones votadas por la Junta de Representantes de Buenos Aires no lo exigían.

López hizo lo más que pudo por Carrera, no obligándose a entregarlo; al comprometerse a desarmarlo, hizo lo menos que pudo por el interés de la provincia que gobernaba y por el interés general de América.

Carrera tuvo aviso de que debía ser desarmado, antes de que se firmara el tratado. Cosme Maciel, el secretario de López, le escribió a las 7 de la tarde del 22 de noviembre, desde la misma estancia de Benegas: "Amigo: Ya quedan allanados todos los escollos que se oponían a una tramitación final: el día de mañana se pondrá por tratado y cuidaré de remitir a V. un tanto de todo. La entrevista del gobernador con Rodríguez se ha verificado ahora mismo y en nada se ha tocado a su individuo; también estoy muy seguro, que sucederá lo mismo en los tratados, pero se me ha dicho, que se obligan a no dejar fuerza alguna en ningún punto del territorio. Vea lo que debe hacer: esto es de fe".¹²

¹² A. N. CHILE, *Colec. de manuscritos cit.*, v. 115, f. 18.

Según vemos en estas claras palabras del secretario de López, no se acordó la entrega de Carrera, lo que se confirma con el testimonio del diputado Cabero, que escribía a Mendoza el 25 de noviembre:

“Habíamos conseguido derribar la influencia de D. José Miguel Carrera en la liga federal: su fuerza de ciento cincuenta chilenos, de tercerola y sable, debía ser disuelta, y para estar a cualesquiera resultado de resistencia, se esperaba el momento que llegasen tropas de Santa Fe que se habían mandado venir sigilosamente; pero como no faltan discolos que protegen a sus semejantes, tuvo sin duda aviso. Su campo lo tenían a tres leguas de aquí, y como acostumbraba mudar de lugar continuamente, bajo este pretexto se puso en movimiento a marchas precipitadas hoy a media tarde con dirección a las Pampas, acompañado de su División y treinta Indios, que capa de amigos habían llegado. Las tropas de Santa Fe, por sus malos caballos, quedaron a pie en San Lorenzo, donde llegaron, cuando él iba en marcha”.¹³

Las expresiones de Maciel y de Cabero, testigos de las negociaciones, son coincidentes, y aclaran fehacientemente uno de los aspectos más discutidos de la personalidad moral de López, que emerge limpia de toda sospecha de traición.

15. Además de las causas analizadas, y contra todo lo que pudiera parecer, San Martín ejerció positiva gravitación en la firma del tratado de Benegas,

13) A. N. CHILE, *Gobierno i agentes diplomáticos...* cit.

que significó —de hecho— el desplazamiento de la influencia de Carrera.

Hasta entonces, influido por la prédica de Carrera, López no había dado pruebas de creer en los planes sanmartinianos. Fué así que en octubre de 1819, cuando San Martín puso en conocimiento del Director Rondeau su propósito de mediar en la guerra civil argentina por medio de una diputación de los Cabildos de Cuyo, éste aceptó la idea y la propició ante López y Ramírez, que le contestaron el 13 de noviembre: "Los servicios que el general San Martín aparenta querer prestar a la Patria, los miramos como lazos tendidos a la inocencia para inmolar las víctimas que deben asegurar el logro de sus infernales planes." En cuanto a los propósitos pacifistas de Rondeau, le agregaban: "Ojalá que V. E. haya sido hasta hoy obligado por la fuerza a obrar contra sus sentimientos, y que éstos sean conformes a los que hipócritamente manifiesta el señor San Martín." En estos conceptos se nota sin esfuerzo alguno la mano de Carrera, entonces canciller de los montoneros.¹⁴

Sin embargo, ya dijimos que la partida de la Expedición Libertadora del Perú el 20 de agosto de 1820, vino a mostrar paladinamente ante el país, la grandeza de los planes de San Martín, desvaneciendo todas las presunciones contrarias. Esta noticia, así como la del feliz desembarco en el Perú, impresionaron fuertemente los sentimientos patrióticos de López, que se convertiría a poco en uno de los más ardientes agentes sanmartinianos.

¹⁴ CERVERA, *op. cit.*, t. II, Apéndice.

Pero además de la influencia directa que estos hechos produjeron en el espíritu de López al tiempo de la firma del Tratado de Benegas, San Martín gravitó indirectamente a través de sus decididos partidarios, los Gobernadores Güemes, Bustos y Godoy Cruz, que enviaron sendos comisionados ante López, con el objeto de favorecer la firma de la paz y los planes de San Martín, a la vez que oponerse al designio de Carrera. Veamos la labor de cada uno.

Güemes había sido nombrado por San Martín el 8 de junio de 1820, como General en Jefe del Ejército de Observación sobre el Perú, fuerza que debía contribuir por el lado del Alto Perú en su campaña sobre Lima. Animado Güemes por este propósito, comisionó al coronel Francisco Uriondo ante los gobiernos de Santa Fe, Córdoba y Buenos Aires, con el fin de que obtuviese su ayuda. En la carta presentación que llevaba Uriondo, expresaba Güemes (set. 4): "Encargado por el Exmo. Sr. Capitán Gral. don José de San Martín, para la cooperación por esta parte a la gran expedición que tiene preparada, es propio de mi deber, después de aceptar el cargo de General en Jefe de Observación con que me distingue, tocar todos los recursos que estén a mi alcance para el desempeño de tan delicado cargo." Uriondo se llegó hasta el campamento de López, encontrándose allí con la diputación que había enviado Bustos, a quien ya conocemos también como propiciador de una ayuda a San Martín por el Alto Perú. Es indudable que los ruegos de estos diputados debieron coincidir.

López contestó a Güemes y a Bustos el mismo día 20 de octubre. Al primero le expresaba su admiración

por la lucha que sostenía contra los españoles, a la vez que su pesar de no poder ayudarlo a causa de la guerra con Buenos Aires. “El Sr. coronel Uriondo —le decía finalmente— informará a Ud. con más prolijidad sobre éstos y otros particulares que puedan interesar a Ud.”. En el oficio a Buenos le decía: “Los tenaces españoles, sin abandonar las posiciones que ocupan en nuestro territorio, dirigen quizá parte de su fuerza contra la prematura expedición del general San Martín, que debió ser combinada con el Ejército de Observación, hoy en impotencia para obrar a causa del absoluto abandono en que lo ha dejado Buenos Aires”

Observemos que López se refiere ahora a San Martín en un tono muy distinto al de 1819. Se interesa por su plan, y aunque en su nota a Bustos califica de “prematura” a la Expedición Libertadora del Perú, está lejos de usar un lenguaje agravante, a pesar de tenerlo a Carrera en su campamento.¹⁵

También Godoy Cruz envió un comisionado ante López, don José Cabero, a quien ya hemos citado. En Cuyo siempre se temía la aparición de Carrera, por

¹⁵Véase CELESIA, op. cit., t. II, p. 236; *Desengañador Gauchi Político* N° 14; y YABEN JACINTO R., *Hallazgo de documentos fundamentales sobre la epopeya sanmartiniana*, en *La Nación* del 17 de agosto de 1944.

Uriondo continuó viaje a Buenos Aires, donde elevó una solicitud (dic. 6), clamando por auxilios para ayudar a San Martín. Recibió una contestación negativa, fundada, decía, la Junta de Representantes (dic. 18), en que la existencia de armas y pertrechos era nula, debido a que la provincia “se ha visto en la dura necesidad de formar inmediatamente un Ejército de tres mil hombres que hoy está en campaña al mando del Sr. Gobernador y Capitán General para repeler la general invasión que ha sufrido por el Norte y el Sud de los indios bárbaros, suscitada por el enemigo implacable del orden y de la paz, don José Miguel Carrera”.

Tanta distancia separaba a San Martín y Carrera y tanta gravitación ejercían las acciones del uno sobre el otro!

lo que Cabero hizo presente a López este peligro, vinculándolo además con la perturbación que traería a los planes de San Martín. A sus instancias verbales, agregó por escrito: "Es muy pública la empresa de Dn. José Miguel Carrera en esta Villa sobre la República de Chile; sus preparativos de comprar armas, reclutar chilenos y otras prevenciones, la confirman. El Diputado de Mendoza y San Luis sin entrar a discutir si Carrera tiene un derecho para atacar y revolucionar un país amigo; si permitiéndole pasar de estas Provincias es hacer una declaración de guerra injusta a aquella Nación; si por las convulsiones que pueda ocasionar su inmediateción se trastorne la grande empresa sobre el Virreynato de Lima, se pierdan tantos sacrificios que ha costado, y se expongan a ser víctimas del tirano esos compatriotas beneméritos que surcaron el Pacífico por salvar de la opresión a nuestros hermanos; si los desastres y guerra civil que pueda incendiar en nuestro mismo territorio, no será de todo responsable Santa Fe, si permite salir de su seno una fuerza que no se le percibe objeto alguno justo o necesario a nuestra común prosperidad; si está en los intereses de la América; de alguna de las dos Repúblicas; de alguna Provincia o Pueblo tan original expedición; y prescindiendo de otras muchas proposiciones que no se escaparán a la penetración de V. S., pasa sólo a observar que Dn. José Miguel Carrera emprende su marcha por la Provincia de Cuyo o por sus inmediaciones necesariamente, para que sean practicables sus desígnios." Después de manifestar que Cuyo estaba decidida a resistir hasta el fin, agregaba: "La invasión de Carrera se mirará como

protegida y auxiliada de esta Provincia, que se lisonjea titularse *Protectora de la libertad de los Pueblos*, pues siendo su fuerza formada en ella, y estando a sus alcances cuáles pueden ser los resultados, se interpretará que declara guerra a unos pueblos que lejos de haber dado motivo, le consta al mundo que han procurado estrechar su amistad. Muy lejos está el Diputado de persuadirse que estos preparativos se hagan con acuerdo de V. S., pero faltaría a su deber si observándolos, omitiera ponerlos en su consideración.”

López escuchó y trató a Cabero “con las consideraciones de su investidura”, según se lo comunicaba a Godoy Cruz en oficio del 4 de diciembre, agregando estas significativas palabras: “Las favorables noticias desde Pisco del General del Ejército Libertador y la de nuestra armonía y cordialidad, me impone el amable deber de rendirle mil enhorabuenas.”

Ya tenemos a López alborozado por la noticia del desembarco de San Martín en el Perú! ¹⁶

Es indudable pues que con la partida de su Expedición Libertadora, San Martín gravitó directamente en

¹⁶ Los oficios de Cabero y de López en A. N. CHILE, *Gobierno i agentes diplomáticos...* cit., y *Documentos del Archivo de San Martín*, t. VI, p. 213.

El fervor sanmartiniano de López fué en continuo aumento, y a otras expresiones en este sentido, consignamos estas palabras suyas al tomar conocimiento de la ocupación de Lima por San Martín: “Ya no debemos dudar —decía— que tendremos Patria y reverdecera la Nación Americana del cuasi seco estado a que la tenían reducida las guerras intestinas de los ambiciosos... Loor eterno al benemérito americano que ha salvado a América cubriéndola de gloria”. (GIANELLO LEONCIO, *San Martín y las provincias del litoral*, en *Universidad N° 24*, Publicación de la UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL).

el espíritu de López, a la vez que lo hacía indirectamente a través de Güemes, Bustos y Godoy Cruz, todo lo cual contribuyó la anulación de la influencia de Carrera en el litoral argentino, patentizada en el art. 5º del Tratado de Benegas.

CAPITULO DECIMO

1. Aunque la idea de tomar la vía de los indios tenía sus antecedentes, y si bien por la carta de Maciel conoció Carrera que debía ser desarmado, le sorprendió no obstante la rápida firma del tratado. Apurado ahora por la dura ley de la necesidad, debió huir de su campamento hacia lo desconocido, entregándose al albur de los sucesos en holocausto a su pensamiento de derrocar a O'Higgins. Se iba con los indios para buscar su seguridad entre ellos, imitando su vida de seres erráticos en la inmensidad y aridez del desierto.

En el momento de partir, a las cinco de la tarde del día 25, le escribía al gobernador López de Santa Fe: "Mi amigo: Iba para casa de Ud. cuando mis sentimientos me arrancan para este campo con la noticia de un gran disgusto de los Indios, y no sé que tropas que venían ya a sorprendernos por nuestra retaguardia, para ser víctimas de los enemigos de mi reposo. Mi honor y mi deber me mandaron imperiosamente correr en auxilio de los que tan por su voluntad me obedecen convencidos de mis justas ideas y de la decisión de mis compatriotas. Al hablarles conocí la impresión que había hecho en sus almas nobles y sensibles lo abultado de la noticia, por su calidad y por las estrechas relaciones de amistad que la contradecían, costándome no poco trabajo el

tranquilizarlos, persuadiéndolos de lo improbable. Sin embargo —atendiendo a las circunstancias que rodean a Ud. y a las en que yo me hallo— he creído el más prudente y el más honorable partido, continuar a mi destino, arrojándome en los brazos de la suerte por vencer los enormes obstáculos que se presentan. Marcho con el pesar de no decir a Ud. el último adiós, y disgustado porque no puedo hablar con Ud. con mucha detención. Bajo su protección y generosidad queda la familia del hombre que por un año lo ha ayudado en sus esfuerzos poco comunes a sostener la independencia de la heroica Santa Fe con dignidad y con ventajas generales. Haga Ud. en su obsequio lo que le parezca debido, pero antes de entregarla en manos de los tiranuelos, más bien que deje de existir. Mi amistad por Ud. y por esta provincia será en todo tiempo intachable, y si algún día dejo de ser oprimido, entonces se penetrará Ud. sin equivocación de mi carácter e intenciones, entonces los pueblos conocerán a sus verdaderos amigos". Esta notable carta la finalizaba con frases que reflejan sus temores y sentimientos de aquel momento: "No permita Ud. que mi precipitada partida sea interpretada siniestramente; su solo objeto es el de salvar las vidas y el crédito de las personas que descansan en mi dirección. Dejo a Ud. rehenes de un valor inestimable y el sincero afecto de este su apasionado servidor".¹

¹ LEVENE RICARDO, *La anarquía de 1820 en Buenos Aires desde el punto de vista institucional*, en *Acuerdos de la Honorable Junta de Representantes de la provincia de Buenos Aires, 1820-1821*, v. I, p. CLXXXIII, La Plata, 1932.

Los términos de esta carta son muy expresivos para interpretar aquel dramático momento en la vida del proscrito. Era Carrera suficientemente avisado para comprender que no era reprehensible al conducta de López en la firma del tratado de Benegas, y ya tendremos oportunidad de ver que los intereses de la Provincia de Santa Fe le merecieron siempre consideración.

También viene a probar esta carta que el Gobernador santafecino no se puso de acuerdo con Carrera para dejarlo escapar, como sostiene el historiador Vicente Fidel López con su ligereza habitual; tampoco entendió Carrera que había sido traicionado por López como afirma Vicuña Mackenna, pues el mismo José Miguel hacía mérito en esta carta de las *circunstancias* que rodeaban a López, lo que equivale a decir que comprendía la presión a que estaba sometido éste por la difícil situación de su provincia.

“Dejo rehenes de un valor inestimable”, decía Carrera al referirse a su esposa e hijos, para quienes fué el último pensamiento de esta carta. Dejaba su familia en Rosario, sujeta al gusto y voluntad de López, pero nos cabe la satisfacción de afirmar que éste jamás molestó a doña Mercedes.

Apenas concluida esta carta a López, Carrera se despidió de su esposa, escribiéndole una pequeña esquela, de lenguaje simple y escueto, pero de un dramatismo conmovedor, sin presentir acaso que nunca más vería a aquella joven y sacrificada mujer, que desde hacía 6 años le venía acompañando fielmente en todos los azares de su proscripción. Así le decía:

“Campamento de Jordán. Noviembre 25 de 1820 (6 de la tarde): “Voy a marchar, mi Mercedes amada. Jordán se ha fijado en ir al pueblo y allá fué, y quizá no lo aguardo, ni a los amigos sino llegan muy pronto. Todos mis papeles manuscritos guárdalos bien; esconde el vestuario si puedes; ten mucha política; manda entregar a López la inclusa; saluda a mi nombre a todos mis amigos y conocidos; ajusta una cuentecita pendiente con don Juan Antonio; cuida tus bueyes que están gordos y deben servirte.

“Consérvate; no te agites; que mande el compadre a colocar este ganado; caricias a mis chiquitas y recibe el corazón de tu eterno amante. *José Miguel*”.²

2. Seguidamente, Carrera y sus 130 compañeros abandonaron su campamento internándose en el desierto. Caminaron sin cesar durante tres días en medio de la soledad de la pampa, alimentándose de lo que encontraban a su paso. Seguramente no dejaban de sentir cierta aprehensión por las perspectivas de su recibimiento entre los salvajes. Conducidos en estas jornadas por los guías que les enviara el cacique Pablo, al cuarto día de marcha avistaron las primeras partidas de los indios, que les estaban esperando.

Eran sus nuevos amigos, que quisieron recibirle a su propia usanza, como expresión de amistad. Para ello formaron los indios en una sola línea e igual disposición tomaron los hombres de Carrera, dando el frente. Una vez en esta posición, ambas fuerzas se lanzaron como en carga una sobre otra, a galope

² VICUÑA MACKENNA, *Obras completas*, t. IX, p. 225.

tendido, hasta encontrarse a poca distancia, donde hicieron alto y cada una dió tres vueltas alrededor de la otra haciendo demostraciones con sus armas. Los indios les dieron una gran fiesta con asado de potro, libaciones y regalos. Acto seguido y con la presencia de Carrera, se abrió un "consejo" de caciques donde éstos expusieron al primero su deseo de que les prestara su ayuda en el ataque que pensaban llevar sobre el pueblo del Salto.

Según nos refiere Yates, único testimonio que poseemos sobre esta parte de la vida de Carrera, éste se opuso a entrar al pueblo e hizo lo posible por disuadirlos, aconsejando más bien que se arriase con todos los ganados. En verdad éste era el sentido de su conocida carta a Bielma. Por eso no se puede aceptar la idea de que Carrera aprobara, ni menos de que prohiciera un ataque de la naturaleza del que meditaban los indios. Pero tampoco podía oponerse. ¿Qué reacción hubiera causado a sus nuevos aliados esta negativa? Por el corto número de sus hombres, estaba poco menos que prisionero y sin duda hubieran sido todos sacrificados, cuando tanto necesitaban del amparo del desierto. A través de Bielma había estimulado Carrera el levantamiento de los indios, que a su pesar, veía ahora llevado hasta sus últimas consecuencias, sin que pudiera evitarlo como deseaba. La fatalidad combinaba las circunstancias para arrastrarlo. Tuvo que acceder y cooperó con sus hombres, que acompañaron a los salvajes en el ataque sobre el Salto.

A su esposa le escribió Carrera una carta explicativa de sus sentimientos en esos instantes: "Ayer a

las doce de la mañana llegué al campo de los indios compuesto como de 2.000, enteramente resueltos a avanzar a las guardias de Buenos Aires para saquearlas, quemarlas, tomar las familias y arriar las haciendas. ¡Doloroso paso! En mi situación no puedo prescindir de acompañarlos al Salto, que será atacado mañana al amanecer. De allí volveremos para seguir a los toldos, en donde estableceré mi cuartel para dirigir mis operaciones como más convenga. El paso de mañana me consterna, y más que se sepa que yo voy, pero atribúyase por los imparciales a la cruel persecución del infernal complot".³

Esta carta es la cabal expresión de su pesar por el trance en que lo ponía el destino.

La guardia del Salto era uno de los jalones terminales que la civilización había adelantado en tierra de los bárbaros, y formaba parte de la cadena de guardias y fortines que con guarniciones adecuadas hacían de atalayas en la frontera con los salvajes. Ya hemos visto que estas poblaciones, y en especial la del Salto, estaban advertidas y con órdenes del gobierno de Buenos Aires de estar en continua vigilancia de las incursiones que se preveían, para lo que se las había reforzado convenientemente.

El ataque se realizó en la madrugada del 1º al 2 de diciembre. Vicuña Mackenna, a quien siguen casi todos los demás autores, refiere que el ataque fué realizado en la madrugada del día 3; nosotros utili-

³ VICUÑA MACKENNA, op. cit., p. 261. La fecha de esta carta debe ser 1º de diciembre, fecha que coincide con los cuatro días desde su fuga de la provincia de Santa Fe y la fecha del ataque al Salto. VICUÑA MACKENNA le atribuye fecha 2, pudiendo ser suya la equivocación o del mismo Carrera en el original.

zaremos la suficiente cantidad de elementos como para dejar demostrado que ello es un error.

Después de un nutrido tiroteo, la guarnición de la plaza, parapetada en la torre del fortín y campanario de la iglesia, apagó sus fuegos luego que obtuvo la garantía de que sería respetada. Lo fué, en efecto, pero con ello entregaba toda la población, de poco más de mil habitantes, a manos de los atacantes. Yates, actor de estos acontecimientos, nos hace un vívido relato de lo que fué aquello. “Los portefios —dice— se sintieron sobrecogidos de pánico y capitularon bajo condición de que se les dejara tranquilos en el fuerte y en la torre de la iglesia, abandonando a la crueldad y depredación de los indios sus mujeres, hijos, parientes y propiedades. Se siguieron las escenas más impresionantes y lastimosas. Las mujeres, como ocurre en situaciones semejantes, habían acudido a la iglesia para implorar la protección de sus santos patronos. Pero los indios no entendían de patronazgos y protecciones: derribaron las puertas del templo y se posesionaron de todo: mujeres, jóvenes y ancianas, niños, vasos sagrados; ni las imágenes de los santos escaparon. Un cacique se sintió atraído por la imagen de la Virgen, ricamente ataviada y la arrebató apresuradamente llevándosela. Hasta que estuvo en la calle no advirtió que su presa era un objeto inanimado y que se había engañado con la brillante apariencia de la efigie. Ya no le quedaba otro botín mejor y la despojó de sus vestiduras, telas y ornamentos, arrojando el armazón con ademán de despecho y enojo. Mientras los indios se ocupaban en cautivar desgraciadas muje-

res y niños, nuestro destacamento se dedicaba al saqueo de la ciudad, donde encontramos una apreciable cantidad de moneda metálica y artículos de valor.

“Cuando el general supo lo que ocurría, se puso en camino apresuradamente en dirección al pueblo, pero se encontraba a dos leguas de distancia y no pudo llegar a tiempo de evitar los excesos; pero logró conseguir al menos que los indios que estaban a punto de poner fuego a la población, no cumplieran sus propósitos y hasta los convenció de que debían retirarse.

“Así lo hicieron, llevándose a las mujeres montadas en los caballos más viejos y a muchas en brazos cuando no podían caminar. Pasaré por alto los lamentos y las angustias de aquellas desgraciadas, cautivas de los salvajes. Fácilmente pueden imaginarse. Carrera pidió la libertad de las más respetables y de sus familias. Algunas, las que habían caído en poder de los caciques, fueron liberadas reservadamente. Pero, las que por desgracia eran cautivas de los indios quedaron en su poder, porque la autoridad de los caciques no llega hasta exigir el abandono de lo que se considera bien ganado en la guerra. Así y todo, logramos por diversos medios, sacar algunas muchachas de aquel terrible cautiverio. Rescatamos unas a trueque de nuestras capas encarnadas, gorras, chaquetas, etc. y pudimos sustraer otras disfrazándolas con los uniformes de los soldados. No faltaron las que se vieron liberadas por la fuerza, a pretexto de que eran hermanas o parientas nuestras”.

Carrera continuó después esta política de devolver todas las cautivas que podía. Confirmando este aser-

to, reproducimos el oficio que dirigió el comandante del Salto al gobernador de Buenos Aires con fecha 27 de febrero de 1821, es decir casi tres meses después del ataque al Salto. "Ayer —decía— ha llegado a este punto Luisa Mendoza con un hijo como de 12 a 13 años, y un hijo del vecino Mariano Farías llamado Gavino, todos los que fueron llevados por los indios desde este destino el 1º de diciembre del año anterior. Estos dicen han sido conducidos por el Comandante de Melincué don Femiano Jurado, quien pasó a los Toldos con el objeto de rescatar las cautivas que anteriormente habían sido llevadas de aquel destino, ofrecida su devolución por Carrera, y a más las que tenía de éste. Que no cumplía su promesa por obstáculo, que, según dice la mujer arriba citada, se presentó de correrse que los Indios meditaban quitar todos los cautivos que entregase Carrera a Jurado, cuyo motivo embarazó la ejecución de aquella oferta, trayéndose únicamente a la mencionada Luisa Mendoza con su hijo, a Gavino hijo de Farías, y a los vecinos de Melincué que estaban y volvían en compañía del Comandante, a un niño pequeño hijo de Ruperto Lemus, otro como de 12 años del vecino Pedro el Chileno, otro como de ocho hijo de Felciana Gutiérrez, la que queda aún entre los Indios, y una hija del vecino Manuel Monteros, como de 4 años, todos con el destino de entregarlos a sus padres o deudos, luego que ocurran por ellos, a más un criado que fué de don Silverio Regueyra —llamado Juan— y otro de don Cecilio Caharras llamado Casímiro, habiéndose venido estos dos últimos por sí solos, aunque en compañía de los relacionados, siendo todos proceden-

tes de este destino. Según las observaciones que he hecho por la relación que me ha dado la ya citada Luisa Mendoza, salió de la Sierra de Guaminí donde estuvo o formó su primer campo Carrera".⁴

Este documento es de una fundamental importancia para la calificación moral de la conducta de Carrera en esta emergencia. Nos señala a éste empeñado en devolver todos los cautivos que podía, aún a riesgo de su propia seguridad y de la de sus hombres, abonando en un todo las afirmaciones de Yates en este sentido.

En Buenos Aires y en todas partes se creyó que Carrera había dirigido personalmente el ataque; ahora sabemos, por la relación de Yates, que Carrera se encontraba a dos leguas de distancia y que entró al Salto para evitar en lo posible los excesos. Allí le vieron entonces algunos vecinos, que después declararon la presencia del proscrito chileno, originándose así las confusiones que tantas palabras de reproche a Carrera han originado en nuestra historiografía.

Acorde con estos documentos, Iriarte, en su *Biografía del Brigadier General Don José Miguel Carrera*, escrita en 1863, dice al referir estos hechos: "Pero es fácil comprender que Carrera con un corto número de chilenos no podía contener a los indios enfurecidos; y que al haberlo intentado habría causado su ruina, o, cuando menos, hecho aún más crítica su situación, perdiendo el patrocinio de sus forzosos cuanto peligrosos auxiliares. El se mantuvo con su destacamento durante el saqueo a dis-

⁴ ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, S. X, C. 12, A. 5, N° 6.

tancia del Salto, lamentando los males que no podía impedir y contribuyendo a disminuirlos con sus ruegos. Así pudo salvar muchos desgraciados del furor de los bárbaros. Pero algo más había hecho Carrera, deplorando los males que preveía, para salvar la población; dió aviso anticipado a algunos de los principales vecinos a fin de que tomaran medidas de precaución y evitaran la catástrofe que les amenazaba. No pudo hacer más. Muchas personas que aún existen de aquel tiempo recordarán que fué público este proceder de Carrera. Dos años después del suceso nos lo aseguró así, un vecino notable”.

3. Apenas concluido el asalto, Carrera escribía a su amigo, el comandante Juan Antonio García, una carta en que desahogaba su pesadumbre de aquel instante, porque no se le escapaba la repercusión que en todas partes había de tener la noticia: “Supongo a Ud. instruido por mi Mercedes de los extraordinarios motivos que ocasionaron mi precipitada salida de esa Provincia benemérita sin haber tenido el placer de decir a Ud. mi último adiós; atribuya Ud. esta falta a las terribles circunstancias a que me conduce un cruel destino; a las mismas y a esa fiera persecución del infernal partido o complot, dénesele todos los males que resultan de mi incorporación con esta gente de quien espero más consecuencia y más hospitalidad que la de algunos otros ilustrados, cuya ingratitud me abisma. ¡Paciencia! Soy víctima de mi constante carácter, de mi patriotismo y de mi honor: *yo veré cosas que partan mi corazón y que despedacen mis sentimientos humanos; pero no oiré de-*

cir a mis compatriotas y amigos que dejé de dar un solo paso que condujere a sacarlos de la ignominiosa esclavitud a que los ha reducido la ambición de un infame tiranuelo. ¡Quiera la Providencia ponerme en situación de manifestar al mundo que sólo aspiro al bien de mi Patria! Ella misma me sepulte si me separo de sus verdaderos intereses.

“Mientras yo permanezca por estos destinos —agregaba— será muy respetada la Provincia de Santa Fe por estos naturales, que emprenden contra todo lo que es de Buenos Aires”.

Junto a esta carta fué encontrada en el suelo, por un vecino del Salto, otra, sin nombrar el destinatario, en la que después de hacer la presentación del chasque que llevaba la primera, añadía Carrera: “A Ud. y a esos vecinos beneméritos conviene mucho la amistad de estos naturales, y puede Ud. contar seguro con ella mientras yo permanezca en estos destinos, adonde me ha conducido la necesidad de salvar la división de mi mando y mi persona, de la cruel persecución de unos enemigos tan injustos como criminales; a ellos atribúyanse los resultados del paso que acabo de dar”.⁵

Hay perfecta concordancia entre estas epístolas y aquélla que le dirigiera a su esposa el día anterior al del ataque al Salto, y que ya hemos comentado. Todas trasuntan el agobio de su ánimo por “el paso que acabo de dar”, que no fué fruto de su voluntad sino del cúmulo de circunstancias adversas, que le empujaron en este sentido. No podía desconocer la

⁵ ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, S. X, C. 11, A. 9, N° 1. El gobernador Rodríguez dispuso que se entregasen ambas cartas, originales del 2 de diciembre, en “mano propia” de López.

responsabilidad que le cabía en los sucesos, y aunque tal vez se disculpara invocando que su participación había sido ineludible, sabía que la conciencia pública lo condenaría pasando por encima de lo ineluctable, y señalaría el ataque al Salto como el estigma de su vida.

4. La primera noticia que se tuvo en Buenos Aires sobre el asalto y saqueo del Salto, provino de un oficio del comandante de Arrecifes fechado en la mañana del día 2, que expresaba: "Hasta hoy, que son como las nueve a diez de la mañana, se sabe por innumerables vecinos y prisioneros escapados de los Indios, que han entrado en la Frontera del Salto, se han llevado todas las familias y hombres, hasta el extremo de sacarse las que se habían refugiado en la Iglesia, habiendo roto las puertas. Este vecindario todo ha emigrado con esta noticia, viéndose en el desamparo en que se halla, máxime cuando se sabe por hombres honrados que el monstruo Carrera se halla al mando de la Indiada, y entró en el Salto. Hoy se dice que se dirige al Fortín de Areco, y en seguida a recalar este punto".⁶

En este oficio se trasluce el terror que se apoderó de las poblaciones vecinas ante el peligro de que los indios repitiesen en ellas el ataque al Salto.

En la capital fué grande la indignación y el gobierno se sintió obligado a los mayores sacrificios para castigar a Carrera.

Apenas conocida la noticia, el gobernador Rodríguez publicó por la *Gaceta* del 6 de diciembre, y en

⁶ ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, S. X, C. 11, A. 7, N° 5.

hoja suelta, una proclama inflada de adjetivos, dando a conocer el saqueo del Salto, “que acaba de cometer el horrible monstruo que abortó la América para su desgracia”, Carrera, “hombre depravado, genio del mal, furia bostezada por el infierno mismo... funesto parricida... traidor... fascineroso... cien veces más bárbaro y ferino que los salvajes... hotentote desnaturalizado”. Y agregaba: “Oh! Qué pasiones tan encontradas y violentas todas devoran mi alma en este momento! El horror, la compasión, la ira, la venganza misma, mis obligaciones... Yo marchó, compatriotas, en busca de ese portento de iniquidad. Jefes, oficiales, y soldados, ayudadme: habitantes de la campaña aflijida, yo parto a socorremos, auxiliadme... Yo juro al Dios que adoro, perseguir a ese tigre, y vengar a la religión que ha profanado, a la patria que ha ofendido, a la naturaleza, que ha ultrajado con sus crímenes”.

Consecuente a los términos de esta tremenda proclama, Rodríguez organizó rápidamente dos divisiones. Una, la del Norte, fuerte de 1.500 hombres y dos piezas de artillería, salía del cuartel general en Cascallares el 15 de diciembre al mando del coronel Rafael Ortiguera, en dirección a la Laguna de los Huesos. La otra división, la del Sud, salía al día siguiente con el gobernador a la cabeza rumbo a Kaquelhuincul. Se esperaba de esta manera tomar a Carrera por su retaguardia y, dando una batida a los indios, extender la línea de fronteras.

La división del Norte al mando de Hortiguera, que era la que más probabilidades tenía de un encuentro con Carrera, llevaba las siguientes instrucciones: “Fi-

jará por base preliminar de cualquier negociación que entable con los Caciques, la entrega de Carrera, sus oficiales, y tropa, y la libertad en que queda desde aquel momento el Gobierno de Buenos Aires para extender las fronteras hasta el punto que tenga a bien; prometiéndole en caso de efectuar lo primero, regalos de dinero, yerba, aguardiente, ganado y yeguas (todo en la cantidad que le he prefijado verbalmente) y el olvido de todas las injurias hechas ignominiosamente a los habitantes de esta campaña”.⁷

Pero no solamente no se consiguió dar con Carrera, sino que en general, esta campaña fué muy desgraciada para Rodríguez, que fracasó en todos sus propósitos.

5. Después del ataque al Salto, que tanto lo infamara, Carrera continuó retirándose por el desierto. A los 32 días de marcha, según Yates, llegaron a la toldería general de los indios, en cuyas cercanías establecieron su propio campamento.

Aquel lugar estaba situado en las márgenes del río Guaminí, en el partido homónimo. Tenemos en nuestro apoyo el testimonio de Matías José Gutiérrez, que en su carta ya citada a un vecino del Salto, le dice: “Los Caciques de Guaminí que son en donde ha parado Carrera...”. Gutiérrez, parlamentario del gobierno de Buenos Aires entre los indios, convivía con el cacique Nicolás y era por consiguiente quien mejor podía conocer el punto. También tenemos el testimonio de Luisa Mendoza que fué rescatada del campamento de Carrera, y de cuyas declaraciones de-

⁷ ARCHIVO GENERAL DE LA NACION, S. X, C. 27, A. 7, N° 6.

cía el comandante del Salto al gobernador de la provincia en oficio igualmente citado: "Según las observaciones que he hecho por la relación que me ha dado la ya citada Luisa Mendoza, salió de la Sierra de Guaminí donde estuvo o formó su primer campo Carrera". Aclaramos así un punto muy discutido, sin éxito, por varios autores.

El sitio elegido por Carrera, bueno en pastos y agua, era considerado entre los salvajes como poblado por el espíritu del mal, es decir "engualichado", y mucho le encarecieron a Carrera se alejara de allí. Este les mostró con los hechos ser superior a los "gualichos", que no pudieron dañarle. Valléndose de algunos artificios se ganó la admiración de los indios, cuyos caciques en gran número concurrían a visitarle a su campamento. Como éstos adoraban al sol, Carrera ponía en juego los más diversos recursos para hacerles creer que tenía relaciones con el astro. Para ello, todos los días lo hacía reflejar en un pequeño espejo y platicaba con él delante de los indios sobre temas de los que siempre obtenía conclusiones favorables a sus propios deseos. Hasta Buenos Aires llegó la fama de estas conversaciones y la *Gaceta* del 24 de enero las comentaba irónicamente. Su superioridad en el conocimiento de pequeños secretos de la naturaleza y la posesión de una brújula, le daban a Carrera categoría de Ser omnisciente y como tal le tenían los salvajes, que empezaron a llamarle "Pichi-rey", o "pequeño rey", según nos refiere Yates.

6. Continuamente despachaba Carrera grupos de sus hombres en comisiones al litoral, para mantener-

se al tanto del estado de su familia y del hilo de los acontecimientos presentes y futuros, entre los cuales le interesaba particularmente el probable cruce del Paraná por Ramírez. Según trascendía, éste iniciaría una campaña contra Santa Fe y Buenos Aires.

Ramírez había derrotado completamente a Artigas, organizando después, con los pueblos de Entre Ríos, Corrientes y Misiones, una entidad política que denominó *República de Entre Ríos*, de la que fué elegido *Jefe Supremo* (noviembre de 1820). Se encontraba en ambiciosos preparativos con el objeto de invadir el Paraguay cuando le sorprendió la firma del tratado de Benegas, en cuyo fondo latía una alianza militar entre López y Rodríguez, porque a sus causales —que hemos analizado en el capítulo respectivo— había que añadir la preocupación de los gobernantes de Santa Fe y Buenos Aires ante el poderío creciente de Ramírez. Postergó éste su proyectada invasión al Paraguay y siguió acumulando fuerzas cuyo destino era fácil adivinar al otro lado del Paraná.

Del ambiente de rumores, intranquilidad y zozobra de aquellos primeros meses de 1821, nos da cuenta acabada una carta escrita el 20 de febrero, desde Rosario, por la esposa de Carrera a su cuñada doña Javiera: "López trata de agarrar a nuestro García (el comandante Juan Antonio García, de mucho prestigio en la campaña santafecina y amigo de Carrera), y para verificarlo lo ha mandado llamar diciéndole que tiene que comunicarle cosas que le interesan. Este no piensa ir pero se le hace necesario abandonar este punto hasta que llegue Ramírez, y por esto es

que no puedo quedarme. García tiene más partido que López en esta Campaña y está unido a Ramírez completamente. El cuenta con igual partido en Santa Fe y cree que antes de un mes tendrás a Ramírez por Buenos Aires con dos mil hombres y catorce buques de guerra. Este le tiene dos mil caballos. Clama por José Miguel, y para esto me mandó un oficial para que yo le escribiese y suplicase a José Miguel no se precipitase; que se apoderase de alguna provincia hasta que él pasase y pudiese auxiliarlo de armamento y dinero que era lo principal. Le hace ofertas ventajosas y se interesa con la mayor decisión en su suerte. Igual oferta me hace a mí, pero no me atrevo a ocuparlo porque ya nos ha servido demasiado y no es prudente volver a ocuparlo. Ahora López nos ha pillado una carta de él para García y para mí, y estoy temblando el resultado a pesar que yo no he querido escribirle sino de palabra contestarle. Yo no sé para qué demonio me habrá escrito y más cuando sabe el odio que me tiene este mulato.

“Aún no llegan cartas de mi José Miguel y te aseguro que ya no hallo qué pensar. Yo creo que la suerte de él no debe ser mala por mil razones: lo primero que ya estarían los papeles públicos llenos y no habría otro asunto que exagerar”. “No te mando — decía al final— las cartas de Ramírez porque se las mandé a mi desgraciado Negro. No dudes que Ramírez va a ponerle la ley a Buenos Aires y que Vera va a ser Gobernador de Santa Fe”.⁸

⁸ A. N. CHILE, *Varios*, v. 238, pieza 419. También se incluyó su texto en la edición de las *Obras Completas* de VICUÑA MACKENNA, t. IX, Apéndice.

7. Entretanto, la convivencia de Carrera con los salvajes no podía ser de larga duración. Había llegado hasta ellos solamente empujado por la necesidad y por considerar esas tierras el más viable camino para poner el pie en Chile.

Además, tampoco le convenía tener sus hombres en la inactividad y sufriendo las costumbres de los bárbaros. Más aún, a los pocos días, las clases menores comenzaron a mostrar mala voluntad en la disciplina y poco después llegaron a tramar un motín contra los oficiales y Carrera. Este tuvo conocimiento del mismo y lo desbarató fácilmente, según refiere Yates.

Comprendía a pesar de ello Carrera que el motín podía repetirse, porque de la inactividad y falta de pago se derivaría fatalmente la insubordinación. Tenía que dejar su campamento cuanto antes. Además, la pasada de Ramírez no se concretaba y él no podía esperar más. Estaba en plena estación estival, justamente la mejor época para cruzar los Andes.

Así pues, aceleró sus aprestos y se despidió de los caciques, agradeciéndoles su hospitalidad. Aceptó 40 indios que iban representando a sus tribus y que le servían en calidad de guías. Con un total de 180 hombres, levantó su campamento —donde apenas llegó a estar 20 días— y se lanzó nuevamente al desierto.

La partida se realizó hacia poco más del 20 de enero, según lo denunciaba el comandante de Navarro, Hipólito Almeyra, con fecha 29 del mismo al gobernador de Buenos Aires: "En este momento se me participa por el Comandante de Lobos que por noticias que da el Indio Lenguaraz Matías Sierra, que se ha escapado de la Laguna Blanca el 24 de este mes,

los Indios en gran número reunidos vienen con rapidez en consorcio de Carrera a invadir estas Fronteras".⁹

Con esta noticia cundió nuevamente la agitación entre los pueblos fronterizos, que tornaron a clamar al gobierno por refuerzos para mejor defenderse.

Pero Carrera enderezó su rumbo hacia los Andes, tras el señuelo de su existencia.

Antes de cruzar los lindes de la provincia de Buenos Aires, Carrera se ocupó de castigar el mayor de los enemigos que había tenido durante su estada en el desierto: el cacique Nicolás de la Quintana.

Desde antiguo era el cacique Nicolás gran amigo de Buenos Aires. En el apunte citado de Carrera que contiene la lista de los indios amigos y enemigos, ya se menciona a Nicolás entre estos últimos. Mientras Carrera estuvo en su campamento de Guaminí, el cacique Nicolás se dedicó a incitar a los indios para volverlos contra aquél; actividades todas que además de estar referidas por Yates, son confirmadas en la *Gaceta de Buenos Aires*, en su número del 24 de enero de 1821.

Por eso Carrera se dirigió sobre él para darle un escarmiento. El 18 de febrero dió con su campamento y se lo arrasó completamente, "quemándole hasta los palos".¹⁰

⁹ ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, S. X, C. 12, A. 5, N° 6.

¹⁰ Para documentar el ataque de Carrera al campamento del cacique Nicolás —suceso del que no se ocupa la relación de YATES— hemos consultado dos comunicaciones del comisionado Matías José Gutiérrez, que vivía en el mismo campamento del cacique Nicolás. (ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, S. X, C. 12, A. 5, N° 6).

CAPITULO UNDECIMO

1. Desde que abandonara su campamento del Guamini, el derrotero de Carrera se fué desarrollando en pesadas y fatigosas jornadas por la pampa desértica. A la falta de agua potable y de provisiones se añadían los calores caniculares, que aumentaban la penuria de la marcha.

Inclinándose siempre hacia el noroeste, guiados por una brújula y un pequeño mapa, Carrera y su pequeña división empezaron a cruzar la provincia de Córdoba por la parte del sur.

El gobernador Bustos, al tener conocimiento de esta invasión a su provincia, se dirigió al gobernador de Buenos Aires en demanda de ayuda para formar un cuerpo de caballería, única arma con que podía vencer al invasor. "Toda la que pertenecía a este Ejército —decía Bustos— marchó con el coronel don Alejandro Heredia, como base de la fuerza que debía levantarse entre las provincias de Tucumán y Salta, para llamar por esta parte la atención del enemigo común, mientras se daba lugar a la marcha y progresos del Ejército Libertador del Perú." "Sin este recurso —agregaba— me es imposible hacer una defensa en que toque su escarmiento el perturbador Carrera".¹

Entretanto, éste había acentuado su rumbo hacia

¹ ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, S. X, C. 5, A. 4, N° 1.

el oeste, apuntando a entrar al territorio de San Luis. Por el 28 de febrero le vieron en las inmediaciones del río Quinto, con la "caballada en estado de perecer por falta de agua", según lo expresaba el comandante de Concepción.²

Para cortarlo en su ruta, Bustos se dirigió hacia el sud por el camino de la sierra, dejando al coronel Francisco Bedoya como gobernador sustituto (marzo 3).

2. Por aquellos días, ya tocaba Carrera la frontera de Cuyo, que le esperaba agitado y febril en preparativos.

En efecto, después de la victoria de López en el Gamonal (septiembre 2), se temió en Cuyo que Carrera pudiera rehacer su división y tomar ese camino para caer sobre Chile, por lo que nuevamente cruzaron la cordillera los pedidos de auxilio.

Desde San Juan, el gobernador Sánchez le escribía a O'Higgins el 5 de octubre pidiéndole artículos de guerra y alguna suma de dinero. Días después, el 20, el Cabildo sanjuanino le reiteraba el pedido y disponía la partida a Chile de don Narciso Laprida, en calidad de agente confidencial con el citado objeto.

A su vez, también el gobernador de Mendoza, Godoy Cruz, disponía la partida a Chile en busca de recursos del teniente coronel Corvalán, diciéndole a O'Higgins en oficio del 12 de octubre, que su provincia "muestra en el día la mejor disposición para oponerse a sus miras [de Carrera], pero la desanima la falta de armamento y otros artículos de guerra".³

² CELESIA op. cit., t. II, p. 256.

³ Las solicitudes de San Juan y de Mendoza en A. N. CHILE, *Gobierno i agentes diplomáticos... cit. 1821-22.*

Esta amenaza de invasión no se concretó por entonces, según sabemos. No obstante, las provincias de Cuyo continuaron sus preparativos bélicos, ciertos de que Carrera tocaría sus fronteras en algún momento.

Hacia fines de febrero se confirmó en San Luis el acercamiento de la división de Carrera, por lo que el gobernador Ortiz pidió ayuda a los gobernadores de Mendoza y San Juan. El primero le envió armas y municiones y puso en marcha su división al mando del coronel José León Domínguez. El de San Juan le remitió \$ 2.000, avisándole que quedaba organizando una fuerza de 200 plazas.⁴

En la primera semana de marzo, ya había reunido San Luis 500 hombres que puso a las órdenes del coronel Luis de Videla.

3. Entretanto, la división de Carrera seguía su camino en penosa marcha. En los primeros días de marzo se le vió apoderarse del Morro. Tenía a sus espaldas las fuerzas de Bustos que se acercaban apresuradamente, mientras que por delante y a la distancia tenía las de Mendoza.

Desde el Morro, dirigió comunicaciones a las provincias de Cuyo. Al coronel Domínguez, jefe de las fuerzas mendocinas, le decía desde su campamento en marcha, el 7 de marzo: "Muy S. mío: Es la primera vez que me tomo la satisfacción de dirigirme a Ud.; conozco su carácter y en las circunstancias me es indispensable. Vengo de las Pampas donde por mucho tiempo he estado ignorante de lo que sucede en estas

⁴ GEZ JUAN W., *Historia de la provincia de San Luis*, t. I, p. 259, Buenos Aires, 1916.

provincias. Algo he podido adquirir pero por personas rústicas. Sé que se me recibe como a enemigo y que están en armas las dos provincias; en nada pienso menos que en hostilizarlas porque jamás tuve motivo para ello. Puesto a la cabeza de centenares de paisanos víctimas de una tiranía espantosa, he jurado con ellos volver al seno de nuestra patria amada o perecer: a ella marchó o a la tumba. Quiera el cielo que caprichos de hombres engañados no nos comprometan a derramar la sangre de nuestros compatriotas. Deseo infinito tener hoy el placer de conocer a Ud. personalmente para decir a Ud. de silla a silla cosa de alguna importancia. Al efecto mando al Capitán Cabrera para que acuerde con Ud. lo que juzgue conveniente sobre el particular".⁵

No pueden tomarse sin recaudo estas palabras de Carrera porque no podía presentarse en Chile con tan pequeña fuerza. Seguramente no buscaba y no quería la lucha porque le convenía conservar los cuadros de sus soldados más adictos, pero fatalmente sus intenciones debieron ser convertir a Cuyo en su base de operaciones para aumentar la fuerza de sus armas antes de tramontar la cordillera.

4. Pero no hubo tiempo para las negociaciones que proponía Carrera. Bustos se acercaba rápidamente, y ya lo tenía Carrera casi encima, cuando bruscamente torció hacia el sud, en la noche del 8, en un movimiento estratégico cuya finalidad era darle la vuelta a Bustos y ocuparle la retaguardia. Después de caminar toda la noche con este objeto, en la mañana

⁵ A. N. CHILE, *Colec. de manuscritos cit.*, v. 113, f. 54.

del 9 acamparon en el Chaján, entregándose al descanso en este pequeño valle rodeado de lomas, cerca de lo que hoy es la ciudad de Mercedes. Por ser muy caluroso el día, no tardaron en quedar dormidos todos, incluso los centinelas.

Serían las tres de la tarde, cuando Bustos, que había forzado la marcha, sorprendió el campamento de Carrera en estas condiciones. Tomó de inmediato todas las medidas para asegurar la victoria, haciendo formar una línea de infantería en la retaguardia del campamento de Carrera, en actitud de emboscada. A continuación lanzó el ataque con su caballería y la infantería montada, en un total de 600 hombres.

Tomados así, desprevenidamente, los hombres de Carrera se desconcertaron sin atinar a organizarse. Algunos dieron comienzo a la fuga, y el mismo Carrera, en medio de la confusión, montó a caballo sin chaqueta ni sombrero. Todo prometía una victoria decisiva a Bustos, cuando inesperadamente un aguerrido grupo de carrerinos dieron frente e incluso cargaron impetuosamente sobre los atacantes, con un éxito que hizo reaccionar notablemente el resto de las fuerzas. Su jefe dió la orden de atacar en dispersión, táctica favorita que daba expansión a las eximias condiciones de sus hombres en el manejo del sable, y pronto la lucha se definió en su favor, poniendo en fuga desordenada a los soldados de Bustos.

La suerte del encuentro había cambiado sorpresiva y radicalmente, cuando nadie lo hubiera esperado. El mismo Benavente lo dice en sus apuntes: "Jamás se ha visto una acción tan casual. Nuestra gente a pie, dispersa, sin armamento, toda la caballada perdida y

todas las ventajas por parte del sorprendor. El número de nuestra gente no alcanzaba a 200 hombres y no habían 80 sables ni 30 tercerolas. Más de 80 muertos, cincuenta y tantos prisioneros, más de 150 fusiles, más de 80 sables y a lo menos 1.500 caballos fué el resultado de esta sorpresa, que nos dió armamento y recursos para seguir adelante”.

La incomprensible derrota de Bustos que éste atribuyó a la bisoñería de las fuerzas que dirigía, lesionó mucho su prestigio. Paz en sus *Memorias* la llama “vergonzosa desbandada” y Bedoya rebuscaba las palabras tratando de explicarla en sus oficios a Buenos Aires.⁶

5. En la misma tarde de su victoria, Carrera tomó el camino de la ciudad de San Luis, libre ya su retaguardia del peligro de Bustos.

Aquella noche vieron en las cercanías indicios de fuerzas enemigas. En la mañana siguiente se presentó un parlamentario del jefe de las fuerzas puntanas, coronel Videla, que pedía la suspensión del avance de Carrera hasta que él recibiera nuevas órdenes de San Luis sobre la conducta a seguir en las circunstancias. Carrera accedió porque tenía esperanzas de que le dejaran libre el paso.

Videla ordenó esa misma noche la vuelta del parlamentario, y en la mañana siguiente 11 ya se estaban tiroteando las avanzadas.

⁶ Para describir esta acción hemos tenido presente el manuscrito y croquis de BENAVENTE sobre la misma, y el relato de YATES, que coincide con el de Benavente en el número de soldados prisioneros y en otros detalles interesantes. Además pueden verse, PAZ, *Memorias*, t. I, p. 372 y *Gaceta de Buenos Aires*, del 28 de marzo de 1821.

Considerando que el encuentro era inevitable, Carrera buscó en aquellos terrenos montuosos un lugar llano donde pudiera maniobrar la caballería, que formaba toda su fuerza, y se corrió hasta la llamada Ensenada de las Pulgas —hoy Mercedes— donde se dió con la desagradable sorpresa de ver que Videla le estaba esperando colocado en una posición excelente. En efecto, Videla había apoyado su retaguardia en un monte impenetrable, tendiendo por delante sus 500 hombres de caballería, más un centenar de jinetes desmontados que hacía de infantería. A su frente dejaba libre todo el campo llano.

Carrera, en el otro extremo, acomodó sus 200 hombres de caballería en dos alas principales y desprendió algunas guerrillas. También se hallaban con él unos 40 indios. Las mujeres y los prisioneros de Chaján los puso en la retaguardia formados en línea, de manera que a la distancia parecía aquello un verdadero cuerpo de reserva.

De esta manera comenzó Carrera a cruzar el campo como en actitud de ataque sobre la sólida posición de Videla. Cercano ya a la fuerza de éste y ante los tiros de las guerrillas, hizo una retirada en falso tratando de que se adelantase la caballería enemiga del monte que la protegía. Mientras Yates nos refiere que las fuerzas de Videla dejaron su posición siguiendo la falsa retirada de Carrera, Benavente sostiene en su relato que los hombres de San Luis no se movieron de su sitio. Sea lo uno o lo otro, lo cierto es que ambos están contestes en que de pronto los carrerinos volvieron sus cabalgaduras en carga decidida sobre las fuerzas de Videla. La caballería de

éste vaciló a la vista del ataque, y arredrada terminó huyendo desordenadamente, dejando aislada la infantería en el campo de batalla.

Vueltos de la persecución de la caballería, Carrera concentró sus hombres e intimó la rendición de la infantería, que con su coronel Videla al frente, había formado en cuadro para resistir. Rechazada la intimación, se entabló una desigual y recia lucha en la que los puntanos resistieron denodadamente, hasta quedar muertos desde el coronel Videla al último soldado.

La valiente actitud de la infantería puntana arrancó palabras de elogio a sus propios enemigos. A las de Yates en su relato, debemos consignar ahora las del mismo Benavente, en sus apuntes: "No puede menos —dice— que hacerse elogios a estos bravos dignos de mejor suerte; el oficial que los mandaba era un valiente".

Vencedor de las fuerzas enemigas y libre de todo embarazo, Carrera entró el 13 de marzo en San Luis, ciudad que encontró sin autoridades.

Según vemos, la primera etapa de su marcha se había cumplido muy exitosamente.

Los días que estuvo en la ciudad los ocupó Carrera en reforzar su fuerza, a la que había incorporado muchos de los prisioneros tomados en Chaján y las Pulgas. Siguiendo su política de atraerse la voluntad de los cuyanos, no solamente impidió que se cometieran desmanes en San Luis —había tenido la precaución de establecer su campamento a una legua de la ciudad— sino que con su trato logró atraerse el apoyo de algunos vecinos de importancia, como

los reconoce Gez, que no peca de carrerino, en su obra que ya hemos citado.

Esto prueba que Carrera no era un caudillo inferior que tuviera por finalidad el saqueo. Tenía un móvil mucho más elevado aunque contrario al interés general de América en aquel tiempo. Si antes hubo escenas de pillaje, ello se debe más que nada a la necesidad y naturaleza heterogénea de sus soldados, no a los sentimientos de su caudillo

6. Las victorias de Chaján y las Pulgas, según pueda imaginarse, produjeron intensa repercusión en Mendoza y San Juan. Carrera estaba dentro de Cuyo y a pesar de que cada una de ellas tuviese sus fuerzas en número superior a las del mismo Carrera, no podían comparársele en calidad y por eso temían su marcha. Los soldados de Carrera eran veteranos y duchos en el manejo del sable, ventaja decisiva sobre los cuerpos de bisoños que podían oponerle los cuyanos .

El gobernador de San Juan le escribía al de Mendoza requiriéndole el envío de municiones y del sargento mayor Villanueva, para darle el mando de las fuerzas de la provincia.

A su vez, Godoy Cruz, al tener noticia de la derrota de los puntanos, dirigió un expreso a Chile pidiéndole tropas y armas en patético lenguaje: "Después de estos dos contrastes tan considerables —decía al referirle las derrotas de Chaján y las Pulgas—, la irrupción de Carrera se hace ya seria y respetable, principalmente para los dos únicos pueblos que han quedado libres y en aptitud de combinarse. Careciendo de

tropas veteranas, parece difícil que con sola su milicia bastante mal equipada puedan no solamente tomar la ofensiva, pero ni aún defenderse, sin la cooperación de una fuerza exterior... Juzgo muy difícil la destrucción de Carrera si él consigue una tercera ventaja contra las fuerzas de los pueblos combinados... Todas estas circunstancias —agregaba— me han movido a dirigir este expreso a V. E., que interesado lo mismo que todos estos pueblos en la destrucción de aquel caudillo, no distará de prestar los auxilios necesarios a la coalición de ellos, cuya buena disposición contra el desnaturalizado puedo asegurar a V. E., como que hasta ahora no ha habido ni un solo puntano o cordobés que se le haya reunido a pesar de sus triunfos. Ya entenderá V. E. que hablo de la necesidad de que V. E. remita una buena división capaz de batir a Carrera con seguridad" (mar. 16).⁷

La contestación de O'Higgins a Godoy Cruz no se hizo esperar, informándole que al día siguiente saldrían "300 veteranos perfectamente armados, equipados de todo lo necesario y con buenos oficiales", agregando que la tropa era excelente y de confianza.⁸

En la misma fecha —23 de marzo— le escribía a San Martín: "Está este Estado tan desacreditado respecto a dinero, que las más veces no ocurro al despacho por falta de cien pesos para tapar la boca aún a los más necesitados. Desde que salió la expedición no se paga mesada a empleado de clase alguna sin reserva del mismo gobierno, los pocos pesos que

⁷ A. N. CHILE, *Gobierno i agentes diplomáticos*... cit.

⁸ A. N. CHILE, *Copiadores de la correspondencia*... cit.

entran se dedican al pago de tropas; éstas han sido las razones por qué no he podido equipar tropa alguna para Intermedios y ahora lo embaraza más que nada el monstruo de la América, Miguel Carrera". Narraba la última campaña de éste y agregaba: "El gobernador de Mendoza dirige sus clamores a mí para que los auxilie, y me ha sido casi preciso arrebatarse para equipar una división capaz de hacer oposición a Carrera. En efecto mañana salen por el camino del Portillo doscientos granaderos de la guardia de honor, bien equipados y la flor del regimiento, todos a caballo, treinta artilleros con dos piezas de artillería y setenta soldados escogidos de la escolta directorial; manda esta división el teniente coronel Astorga, jefe valiente y de toda mi confianza. Esta fuerza puede sostener a Mendoza y con un escuadrón de la escolta que se está aprontando puede perseguir a los bandidos hasta el último rincón de la otra Banda".⁹

Esta división llegó hasta la cordillera, que no pudo cruzar entonces por estar sus pasos intransitables. Además recibió O'Higgins un oficio de Godoy Cruz diciéndole detuviese la fuerza porque Carrera se había vuelto de San Luis y tomado el camino del desierto nuevamente (mar. 23).

¿Qué circunstancias habían cambiado para que el 23 de marzo Godoy Cruz pidiera la suspensión de los auxilios que había solicitado una semana antes?

7. Se ha visto que Carrera había ocupado a San Luis el 13 de marzo. A poco de llegar recibió despa-

⁹ *Documentos del Archivo de San Martín*, t. V, p. 488.

chos de Ramírez en los que le comunicaba estar pronto a invadir nuevamente a Buenos Aires y le pedía su ayuda. Este llamado, aunque retardaba sus proyectos, servía también para engrandecerlos, porque el triunfo de Ramírez significaba la posesión de cuantiosos recursos que se contraponían con su escasez en San Luis y con el invierno que se avecinaba. Además, sabía que Bustos —reforzado merced a la gran actividad de su sustituto Bedoya— se acercaba nuevamente, y que Mendoza y San Juan habían despachado a su encuentro tropas bien armadas y muy superiores en número a las que él podía oponerles. Según refiere Yates, reunió un consejo de oficiales y todos convinieron en volver hacia el Este, buscando la unión con Ramírez.

Partió pues de San Luis hacia el 17 ó el 18 de marzo, después de haber estado en la ciudad menos de una semana.¹⁰

Sobre el rumbo de su derrotero, informó a San Juan el gobernador puntano Santos Ortiz con fecha 23 de marzo, desde la misma ciudad, vale decir que para entonces Carrera ya la había abandonado: “Levantó —Carrera— su campo de estas inmediaciones y tomó la dirección al Morro y de ahí al Portezuelo, donde sus avanzadas se encontraron el veinte y uno con las del Gral. Bustos. Luego que observó estaba en la Punilla la fuerza de éste, tomó en la noche del mismo día la dirección a Chaján, y de allí a mar-

10. VICUÑA MACKENNA y GEZ afirman que Carrera estuvo 20 días en San Luis, moviéndose a principios de abril. Los partes oficiales a que haremos referencia nos muestran a Carrera por el 21 de marzo pasando más allá del Morro, por lo que damos como fecha de salida el 17 ó 18 de ese mes.

chas forzadas la del Sud. El Gral. Bustos despachó su vanguardia al alcance, que hasta ayer en la tarde aún no había podido conseguir".¹¹

A Bustos se le reunió el coronel Domínguez con 300 hombres de Mendoza, mientras un número parecido de puntanos y sanjuaninos se reconcentraban en San Luis. En total, sumando los 300 hombres de Bustos, eran casi mil soldados los que se habían armado al conjuro del peligro carrerino. Del enlace de estas fuerzas huía Carrera.

La persecución se siguió por el sud hasta las Salinas, pero Carrera se les escapó por Lovoy en dirección a Santa Fe. En oficio al gobernador sustituto Bedoya, Bustos trataba de justificar su actuación. Decía en este oficio, pasado en copia a O'Higgins: "Después de caminar tanto por unos lugares tan pésimos, me he vuelto sin dar alcance al inicuo Carrera, pero lo he seguido hasta echarlo fuera y no me entré a atacarlo al sud de Melincué donde ganó, porque no dijere el Gobernador de Santa Fe me introducía a su Provincia sin su conocimiento. Más creo que tanto los de Santa Fe como los de Buenos Aires lo han de atacar, y por necesidad tiene que regresar para estos destinos, y entonces es cuando lograré darle un golpe. Por eso es que hago alto en este punto, hasta ver los resultados, y dejar tranquilo este vecindario y campaña. No tenga V. S. cuidado ninguno que él no logrará no tocar esta Provincia, ni pasar por ella".¹²

¹¹ A. N. CHILE, *Gobierno i agentes diplomáticos...* cit.

¹² A. N. CHILE, *Gobierno i agentes diplomáticos...* cit.

En realidad todo era un pretexto. Carrera lo había burlado completamente, ignorando a veces Bustos el lugar por donde aquél marchaba. El fracaso de su campaña de persecución con fuerzas tan superiores, le valió soportar duras críticas a Bustos. En carta reservada del 10 de abril, le decía Godoy Cruz a O'Higgins: "Mi amigo muy querido: Se nos fué el bandido... Ha sido desde luego una verdadera vergüenza principalmente para Bustos haberlo dejado escapar"¹³ También en *El Argos* de Buenos Aires se le dedicarían posteriormente duras palabras con este motivo.

8. Desde Lovoy, Carrera se adelantó hasta Melincué (Prov. de Santa Fe) a inquirir noticias del paso de Ramírez, manteniéndose en esta guardia a la espera de novedades.

Combinando las victorias y fugas, en poco más de dos meses, su vida trashumante había recorrido desde Guaminí hasta San Luis y desde San Luis hasta Melincué, acercándose y alejándose del objetivo que le alucinaba: su país natal.

En Melincué supo que su esposa había dado a luz su primer y único hijo varón, por lo que le hizo llegar al Rosario, donde continuaba residiendo ésta, una carta en la que le expresaba su alborozo por la noticia, sin presentir, acaso, que no llegaría a conocerle: "No tardaré en abrazarte y en darte las gracias por mí José Miguel, cuyo cuidado es demás el encargarte". Después, añadía hablando de sí mismo:

¹³ A. N. CHILE, *Colec. de manuscritos cit.*, v. 86, f. 96.

“Estoy flaco y enfermo, hace un mes que no como pan ni me afeito la barba”.¹⁴

9. Llevaba alrededor de quince días en esta situación, cuando ya por avisos de Ramírez diciendo no poder pasar el Paraná, o porque éste le indicara se hiciese fuerte en Córdoba para guardar su retaguardia y juntar las caballadas que eran necesarias para la campaña, el hecho es que a fines de aquel mes de abril, Carrera invadió nuevamente la provincia de Córdoba.

Cuando Carrera comenzaba esta nueva invasión, Bedoya acababa de desarmar un gran levantamiento de montoneras en el norte de la provincia. El levantamiento era de trascendencia, y sus jefes —federales enemigos de Bustos— habían reunido más de mil hombres. Pero el gobernador sustituto Bedoya, hombre de carácter enérgico y de una gran actividad, había procedido con suma rapidez y dominado completamente la revuelta.

Carrera no tuvo connivencia con estos revolucionarios del norte de la provincia, como lo demuestra el hecho de haberse mantenido en Melincué en los momentos más críticos para éstos, y haber invadido la provincia cuando el movimiento ya había sido dominado. En estas condiciones políticas se encontraba Córdoba al irrumpir en su campaña por segunda vez la división de Carrera.

Iniciada esta segunda invasión sobre Córdoba a fines de abril —Bedoya la denunciaba el 26 de este mes— Carrera se dirigió sobre Punta del Sauce donde

¹⁴ VICUÑA MACKENNA, *op. cit.*, p. 290.

se encontraba estacionado Bustos. Sin duda que su pensamiento era el de destruir esta fuerza antes de marchar sobre la capital.

Como Bustos no tenía caballería en calidad y número para oponerla a la de Carrera, al sentir la proximidad de éste dispuso fortificarse en el pueblo, emplazando baterías en las bocacalles.

Así lo encontró Carrera. Yates nos dice que lo tuvieron sitiado durante 14 días. Celesia, que se ocupa al detalle de los movimientos de Bustos, no menciona este sitio, admisible haciendo un cálculo de fechas, y que por otra parte se encuentra confirmado en el oficio del 7 de mayo del Cabildo de Mendoza a O'Higgins, en el que refiriéndose a esta invasión de Carrera, decía: "Lo tienen cercado [a Bustos] en el Pueblito de la Punta del Sauce, sin carne ni caballos por habérselos quitado. En tales circunstancias es muy creíble que Bustos ceda a la necesidad, y que Carrera se aproveche de las tropas vencidas para realizar sus miras".¹⁵

Pero visto que Bustos no cedía, Carrera comprendió que le era imposible sacarlo de la plaza y le dejó allí, tomando rumbo directamente hacia la capital.

10. A su aproximación, todo entró en agitación en la ciudad de Córdoba. En febriles preparativos se apercibieron a la defensa, declarándose en un verdadero estado de guerra.

El día 8 de mayo, Bedoya escribía al gobierno de Buenos Aires, después de denunciar la presencia de Carrera en Corral del Maestro: "Desde allí ha em-

¹⁵ A. N. CHILE, *Gobierno i agentes diplomáticos...* cit.

pezado a desplegar todos los recursos de su genio malhechor, ya ofreciendo el apoyo de sus fuerzas a todos los discolos, mal contentos y enemigos naturales de orden; para perpetuar la anarquía, ya empleando sus malas artes de seducción e intriga para atraer a su partido a los sencillos habitantes de la campaña; y ya esforzándose por otros medios a poner en conflagración a toda esta Provincia para aprovechar los elementos que ella puede proporcionarle al fin de aumentar su fuerza, hacerse de recursos, y ponerse en actitud de cooperar a la ejecución de los pérfidos designios de su amigo y protector el Gobernador de Entre Ríos, don Francisco Ramírez. Así es que hasta la fecha tiene ya una considerable reunión de gentes, ha hecho grandes acopios de ganado vacuno y caballadas, y es muy probable que ganándose a los indios del Chaco trate de ponerse en contacto con las tropas del General Ramírez por el norte de Santa Fe, para dar principio a sus planes de agresión sobre esa Provincia y la de Santa Fe” A continuación, en este mismo oficio, al solicitar el apoyo de la caballería porteña, agregaba: “Yo me detengo en indicar a V. E. la imperiosa, la urgentísima necesidad de exterminar a este malvado... Baste decir que su existencia es incompatible con la de la Patria; que mientras el no sea destruido, es imposible que haya jamás orden, tranquilidad, unión, ni bien alguno permanente. Por causa de las inquietudes en que nos tiene envueltos este genio del mal, no ha podido instalarse todavía el Congreso General, y yo no dudo que entra también en sus miras frustrar su deseada instalación”.

A su vez, con fecha del día siguiente 9, los diputados por la provincia de Buenos Aires que se hallaban en Córdoba a la espera de la instalación del Congreso que se determinaba reunir por el tratado de Benegas, se dirigían a su gobierno en el mismo sentido, abundando en argumentos para mostrar el peligro que existía de que Carrera se apoderase de la capital: "No es fácil —decían— que este Gobierno pueda cruzar sus proyectos, en razón de que sólo cuenta con tropas de Infantería, y se mantiene por consiguiente a la defensiva" Refiriéndose al estado dentro de la ciudad, agregaban: "Este Pueblo se ha fortificado en su Plaza y calles, y de 10 días a esta parte se mantiene en estado de defensa".¹⁶

Carrera en tanto, se había venido moviendo en este mes de mayo con aquella celeridad y eficacia que confirmaba el mismo Bedoya. En el Fralle Muerto se le unieron las milicias de Alvarez. Continuó con rapidez su avance por el Tercero arriba, reuniendo caballadas y poniendo de su lado las montoneras desafectas al gobierno de la provincia. Al poco tiempo era localizado en el pueblo de Ranchos, sobre el río Segundo (mayo 26). Su fuerza se componía ahora de 400 hombres de línea, sin contar las montoneras cordobesas del comandante Pintos y de Lisandro Peralta, que maniobraban delante de él.

En la ciudad todo se movilizaba con el fin de presentar una fuerte resistencia. Bedoya dictó un Bando llamando al servicio de las armas a todos los hom-

¹⁶ Ambos oficios en ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, S. X, C. 12, A. 5, N° 5. Este último lleva la firma de los diputados: Matías Patrón, Justo García y Valdés, Teodoro Sánchez de Bustamante y Juan C. Varela.

bres de 14 a 60 años y dispuso la recolección de ganados para el consumo de la ciudad, preparándose para un largo sitio. Impuso una contribución forzosa y ordenó al comandante de la Frontera del Chaco se dirigiera a la ciudad con sus tropas y forzara la entrada en caso de encontrarla sitiada. Actuando con prontitud y con toda energía, llegó a reunir cerca de 1000 hombres, de los que desprendió una fuerza que sorprendió y derrotó en Caroya a las montoneras del norte que en número de 300 se habían levantado nuevamente a la aproximación de Carrera. Por su parte, la Legislatura de Córdoba oficiaba por expreso a Bustos para que se restituyese a la capital con las tropas a su mando, "si posible es a marchas redobladas, para salvar este benemérito vecindario". Los rumores alarmantes cumplían su destino y se corrían de los más diversos, llegándose a sostener que Carrera tenía ganada la tropa que defendía la capital.

Entretanto éste seguía su política de acrecentar fuerzas mientras caminaba con toda la celeridad posible. El 2 de junio, como lo denuncia la *Gaceta* del 13 de ese mes, lo encontramos situado en el Oratorio de San José, a 10 leguas de la capital cordobesa.

Cortadas sus comunicaciones por el norte y por el sur, la ciudad se encontraba sitiada a la distancia, mientras grupos de montoneras llegaban hasta los suburbios mismos, librándose pequeñas acciones, en una de las cuales fué herido de muerte el comandante Pintos, de quien dice Paz en sus *Memorias* "prometía ser caudillo célebre". Desde dentro mismo de la ciudad, los enemigos de Bustos llamaban a Carrera y un emisario fué detenido cuando salía

de ella con mensajes apurando su venida y ofreciéndole 4.000 pesos en plata y 2.000 pesos en ropa para su tropa.¹⁷

Se encontraba a 8 leguas de la ciudad, según lo denunciaba el N° 7 de *El Argos*, cuando recibió Carrera un despacho de Ramírez comunicándole que había sido derrotado y que necesitaba su ayuda.

11. Nos ocuparemos ahora nuevamente de Ramírez, a quien habíamos visto a punto de cruzar el Paraná para marchar contra Buenos Aires. En efecto, a principios de mayo, cruzaba el Paraná con 1.200 hombres de caballería, mientras su infantería y la escuadrilla quedaban con órdenes de ocupar la ciudad de Santa Fe.

Sus primeros pasos fueron afortunados. El 8 de mayo destrozó completamente los 1.500 hombres que Buenos Aires le opuso al mando del coronel Gregorio Aráoz de Lamadrid y poco después batió una fuerza de 200 dragones santafecinos que López había desprendido a las órdenes del comandante Juan Luis Orrego. A su infantería le cabía entretanto una suerte distinta, fracasando en su objetivo de tomar la capital de Santa Fe.

Por su parte, Buenos Aires había aprontado un nuevo ejército de 1.500 hombres, nuevamente al mando de Lamadrid, pero Ramírez lo deshizo en la mañana del 24 de mayo. Dos días después sin embargo, la fortuna le volvía la espalda; en una emboscada tendida por el Gobernador López, sus fuerzas fue-

¹⁷ La mayor parte de estos datos referentes a la situación en Córdoba, están tomados de CELESIA, op. cit., t. II, cap. IV.

ron completamente derrotadas. Con todo, Ramírez logró reunir 400 hombres con los que buscó su enlace con Carrera.

Esta grave derrota de Ramírez cambió las perspectivas militares. En su retaguardia, Carrera tenía a Bustos, a Lamadrid y a López, al frente de poderosas fuerzas, sin contar las que se organizaban en Cuyo. A su frente tenía a Bedoya con más de 1.000 hombres. Estaba rodeado de fuerzas muy superiores y en poco tiempo no le quedaría mejor salida que el Chaco, lo que hubiera significado abandonar en derrota su propósito de pasar a Chile. Únicamente podía salvarlo la velocidad de sus movimientos para evitar que el cerco se completara.

Como primera medida contramarchó rápidamente, virando hacia el sud en busca de Ramírez. El 7 de junio se unió con los 400 hombres de éste en el Paso de Ferreyra. Juntos sumaban poco más de 1.000 hombres, con los que resolvieron atacar a Bustos, que todavía se encontraba estacionado en Punta del Sauce, imposibilitado de moverse por falta de caballería.

12. Cuando Ramírez y Carrera llegaron al Sauce (junio 10), hacía dos días que Bustos había levantado su campamento rumbo a Cruz Alta, buscando la unión de Lamadrid.

Dado que Bustos caminaba con infantería mientras que la de ellos era toda fuerza de caballería, pensaron Ramírez y Carrera dar alcance a Bustos antes de que llegara a su destino. Pero la fatiga de aquellas jornadas había rendido el cuerpo de Doña Del-

fina, la querida de Ramírez, que le acompañaba en aquella campaña, y por la que, en su apasionamiento, el caudillo entrerriano no quiso forzar la marcha. A esta circunstancia se debió que Bustos llegara a Cruz Alta en la tarde del 12, mientras Carrera y Ramírez lo hacían en la madrugada del 13, encontrando que el primero ya se había fortificado en aquella plaza.

Además de la referencia de Yates, en el apunte de Benavente sobre el sitio de Cruz Alta, también se culpa a Ramírez de no haber querido forzar la marcha, con lo que hubieran dado alcance a Bustos.

Al día siguiente 14, Ramírez y Carrera acometían la plaza de Cruz Alta, pero Bustos, con sus 500 hombres y aprovechando los tunales y pequeños fuertes con que aquel pueblo se defendía de los indios, resistió con todo éxito el ataque. Por dos días más se mantuvieron sitiando a Bustos en la plaza, hasta que supieron que Lamadrid se acercaba. Resolvieron entonces salir a batirlo, pero éste se había vuelto desde la Esquina, por lo que Carrera y Ramírez hicieron adelantar sus heridos y tomaron el camino del Sauce.

Yates y Benavente, de donde tomamos las referencias, coinciden en su descripción de este ataque a Bustos en Cruz Alta.

13. Desde el Sauce siguieron al Fraile Muerto, sobre el Río Tercero, donde procedieron a separar sus fuerzas. Varias fueron las causas que hicieron necesaria esta medida. Carrera desconfiaba del carácter intrigante del padre Monterroso, secretario y mentor ahora de Ramírez como antes lo había sido

de Artigas. Ramírez, a la par que defendía a Monteroso, tenía bajo severa disciplina a sus soldados, lo que contrastaba con la libertad licenciosa de que gozaban los de Carrera, haciendo hasta cierto punto incompatible la coexistencia y armonía de ambas fuerzas. Además, los soldados de Carrera mostraban mala voluntad a Ramírez, a quien culpaban del fracaso en Cruz Alta. Por encima de todo esto, los intereses de Carrera y Ramírez se habían desencontrado y ahora divergían. El primero tenía los suyos en Chile y no podía permitirse el lujo de entrar en nuevas e hipotéticas campañas en el Paraná, ahora que Ramírez había perdido tanto poder. A su vez, tampoco era posible que Ramírez abandonase sus intereses en el litoral y acompañase a Carrera en una campaña sobre Cuyo.

Se separaron, pues, amigablemente, y Ramírez tomó rumbo hacia el norte, como amenazando la capital cordobesa. Entonces recibió informes de que López estaba en contacto con alguna gente en Entre Ríos, por lo que decidió tomar el camino del Chaco para pasar a su provincia, "para remediar los males o para reforzarme", como le decía en una carta muy cordial —tal vez la última que escribió— dirigida a Carrera el 23 de junio. Allí le agregaba: "Aviso a Ud. esta mi nueva resolución para que según ella trate de medir sus operaciones, en la inteligencia que aquí, allí y en cualquier punto que me halle con mi fuerza, debe Ud. contar con ella y con mis mayores esfuerzos para realizar el empeño. Yo desearía que Ud. viniese a acompañarme, pero veo que no es tan fácil por la complicación de todas las circunstancias".¹⁸

¹⁸ BARROS ARANA, *op. cit.*, t. XIII, p. 371.

No obstante, en el camino le buscó la muerte. Vencido el 10 de julio en San Francisco por las fuerzas de Bedoya y Orrego, su naturaleza romántica corrió en defensa de doña Delfina, que había sido aprisionada, y una bala le atravesó el corazón, acabando con su corta y fecunda vida de caudillo.

En tanto, Carrera caminaba nuevamente hacia el oeste, mirando a Chile y acercándose a Cuyo. A medida que recorría las distancias siguiendo el curso del Río Tercero, se le desertaban las milicias cordobesas. Al doblar por el sudoeste buscando el Río Cuarto, le encontramos con poco más de 400 hombres. Cerca de la villa de la Concepción, supo que habían entrado en la provincia de Córdoba y estaban en su busca las fuerzas de Cuyo en número de 800 hombres, al mando del coronel Bruno Morón, distinguido jefe del ejército del Alto Perú, que se había retirado a su provincia natal al producirse el motín de Arequito.

14. Desde que Carrera se retirara de San Luis, habíamos dejado los acontecimientos de Cuyo, por lo que volvemos ahora para estudiarlos hasta ver entrar al coronel Morón en la provincia de Córdoba.

Sabemos que Carrera abandonó San Luis el 17 ó 18 de marzo y cruzó la provincia de Córdoba llegando hasta Melincué, buscando su incorporación con las fuerzas de Ramírez, próximas a cruzar el Paraná. Como éste no podía entonces efectuar el pasaje, Carrera había invadido nuevamente la provincia de Córdoba con intenciones de ocupar la capital de la provincia, según ya dijimos.

En Cuyo se creyó en el primer momento que Carrera abría esta campaña con el objeto de atravesar Córdoba, buscando el camino de la cordillera por segunda vez. En el mismo oficio del 7 de mayo en el que el Cabildo de Mendoza daba cuenta a O'Higgins del sitio de Carrera a Bustos en el Sauce, y en la presunción de que éste cedería, el cuerpo capitular le hacía presente la nueva campaña militar que se acercaba y le anunciaba la partida de un comisionado en busca de auxilios.

O'Higgins le contestaba días más tarde, el 19, diciéndole que no podía enviarle tropas por estar cerrados los pasos de la cordillera, pero a pesar de que el erario estaba exhausto por las constantes erogaciones que le motivaban los encargos de San Martín desde el Perú, se esforzaba por conseguir \$ 4.000, pagando un interés del 30 %, dinero que pensaba entregar en pocos días al enviado Manuel Corbalán.¹⁹

Sin embargo, poco después abandonó momentáneamente Cuyo sus temores viendo que la campaña de Carrera iba dirigida sobre la capital de Córdoba.

A poco, y comunicada por Lamadrid, llegó la noticia de la derrota de Ramírez de fines de mayo, derrota que cerraba el paso del Paraná a Carrera y lo empujaba hacia Cuyo nuevamente. Por todo ello Godoy Cruz le escribía a O'Higgins con fecha 16 de junio: "Ha llegado el caso de empeñar todos los recursos de la provincia para lograr el golpe decisivo sobre Carrera y los demás anarquistas. Convencido de esta necesidad, y que los movimientos deben ser rápidos, he resuelto salga de ésta el señor Coronel

¹⁹ A. N. CHILE, *Copiadores de la correspondencia...* cit.

y Comandante General de las fuerzas de la provincia, don Bruno Morón, con una gruesa división a tomar el mando general de las fuerzas de la provincia que existen en San Luis. Para realizar este movimiento he pedido prestados 4.000 pesos a pagarlos con igual suma que V. E. tiene ofrecida a este Gobierno".²⁰

Por su parte, el Cabildo de San Luis había decidido a fines de abril que se mantuvieran 200 hombres en cuartel y en rigurosa disciplina "durante el tiempo que amenace la seguridad del país don José Miguel Carrera".²¹

Ya vemos que Cuyo se entregaba totalmente a perfeccionar sus fuerzas.

La destitución del coronel José León Domínguez como jefe de las fuerzas cuyanas y su reemplazo por Morón, se debió a que la íntima unión de Godoy con O'Higgins y su proyecto de hacer venir tropas chilenas, había herido muchas susceptibilidades. Domínguez se había opuesto tenazmente a esa ayuda y aún llegó a tramar una conspiración para derrocar a Godoy Cruz, pero fué denunciado y se le tomó preso, abriéndosele una causa criminal, lo mismo que al teniente coronel Miguel Villanueva que le había apoyado.²²

O'Higgins daba cuenta a San Martín de estos recelos provincianos en carta del 16 de mayo, diciéndole: "Me hallo aquí con dos diputados de Mendoza y otro

²⁰ A. N. CHILE, *Gobierno i agentes diplomáticos...* cit.

²¹ ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, S. X, C. 11, A. 9, N° 8.

²² En la *Colección de manuscritos de Vicuña Mackenna*, vol. 140, existe la causa criminal a que hacemos referencia. Además puede verse OLAZÁBAL MANUEL DE, *Refutación sobre ciertas apreciaciones a la obra publicada en Chile por el Sr. Mackenna: El Ostracismo de los Carreras*, Gualaguaychú, 1858.

de San Juan clamando por auxilio de tropas, que después de haberme aniquilado en la remisión de una división preciosísima que llegó hasta la Guardia, no quisieron admitirla por serias desconfianzas y temores, a mí y a usted, a pesar de los esfuerzos de nuestro amigo el gobernador Godoy. Ordené se retirase la expresada fuerza, y ahora que la cordillera no lo permite, son los lamentos y clamores que ocasiona la baja desconfianza a nuestras personas, criticándolas de monarquistas, que es la conversación favorita de la otra banda para desacreditar a los amigos del orden. No queda otro arbitrio para defender a la provincia de Cuyo de la invasión de Carrera, que auxiliarla con armas y dinero. Para lo primero se hará con detrimento de las que iban a marchar por mar a Buenos Aires; en lo segundo está la dificultad, pues no hay quien lo preste ni con el interés de un cuarenta por ciento; nuestro ejército del sur no se paga por su falta; los empleados civiles y aún mis propios sueldos no se pagan desde la salida de la expedición; de suerte que parece exageración que para mis gastos de mantención tengo que buscar mensualmente, con vergüenza mía, quien me preste 500 pesos".²³

Esta carta conmueve, haciéndonos sentir la grandeza de aquellos hombres que en medio de estas necesidades estaban forjando la independencia de América.

15. Puesto Morón al frente de las fuerzas de Cuyo teniendo por segundo al comandante de las fuerzas

²³ *Documentos del Archivo de San Martín*, t. V, p. 492.

de San Juan, coronel Ventura Quiroga, fué a situarse en el Morro (30 de junio).

Por esta fecha —según documenta Celesia— llegó al campamento de Morón el Dr. Marcelino Tissera, enviado de Córdoba, para combinar el movimiento de las fuerzas de Bustos y Lamadrid con las de Morón. De resultas de lo que allí se acordó, Morón con sus 900 a 1.000 hombres penetró en la provincia de Córdoba y poco después estaba en las cercanías de Concepción, continuando el curso del río Cuarto en busca de Carrera.

Este, que venía con los 900 hombres de Bustos y Lamadrid a sus espaldas, sintió la aproximación de Morón. Llevaba alrededor de 400 hombres y andaban en su busca cerca de 2.000; su plan era el de evitar las batallas que pudieran disminuir su fuerza, y aun perderlo, antes de llegar a su verdadero objetivo, situado al otro lado de los Andes.

Amanecía el 6 de julio, cuando Morón sorprendió y capturó en el paso de San Bernardo al convoy de carretas de la retaguardia de Carrera, que llevaba las mujeres, los heridos, los víveres y la correspondencia. La corta lucha con la guarnición que lo protegía fué sangrienta. Hubo más de veinte muertos y treinta prisioneros.

Conocida esta acción por Carrera, volvió en busca de Morón con el fin de rescatar los prisioneros y las carretas. También Morón se había movido a su encuentro, avistándose en la madrugada del día 8.

Como el terreno del encuentro era muy desparejo, lo que impedía el cómodo desplazamiento de su caballería, Carrera se retiró buscando un campo me-

jor en las inmediaciones. Había caminado un cuarto de legua, cuando dió con una llanura a propósito en las cercanías de la villa de la Concepción, sobre el Río Cuarto, en la que hizo alto y formó su línea en orden de batalla. Morón, que le seguía de cerca, hizo otro tanto.

Después de algunos choques de guerrillas, ambos jefes mandaron avanzar. Se acercaron las fuerzas a paso de carga, y se encontraban a 50 pasos de distancia una línea de otra, cuando súbitamente se detuvieron, sin que nadie lo ordenara, tal como si se temieran. Vacilaban ambas debido a que no se distinguían con claridad en medio del campo, que estaba cubierto por una niebla muy espesa. "Sobrevino una terrible pausa", anota Yates. El valiente y decidido coronel Morón, para dar el ejemplo a sus soldados, ordenó cargar y se lanzó el primero a todo galope sobre el enemigo. Seguidamente la lucha se hizo general. Morón montaba un tordillo herrado en las cuatro patas y muy brioso, que resbaló en el piso húmedo y cayó, siendo envuelto y muerto su jinete por los carrerinos. De esta manera se convirtió el jefe cuyano en la primera víctima de la sangrienta batalla que se desarrolló a continuación.

En tanto su derecha sostenía todo el peso del choque, la izquierda cuyana, siguiendo el impulso de su avance, cubrió el flanco y retaguardia de los carrerinos, envolviéndolos completamente. Entonces dió comienzo una violenta y confusa pelea a "hierro frío", en medio de la densa niebla que hacía difícil el reconocerse. En ninguna de las partes hubo una dirección general que ordenara los movimientos, dado

que la niebla impedía una visión de conjunto. Luchaban sin saber lo que pasaba a corta distancia del lugar que pisaban. Durante más de una hora se combatió sin que se escuchara casi un tiro. Finalmente se impuso el mayor número de los cuyanos, que quedaron dueños del campo de batalla, que la gente de Carrera fué abandonando en pequeños grupos.

Notándose la falta de una dirección que sacara los frutos de la victoria, echaron de ver los cuyanos que el coronel Morón había muerto, noticia que causó un general desconcierto. Vióse entonces, aunque no muy claramente, un fuerte grupo de jinetes que avanzaba por el campo de batalla hacia ellos, y ya fuera el coronel Benavente que había organizado los dispersos y volvía a la carga como dice Yates, o fuera un grupo de los mismos cuyanos que volvía de la persecución a los vencidos, como afirma Manuel Pueyrredón, en sus *Escritos Históricos*, el hecho es que a su vista corrieron voces de que eran auxilios de Ramírez a Carrera, y las tropas de Cuyo, desalentadas por la muerte de Morón, comenzaron a retirarse en desorden, terminando poco después por ponerse en completa fuga.

De esta manera se trocó en victoria la derrota de Carrera, quien supo sacar partido de la misma entrando en Concepción y apurando la persecución de los que huían.

16. En nombre de las pocas fuerzas organizadas de los cuyanos, el coronel Ventura Quiroga, que por la muerte de Morón le sucedía en el mando, convino con Carrera la suspensión de las hostilidades,

comprometiéndose el primero en nombre de San Juan y siempre que éste no ocupara la ciudad y respetara las propiedades de los sanjuaninos, a proporcionar a Carrera 2.000 mulas para su paso a Chile, las que debían ser pagadas cuando éste ocupara el gobierno de dicho país.

Carrera continuó aceleradamente su marcha hacia San Luis, ciudad a la sazón presa del mayor desasosiego y abandonada por su gobernador. Temiendo los males de su entrada, las familias se habían refugiado en la iglesia y los sacerdotes le esperaban revestidos. Tal era la fama de salteador de que venía precedido. No era para menos tampoco. En 1858 escribía Mitre a este respecto: "En la Secretaría del Gobierno de Córdoba ha existido un libro que el doctor Derqui vió allí, en el cual estaban registradas de puño y letra de Carrera, todas las mujeres cautivas, robadas en los pueblos por su banda, y anotados allí, por él mismo, los soldados a quienes se adjudicaban como botín de guerra y las manos por que sucesivamente iban pasando".²⁴

Pero Carrera procedió ahora como lo había hecho en su primera ocupación de la ciudad, en el mes de marzo anterior. Estableció su campamento en el Chorrillo, a una legua de la ciudad, y entró en ella con una pequeña escolta, entre el 16 y 17 de julio, calmando de esta manera los recelos y ganando la confianza de sus habitantes. No se cometió ningún exceso, dándose aún el caso de haber enviado Carrera la esposa del gobernador Ortiz con una guardia hasta el pueblo de Renca, donde éste se encontraba. Fué un gesto

²⁴ MITRE, *Obras completas*, t. X, p. 477.

similar al de Dorrego con doña Mercedes en San Nicolás.

Después organizó Carrera una reunión de vecinos afectos, ante quienes expuso sus miras pacíficas y de cuyas resultas se eligió gobernador interino a José Gregorio Giménez, que le respondía totalmente.

Giménez, al tiempo que le adjuntaba al gobernador de San Juan el acta de su elección, le manifestaba después de hacer referencia a la necesidad de una paz general con las fuerzas de Carrera: "Esta provincia fué desgraciadamente envuelta en una guerra de capricho, y del todo individual a la persona del Señor General Don José Miguel Carrera; guerra promovida y agenciada por el Tirano de Chile, y sostenida con los recursos de aquel oprimido Estado". Después, añadía en este oficio del 26 de julio, que el gobernador Ortiz, "sin agravio que lo provocase, sin ventaja para el Pueblo que mandaba, sin objeto de remota conveniencia que lo determinase, y sin consideración por su propio país" había llevado al pueblo al contraste de las Pulgas y últimamente a la derrota del Río IV, que había dejado "al vencedor Señor de los destinos de esta Provincia", pero éste "no sólo no se manifestó como un poderoso agraviado injustamente, sino que por una conducta generosa dió a conocer que sus armas vencedoras protegían en todo caso la libertad de los Pueblos". Finalizaba su oficio invitándolo a tomar su misma posición en esa guerra: "Un Pueblo resuelto a ser libre lo consigue siempre. Si V. S., como lo espero, en obsequio de la libertad de América tiene a bien continuar nuestras relaciones amigables, me encontrará decidido a

toda clase de sacrificios que no tengan tendencia a renovar los males de una guerra desastrosa”.

La contestación del gobernador de San Juan estaba acorde con su actitud de no ratificar el convenio firmado por el coronel Quiroga, y comenzaba por desconocerle a Giménez la validez del nombramiento de gobernador: “Debía —le contestaba el 5 de agosto— yo abstenerme de entrar en relaciones con V. S., porque no lo considero suficientemente autorizado en virtud del nombramiento que manifiesta la acta del 26 del pasado, que en copia acompaña. Presidido este acto, después de la renuncia de Don José Miguel Carrera —efectivamente Carrera había sido elegido para presidir el Cabildo abierto pero no había aceptado— por un confinado bien conocido por su genio turbulento; celebrado bajo las bayonetas que V. S. titula restauradoras de la libertad de los pueblos, y suscripto por unos pocos vecinos, que han tenido que abandonar su país nativo, huyendo de las mismas autoridades que han constituido, es el más irregular y ridículo, y la representación que han confiado a V. S. la más despreciable”.²⁵

El mismo oficio de Giménez enviado a Mendoza no mereció siquiera contestación. Como consecuencia se presentaban a Carrera, inevitables, nuevas luchas, cuando se encontraba a un paso de su objetivo.

Carrera trató de aumentar su división en San Luis ayudado en todo por el flamante gobernador, que estableció la pena de muerte para todo el que se

²⁵ El oficio de Giménez y la contestación del gobernador José Antonio Sánchez, fueron pasados por este último en copia a Chile (A. N. CHILE, *Gobierno i agentes diplomáticos...* cit. Además, VICUÑA MACKENNA, op. cit., p. 404).

“comprometiese a servir los intereses de los enemigos de la causa pública”, que en este caso sabemos quiénes eran.²⁶

En los primeros días de agosto, Carrera trasladó su campamento del Chorrillo a la Represa de San Luis, desde donde se movió el 21 en dirección a San Juan.

17. Antes de continuar la narración de los sucesos, nos permitiremos reproducir aquí algunas páginas de los *Escritos Históricos del coronel Manuel A. Pueyrredón*, testigo de lo que narra, porque ellas mejor que nada nos darán una impresión de lo que eran las fuerzas de Carrera por aquel tiempo, y las ideas que profesaba su jefe.²⁷

En el momento de conocer a Carrera lo describe así: “El general don José Miguel Carrera era un hombre de estatura más que regular, delgado de cuerpo, color blanco, de mirar tierno y penetrante, nariz grande, tenía la boca casi siempre entreabierta, al hablar mostraba sus blancos y bien conservados

²⁶ GEZ, op. cit., t. I, p. 257.

²⁷ Este Manuel Pueyrredón que citamos era un sobrino del Director Pueyrredón, que se había incorporado como oficial al Ejército de los Andes y acababa de ser expulsado del mismo por San Martín “por su incorregibilidad y en precaución de la disciplina”. Servía accidentalmente en las filas cuyanas, cuando poco después del encuentro de Río IV cayó en poder de una partida carrerina, a cuya fuerza terminó asimilándose, subyugado por la personalidad de su caudillo. Sus *Escritos Históricos* contienen valiosos detalles sobre la última parte de la vida de Carrera. (PUEYRREDÓN MANUEL A. *Escritos históricos del coronel Manuel A. Pueyrredón*, Buenos Aires, 1929. Noticia preliminar de Ramón J. Cárcano. Además, UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO, *Anales del Instituto de Investigaciones Históricas*, t. IV, p. 162, Mendoza, 1950, Año del Libertador General San Martín, donde consta la expulsión de Pueyrredón del Ejército de los Andes, en Chile, el 15 de agosto de 1820).

dientes, algo grandes; en su frente, espaciosa y elevada como un globo, un observador inteligente que hubiese conocido el sistema del doctor Gall, hubiera podido estudiar en aquella cabeza, que revelaba tanta inteligencia, y en efecto, ese hombre era una de las capacidades de América.

“Poseía en grado superior el don de la palabra, el don de gentes, y con una seducción irresistible; no se podía hablar cuatro minutos con el general Carrera sin ser su amigo; hasta su voz era notable, daba a sus palabras una entonación metálica que parecía una campana”.

Este raro poder de sugestión que tenía la palabra de Carrera fué proverbial en su época, y constituyó la palanca que le permitió imantar tantas voluntades en torno suyo. A la opinión de Pueyrredón podríamos agregar la de otros contemporáneos en el mismo sentido. En sus *Memorias*, Paz, aunque dice no haberlo notado en la conferencia de la Herradura, deja constancia de que se le atribuía a Carrera “un poder de fascinación en grado eminente” y un “poder de atracción irresistible”.

Alojado en la tienda de campaña de Benavente, en las afueras de San Luis, Pueyrredón describe así aquella vida: “Quince días permanecemos en aquel campamento, al cabo de cuyo tiempo marchó la división a la Represa de San Luis, adonde permaneció algunos días más.

“Durante todo ese tiempo pude conocer a todos los de esa división y su rara organización. Estaban divididos en grupos de treinta hombres que llevaban la denominación del oficial que les mandaba, algu-

nos eran lanceros, otros carabineros o tiradores, un solo cuerpo compuesto por cordobeses mandado por don Francisco Alvarez, del Fraile Muerto, tendría de 80 a 100 hombres.

“No había estado mayor, detalle, jefe de día, sistema ni orden regular en el servicio, todo se hacía por piquetes.

“El coronel Benavente era el jefe principal y único, de él partían directamente todas las órdenes que en realidad eran muy pocas, porque no había regularidad en el servicio ni mecanismo alguno. Todos aquellos hombres eran voluntarios, y dueños de sus acciones y en ninguna parte se manifestaba más esa libertad que en el ramo de mujeres; cada uno era dueño de llevar las que quisiera, a veces sucedía que uno solo llevaba dos o tres, y otras, que entre dos llevaban una sola, alternándose en sus favores sin que por esto hubiese jamás disensión entre ellos.

“Como el juego era libre, cuando perdían sus prendas apostaban las mujeres, de lo que resultaba que el más afortunado tuviese a veces muchas que vendía, prestaba o volvía a perder en el juego. Aquello era el siglo de oro para esas gentes, como yo les decía.

“Los oficiales, sin embargo, tenían otra conducta con las que llevaban”. Más adelante agrega:

“El general Carrera venía todas las noches a nuestro fogón, quedándose hasta las diez u once conversando conmigo sobre Chile. Su mayor placer era hablar de aquel país, y no se cansaba de oírme porque yo acababa de venir de allí, adonde había permanecido algunos años, conocía todo el país y la mayor

parte de las familias principales con amistad con muchas que le eran adictas, relacionadas por parentesco con él, por ejemplo las familias de Cotapos, Muñoz, Gamero, Muñoz Besanilla y muchas otras.

“Se complacía en preguntarme todo y le daba informes de cuanto sabía en esas líneas, así como de los sucesos de la guerra, pero en estas conversaciones jamás le oí decir una palabra contra el general San Martín. Era claro que evitaba herir mi susceptibilidad o lastimar mis afecciones.

Pueyrredón, que escribía por el año 1865, añade:

“Muchas fueron las conversaciones que tuve con aquel hombre extraordinario y a quien me complacía mucho escuchar porque siempre encontraba novedad en su conversación y un encanto irresistible.

“Su estilo fluído, natural, al alcance de todos, con su voz sonora, le hacía doblemente agradable.

“Por otra parte era un hombre tan desnudo de pretensiones, tan asequible, que desde el primer momento inspiraba confianza ilimitada, encontrándose uno cómodo cerca de él... Yo tenía veinte años y era muy joven para apreciar debidamente el mérito de las diferentes conversaciones que tuvo conmigo, y estaba muy distante entonces de pensar que habían de tener interés histórico. Tampoco podía juzgarle, no era competente para ello, pues sentía verdadera admiración por el general Carrera.

“Me he criado cerca de los hombres más espectables de mi país, he presenciado muchas conversaciones de ellos y sin embargo no las recuerdo, mientras que de este hombre tengo todo tan presente como si le estuviera viendo en estos momentos”.

CAPITULO DUODECIMO

1. Cuando el conocimiento de la derrota de Morón en Río IV llegó a Mendoza, Godoy Cruz movilizó todos los recursos para conjurar el peligro. Como lo hiciera otras veces, se dirigió a O'Higgins, el 24 de julio, clamando por auxilios en vista de que eran comunes los intereses en la destrucción de Carrera: "Mi amigo querido: Por los documentos oficiales verá Ud. que hemos sido vencedores y ha querido la suerte que nosotros mismos botásemos los laureles al enemigo. La intrepidez de Morón ha sido la causa de todo; pues habiendo muerto él quedó el ejército sin jefe y en desorden. Actualmente he mandado llamar al coronel Zelaya al Tucumán y espero tenerlo aquí dentro de 20 días; pero amigo nada hacemos si Ud. no nos manda así sea a cordillera cerrada, siquiera 500 sables y 300 tercerolas, o en su lugar 100 pares de pistolas, pues esta guerra es de a caballo, sable y pistola".¹

En respuesta a esta demanda, O'Higgins ordenó se entregasen al emisario de Mendoza, capitán Rosau-ro García, la cantidad de 160 tercerolas, 300 sables, 20 pares de pistolas y \$ 4.000 en efectivo. Salvo estos \$ 4.000, el resto de los auxilios no llegó a tiempo por

¹ A. N. CHILE, *Colec. de manuscritos* cit., v. 86, f. 104.

haber quedado la carga en el camino, sepultada por un gran temporal de nieve.²

Trabajando con gran intensidad, acudiendo a la persuasión o a la fuerza, Godoy Cruz consiguió a mediados de agosto poner en campaña 700 soldados al mando del coronel de milicias José Albino Gutiérrez, vecino de fortuna, muy querido entre el paisanaje, aunque sin conocimientos militares. Junto a él se colocaron algunos oficiales formados en el Ejército de los Andes y quienes dirigían realmente las operaciones militares. De su entusiasmo y optimismo dejamos hablar al mismo Godoy Cruz en carta a O'Higgins del 16 de agosto: "Mi amigo muy querido: Pienso muy pronto vengar la muerte de nuestro Morón. Ya tengo en campaña 450 y tantos hombres de caballería y 250 de infantería, todos voluntarios y tan impacientes por pelear que me cuesta trabajo hacerlos que esperen las armas que Ud. me remite; pues no están todos armados aunque saben perfectamente el manejo de sable y tercerola; pues los he tenido un mes a cuartel y en disciplina incesante. He reunido toda la caballada de Mendoza y cada soldado tiene separado de lo mejor un caballo en que debe montar para pelear, a más de los que tienen para las marchas, incluso un número conside-

² A. N. CHILE, *Copiadores de la correspondencia...* cit. Oficio de O'Higgins a Godoy Cruz del 4 de agosto.

Godoy Cruz acusaba recibo de la siguiente manera: "Esta suma (los \$ 4.000) ha sido recibida por este Gobierno, más el armamento aunque fué dirigido oportunamente, a pesar de los esfuerzos que se han hecho para sacarlos de entre la nieve ha sido imposible, porque un temporal de más de 20 días consecutivos lo ha impedido. Sin embargo yo doy a V. E. las más debidas gracias a nombre de la Provincia por tan generoso auxilio". (Oficio del 10 de setiembre en A. N. CHILE, *Gobiernos i agentes diplomáticos...* cit.).

rable de mulas. Todo pronostica un buen resultado". Al final decía: "Ud. cuente con que este salteador no se ha de ir riendo porque le toca hacer una guerra infatigable".³

Gutiérrez partió de Mendoza con esta fuerza y puso su cuartel general en el Retamo, a 12 leguas de la ciudad. No sabía qué dirección tomaría Carrera en caso de abandonar San Luis, como se esperaba, pues de darles éste tiempo, el plan era coordinar las fuerzas de Mendoza con las de San Juan, La Rioja y Córdoba, para caer sobre Carrera en aquella ciudad.

2. Según ya dijimos, Carrera había salido de la Represa de San Luis el 21 de agosto.

Era mucho lo que Carrera tenía que recorrer para llegar a San Juan, camino en terreno árido, sin pastos ni agua. Su fuerza era toda de caballería, por lo que el buen estado de las cabalgaduras era condición de primordial importancia. Muy poco había podido sacar de San Luis que estaba exhausta y sin pastos naturales. En San Juan esperaba reponerse de elementos antes de pasar a Chile.

Con los baquianos por delante, iniciaron la travesía, perdiéndose de vista entre los arenales. En tanto, el ex gobernador Ortiz ocupaba de nuevo la ciudad de San Luis, que el gobernador Giménez y un grupo de 80 puntanos habían abandonado siguiendo a Carrera.

A los pocos días de marcha, la falta de agua y de pastos había inutilizado la mayor parte de las ca-

³ A. N. CHILE, *Colec. de manuscritos cit.*, v. 86, f. 98.

balgaduras. Todos los elementos de movilidad y de alimentación habían sido retirados con anterioridad por los cuyanos. Igualmente desertaron la mayor parte de los puntanos. La situación de los carrerinos tornábase cada momento más difícil. En forma harto penosa, siguieron caminando hasta llegar el 28 a las márgenes del río San Juan. Descubrieron entonces por su frente una partida exploradora de los sanjuaninos, a la que dispersaron fácilmente, cruzando el río y yendo a situarse en el lugar llamado de las Taguataguas, a 7 leguas de la ciudad.

Aquí se pasó a las fuerzas de Carrera un soldado de la vanguardia de los sanjuaninos, que le informó que éstos sumaban 500 hombres y se encontraban en el Portezuelo, cerca de la ciudad, esperando la llegada de los mendocinos, que se acercaban a marchas forzadas.

3. En efecto, el gobernador Sánchez de San Juan, después de rechazar el mensaje de paz que se le enviara desde San Luis por el gobernador Giménez, se había dado por entero a los aprestos para la resistencia. Como no tenía un jefe militar experimentado, ya que el coronel Quiroga se había retirado del servicio ofendido por no haberse ratificado su convenio con Carrera, consiguió por intermedio de su diputado al Congreso de Córdoba la venida desde esta ciudad del coronel José María Pérez de Urdininea, y de otros oficiales.

La llegada de estos experimentados oficiales dió nervio a la resistencia que se organizaba.

Pérez de Urdininea fué a situarse en la Majadita (agosto 27), con 500 hombres de milicias, dejando la ciudad presa del terror a un posible triunfo de Carrera; llenos los templos de fieles y entregada toda la ciudad a ocultar los objetos de valor por temor al pillaje.⁴

Al cruzar Carrera el río San Juan, Pérez de Urdininea estaba en el Portezuelo y esperaba la batalla para el día siguiente, urgiendo en mensaje expreso la marcha de la división de Mendoza.

La noticia de que Carrera había dejado su campamento de la Represa y tomado rumbo a San Juan, fué conocida por Gutiérrez recién el 27, por lo que en las primeras horas de la tarde de este día partió en su alcance forzando las marchas de día y de noche, pero respetando las caballadas de repuesto que llevaba para el momento del combate.

4. Cuando Carrera conoció el estado de la fuerza sanjuanina y el acercamiento a marchas forzadas de los mendocinos, comprendió lo peligroso de su posición. Se le presentaban dos batallas como inminentes y su caballada estaba en estado lastimoso. La potencia combativa de su fuerza consistía en su famosa carga en dispersión, en el entrevero a sable, donde sus hombres, hechos a la pelea, imponían terror a las tropas generalmente de milicias que se le oponían. Pero estas cargas requerían la monta de un buen caballo, en cuyo desplazamiento pudiese confiar el jinete.

Esta falta de buenas cabalgaduras determinó el

⁴ BARROS ARANA, op. cit., t. XIII.

plan que tomó Carrera de contramarchar hasta la posta de Guanacache, donde sabían existían éstas en gran cantidad. Desprendió 50 de sus hombres mejor montados para que se adelantasen en traerlas, mientras él, con el resto de las fuerzas, los seguía en el mismo camino, dejando a su retaguardia una partida en observación de la actitud de Urdinenea. Esperaba Carrera que una vez en posesión de excelentes caballos podría interceptar el camino de los mendocinos, antes de que efectuaran su unión con los sanjuaninos. Estos últimos no siguieron tras de Carrera, sino que se quedaron cubriendo la ciudad, en previsión de que el movimiento fuese sólo un ardid para sacarlos de sus posiciones.

Todo el día 30 anduvo Carrera atravesando aquellos bañados, por su parte más ancha y conducidos por un guía infiel, según Yates, afirmación que no compartimos, dado que a su lado iban oficiales como Aldao, Anzorena y Benavidez, grandes conocedores de la comarca y que le fueron fieles hasta el final.

En la noche llegó a la Punta del Médano, donde decidió acampar. En la madrugada del día siguiente 31, vióse el efecto terrible que había causado en las caballadas la marcha del día anterior. "La mitad de la gente estaba a pie, dice Pueyrredón, las yeguas y caballos flacos que habían podido pasar, estaban tendidos en el suelo, acabados de fatiga; extenuados por la debilidad, muchos quedaron en el bañadal".

En esta situación le avistaron aquella madrugada las avanzadas del jefe de las fuerzas mendocinas.

Ante la inminencia de la batalla, Carrera requirió por expreso la vuelta de la partida de Guanacache con o sin caballos, y se dispuso a la pelea. Hubiera deseado evitarla, pero en la imposibilidad de escapar se veía obligado a empeñarla aquella misma mañana, para no dar tiempo a la llegada de los sanjuaninos, a quienes efectivamente Gutiérrez había enviado parte en tal sentido. Benavente en sus apuntes lo dice expresamente: "Nos vimos precisados a empeñar una acción que no debíamos, y que en otras circunstancias habríamos eludido; pero no podíamos retirarnos por el mal estado de nuestra caballada, ni dilatar más tiempo la acción, cuando debíamos calcular que la fuerza de San Juan debía haber combinado sus movimientos con la de Mendoza, y por consiguiente de un momento a otro ya debía llegar. Temimos, y no quisimos esperar la reunión de 50 de nuestros mejores soldados que se hallaban en comisión en Guanacache".

Carrera distribuyó su fuerza frente a los 700 hombres de Gutiérrez. Estaban en un estado miserable. "Los soldados, dice Yates, ya no mostraban aquella decisión y brío de otras veces. La mayoría montaba en caballos inútiles; algunos iban en mulas, otros a pie, llevando el caballo del diestro". "Marchaban desalentados, había dicho antes, como quien va a entregarse, víctima indefensa, en manos de los enemigos". Adelantó Carrera 200 hombres al mando de Benavente —los únicos que pudo montar decentemente—, mientras él con el resto de la fuerza, unos 400 contando las mujeres, formaban lo que a la distancia parecía una gran reserva, cuando en reali-

dad era sólo un lamentable conjunto en el último estado.

Gutiérrez también dispuso su línea para el combate. En el centro, al mando del sargento mayor Jorge Velazco, colocó su infantería fuerte de 240 hombres, a cuyo frente y para ocultarla de la vista de los enemigos, tendió una línea de caballería que en el momento oportuno debía correrse por los costados despejándola. En la derecha, al mando del comandante Manuel Olazábal, colocó 130 hombres de caballería, e igual número a la izquierda, al mando del comandante Ramón Aycardo. Junto con la reserva y los tiradores sueltos llegaban a 700. Todos los jinetes montaban caballos de refresco. Tenían órdenes terminantes de esperar el ataque y evitar el entrevero, en el que los soldados carrerinos eran reconocidos insuperables. Una pequeña zanja abierta por la misma naturaleza en la arena, cubría toda la línea, formando una especie de foso que defendía la posición. Por delante dejaban un gran arenal que debían cruzar los carrerinos antes de llegar hasta ellos.

Evidentemente, la posición de Gutiérrez era muy superior y de su parte estaban todas las ventajas. Si se dió la batalla fué porque Carrera no pudo evitarla, como lo dice Benavente en sus apuntes.

Serían las nueve o diez de la mañana de aquel día 31 de agosto. Benavente adelantó sus 200 hombres por el arenal que lo separaba de los mendocinos. Antes de que fuese posible adivinar sus intenciones, se separó del grupo el gobernador Giménez de San Luis y se pasó a las filas de Gutiérrez. No vería es-

peranza de triunfo para Carrera cuando estando tan comprometido tomaba esa decisión sin esperar la batalla. Continuó Benavente adelantando su línea hasta encontrarse a tiro de fusil, donde ordenó hacer alto y escuadrónó sus hombres. Los arregló vivamente y encabezó una carga dirigida contra el ala izquierda de Gutiérrez. Por el galope de sus caballos en lo suelto de la arena, llegaron envueltos en gran polvareda hasta la zanja que unos pocos mejor montados cruzaron con Benavente al frente, entrando a sable en el ala izquierda que mandaba Aycardo.

Esta había entrado en confusión y comenzó a desorganizarse, pero la infantería —que ya había sido despejada— abrió un nutrido fuego oblicuo protegiendo el ala de Aycardo, que se restableció y obligó a retirarse a los hombres de Benavente.

Habían andado los carrerinos 300 ó 400 metros delante de una fuerte partida que los hostilizaba por retaguardia, cuando vieron a Carrera que acompañado de algunos hombres de refuerzo se acercaba. A su vista se rehizo la línea nuevamente y Benavente la lanzó otra vez sobre el ala izquierda, al toque de degüello.

Producido el choque, el ala de Aycardo no hizo resistencia y en tumulto corrió a buscar el apoyo de la infantería. Era el momento crítico de la batalla. Aycardo y el mismo Gutiérrez abandonaron sus caballos ganando los cuadros de la infantería. El sargento mayor Velazco que comandaba la infantería, actuando con gran serenidad, formó en cuadro y abrió un fuego oblicuo tan vivo, que puso en com-

pleta retirada a los carrerinos, salvando la suerte de la batalla.

Alejados del fuego de la infantería, nuevamente intentó Benavente rehacer la línea para llevar una tercera carga, pero sus soldados vacilaron, acobardados por el fracaso de las cargas anteriores y desalentados por el mal estado de sus caballos. Hubo alguna confusión, que notada de inmediato por el comandante Olazábal en el ala derecha —que hasta entonces se había mantenido en observación— fué comunicada a Gutiérrez, que ordenó en buen momento una carga general, volcando todo su poderío a la lucha.

Seguidamente, las fuerzas de Carrera se pronunciaron en derrota y la persecución se hizo general, escapando los carrerinos en distintas direcciones. No obstante, la mayoría de ellos fueron presas fáciles de los bien montados jinetes de Gutiérrez.

La batalla había terminado en las primeras horas de la tarde. A la entrada de la noche llegaron al campo las tropas sanjuaninas de Pérez de Urdínea, que anoticiado de la inminente batalla las había puesto en veloz camino, llegando a tiempo para cooperar en la persecución, durante la cual tomó 170 prisioneros. De los 600 hombres de Carrera, solamente se salvaron poco más de un centenar, que con su jefe a la cabeza tomaron rumbo a la posta de Guanacache. A la caída de la tarde, en la posta de la cañada Honda, el comandante Olazábal que los perseguía de cerca se retiró, y Carrera con sus hombres siguieron camino hacia el sud.⁵

⁵ Para referir los acontecimientos desde la salida de Carrera

5. A medida que caminaban buscando lo más profundo de la noche, el desaliento iba tomando cuerpo en este grupo de vencidos. Su mismo jefe consideraba a Punta del Médano como su última batalla. Pueyrredón, que venía a su lado, refiere que éste le hizo una exposición de sus proyectos para él y para los que quisiesen acompañarlo. "Tengo noticias —le decía hablando en francés para que no entendiesen los demás— que en Jocolí, que está en este camino a 12 leguas de Mendoza, hay como 400 caballos, guardados por una partida, que sorprenderemos o derrotaremos; una vez dueño de esa caballada, atravesaremos el Tunuyán; tengo el mapa y una aguja de marcar. Puestos en la Pampa, seguiremos por el desierto hasta el Rosario; desde allí nos embarcaremos para Montevideo, para después seguir a los Estados Unidos, donde aún podemos ser felices, porque tengo buenos amigos, pero es preciso para esto, que se resuelva usted a olvidarse de su país, como voy yo resuelto a hacerlo. Se acabó para mí la política y la guerra; José Miguel Carrera, no volverá nunca más a estos países que serán siempre para él un ingrato recuerdo.

"Hace tiempo que deseaba un suceso de esta clase para retirarme, estoy muy cansado de esta vida,

de San Luis hasta su derrota en Punta del Médano, hemos tenido presente en primer lugar el relato de YATES; el de PUEYREDÓN; el de OLAZÁBAL en su *Refutación* cit.; los del coronel BENAVENTE en sus apuntes de campaña, y otro, que escribiera poco después en la cárcel de Mendoza, publicado en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, t. XL, p. 116. Además el parte oficial de GUTRIÉRRIZ del 3 de setiembre en *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*, t. XIII, p. 407.

Todos estos testigos coinciden en la mayoría de los detalles.

si no me he separado, ha sido por el compromiso de los hombres que me han seguido, ahora ya soy libre”.

Serían las dos de la madrugada, cuando en medio de la oscuridad, un grupo de sus compañeros de camino se dirigió rápidamente sobre Carrera y le desarmaron, aprisionándolo antes de que nadie hubiese sospechado lo que ocurría. Eran los oficiales chilenos Inchausti, Fuentes y Moya, y el comandante Arias, cordobés, quienes quisieron salvar sus vidas vendiendo a su jefe. Aquella misma noche se habían conjurado estos cuatro oficiales y un grupo de soldados. La escena del aprisionamiento fué patética y dejó desconcertados a todos los buenos amigos de Carrera, que no pudieron intentar su defensa. Benavente, advertido un instante antes por el oficial Moya, pudo escapar, pero se perdió en el camino y poco después fué a caer prisionero en Mendoza. Aldao y Anzorena, otros de los buscados por los conjurados, pudieron escapar con éxito en la confusión.

Los amotinados le enrostraron a Carrera el que hubiese proyectado irse a los Estados Unidos y abandonarlos. Al parecer, alguien entendió su conversación en francés con Pueyrredón, pues tanto éste como Yates, coinciden en sus relatos sobre que aquéllos le reprocharon este plan.

En seguida establecieron una guardia alrededor de Carrera y emprendieron la marcha hacia Mendoza. A poco llegaban a la posta de Chañares, donde esperaron que amaneciese. Carrera, sujeto a una estricta incomunicación, no habló en toda la noche. En la mañana del día siguiente, 1º de septiembre,

continuaron viaje hasta la próxima posta de Jocolí. Antes, despacharon emisarios a Gutiérrez y Godoy Cruz ofreciendo la entrega de Carrera a cambio de un indulto para ellos, a lo que tuvieron pronta respuesta favorable.

Dos leguas antes de llegar a Mendoza, salió a recibirlos el coronel Bruno García con sus fuerzas de milicias, ante las cuales rindieron las armas aquellos otrora leones en la pelea y bandidos en el pillaje.

Para evitar la repetición de las tristes escenas ocurridas poco antes en la entrada de Benavente a la capital mendocina, se esperó a que llegase la noche. Godoy Cruz ya había designado un Consejo de Gobierno que presidía y que esperaba a Carrera.

6. Cuando éste llegó, le recibieron con dignidad, y aquella misma noche, cubierto todavía del polvo del camino su uniforme de campaña, Carrera hizo ante el Consejo su defensa, que era el alegato de una causa indefendible. Quedó grabado en los que le oyeron y así pasó a la tradición, la calidad extraordinaria de aquella pieza oratoria. Su elocuencia, que se fué arrebatando hasta alcanzar las notas más altas, causó una vivísima impresión en el Consejo de Gobierno. Un testigo, el presbítero Lorenzo Guiraldes, ha dejado escrito: "Quien no vió ni oyó al General Carrera en aquel momento solemne de su vida, no puede decir que lo ha conocido. En una causa tan desesperada y tan sin disculpa como la que sostenía, se creó durante aquella larga conferencia simpatías que le defendieron hasta el último momento". A su vez, el historiador López, que escuchó lo sucedido de

labios del propio Godoy Cruz y del abogado Pedro Nolazco Videla, dice: "La viva exposición y la figura interesante del proscrito hicieron profunda impresión en el Consejo de Gobierno. Algunos miembros de los que habían entrado en él con la idea de oír a Carrera, sólo por forma, para sentenciarlo y hacerlo ejecutar al día siguiente, variaron de opinión y sostuvieron que era indispensable llevar la causa con mayor formalidad: nombrar un Consejo de Guerra, compuesto de militares y un fiscal que acuse, permitiendo que los reos nombraran sus respectivos defensores".

De este modo, aquella misma noche se nombró un Consejo de Guerra de Oficiales Generales, que abrió el proceso. A Carrera —que se negó a defenderse ahora— se le engrilló en el mismo calabozo que años atrás ocupara su hermano Luis, antes de subir al patíbulo. El proceso siguió un trámite rapidísimo, como el de sus hermanos, y en la tarde del 3, el Consejo firmaba la sentencia, que decía: "Vistas las diligencias practicadas y el mérito del oficio que encabeza, y atendiendo a la notoriedad de los crímenes de que son acusados por el Fiscal de la causa los reos Brigadier don José Miguel Carrera, y Coroneles don José María Benavente y don Felipe Alvarez, y a que se ha pasado el término sin haberse querido defender, a pesar de las repetidas notificaciones, según consta de las diligencias que aparecen, condena el Consejo a los expresados reos a la pena de ser fusilados, como lo previene la Ordenanza en el tratado 8º, tits. 3, 4, 6, 70, 80 y 88, en cuyos crímenes se hallan incursos. Mendoza, septiembre 3 a las 3 de la tarde de 1821.

José Clemente Blanco. Domingo Correa. José Antonio Sosa. José María de la Reina. Ignacio Lima. José de Susso. José Valeriano Godoy”.

Godoy Cruz le puso el cúmplase, y los reos fueron notificados de que la ejecución se haría en la mañana del día siguiente. ⁶

7. En la misma tarde que se firmaba la sentencia, y en medio del alborozo general, hacían su entrada en la ciudad las fuerzas vencedoras en Punta del Médano. El gobernador ofreció en su casa una fiesta al jefe y oficiales vencedores. “Serían las ocho poco más o menos —refiere uno de éstos, el comandante Olazábal, que según recordamos había mandado en Punta del Médano el ala derecha de los mendocinos— cuando me hicieron llamar al patio. Salí a ver quien me solicitaba, y en el acto, se echó a mis pies “llorando” y abrazándose a mis rodillas D. Juan José Benavente, hermano del Coronel D. José María, Mayor General del ejército de Carrera, con quien estaba en capilla para ser fusilado al siguiente día, y me dijo: “Señor de Olazábal, sólo Vd. puede salvar a mi her-

⁶ HERNÁNDEZ ROBERTO C., *El proceso del fusilamiento de don José Miguel Carrera, desaparecido de los archivos de gobierno de Mendoza*, en *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*, t. I, p. 1.

El escrito de Guiraldes en VICUÑA MACKENNA, op. cit. p. 333. En la causa criminal que se siguió a uno de los oficiales de Carrera, el capitán Juan Alberto Benavidez, hermano de Nazario Benavidez que después fué Gobernador de San Juan, pueden verse algunos detalles de la conducta vandálica de los soldados de Carrera y de los esfuerzos de éste por contenerlos; así como también algunos antecedentes de la conspiración para entregar a Carrera por parte de Arias, Moya, Fuentes e Inchausti. (*Papeles de D. Domingo de Oro*, t. II, Publicación del MUSEO MITRE, Buenos Aires, 1911).

mano del suplicio, le pido por cuanto ama que lo libre”.

“No puedo explicar debidamente —continúa Olazábal— las emociones que asaltaron mi corazón en aquel momento. Baste decir que, sin reflexionar el compromiso solemne que contraía, le contesté, levantándolo del suelo: “Yo le empeño a Vd. mi palabra de honor, señor Benavente, asegurándole que su hermano no será fusilado, y retírese Vd. tranquilo”.

“Así lo hizo y, entrando yo nuevamente a la sala, llamé a un extremo de ella al Gobernador, a quien referí lo que me acababa de pasar con Benavente: entrando de lleno a rogarle por la vida de aquel infortunado tan valiente. Pero mis esfuerzos daban contra una muralla de acero.

“Al fin le dije, que yo consideraba ser lo mismo mandarlo a Chile a disposición del Director O’Higgins que fusilarlo allí, y que de esa manera echaba menos responsabilidad sobre sí, y yo salía airoso de mi compromiso.

“Esta indicación le pudo mucho, sin duda, porque sin dejarme concluir, me contestó: “Por la mañana hablaremos”, y nos separamos.

“Mi proposición de mandar a Chile a Benavente fué bajo la convicción de que aquel grande y generoso pueblo, no permitiría el sacrificio de uno de sus más ilustres hijos. Sobre todo, que su vida en aquel momento apenas tenía unas cuantas horas, y yendo allá, tenía muchos días ya! . . .

“Serían las ocho de la mañana siguiente, cuando fui a ver al Gobernador Godoy Cruz (iba a caballo), para arrancarle el indulto de Benavente. Aun lo en-

contré inflexible. Pero noté que su negativa carecía de nervio, y conté siguiendo mi triunfo. Lo cargué, pues, con todos mis esfuerzos; y fué entonces que me dijo estas palabras: "Está bien, voy a mandar la orden suspendiendo la ejecución de Benavente, pero a condición de que, como Vd. propone, marche a Chile, a disposición del director O'Higgins".

"Convenido esto, y manifestándole mi reconocimiento, salí y fui de "galope" a la cárcel donde estaba en capilla Benavente, en un calabozo, con Carrera.

"Este, estaba sentado en una cama tendida en el suelo, en un ángulo del cuarto. Tenía las piernas estiradas fuera de ella, unidas por una formidable barra de grillos, que sustentaba con un pañuelo. Un chanoval cubría su cuerpo, y estaba comiendo una sandía, con la serenidad del héroe.

"Benavente, en otro ángulo del cuarto, estaba también sentado en otra cama como aquélla, tendida en el suelo, y en la misma posición que aquél, con otra gruesa barra de grillos.

"Pero abrazado con su hermano Juan José, y sollozando ambos.

"Tan luego como puse el pie en el húmedo pavimento de aquel fatal sitio, y me vió don Juan José, gritó diciendo a su hermano: "Aquí está tu libertador, el señor Olazábal". Entonces, dándoles las manos a los tres, dije a Benavente la importante nueva que me llevaba.

"Excuso decir, las manifestaciones de gratitud de los dos hermanos, y del mismo Carrera. Fui enseguida invitado por este señor, a tomar asiento en una silla. Recién lo hacía, y aun no se había repuesto el

coronel Benavente de las emociones que le causara su hermano y seguía sollozando. Carrera, volviendo la vista con marcado enfado hacia él, le dijo: “Vamos, hombre, ya eso es bastante, eso es bueno para las mujeres”.

“Benavente como herido por un rayo, levantó la cabeza erguida y contestó: “Bastante he probado que no temo a la muerte, a quien he despreciado tantas veces; lloraba sólo por estar aquí mi hermano”.

“Llevaba sobre mi sombrero un cintillo blanco ancho de cuatro dedos, divisa del ejército para reconocernos en la batalla.

“Sentado frente a Carrera, a una vara de distancia y con mi sombrero sobre el muslo, éste me clavó su vista de águila y me dijo: “Me parece que Vd. es el oficial que tan de cerca me persiguió el día de la batalla hasta la Cañada Honda”. Contestéle afirmativamente. Carrera se llevó súbitamente la mano derecha a la frente, diciéndome: “Si yo hubiese sabido que Vd., tan valiente, era quien me perseguía, yo me habría entregado a Vd. y no me vería, estoy cierto, en este fatal trance, a donde me han conducido unos pocos traidores”.

“Mi respuesta fué igual a la anterior: afirmativa.

“Y continuando él con la palabra, me hizo una breve reseña de sus infortunios. Mas en aquellos momentos, tan preciosos para él, fascinado yo con su elocuencia y la narración que acababa de oírle de sus grandes hechos, lo interrumpí levantándome de la silla y diciéndole: “Señor General, voy a poner en juego todos mis esfuerzos para ver si puedo salvar a Vd. también”. “Señor Olazábal, contestóme, no se

comprometa Vd. por mí; el único pesar que me atormentaba al ir a morir, era la suerte de mi amigo Benavente. Pero, ahora que lo ha salvado Vd., me verá salir al patíbulo con la misma serenidad que estoy en este momento". ¡Y ciertamente que lo cumplió! "Voy, pues, a agregar en esta carta (mostrándome una que sin concluir tenía sobre la cama) cuánto debemos a los esfuerzos de usted".⁷

"Enseguida salí precipitadamente, y al montar a caballo se me acercó el Mayor D. José Cabero, que llegaba, y me mostró la orden suspendiendo la ejecución de Benavente.

"Partí al galope, a casa del General Gutiérrez, a quien al verlo le dije: "Amigo D. José Albino (yo tenía con este señor íntima relación), si mi amistad y mis servicios valen algo para Vd., vengo a rogarle que vamos ahora mismo a lo del Gobernador, a salvar la vida de Carrera. El no puede negar a Vd. esta gracia, y ella refluirá en grande honor de Vd., trayéndole gratitud de los chilenos. Ya Benavente está

⁷ La carta a que se refería Carrera, decía: "Sótano de Mendoza, 4 de setiembre de 1821, 9 de la mañana. Mi adorada pero muy desgraciada Mercedes: Un accidente inesperado y un conjunto de desgraciadas circunstancias me han traído a esta situación triste; ten resignación para escuchar que moriré hoy a las once. Sí, mi querida, moriré con el solo pesar de dejarte abandonada con nuestros tiernos cinco hijos en país extraño, sin amigos, sin relaciones, sin recursos. Más puede la providencia que los hombres." Después añadió: "No sé por qué causa se me aparece como un ángel tutelar el oficial Olazábal con la noticia de que somos indultados y que vamos a salir en libertad con mi buen amigo Benavente y el viejecito Alvarez, que nos acompaña. Miro con indiferencia la muerte, sólo la idea de separarme para siempre de mi adorada Mercedes y tiernos hijos despedaza mi corazón. ¡Adiós! ¡Adiós!" (El original de esta carta se encuentra en el ARCHIVO NACIONAL DE CHILE. Revela trazos firmes y llegó a su destino por mano de Benavente, a quien se la dejó Carrera en el último adiós. Ver *Revista chilena de historia y geografía*, t. XL, p. 122)

libre por mis esfuerzos. ¿Qué vamos a ganar nosotros con fusilar a Carrera? Que marche también a Chile, y que allí lo fusilen si quieren, en este caso la responsabilidad será de ellos.

“Es demás decir el debate que se siguió; pero al fin se prestó Gutiérrez, y fuimos rápidamente a caballo a lo del Gobernador. En el momento que entramos, Gutiérrez, con el mayor interés, fué el primero que habló para librar a Carrera y que marchase a Chile; yo entré a secundarle; pero Godoy Cruz se resistía tenazmente.

“Gutiérrez (sea hecha justicia a la verdad), nada omitió para librar a Carrera, y tanto fué su empeño por complacerme, que, estrechado Godoy Cruz por él y por mí, nos dijo: Que “él no podía dar contraorden porque era responsable a la República y también a Chile de su tranquilidad, tan en peligro desde que viviese ese hombre funesto. Les parece a ustedes poca cosa (agregó) los males que hubiese sufrido la Provincia si él hubiese triunfado? No, señores, bastante he hecho con librar a Benavente por complacer a Vd. (señalándome a mí), que es tan criminal como el otro”.

“La discusión se hizo acalorada, y Gutiérrez, cada vez con más calor, sostenía nuestra pretensión. El hecho es que el Gobernador, fuese por sentimientos caballerescos que le eran tan propios por su esmerada educación, o temeroso de que su negativa trajese alguna incidencia desagradable, nos dijo: “Bien está, indultaré también a Carrera, pero quedará preso a disposición del Director O’Higgins, a quien daré cuenta para que mande a buscarlo.

“Mi alegría fué inexplicable, y sin esperar más, salí como un hombre fuera de sí, monté a caballo y me dirigí a la cárcel, entrando al calabozo y dando la noticia a Carrera de su salvación.

“Este oyó su indulto radiante de gratitud hacia mí, y con aquella afluencia que le era peculiar, me llenó de lisonjas. Agregando que estaba cierto *que si el General San Martín hubiese sabido el peligro en que había estado su vida, no lo habría permitido*” (Subrayado fuera de texto).

“Cuando entré a la capilla, el cuadro que debía formar la tropa en la plaza para presenciar la ejecución de los reos aun no estaba cerrado, faltaban algunos por llegar. Hablaba yo, Carrera y Benavente, y oí batir marcha. Esto no me llamó la atención, porque debían ser pasados por las armas los desgraciados Alvarez y Monroy, que también estaban en capilla en otro calabozo, y de quienes nadie se había acordado para hablar en su favor.

“En ese momento entró a la capilla, el Rdo. P. Fr. Benito Lamas, que acompañaba a los indultados, en cumplimiento de los deberes de que estaba encargado (ahora con respecto a Carrera). En el acto que lo vió éste, le dijo: “Tenga Vd. la bondad de retirarse”. Apenas desapareció éste, cuando fui llamado del todo de afuera de la puerta, por el sargento mayor D. Gavino Corvalán, para prevenirme “me retirase que ya iban a sacar a Carrera”. “¡Cómo!, le dije lleno de espanto e indignación. Si el Gobernador le ha indultado también! Esto es una felonía; suspenda Vd. por un momento mientras voy a verlo”, y salí de prisa, monté en mi caballo y fui a casa de Godoy Cruz, el que,

al verme entrar despavorido, y antes de hablarle, me dijo: “Tranquilícese Vd. Olazábal; conozco bien la nobleza de sus sentimientos respecto de Carrera, pero es imposible librarlo; yo echaría sobre mí una responsabilidad que el interés que Vd. se toma por él le hace no comprender”. Pues, cómo usted me ha comprometido haciéndole creer que estaba salvo?”. “Después que Vd. salió, reflexionamos con Gutiérrez (éste ya no estaba), y aun cuando Vd. se me pusiese de rodillas nada conseguiría.

“Tome Vd. (continuó entregándome un papel), lea, y vea, es de puño y letra de Carrera, y dígame después si se puede perdonar ese hombre”. Me puse a leerlo, y entró en ese momento a gran prisa el Mayor de Plaza Corvalán a decirme que Carrera, al anunciarle que ya había llegado la hora fatal, había contestado resueltamente que “no se movería de aquel sitio, mientras no fuese yo a decírselo, a menos que lo sacasen arrastrado”. La cólera que tenía reproximada en mi pecho, se desbordó y contesté a Corvalán: “Vaya Vd. y diga al señor Carrera, que el Gobernador, faltando miserablemente a su palabra (estaba presente y se puso a pasear en el cuarto donde estábamos), ha dado contraorden y que no tengo la fuerza suficiente para ir a verlo; que se resigne con su fatal destino y que lleve la convicción que he hecho por él cuanto he podido!

“Corvalán salió precipitadamente llevando mi contestación, y, entrando a la capilla, manifestó a Carrera lo que yo le mandaba decir. “Entonces marchemos”, contestó la víctima, poniéndose de ple con el arrojo con que siempre había buscado la victoria o la

muerte! (Esto me lo refirió Corvalán ese mismo día).

“El mismo día de la ejecución del General Carrera —continúa Olazábal—, solicité saber del General Gutiérrez el motivo por que Godoy Cruz se había retractado de su promesa de indultar a aquél. Lo único que entonces, así como después, pude recabar, fué que: cuando yo salí con la noticia del perdón, Godoy Cruz le había hecho reflexiones tan poderosas, que no había podido dejar de adherirse, y que por eso suspendió la contraorden.

“La verdad de lo que hubo en esto es, hasta hoy, un misterio para mí. Pero presumo que tuvo una gran fuerza en el ánimo de Godoy Cruz y Gutiérrez el “papel” que ya he dicho me entregó aquel señor, y que ignoro si cuando estuvimos con Gutiérrez a ver a Godoy Cruz, ya lo tenía este señor, o lo llevó Gutiérrez sin decirme nada, o se lo dieron cuando salí.

“Este papel autógrafo e inédito del General Carrera (y que me quedé con él), lo conservo en mi poder, para si algún día tengo el honor de dar la mano a su ilustre hijo el señor D. José Miguel Carrera, entregándoselo en comprobante también de mi decisión por salvar de la muerte a su señor padre.”⁸

8. Ahora conocemos el texto de este famoso “papel”, que era una proclama. Olazábal se la entregó al general Mitre, de quien la tomó Pastor S. Obligado para escribir un artículo en *El Nacional* del 5 de agosto de 1863. Decía la proclama: “Morid! morid infames! morid fieras del modo que murieron los Carreras. Bárbaros! aun

⁸ OLAZÁBAL, *Refutación*, cit.

pensábais continuar impunes vuestro sistema de sangre y exterminio para asegurar sobre las ruinas de todo buen americano, el imperio de la más cruel tiranía? Crefais que lisongiábais a los pueblos con las esperanzas de conquistas que redoblaban sus cadenas? Cómo podíais persuadiros que estaban ya olvidados vuestros asesinatos, vuestros robos, y lo que es más la insolencia con que habíais vendido la Nación a Príncipes extranjeros? Imprudentes fratricidas! Los hombres que han trabajado por la dicha general no permitirán jamás que un grupo de aventureros malvados, triunfen de la inocencia y de la virtud: con pocos recursos y arrojando cualquier peligro se opondrán a vuestros temerarios intentos aún cuando tengan que llorar”.

No parece deducirse de estas palabras, que la proclama hubiese sido dirigida contra el pueblo de Mendoza. Analizando su contexto, no sólo no vemos el nombre de Cuyo entre sus palabras, sino que la segunda parte de la misma no tendría sentido en este caso. Allí se habla de una venta del país a príncipes extranjeros y parece que se la firmara en plural. Si no fuera por la primera frase, esta proclama parecería una de las tantas rubricadas por Ramírez y López en 1819 ó 1820 y redactada por Carrera.

Creemos efectivamente, que esta proclama fué redactada en esa época por Carrera. Decimos esto, y con ello va la última prueba, porque esa famosa primera frase: “Morid! morid infames! morid fieras del modo que murieron los Carreras”, la usaba de estribillo el padre Castañeda en su periódico titulado *Desengañador Gauchi-Político*, cuando atacaba a Carrera a fi-

nes de 1820 y principios de 1821. A menos que pensemos que Carrera hubiera copiado la frase del padre Castañeda y que éste la hubiese inventado, debemos colegir que el texto de la proclama fué conocido en Buenos Aires antes de finalizar el año 1820 y por consiguiente, mucho antes de iniciar Carrera sus campañas sobre Cuyo.

Aún pensando que Godoy Cruz creyese que la proclama estaba escrita contra su provincia, no era su texto tan "terrible" como para que cambiase de actitud. Si había estado dispuesto a suspender la ejecución pasando por encima de todos los crímenes y robos que se le atribuían a Carrera, no es mérito el texto de esta proclama como para volverse atrás.

Por eso Olazábal ha podido decir, y con más razón que nosotros, que aquel súbito cambio de Godoy Cruz fué un "misterio", y como tal preferimos dejarlo antes de entrar en el terreno resbaladizo de las conjeturas.

9. De este modo fracasó el intento del comandante Olazábal por salvar la vida de Carrera. Si éste pudo escribir a su esposa aquel día 4 a las nueve de la mañana que tenía esperanzas en la gestión de Olazábal, poco después tuvo la certeza de que su muerte era inevitable. No le asustó. No hizo un gesto de debilidad o arrepentimiento. Tomó de nuevo la pluma y empezó a escribir su última carta: "A las 11 del 4 de setiembre de 1821, en la cárcel de Mendoza. Señor don Francisco Martínez Nieto⁹. Hoy antes

⁹ Este Francisco Martínez Nieto era un vecino acaudalado, amigo de Ramírez y de Carrera, a quienes servía de gestor comercial y aun de espía en Buenos Aires.

de las 12 seré víctima en la plaza: fui entregado por mis soldados después de la derrota del 31. Apenas me dejan tiempo para recomendar a Ud. mi desgraciada familia, aislada y sin recursos, en un país desconocido, con cinco tiernos hijos: toque Ud. todos los recursos imaginables para atenderla y consolarla, hable Ud. a todos los amigos, hágala conducir a Montevideo y de allí, si hay permiso, a su país, donde quizá consiga la devolución de sus intereses a cuyo fin voy a escribir en este...". Aquí se interrumpió bruscamente la carta porque el mayor Barcala se presentó a decirle que el momento había llegado, y le retiró el tintero. No hubo tiempo para más.

Se incorporó, y junto con el padre Lamas que le acompañaba a su lado, iniciaron el camino hasta la plaza principal.

A pesar de los pesados grillos —que todavía se conservan— su andar era firme y decidido. El pueblo se había volcado a su paso, y ya cuando le vieron sonreír a un niño que le mostraba la lengua o cuando con la cabeza saludaba cortésmente al militar conocido, en todos fué dejando el recuerdo de una presencia de ánimo y fortaleza por encima del nivel común.

Cuando llegó al lugar fijado para la ejecución, vió los tres banquillos preparados. Uno ya lo ocupaba un joven cabo apellidado Monroy, a quien se le capturó vistiendo la chaqueta que fuera del general Morón y como tal acusado de su muerte. El otro banquillo lo ocupaba el anciano Felipe Alvarez, el caudillo cordobés del Fraile Muerto, que en sus convicciones religiosas encontró fortaleza para no desmayarse en

aquel trance, como Monroy. El tercer banquillo era el suyo.

No quiso sentarse ni que le vendaran los ojos y aún pidió dirigir la ejecución. Esto último le fué negado. Entonces se quitó el poncho y lo entregó al padre Lamas junto con un reloj y un rizo de sus cabellos. Eran las once y cuarto de la mañana. Se oyó un redoble de tambores y poniéndose la mano derecha sobre el corazón gritó: "Muero por la libertad de América!". Un instante después se oyó la descarga y el cuerpo del general Carrera rodó hacia la muerte, que él definiera poco antes como "una sombra que pasa". Tenía apenas 36 años. Alguien que estaba junto al padre Lamas, comentó: "ha muerto como un filósofo".

Poco antes, San Martín había entrado triunfalmente en Lima, el señuelo de su existencia.

Ambas vidas habían cumplido su destino casi a un mismo tiempo. ¹⁰

¹⁰ Para referir los detalles del fusilamiento de Carrera, hemos tenido presente el relato de VICUÑA MACKENNA, que utiliza el testimonio de algunos testigos presenciales, y, principalmente, el escrito del padre JOSÉ BENITO LAMAS, *Ultimos momentos del general don José Miguel Carrera*, en *Revista chilena de historia y geografía*, t. XL.

Después del fusilamiento, desfilaron las tropas delante de los cadáveres y acto seguido se procedió a la horrible ceremonia —estilada en la época— de cortarles la cabeza. La de Alvarez fué remitida a Córdoba y clavada en una pica en la plaza pública de Fraile Muerto. A Carrera, además de la cabeza, le separaron los brazos. La cabeza y el brazo derecho permanecieron expuestos durante mucho tiempo en el Cabildo de Mendoza. El brazo izquierdo fué remitido a San Juan con este oficio de Godoy Cruz de 7 de setiembre: "Con el correo conductor de la presente remito a V. F. para trofeo de ese Pueblo, el brazo izquierdo del infame Dn. José Miguel Carrera, que tantas ruinas y lágrimas le ha ocasionado". (LANDA AUGUSTO, *San Juan y la invasión a Cuyo de José Miguel Carrera*, en *Boletín de la Junta de historia de la provincia*, Año IV, N° 8, San Juan, 1945.

INDICE GENERAL

Advertencia	Pág. 5
-------------------	--------

CAPÍTULO PRIMERO

1. La personalidad de José Miguel Carrera en la Patria Vieja. Honda división existente entre los patriotas chilenos. — 2. San Martín se hace cargo del gobierno de Cuyo, conociendo la situación interna de Chile. Nuevos informes que recibe en este sentido. — 3. Ante la crítica situación en Chile, San Martín solicita a Buenos Aires el envío urgente de fuerzas para acudir en su auxilio. — 4. La Patria Vieja se pierde en el desastre de Rancagua. Llegan a Mendoza los primeros fugitivos. Medidas de San Martín que demuestran su equidistancia entre los bandos en que venían divididos los emigrados. — 5. San Martín se interna en la cordillera para informarse del éxodo de chilenos y del peligro de una invasión realista a Cuyo. — 6. Su primer encuentro con Carrera en plena cordillera. — 7. Su primera conferencia con Carrera en Uspallata. — 8. San Martín trata de contemporizar entre los partidos carrerista y o'higginista. — 9. El incidente entre San Martín y Juan José Carrera por la inspección de los equipajes. — 10. Instalado su campamento en Mendoza, Carrera pretende conservar el mando sobre los emigrados, mientras San Martín no admite otra autoridad en Cuyo que la suya propia. Violento cambio de notas con este motivo. — 11. San Martín dispone la salida de Mendoza de los Carrera y otros componentes del extinguido gobierno de Chile, medida que es resistida por éstos. — 12. La situación militar en Mendoza evoluciona favorablemente a San Martín. — 13. San Martín intima con éxito la rendición incondicional de la fuerza carrerina. Viaje de los Carrera a Buenos Aires con una escolta	Pág. 7
---	--------

CAPÍTULO SEGUNDO

1. Carrera somete al gobierno de Buenos Aires un plan para expedicionar a Chile. Dictamen desfavorable de San Martín que motiva sea archivado. — 2. Viaje de Carrera a los Estados Unidos desde donde se reembarca al frente de una escuadrilla, con intenciones de expedicionar sobre Chile. — 3. San Martín y la organización del Ejército de los Andes. Nuevas pruebas de su equidistancia entre los bandos o'higgista y carrerino. — 4. Poco antes de abrir la campaña de los Andes, San Martín y el Director Pueyrredón acuerdan no permitir la proyectada expedición de Carrera a Chile, por considerarla inconveniente en las circunstancias. — 5. Al momento de arribar Carrera a Buenos Aires se conoce la victoria de San Martín en Chacabuco. Nuevo panorama. — 6. Aparente actitud conciliadora de Carrera. Explicación de esta conducta. Momento culminante en su vida. — 7. Carrera trata de embarcarse subrepticamente, pero es denunciado su propósito y conducido a prisión. — 8. San Martín se traslada a Buenos Aires para acordar el plan de campaña sobre el Perú. Visita a Carrera en su prisión. Resultado de esta conferencia. — 9. Fuga de Carrera a Montevideo. — 10. Impresión que le produce a San Martín esta noticia ... Pág. 42

CAPÍTULO TERCERO

1. Arribo de Carrera a Montevideo. Estilo sereno de sus primeros escritos por la Imprenta Federal. — 2. Se descubre en Mendoza una conspiración carrerina. Prisión de los hermanos Juan José y Luis Carrera. Distinta reacción de San Martín y O'Higgins ante este hecho. — 3. Exitosa mediación de San Martín en favor de los complicados en Chile. — 4. San Martín paraliza la substanciación del proceso. — 5. Nueva conspiración de los Carrera. — 6. Luzuriaga y el pueblo mendocino desean enviar a los prisioneros a Buenos Aires. — 7. Llegada fatídica de Monteagudo a Mendoza. Antecedentes que explican su conducta. — 8. Influencia decisiva de Monteagudo en el fusilamiento de los Carrera. — 9. Después de su triunfo en Maipú, San Martín solicita el sobreseimiento

de los Carrera, que no llega a tiempo. — 10. Terrible impresión que le causa a José Miguel la noticia del fusilamiento de sus hermanos. Violento lenguaje de sus nuevas publicaciones acusando a San Martín, O'Higgins y Pueyrredón por la muerte de aquéllos. — 11. Reacción de San Martín frente a estas imputaciones. Pueyrredón reclama ante el gobierno de Montevideo por las publicaciones de la Imprenta Federal. Contestación de éste. — 12. Nuevas publicaciones de la Imprenta Federal atacando al gobierno de Buenos Aires. Su difusión en la capital y litoral argentinos. — 13. Pueyrredón, investido con poderes extraordinarios, urge a su representante en Río de Janeiro obtenga órdenes de este gobierno para expulsar a Carrera de Montevideo. — 14. Campaña de contrapropaganda de los gobiernos de Chile y de Buenos Aires. Infundada acusación a Carrera de encontrarse al servicio de los realistas. — 15. La ninguna complicidad de Carrera en la conspiración de los españoles prisioneros en San Luis. — 16. Carrera y el llamado "complot de los franceses". — 17. Exito diplomático de Pueyrredón en Río de Janeiro. Carrera debe abandonar Montevideo . . . Pág. 71.

CAPÍTULO CUARTO

1. Carrera entabla relaciones con Ramírez antes de abandonar Montevideo. — 2. Salida oculta de Carrera y su primera entrevista con Ramírez en Entre Ríos — 3. Cuadro esquemático del estado político-social en las Provincias del Río de la Plata. — 4. Intensa actividad de Carrera, a la par de Ramírez y López, en la preparación de la campaña militar contra el gobierno de Buenos Aires. — 5. Crisis del sistema directorial. San Martín concreta su famosa desobediencia y Bustos subleva en Arequito el Ejército del Alto Perú. — 6. En nombre de los jefes federales, Carrera entrevista a Bustos en la Herradura. Esta conferencia no tuvo los visos que le asignan los historiadores. — 7. Completo triunfo de los federales sobre el ejército directorial en Cepeda. — 8. Elección de Manuel Sarratea, primer gobernador de Buenos Aires. Firma del Tratado del Pilar. — 9. Importancia de la participación de Carrera en todos estos acontecimientos . . Pág. 108

CAPÍTULO QUINTO

1. Significación de la caída directorial para Carrera. — 2. Fracaso de una contrarrevolución directorial en Buenos Aires. — 3. Alvear y Carrera. El episodio del 12 de marzo. — 4. Ramírez deja a Carrera encargado de sus asuntos en Buenos Aires. — 5. Carrera organiza su Ejército Restaurador, con la ayuda del gobierno de Sarratea. — 6. Reclamaciones de Zañartu, San Martín y O'Higgins por este hecho. — 7. La protesta de la prensa porteña. — 8. Frustrada intentona de Alvear por apoderarse del mando de las fuerzas de la provincia. — 9. Carrera salva a su amigo en esta emergencia. — 10. En cartas confidenciales, Sarratea y Carrera descubren la entraña de este movimiento. — 11. Distanciamiento entre Sarratea y Carrera. — 12. Las fuerzas de Buenos Aires y de Carrera a punto de romper el fuego. — 13. Expulsión de Zañartu por su participación en estos últimos acontecimientos Pág. 129

CAPÍTULO SEXTO

1. Una retirada de consecuencias para el prestigio de Carrera. — 2. Reacción de la prensa porteña. — 3. Correspondencia que mantienen Ramírez y Carrera. — 4. Los revolucionarios de San Juan envían un emisario al campamento de Carrera, ofreciendo servir sus planes. — 5. Porvenir halagüeño para éste, que acelera sus preparativos para marchar en dirección a Chile. — 6. Carrera envía un comisionado a Córdoba para obtener ayuda de Bustos, pero encuentra en éste un tenaz enemigo, debido a la intervención de San Martín Pág. 151

CAPÍTULO SÉPTIMO

1. San Martín frente a la sublevación de San Juan. Interpone su influencia ante el Cabildo de Mendoza y evita la guerra civil en Cuyo. Envío de los comisionados Torres y Vizcarra. — 2. Resultados de la misión Torres. — 3. Resultados de la misión Vizcarra. — 4. Fracasa en Chile un plan

revolucionario de los partidarios de Carrera. — 5. San Martín y O'Higgins reclaman ante el gobierno de Buenos Aires por el auspicio que se presta a Carrera. — 6. Las misiones de Torres y Lazo a Cuyo. Tratado que se firma y razones de O'Higgins para no ratificarlo. — 7. Convenio firmado en San Juan por el comisionado de Carrera. — 8. Fracaso del plan de Carrera en Cuyo. — 9. Influencia determinante de San Martín. Nuevos documentos. — 10. Importancia de esta nueva documentación sanmartiniana Pág. 161

CAPÍTULO OCTAVO

1. Carrera suspende su marcha a Chile y acompaña a López en una nueva invasión al territorio bonaerense. — 2. Causas de la misma. Ensamblamiento con los proyectos de Alvear. — 3. Ascenso de Soler a la gobernación de la provincia. Su derrota en Cañada de la Cruz. — 4. Después de esta victoria federal, Carrera se siente en el cenit de su fuerza. — 5. Alvear es electo gobernador en una parte de la campaña de Buenos Aires. — 6. El fracaso del sitio a la capital porteña y la retirada de las fuerzas atacantes. — 7. El cabildo porteño denuncia al país los objetivos de esta fracasada invasión y le expresa a O'Higgins su firme decisión de oponerse a los planes de Carrera. — 8. La retirada de las fuerzas de Carrera se convierte en una campaña de saqueo y desprestigia la figura de su jefe. — 9. Dorrego, al frente de las fuerzas de Buenos Aires, sorprende victoriosamente a las fuerzas de Carrera y Alvear, acantonadas en San Nicolás. — 10. Ocupación y saqueo de esta ciudad. Dorrego protege a la esposa de Carrera. — 11. Carrera intercede ante López para salvar la vida de Alvear. — 12. Repercusión jubilosa por el desastre de Carrera en San Nicolás. — 12. Coincidencia con la disolución de la fuerza de Del Corro en San Juan Pág. 200

CAPÍTULO NOVENO

1. Fracasas negociaciones de paz entre López y Dorrego. — 2. Dorrego ataca y dispersa al ejército de López en Pavón. — 3. Nuevas negociaciones de paz fracasan porque López resiste la condición indispensable, exigida por Dorrego, de que Carrera saliese del país. — 4. López derrota completamente a Dorrego en Gamonal. — 5. El partido directorial toma nuevamente el poder en Buenos Aires y otorga al nuevo gobernador, Martín Rodríguez, facultades omnímodas. — 6. Al finalizar el año, la difícil situación económica del país empuja a las partes en busca de una paz. — 7. La Junta de Representantes de Buenos Aires establece como una condición indispensable para el ajuste de la paz, la separación de Carrera de todo negocio público. — 8. Carrera entra en conversaciones con los indios del sur. Su carta al lenguaraz Bielma. — 9. Reacción en Buenos Aires al conocerse el texto de esta carta. — 10. Bielma mueve la indiada. Agitación en los pueblos fronterizos. — 11. Una diputación de ranqueles y güiliches llega al campamento de Carrera. — 12. Se firma la paz de Benegas entre Buenos Aires y Santa Fe. — 13. Cómo fueron salvados los obstáculos que se oponían a la misma. — 14. Documentos que prueban que López no se comprometió a entregar a Carrera. — 14. Influencia de San Martín en la firma del Tratado de Benegas, ignorada por los historiadores sanmartinianos Pág. 221

CAPÍTULO DÉCIMO

1. La partida de Carrera hacia el desierto. Expone su pensamiento en cartas a López y a su esposa. — 2. El ataque y saqueo del Salto. Nuevo documento sobre la conducta de Carrera. — 3. Palabras de Carrera sobre su participación en este suceso. — 4. La reacción del gobierno de Buenos Aires. Se envían dos divisiones que fracasan en su misión de prender a Carrera y castigar a los indios. — 5. Vida de Carrera en su campamento en el desierto. — 6. Carrera se mantiene al tanto de los planes de Ramírez de invadir a Santa Fe y Buenos Aires. — 7. Carrera levanta su campamento rumbo a Chile. El castigo a los caciques amigos de Buenos Aires Pág. 248

CAPÍTULO UNDÉCIMO

1. Carrera cruza por el sur la provincia de Córdoba. Medidas de defensa adoptadas por el gobernador Bustos. — 2. Alarma en Cuyo ante el acercamiento de Carrera. — 3. Carta de Carrera al jefe de las fuerzas cuyanas sobre la conducta que pensaba seguir. — 4. Bustos sorprende el campamento de Carrera en Chaján, pero es derrotado inesperadamente. — 5. Carrera vence a las fuerzas puntanas en Las Pulgas y ocupa la ciudad de San Luis. Correcto proceder de su fuerza en esta emergencia. — 6. Temor en Mendoza y San Juan, que solicitan de Chile urgente auxilio. — 7. Carrera abandona San Luis con intenciones de unir su fuerza a la de Ramírez, en el litoral. — 8. Nuevo campamento de Carrera en Melincué. — 9. Visto que Ramírez no podía cruzar el Paraná todavía, Carrera invade la provincia de Córdoba. Fracaso del sitio a Bustos en Punta del Sauce. — 10. Carrera avanza directamente sobre la capital cordobesa, que le espera febril en preparativos de defensa. — 11. A pocas leguas de su objetivo, Carrera contramarcha en busca de los restos de la fuerza de Ramírez, que había sido derrotado. — 12. Fracaso del ataque de Carrera y Ramírez a Bustos en Cruz Alta. — 13. Ramírez y Carrera separan sus fuerzas. Este toma nuevamente el camino de Chile. — 14. Nuevos temores en Cuyo y nuevas solicitudes de auxilio a O'Higgins. Los celos y susceptibilidades provincianas. — 15. Carrera vence a las fuerzas cuyanas en Río Cuarto. — 16. Carrera ocupa por segunda vez la ciudad de San Luis, donde se elige gobernador una persona de su afecto. Tampoco ahora se cometieron excesos. — 17. Los informes de Manuel Pueyrredón sobre la vida y composición de las fuerzas de Carrera por este tiempo Pág. 268

CAPÍTULO DUODÉCIMO

1. Mendoza se prepara entusiastamente para hacer frente a Carrera. — 2. Carrera parte de San Luis y después de una marcha agotadora, acampa cerca de la ciudad de San Juan, que le espera prevenida. — 3. El gobierno de San Juan urge al de Mendoza el auxilio de su división, la que parte a marchas forzadas. — 4. Completa derrota de los carrerinos en Punta del Médano. Huida de Carrera. — 5. Apriamiento y entrega de Carrera al gobierno de Mendoza por un grupo de sus propios oficiales. — 6. Un Consejo de Guerra condena a Carrera a la pena de muerte. — 7. El coronel Olazábal interpone sus oficios para salvar la vida de Carrera, pero fracasa en su intento. — 8. El misterio de la última proclama de Carrera. — 9. El fusilamiento de Carrera. La entrada triunfal de San Martín en Lima . . Pág. 305

ESTE LIBRO SE TERMINO
DE IMPRIMIR EL DIA 20
DE AGOSTO DEL AÑO MIL
NOVECIENTOS CINCUEN-
TA Y CUATRO, EN LOS
TALLERES GRAFICOS SAN
PABLO, S. R. L., Bmé. MI-
TRE 2600, BUENOS AIRES,
REPUBLICA ARGENTINA.